

Pedro Feijoo



LOS HIJOS DEL FUEGO



Portadilla

LOS HIJOS DEL FUEGO

Pedro Feijoo



Créditos

1.^a edición: junio, 2017

© Pedro Feijoo, 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-760-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Plano

Dedicatoria

Citas bibliográficas

ACTO PRIMERO. MARIÑA Y SIMÓN

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

ACTO SEGUNDO. AURORA Y ESPINOSA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

ACTO TERCERO. EL SECRETO DE MARIÑA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

ACTO CUARTO. LAS TRES CONFESIONES

Primera

Segunda

Tercera

ACTO QUINTO. TRES

12

11

10

9

8

7

6

5

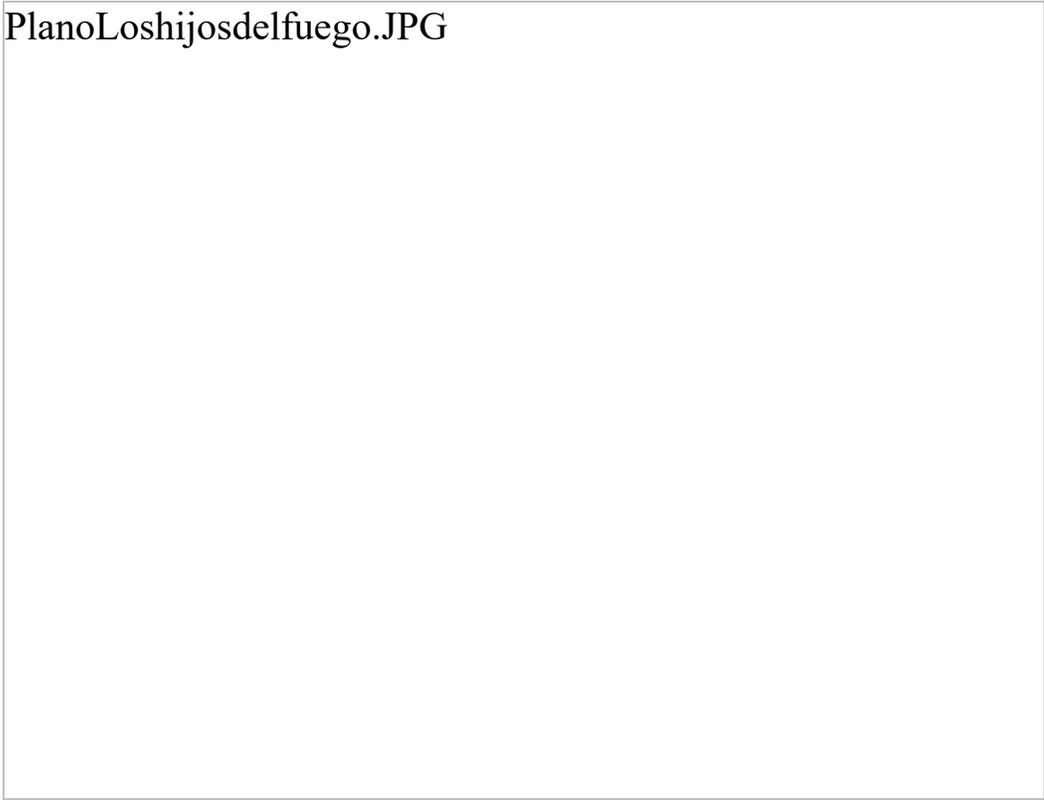
4

3

2
1

Plano

PlanoLoshijosdelfuego.JPG



Dedicatoria

*Para Marta,
la ciudad que más quiero.
Ojalá te pudiera dedicar su fuego, su color,
y la luz de la ría cuando el sol se pone tras las islas...*
21.

Citas bibliográficas

¿Cómo estás, señor? ¿Por qué solitario,
sin más compañía que las tristes ideas
y los pensamientos que debieron morir
con quienes te absorben? Lo que no tiene cura
habría que olvidarlo: lo hecho, hecho está.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Macbeth, acto III, escena 2.^a

—No se empeñe. La información que proporciona un libro suele ser objetiva. Quizá pueda estar planificada por un autor malvado para inducirle a errar, mas nunca es falsa. Es usted quien hace una lectura falsa...

ARTURO PÉREZ-REVERTE, *El club Dumas*

Tuvimos que correr... Lo recuerdo perfectamente porque, por muchos años que se empeñen en pasar, los días de entonces no se olvidan de cualquier forma: era o ellos o nosotros. Y aquellos malnacidos tiraban a matar...

Hoy, a la luz de esta vela prendida en medio de la noche, veo que se acerca el momento. Mis huesos van siendo ya más del camposanto que de las paredes que guardan esta casa, y comprendo que es tiempo de tomar una decisión. Más ahora, cuando nuestra mala memoria se empeña en recordar con fuerza gloriosas batallas que jamás tuvieron lugar, y los que no estuvieron allí deciden honrar los nombres de héroes que, a decir verdad, nunca se comportaron como tales. Ni mucho menos. Tan solo ocurre que hoy nadie lo sabe, porque nadie estuvo allí. Y porque tampoco a nadie le importa un carajo, la verdad...

Pero ¿y yo, que sí estuve? Yo, que sé mejor que nadie todo cuanto sucedió, ¿qué haré yo? ¿Permitir, tal vez, que el paso del tiempo fortalezca un orgullo alimentado en un pasado de leyenda que jamás existió? Podría hacerlo, sí. Callarme, y dejar que la farsa avance... Pero sucede que nadie como yo conoce el verdadero significado de la palabra quebranto. Y el mío, mi propio quebranto, está grabado a fuego. No es de los que se borran, tampoco de los que se pueden ignorar.

En la compañía de aquella decepción que desde entonces vive conmigo, nunca he dejado de recordar, noche tras noche, lo ocurrido en aquellos días, ya más de cincuenta años atrás. Ni tampoco a ella... Y recuerdo, recuerdo perfectamente que nada más fue un instante. Apenas nada, un relámpago de fuego, lo que tarda una bala de cañón en pasar quemando el aire a la vera de uno. Pero no es menos verdad que ese fue el «instante», el momento exacto en que se deciden las cosas. El tiempo de ponernos en pie. Para vivir. O para

morir.

Lo sé porque yo sí estuve allí, y era a mí a quien todos aquellos hombres disparaban. Los de uno y los de otro bando... Nos estaban disparando, malditos desgraciados, a mí y a mis vecinos, y fuimos nosotros los que tuvimos que correr bajo aquella lluvia de fuego. Aunque por aquel entonces era poco más que un niño, lo recuerdo todo perfectamente. Por eso sé que las cosas jamás fueron así, como ahora nos las pretenden contar una y otra vez. No negaré que también cometimos errores, es cierto. Pero tampoco es menos verdad que aquella vez no tuvimos elección. ¿Cómo demonios íbamos a saber que lo que estábamos haciendo era sacarnos de encima unas cadenas para ponernos otras mucho peores? Nuestro pecado fue dejarnos engañar, ganar la libertad para perderla justo a continuación. Luchamos como leones, y como perros nos encadenamos para acabar arrojando nosotros mismos la llave en lo más profundo de la ría... Por mucho que duela, por poco que nos guste, verdad no hay más que una. Esa, y no otra, esa es la que hay que contar. Antes de que desaparezca en el tiempo, antes de que ya nadie más la recuerde.

Y yo... Yo recuerdo que tuvimos que correr.

ACTO PRIMERO. MARIÑA Y SIMÓN

ACTO PRIMERO

MARIÑA Y SIMÓN

—¿Qué coño se supone que es esto? —pregunta el hombre, sin apartar la mirada del pequeño cofre de madera.

—Un reloj —explica el otro.

—Eso ya lo veo yo. Lo que te estoy preguntando es qué cojones quieres que haga con él.

—¿Y yo qué coño sé? Puedes ponértelo en el pito, si te gusta. Yo tan solo te lo traigo porque a mi secretaria le ha parecido que sería un detalle bonito. Ya sabes, una muestra de nuestro agradecimiento, y todo eso.

El hombre, que todavía sostiene el cofre con el reloj en sus manos, clava sus ojos grises de zorro viejo en el otro, tampoco mucho más joven que él, y ambos se sostienen la mirada por unos segundos, el tiempo justo para llegar a convertir el momento en una situación tensa.

—Pues muy bien, puedes decirle a tu secretaria que me ha parecido muy bonito —responde al fin el primero, dejando la pequeña caja sobre el escritorio sin tan siquiera abrirla—. Pero tú y yo ya habíamos acordado el tipo de «detalles» que a mí me gustan, ¿no es así?

—Sí, así es —concede el otro, palmeándose la americana a la altura del bolsillo interior—. Ese otro detalle también lo tengo aquí. En billetes grandes, tal como me habías dicho.

—Bien —asiente satisfecho el zorro viejo—. Muy bien.

—Espero que no haya problemas. Esto es mucho dinero como para que después vengas a joderme con cualquier mierda...

El hombre de los ojos grises deja correr una media sonrisa afilada,

arrogante.

—¿Problemas? Por favor, no me hagas reír, calamidad... Esta ciudad es mía, me pertenece. Desde la primera calle hasta el último solar. Aquí se hace lo que yo digo, y si no queremos que nos molesten, pues se monta un follón en cualquier rotonda, y venga, todos a mirar para otro lado.

Ambos sonríen, cínicos.

—Desde luego, eres un fenómeno, alcalde...

18 de enero de 2017
Faro de Vigo, información local

LA POLICÍA PONE EN MARCHA LA LLAMADA «OPERACIÓN GANSO»

La ciudad de Vigo se une con su propia operación policial al entramado de acciones contra la corrupción urbanística.

AQUILES VEGA

Agentes de la Policía Nacional irrumpieron en la mañana de ayer, y de manera simultánea, tanto en las oficinas del Departamento de Urbanismo del Ayuntamiento de Vigo como en la Delegación de la Xunta de Galicia, reclamando los expedientes de una serie de obras contratadas con distintas empresas, entre las que destaca por su volumen la constructora Rodas S. L. Esta acción ha marcado el inicio de la llamada Operación Ganso, impulsada por el Juzgado de Instrucción número 7 de la ciudad, y cuyo fin principal es el de investigar el complejo entramado de supuestos tratos de favor, cobro de comisiones y concesión irregular de obras que al parecer se venía dando por parte de las distintas administraciones a todo un grupo de empresas relacionadas con la construcción y promoción de obra pública.

La jornada de ayer continuó con una serie de registros diversos, tanto en las oficinas de Rodas como en otras empresas vinculadas con la trama, y por el momento el dispositivo se ha saldado con la detención de varios responsables y trabajadores de las distintas empresas. Desde el juzgado de instrucción pertinente todavía no se ha hecho ningún tipo de declaración oficial, si bien fuentes próximas a la fiscalía informan de que se siguen diligencias por los presuntos delitos de tráfico de influencias, prevaricación y

cohecho...

15 de marzo de 2017

Faro de Vigo, información local

EL ALCALDE DE VIGO, CÉSAR ESCUDEIRO, INVESTIGADO POR UN PRESUNTO DELITO DE PREVARICACIÓN

A tan solo dos meses para el inicio de la campaña electoral, las situación se complica para el alcalde de Vigo, el socialista César Escudeiro, quien acaba de ser llamado a declarar por su presunta implicación en la trama de corrupción investigada en la Operación Ganso.

AQUILES VEGA

Apenas una semana después de que Rodas S. L., una de las principales constructoras de la ciudad, anunciara su situación de impago debido a las complicaciones derivadas de su implicación en la presunta trama de concesiones ilegales, y con todos sus empleados viendo cómo sus puestos de trabajo penden de un hilo, hoy se ha hecho público que finalmente el señor Escudeiro sí tendrá que acudir a declarar. Pero, en contra de lo que se había venido rumoreando hasta ahora, lo cierto es que ya no lo hará en calidad de testigo, sino esta vez ya como un imputado más en el proceso que investiga la mayor red de corrupción política en la historia de la ciudad, dentro de lo que la Unidad de Delitos Económicos y Fiscales de la Policía Nacional ha dado en bautizar como Operación Ganso.

En las últimas horas, la jueza Celia Torres, magistrada del Juzgado de Instrucción número 7 de Vigo, ha admitido a trámite la petición del fiscal de delitos económicos, el señor Siro Iglesias, y añade el nombre de César Escudeiro a la lista de investigados, convocándolo para declarar en las próximas semanas. En rueda de prensa celebrada esta misma mañana, el alcalde ha negado de manera categórica cualquier implicación en la supuesta trama, aclarando que todo es parte de un montaje. «Como no podía ser de otra forma», ha dicho.

22 de marzo
Faro de Vigo, información local

EL PARTIDO POPULAR PRESENTA UNA MOCIÓN DE CENSURA CONTRA EL ALCALDE
DE VIGO

Suso Mosqueira, portavoz del grupo municipal en el ayuntamiento, presenta una moción de censura contra el alcalde socialista, César Escudeiro, motivada por su presunta implicación en la trama corrupta que se investiga en la Operación Ganso.

AQUILES VEGA

Acompañado por todos los miembros del grupo municipal, el portavoz del Partido Popular de Vigo, Suso Mosqueira, ha presentado a primera hora del día de hoy una moción de censura en el Registro del Ayuntamiento de Vigo con el propósito de destituir de su cargo al actual alcalde, el socialista César Escudeiro. Tal como el propio Mosqueira ha explicado en la rueda de prensa convocada a continuación, la decisión viene motivada por la reciente inclusión del actual alcalde en el sumario de la Operación Ganso, ya no en calidad de testigo, sino ahora como investigado. En palabras de Mosqueira, «tras este último escándalo, la permanencia del señor Escudeiro al frente de la alcaldía resulta de todo punto inaceptable».

Por su banda, César Escudeiro acaba de declarar que la moción nada más es un nuevo paso en la campaña de desgaste que, de modo invariable, viene orquestando la oposición desde el comienzo de su mandato. Asegura que «todo esto no es más que la enésima maniobra desesperada por parte del señor Mosqueira, quien, una vez más, pretende ganar con trampas lo que no ha sido capaz de ganar en las urnas». Del mismo modo, explica que su reciente imputación no le preocupa en absoluto, ya que «como se verá al final, yo nada tengo que ocultar», y añade que continuará en su puesto «peleando y dejándome la piel por mis vecinos, hasta que sean ellos mismos quienes decidan lo contrario». «Mi permanencia en el cargo es un clamor popular», ha declarado.

—Bueno, pues aquí estamos.

—Sí... Bonito, ¿verdad?

Apreté los labios y miré a mi alrededor. Desde mi posición no podía ver más que un mar de cabezas. La plaza abarrotada de curiosos, visitantes o vecinos, y todos con ganas de jaleo.

—Pues no sabría qué decirte, Mariña... No acabo de entender qué le ves tú de bonito a una concentración masiva de personas, para más complicación recién llegadas desde otro siglo la mayoría de ellas. No siendo el inminente peligro de una avalancha humana, claro...

—¡Oh, venga, Simón! No empieces otra vez, ¿quieres? Tampoco estaría de más que por una vez en tu vida pensaras en positivo.

—¿Pero qué dices? Parece que no me conozcas, Mariña. Yo siempre pienso en positivo.

—¿Ah, sí? —respondió ella arqueando una ceja, escéptica.

—Por supuesto. Lo que pasa es que aquí hay tanta gente que no me queda espacio ni para los buenos pensamientos. Bastante tengo con pensar en que no me roben la cartera.

Y desde luego no estaba mintiendo...

La Puerta del Sol estaba llena de gente, desde la cúpula del Hotel Moderno hasta la cola del Sireno, en lo alto de su pedestal. Un mundo de personas que, como cada primer domingo después del 28 de marzo, se concentraba en la plaza para contemplar la representación popular, el teatrillo

que constituía el acto central de la fiesta de la Reconquista, en conmemoración de aquel día heroico de 1809 en que los antiguos habitantes de Vigo expulsaron de la ciudad a las tropas napoleónicas.

—Venga, hombre —insistió—, ánimo un poco. Y presta atención, no vayamos a cruzarnos con algún conocido y no lo saludemos.

—¿Cruzarnos con algún conocido, dices? —repetí, arqueando las cejas—. A ver, Mariña, lo raro sería no hacerlo. ¿Tú has visto cómo está esto? Por lo poco, aquí debe de estar la población mundial al completo. Un poco de suerte, e igual nos encontramos a la Santa Compañía, a la selección española del Mundial 82 y, quién sabe, puede que hasta nos demos de narices con Elvis, vete tú a saber.

Por muy exagerado que mi comentario le pareciese a ella, tampoco iba tan descaminado. Allí había gente por todas partes, y, a pesar de que la plaza estaba ya de bote en bote, tanto por abajo, desde las calles del Príncipe o de Policarpo Sanz, como por la de Elduayen, en la parte alta de la plaza, el río de gente no dejaba de fluir en dirección a la Puerta del Sol. Tampoco se veía una ventana a la que no hubiera alguien asomado, desde el edificio Simeón hasta el del Moderno, desde la Casa de la Cultura hasta la de Pardo Labarta. Todo el mundo iba vestido de paisano o de época, con un pequeño en brazos, con una hoz de madera, o armados incluso con cacharros que, con mayor o menor fortuna, intentaban replicar antiguas armas del siglo XIX. Con todo, tampoco esta vez estaba Mariña por darme la razón.

—Eres incorregible... Pues mira —señaló apuntando con el mentón hacia el centro de la plaza—, yo ya he encontrado a alguien.

—Vaya, qué sorpresa... —respondí por lo bajo, sin el más mínimo entusiasmo—. ¿Y de quién se trata, si se puede saber?

—De Tristán.

—¿Quién?

—Tristán —repitió, como si solo hubiera un único «Tristán» en todo el planeta y yo tuviera que conocerlo.

Viendo que seguía sin identificar a nadie entre la multitud, Mariña resopló para, justo a continuación, tener la gentileza de concretar un poco más.

—Tristán —aclaró, señalando a un hombre de edad bastante avanzada, unos cuantos metros más allá de donde nosotros estábamos—, el señor

Taboada.

—¡Ah, claro, el señor Taboada! —repetí, imitando con grandilocuencia su voz.

Se volvió para observarme.

—No tienes ni idea de quién es, ¿verdad?

—Ni la más remota.

Volví a echarle un nuevo vistazo.

—Me suena el nombre, pero no, no caigo... ¿Quién es, un viejo amante, tal vez? Porque lo de viejo resulta evidente. Ahora, lo de amante...

—¡Oye! —Mariña me reprendió con un puñetazo que quise interpretar como cariñoso—. Venga, va, deja de decir chorradas, y acompáñame, que vamos a saludarlo.

—¿Que te acompañe? —pregunté temiéndome lo peor—. ¿Adónde?

—Ahí —señaló—, ahí delante.

—¿Ahí? —repetí, observando en la dirección en que ella comenzaba a tirar de mí—. ¿Pero tú te has vuelto loca? Por el amor de Dios, Mariña... ¡Si ahí debe de haber un millón de personas, por lo menos!

—Sí, y alguna más también —respondió, despreciando lo sensato de mi apreciación al tiempo que volvía a tirar de mí, esta vez con más fuerza—. Venga, vamos. ¡Y deja de comportarte como un crío, por favor!

Avanzábamos, no sin todas las dificultades del mundo, hacia el lugar en que se encontraba el tal señor Taboada cuando Mariña volvió a detener el paso bruscamente, apenas ya a un par de metros del hombre.

—Espera.

—¿Y ahora qué ocurre, que has cambiado de idea? Pues nada, mujer, damos la vuelta y nos vamos para casa, no te preocupes. Si es lo que tú quieres yo sabré aceptarlo...

—Calla, no seas bobo. Fíjate, creo que no llegamos en un buen momento.

Tenía razón. Un vistazo rápido bastó para comprobar que, en efecto, el momento no era el más indicado para acercarnos al señor Taboada.

Separados por apenas unos centímetros, el hombre al que Mariña se refería como Tristán mantenía una conversación intensa con otra persona, alguien situado de espaldas a nosotros. Desde nuestra posición nada más alcanzábamos a ver que se trataba de alguien alto y más joven que el señor

Taboada. Parecía elegante, de esa gente que se viste de manera informal (eso que ahora llaman *casual*), pero dejando claro en todo momento que aquí los guapos son ellos. En realidad, a primera vista no había mucho en el diálogo entre aquellos dos hombres que llamara de manera especial la atención de la gente que los rodeaba, ajenos a sus palabras. Pero una mirada más atenta delataba enseguida el hierro de la situación. Un gesto casual por parte del tipo alto nos permitió ver que se trataba de alguien notoriamente más joven que Tristán, a quien ahora se dirigía con firmeza. Llevaba el pelo empapado en gomina, peinado hacia atrás, con una maraña de ricitos ridículos cayéndole sobre el pescuezo, y mantenía su frente echada hacia delante y la mirada clavada en los ojos del viejo. Por el contrario, el otro, vestido de manera mucho más discreta y corriente, apenas le devolvía la mirada de vez en cuando, observando con incomodidad a su alrededor la mayor parte del tiempo. Supongo que para compensar esa falta de atención, el más joven mantenía amarrado con fuerza el brazo de su interlocutor, detalle que contribuía a darle un aire más amenazador al cuadro.

Fue precisamente en una de esas miradas alrededor cuando Tristán Taboada reparó en nuestra presencia, todavía inmóviles a unos cuantos metros de ellos. Incómodo, se deshizo de la mano del otro y, con un ademán que a mí me pareció mucho un «¡Vete al carajo!», dio por resuelta la conversación para acercarse a nosotros. Despreciado, el tipo elegante aún le dedicó al viejo una mirada rápida, tan severa como incómoda, antes de echar también él a andar y perderse entre la muchedumbre.

—Hola, Mariña —saludó con cariño al llegar, justo antes de darle un beso; a tan poca distancia, los años se revelaban mucho más evidentes: aquel hombre debía de andar cerca de los ochenta—. Qué alegría más grande verte. ¿Cómo estás, querida?

—Bien, Tristán, bien. ¿Y tú, cómo va todo? —Mariña dejó correr uno o dos segundos para compartir una mirada cómplice con el viejo—. ¿Hay algún problema?

—¿Problema? —repitió él, arrugando un poco la frente; miró hacia atrás, y dejó escapar una sonrisa lánguida al comprender—. Oh, lo dices porque me has visto charlando con este... —se mordió el labio—, con este colega, ¿verdad?

—Sí. Espero que nos disculpes, pero la verdad es que no hemos podido evitar ver como...

—No —despreció con un gesto de la mano—, pierde cuidado. El señor Maceo y yo tan solo estábamos comentando un par de cuestiones referidas a su nuevo cargo. Algo acerca de un asunto en el que somos..., ¿cómo te diría yo? Ligeramente discordantes —respondió, recuperando una sonrisa más flemática que sincera.

—Vaya, ese Maceo... ¿Era Gonzalo Maceo? —preguntó Mariña, observando en la dirección en la que el tipo aquel había desaparecido.

Pero el viejo no respondió. De pronto se quedó mirando a Mariña, sonriendo en silencio al tiempo que entornaba los ojos.

—Oh, claro, por supuesto. Tú... Tú ya lo conoces, ¿no es así?

—No —respondió Mariña secamente.

Tristán se la quedó mirando, extrañado.

—¿No? Ah...

—No personalmente, quiero decir. He leído algo sobre él —puntualizó—, en el periódico, estos días. Por eso deduzco que el cargo al que te refieres será el de nuevo director del Museo Quiñones de León...

—En efecto, querida mía. Ahí lo tienes, recién llegado a la ciudad, como quien dice, y ya enchufado. ¡El nuevo jefazo de Castrelos, qué te parece! Qué asco de política, mi niña... —apuntó el señor Taboada en una mezcla de malestar y resignación—. Pero vaya, no malgastemos el tiempo hablando de asuntos que no valen la pena, pequeña, ¡que hoy es día de fiesta! Mejor es hablar de cosas hermosas. Como, por ejemplo, tú. Qué, ¿acaso tenemos alguna novedad que compartir con un viejo amigo? —preguntó con expresión pícaro, posando ahora su mirada en mí.

Esta vez fue Mariña la que sonrió.

—Pues sí, mucho me temo que sí. Tristán, deja que te presente a mi chico: este es Simón Varela.

—Un placer —saludé, tendiéndole la mano.

—Simón es arquitecto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y aquí donde lo ves, si no fuera tan despistado —añadió sin quitarme la vista de encima—, ya habría caído en la cuenta de que tú eres el

Cronista Oficial de la ciudad.

Touché.

—¿Usted es...?

—Bueno, eso es lo que van afirmando por ahí las malas lenguas — respondió el viejo volviendo a sonreír—. O por lo menos mientras el alcalde no diga lo contrario. Que en esta ciudad tan llena de curvas y cuestas todo puede ser...

Reconozco que con aquello sí que no contaba. Por eso me sonaba el nombre.

Mi profesión me ha enseñado a valorar y respetar la historia de mi ciudad. Y no hay espejo donde a ella le guste más mirarse que en su propia arquitectura. Todo lo que tenga que ver con su historia, con sus edificios y con su memoria, ha sido siempre de mi mayor interés. Así, en los últimos días no había habido más que una noticia relacionada con la arquitectura local. Una gran noticia. Tal como el alcalde en persona había anunciado en una multitudinaria rueda de prensa celebrada hacía poco más de un mes, uno de los edificios más singulares y emblemáticos del paisaje vigués estaba a punto de ser, por fin, rescatado de la ruina: la Panificadora. Tras más de siete lustros de abandono, llegaba la promesa de un nuevo futuro para el antiguo complejo industrial que, pese a todo, seguía en pie en pleno centro de la ciudad (si bien cada día con más dificultad), en la manzana comprendida entre las calles Falperra, Cachamuña y Santiago.

Por lo que se había explicado en la misma rueda de prensa, parecía ser que finalmente el ayuntamiento se había decidido a comprar la antigua fábrica de pan para su recuperación. Entre los distintos espacios a los que la restauración daría cobijo, además de un nuevo auditorio, un conjunto de salas de exposiciones, e incluso una nueva Biblioteca Municipal, la antigua fábrica, verdadera joya de la arquitectura industrial gallega inaugurada en el año 1924, también albergaría la sede del nuevo Archivo Municipal, dando por fin solución a la demanda de espacio y medios que tanto tiempo llevaba reclamando su director: el señor Tristán Taboada.

—Pues permita entonces que le dé mi enhorabuena, señor.

El viejo me observó sin comprender.

—¿Por?

—Por el asunto de la Panificadora. Creo que se trata de una noticia estupenda, tanto para la arquitectura de la ciudad como para los vecinos en general.

—Ah, eso... —respondió separando su mano de entre las mías.

Tal vez me equivocara, pero juraría haber detectado cierta incomodidad en su voz. Mariña también lo notó.

—¿Ocurre algo, Tristán?

El anciano volvió a mirar hacia atrás, a sus espaldas.

—No —respondió al fin—, no. No me hagáis caso, nada más es que ese asunto está dándome bastante más trabajo del que esperaba...

—¿Y eso? Yo creía que se trataba de una buena noticia.

—Sí, sí, claro que sí. De hecho, no se imagina usted la de años que hemos pasado peleando por conseguirlo —afirmó mientras recuperaba una sonrisa ligera—. Tan solo es que toda la preparación del traslado me está resultando mucho más complicada de lo que en un principio había pensado, y...

—¿El traslado? —le interrumpí, sorprendido—. ¿No es un poco pronto para eso? Quiero decir, las obras todavía no han hecho más que empezar, apenas unos días atrás. O, vamos, eso es lo que he leído en los periódicos...

—Sí, por supuesto. Pero, como comprenderá usted, ahora que sabemos que ya no hay marcha atrás, cuanto antes empecemos a trabajar, mejor. El Archivo Municipal tiene un volumen más que considerable, por lo que su traslado requiere tiempo. Mucho tiempo, y aún más organización. Al fin y al cabo, nunca sabe uno lo que puede acabar encontrándose al revolver en esas viejas cajas...

Se quedó callado por un instante, la mirada perdida en el suelo.

—Pero sí —nos confirmó al cabo de un rato, dibujando nuevamente una sonrisa en su cara—, claro que es una buena noticia. Para todos...

—¡Bibliotecario!

Alguien gritaba frente a nosotros. Esta vez fuimos Mariña y yo los que buscamos a las espaldas del señor Taboada, mientras él, que ya había reconocido la voz, dejaba correr una mirada resignada, de nuevo el gesto incómodo en su expresión. Por el mismo lugar por donde había llegado la

llamada se nos acercaba ahora una estrafalaria comitiva. Una pareja de soldados napoleónicos escoltaban a un tercer hombre, también enfundado en traje de época.

—¡Bibliotecario! —repitió el tipo vestido de paisano del XIX, en casaca negra, chaleco azul, y cubierto por un sombrero gigantesco—. Por fin te encuentro, hombre. No sabes el tiempo que llevo buscándote. ¿Se puede saber dónde demonios te metes?

Tristán Taboada dejó escapar un suspiro sumiso.

—Hola, alcalde.

Tengo que admitir que hasta ese momento no había caído en la cuenta de que era él. ¿Cómo reconocerlo, vestido de semejante guisa, y casi por completo oculto bajo un sombrero que bien podría ser recalificado como suelo urbanizable? Pero luego comprendí. Caracterizado como Vázquez Varela, regidor de la villa en tiempos de la ocupación francesa, César Escudeiro, actual alcalde de la ciudad, acababa de hacer su entrada en nuestro pequeño foro.

—¿Qué puñetas haces, Tristán? ¿Es que ya no recuerdas que tenemos trabajo que hacer?

—Por supuesto que sí —respondió sin demasiado entusiasmo—. Tan solo estaba aquí, charlando un rato con unos buenos amigos.

No fue hasta ese momento que el alcalde reparó en nuestra presencia.

—¿Unos amigos, dices? —preguntó, mudando el tono reprobatorio con el que hasta entonces se había dirigido al señor Taboada por uno mucho más zalamero—. ¡Ah, pues si son amigos tuyos, entonces también son amigos míos! ¿A quién tengo el gusto de saludar, señorita? —volvió a preguntar al tiempo que tomaba la mano de Mariña entre las suyas, inclinándose ligeramente ante ella.

—Esta es Mariña Dafonte, César. La hija de la difunta doña Isabel Llobet.

—Ah, por supuesto... —afectó su expresión el alcalde—. En su momento lamentamos profundamente la pérdida de su madre, señorita. Doña Isabel era una de las mujeres más queridas, admiradas y respetadas de nuestra ciudad.

—Gracias —respondió secamente Mariña, retirándole la mano.

—No hay de qué. Sepa que si hay algo en lo que yo le pueda servir no tiene más que pedirlo. ¿Y usted —preguntó observándome ahora a mí—,

usted es...?

—Simón Varela, arquitecto —respondí estrechando con fuerza la mano del alcalde—. Mi madre ya murió hace mucho tiempo, pero por mí no se prive: puede usted servirme en todo cuanto le plazca siempre que le plazca, que yo estaré encantado. Nada más tiene que pedirlo, ya sabe.

—Disculpe... —respondió desconcertado—, ¿cómo dice?

Sonreí.

—Nada —respondí, desechando la chanza—. Comentábamos con el señor Taboada la buena noticia de la Panificadora.

—Ah —sonrió también él—, ese tema...

Al momento comprendí que, esta vez sí, mi comentario había acertado de lleno en la satisfacción del alcalde. Por un segundo incluso tuve la sensación de que estuviera sacando pecho, hinchado por el mayor de los orgullos.

—Sí —continuó—, por supuesto que es una buena noticia. Créame, el asunto de la Panificadora era un verdadero clamor ciudadano.

—Hombre, tanto como un clamor...

—¡Un clamor, caballero, se lo digo yo! Por fin, su recuperación será un lujo para todos los vecinos. Un lujo —matizó, con esa mezcla de suficiencia y pedantería que tantas otras veces le había visto exhibir en público— que siempre les ha pertenecido, por supuesto...

—Claro, claro...

—Pues ya que me sacan ustedes el tema —continuó, igual de orgulloso pero con un poco más de arrogancia—, les diré que esa no es la única novedad que tengo para compartir con mis vecinos. Y más en un día tan especial como este. ¿Verdad, bibliotecario?

Pero el señor Taboada, a quien el alcalde se empeñaba en llamar «bibliotecario», no respondió. Se limitó a dejar correr un mohín incómodo. En su lugar, fue Mariña la que habló.

—¿Más novedades? Caramba, señor alcalde, hay que ver... ¡Está usted que no para! —Su voz sonaba cargada de cinismo—. Primero su imputación en la Operación Ganso, luego la moción de censura... Me pregunto qué será lo siguiente.

Sabía que el alcalde nunca había sido santo de especial devoción para Mariña, pero, vaya, pensé que aquello era tenerlos muy bien puestos.

—Sí, todos estamos al día de la actualidad local..., ¿verdad, señorita?

Si realmente fuera cierto eso de que las miradas matan, Mariña habría necesitado reanimación asistida allí mismo.

—Pero sucede —continuó— que hoy no es día para tratar cierto tipo de temas, amiga mía, sino para que hablemos de la Reconquista. De manera que ahora, si me disculpan, tengo un discurso que pronunciar.

Mariña frunció el ceño.

—¿Usted? —preguntó extrañada, indiferente al desaire del alcalde—. ¿Va a pronunciar usted el discurso del Vázquez Varela?

—Así es —confirmó soberbio el regidor—. ¿O qué se cree, que voy vestido de esta guisa porque no he encontrado a tiempo mi ropa de los domingos?

—Pero... No lo entiendo —dijo desconcertada—, de ese parlamento siempre se encarga uno de los actores.

—Este año, no —respondió tajante el alcalde—. Este año tengo una noticia muy importante que compartir con mis vecinos. Y todo gracias al buen hacer de nuestro común amigo el señor Taboada. ¿No es así, bibliotecario?

—Alcalde, yo no creo que...

—Una noticia —siguió el señor Escudeiro, ignorando por completo el comentario del cronista— que cambiará para siempre nuestra concepción acerca del verdadero significado de la Reconquista.

—César —insistió Tristán—, debo advertírtelo una vez más. Yo no estoy de acuerdo con esto. Te dije que todavía no era nada seguro, y tú sabes de sobra que las consecuencias podrían ser muy serias. De no estar en lo cierto, estaríamos cometiendo un error irreparable.

Esta vez fue al viejo Taboada a quien el alcalde fulminó con la mirada. Por completo contrariado, todavía tuvo tiempo de dedicarnos un vistazo rápido, tan incómodo como furioso, antes de agarrar por el brazo al viejo erudito y ponerse los dos de espaldas a nosotros.

Pese a lo bajo de la voz con la que el alcalde se dirigía a Tristán, la corta distancia que los separaba de nosotros hacía imposible no oír la conversación.

—Escucha, bibliotecario, y escúchame bien, porque esta es la última vez que te lo repito. —César Escudeiro hablaba con rabia, mordiendo cada una de

las palabras que salían por su boca—. Ese hijo de puta me ha declarado la guerra, ¿lo entiendes? ¡La jodida guerra! Lleva años tocándome los cojones, pero lo tiene crudo si cree que con esto puede acabar conmigo.

—Pero César...

—¡Ni peros ni hostias, Taboada! Al fin y al cabo ese soplagaítas no es más que un meapilas, así que si quiere jugar sucio, ahí será donde le demos. Donde más le duele. Y para eso te necesito aquí, conmigo. ¿Quieres que te haga un jodido plano, o te queda claro ya?

Intimidado, el señor Taboada no hizo más que asentir en silencio.

—Más te vale —concluyó el alcalde—. Te recuerdo que en esta historia todos tenemos mucho que perder. ¿Estamos? Pues venga, andando.

Se giró ligeramente, de nuevo hacia nosotros. Y, para nuestra grandísima sorpresa, el rostro del alcalde volvía a lucir ahora la mayor de las cordialidades, sin rastro de toda aquella furia que, apenas un segundo atrás, empapaba cada una de las palabras que escupía en la oreja del anciano.

—Señorita, caballero, si nos disculpan...

—Claro, por supuesto... —respondí, todavía sin salir de mi asombro.

—Pero, por favor —añadió, volviendo a girarse una vez más—, ustedes no se vayan: quédense aquí y, si prestan atención, verán como hoy cambia para siempre la historia de nuestra ciudad. Nos vamos, bibliotecario.

Los dos hombres echaron a andar, con aquella pareja de soldados franceses, supongo que en realidad escoltas del alcalde, abriéndoles paso entre la multitud. Consciente de que algo iba mal, Mariña intentó una última comunicación con el viejo, antes de que este se perdiera entre la gente.

—¡Tristán!

El señor Taboada giró la cabeza, y todavía alcanzó a responder:

—No te preocupes, no pasa nada. Enseguida estoy con vosotros.

Y desapareció, sumergido en el mar de cabezas, en dirección al escenario en medio de la plaza.

Apenas tuvimos tiempo de intercambiar tres o cuatro miradas desconcertadas, sin saber muy bien ni qué decir ni mucho menos qué demonios había sucedido, cuando sentimos que la gente comenzaba a gritar y aplaudir. César Escudeiro acababa de aparecer en el centro del escenario. Estaba rodeado por los miembros de la compañía que montaba el teatrillo de

la Reconquista, en realidad vecinos todos del Casco Vello de la ciudad, que ahora, como siempre, se preparaban para representar los mismos papeles que cada uno de ellos llevaba interpretando año tras año. Allí estaba el heroico Cachamuña; el gordo e incompetente comandante Chalot; Almeida, el teniente portugués; la hermosa Aurora; el valiente Carolo... Todos, excepto el vecino que siempre interpretaba a Vázquez Varela. En su lugar, esta vez estaba él: en el centro del escenario, rodeado por todos los demás, el alcalde aguardaba en pie. Un pequeño emperador, visiblemente orgulloso de la acogida que su propia puesta en escena suscitaba entre el populacho. César Escudeiro, el actual alcalde, convertido en Vázquez Varela, el histórico regidor. En segundo plano, un par de metros más atrás, Tristán Taboada, intentando disimular el malestar que todo aquello le producía. Sin demasiado éxito, la verdad. Llevaba la incomodidad escrita en la cara, y yo hubiera apostado lo que fuera a que habría preferido estar en el mismísimo infierno antes que allí, en aquel escenario, ante la mirada atenta de los millares de personas que abarrotaban la Puerta del Sol.

—¡Vecinos!

Como si hubieran estado esperando algún tipo de señal por fin recibida, toda la plaza explotó en una voz atronadora.

—Mira —le dije a Mariña, intentando que mi voz sonara sobre el estruendo a nuestro alrededor—, esto sí que es un clamor...

El sonido de los gritos y de los aplausos fue a mezclarse con el explotar de los tambores, los petardos y los disparos de fogeo con los que toda la gente vestida de época respondía a la llamada de su alcalde, confundiénolo todo, llamada y respuesta, en un jaleo ensordecedor. Como el gran caudillo que en ese momento sentía que era, el alcalde alzó los brazos y así los mantuvo, inmóviles en el aire, pidiendo silencio desde la más autocomplaciente de las sonrisas.

—¡Buenas tardes, vecinos!

Todavía continuó el griterío un poco más hasta que, poco a poco, el nivel de decibelios empezó bajar. Sintiendo que por fin era ya el dueño de toda la atención, César Escudeiro comenzó a hablar:

—¡Buenas tardes, y feliz Reconquista a todos! —Hubo un nuevo conato de euforia, pero, por suerte, esta vez siguió hablando antes de que el tumulto

se hiciera más fuerte que su voz—. Es para mí un orgullo dirigirme a vosotros, con el beneplácito, por supuesto, de las autoridades pertinentes — aclaró, dedicando un ademán de fingida reverencia a los actores—, en una fecha tan especialmente señalada en el libro de nuestros días. Porque, ¡vecinos!, este que hoy estamos a punto de luchar a hierro y fuego es uno de los días más importantes de nuestra historia. ¡Aquí estamos, todos unidos, mano a mano, hombro con hombro, dispuestos a hacer valer nuestra honra, nuestros valores! Dispuestos a pelear contra nuestros enemigos, en el día en que ganamos... —se cuidó de guardar una pequeña pausa dramática, haciendo valer sus recursos de zorro viejo—, ¡nuestro reconocimiento como ciudad ante el mundo!

Pese a lo limitado de su retórica, el alcalde consiguió volver a desatar la euforia de un público, que, a decir verdad, tampoco es que necesitara de grandes panegíricos para dejar correr sus ganas de fiesta. De nuevo atronaron los gritos, los petardos, los aplausos.

—¡Es que no soporto a este tipo! ¡No lo soporto!

—¿Qué?

—¡Digo —gritó Mariña en mi oído— que no puedo con este fulano! ¡Míralo ahí, soltando chorradas con ese tono suyo tan populista! ¡Como si fuese un puñetero rey mago tirándoles caramelos a los chiquillos! ¡Un cacique, eso es lo que es! Y toda esa mierda que está soltando sobre la honra y el valor... ¿Pero de qué habla? ¡Si él más que nadie está de mierda hasta las orejas!

—Ya...

Tal vez debería haber dicho algo más, pero lo cierto es que, a pesar de tener a Mariña pegada a mí, me costaba escuchar su voz por encima del estruendo abrumador de la plaza.

—Sé que no es lo habitual —prosiguió el alcalde—, pero si hoy estoy aquí, hablando con mis paisanos, es porque tengo algo muy importante que contaros. Y no se me ocurre voz más autorizada para hacerlo que la que me pueda prestar Vázquez Varela, mi noble y valiente predecesor en el cargo en el que habéis tenido a bien ponerme. Porque hoy, en estos días tan convulsos que nos toca vivir, días de mentiras y traidores, creo que lo correcto es compartir con vosotros algo que, gracias a los desvelos del señor Tristán

Taboada, nuestro Cronista Oficial aquí presente, me ha sido revelado.

Dejó correr el silencio justo para que el señor Taboada recibiera un discreto aplauso.

—Y lo quiero compartir aquí —continuó—, con mis vecinos. Porque solo nosotros, hombres y mujeres valientes de esta ciudad, estamos autorizados por nuestra propia historia para comprender el verdadero significado de palabras como *valor*, *honestidad*, *compromiso*, o, por qué no, *reconquista*. — Nueva pausa dramática—. ¡Nuestra Reconquista!

Una vez más volvió a explotar el mismo clamor, esta vez sí, sensiblemente espoleado por la soflama patriotera del alcalde. Regresó el estruendo, la algarabía de las voces. Hubo gritos, más aplausos. Y de nuevo las explosiones. Todo el mundo se revolvía al son de los tambores, de los bombos. Se lanzaron más petardos, hubo más detonaciones. Todo era gritos, estrépito, fragor. Desde todas partes. En la calle, en los edificios, desde las ventanas...

Y entonces sucedió.

Fue un espasmo, algo extraño. Un movimiento fortuito.

—Algo ocurre...

La primera vez no la escuché.

—Simón, algo ocurre.

—¿Qué?

—Parece que... No sé, pero creo que ha pasado algo... ¡Simón, mira!

Su voz sonó alarmada.

—¡Qué, qué!

—¡El alcalde!

—¡¿Qué?!

—Acaba de caer —dijo—, ¡el alcalde acaba de caer!

—¿Cómo?

—¡El alcalde —repitió—, acaba de caer al suelo!

—Santo Dios...

En ese instante alguien más se dio cuenta. Y entonces todo cambió. Empezando por la música de fondo, las voces de júbilo comenzaron a callarse, y poco a poco, comprendiendo que algo había ocurrido, la plaza se fue quedando en silencio, impregnada en esa electricidad que delata la

gravedad de las situaciones.

—¡Le han disparado! —gritó alguien—. ¡Han disparado al alcalde!

Lo cierto era que desde nuestra posición, delante justo de uno de los pilares de la estatua del Sireno, no alcanzábamos a ver con exactitud qué diablos era lo que estaba sucediendo. Tan solo que, en efecto, el cuerpo del alcalde permanecía caído, de espaldas sobre el escenario. Inmóvil.

Nada más fue un segundo, dos como mucho. Pero recuerdo la sensación, la impresión terrible de sentir toda la plaza ahogada en el más asfixiante silencio. Durante ese tiempo nadie dijo nada. Por un segundo, dos como mucho, todo fue piedra, asfalto y respiración contenida.

Y entonces pasó.

Alguien pisó un globo, o dejó caer una baqueta sobre la piel de un tambor, o tal vez explotó un petardo que había tardado en prender, no lo sé. Hubo una nueva explosión y, en el medio de todo aquel silencio, aquel ruido sonó como la más terrible de las amenazas. Y pasó lo que tenía que pasar. Todo el mundo comenzó a gritar, aterrorizado, corriendo asustado sin ningún tipo de control de un lado para otro. Sálvese quien pueda, y todo se rompió. Nada más fui capaz de coger a Mariña, abrazarla con fuerza contra mí para que nadie le hiciese daño, y aguantar el primer embate de aquella tormenta de golpes, gritos y carreras, que, con toda seguridad, estaba por llegar.

En medio del temporal de cuerpos y miedo, ya una vez en movimiento buscando seguridad también para nosotros, nada más pude dedicar un vistazo rápido al escenario antes de salir de la plaza. El tiempo justo para identificar el miedo en el rostro del señor Taboada. Lo reconocí todavía inmóvil en medio de las tablas, su mirada clavada en el cuerpo del alcalde, caído boca arriba. Una décima de segundo antes de que, como todos los hombres y mujeres que hasta ese momento habían permanecido con ellos en el palco, también él saliera corriendo. Lo vi bajar del escenario entre golpes, perderse corriendo por la calle Carral abajo y, después, nada.

Golpes, gritos y carreras en medio del caos.

Mariña y yo corrimos como mejor pudimos en dirección a la calle del Príncipe y, ya a la altura de su cruce con la de López de Neira, nos atrevimos por fin a mirar atrás.

—¡Qué ha pasado! —gritó ella—. ¡¿Qué es lo que ha pasado?!

—No lo sé, Mariña, no estoy seguro —respondí sin dejar de correr—.
Pero juraría que acaban de matar al alcalde...

3

Cuando por fin se calmaron un poco los ánimos, y las carreras se convirtieron en un trotar sin dirección, nosotros decidimos regresar a casa. La impresión de lo vivido nos había quitado por completo las ganas de fiesta. Y no éramos los únicos: caminábamos por la calle de Urzaiz arriba, los dos abrazados, en la compañía de una marea de gente que, como nosotros, avanzaba en silencio, intentando comprender la gravedad de lo sucedido. Nadie decía mucho, en la calle apenas se oía de vez en cuando una voz aislada sobre la sinfonía descompasada de sirenas que llegaba desde la plaza, allá al fondo. Una mujer que se llevaba las manos a la cabeza, un hombre desconcertado en el doblar de alguna esquina, un grupo de gente hablando sin levantar la voz en el refugio de algún portal... Nadie decía nada. Los niños caminaban con el susto en el rostro, y era la propia ciudad, otrora tan bulliciosa por aquella misma calle, la que ahora, sin los ruidos de siempre, sin su tráfico, sin nada, parecía aturdida, confundida por lo que ella misma acababa de vivir. Tan solo las ambulancias y los coches de policía seguían descendiendo como relámpagos por la calle de Urzaiz abajo.

Nada más doblar la esquina de la Gran Vía también nosotros entramos a refugiarnos en nuestro portal, y todavía continuamos sin decir nada hasta un poco después, ocho pisos más arriba y dos cafés más tarde.

Entré en la cocina para dejar las tazas vacías en el lavaplatos. Desde el pequeño aparato de radio que teníamos encima del microondas, Jacobo Buceta retransmitía con voz grave la última hora: «Nos encontramos en el hospital Álvaro Cunqueiro, donde nos acaban de confirmar el fallecimiento

del alcalde, el señor César Escudeiro. Como recordarán, el señor Escudeiro recibió un disparo mientras pronunciaba un discurso en la Puerta del Sol, en el momento en que se disponía a...» Apagué el transistor y regresé al lado de Mariña, acurrucada en el sofá negro de la sala.

—¿Qué demonios acaba de pasar, Simón...? ¿De qué va todo esto?

Exhalé sin saber muy bien qué responder.

—No lo sé, Mariña. Supongo que no eras la única a quien el alcalde no le caía demasiado bien...

—¡Oh, venga, Simón! —protestó—. ¡No me vengas ahora con esas!

—¿Qué, qué es lo que ocurre ahora?

—¿Cómo que qué ocurre? Vale que el tipo era un boca-chancla, un farfullero. Pero de ahí a matarlo... Nadie mata por algo así, Simón.

—Pues no sería por eso —me defendí—, pero el fulano ya está reclamando el voto en el más allá, acaban de confirmarlo por la radio. Así que resulta obvio que algo tenía que haber.

—¿A qué te refieres?

—¿Pues a qué va a ser? A lo que tú misma le soltaste en todos los morros.

—¿Lo dices por lo de la imputación?

Asentí en silencio.

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo, tú misma lo dijiste en la plaza, el tipo estaba de mierda hasta las orejas, ¿no?

—No lo sé —respondió en voz baja—. Eso es lo que dicen...

Se quedó observando la mesa que tenía frente a ella, la mirada perdida en las marcas que las tazas de café habían dejado sobre el cristal.

—Pero no creo que haya sido por eso, Simón —continuó.

—¿Por qué no?

—Pues porque medio país está igual —dijo con hastío—. No hay más que echar un vistazo a los periódicos para ver que, aquí, el que no está siendo investigado por algún caso de corrupción es porque ya está en el caldero, juzgado y condenado. Pero no por eso va nadie pegando tiros por ahí...

—No que tú y yo sepamos.

—¿Qué quieres decir?

—Joder, Mariña, ¿qué voy a querer decir? Que con la que está cayendo, se me ocurre un montón de gente que, a cambio de un par de kilos de esos

que Bárcenas tiene en Suiza, Pujol en Andorra o el difunto Ruiz-Mateos debajo del colchón, estaría más que dispuesta a hacer cualquier cosa. Y de manera que pareciera un accidente, si fuera necesario.

Mariña se lo pensó por un momento.

—Vale, no te digo que no. Pero yo creo que, de ser verdad eso que dices, supongo que lo más lógico sería arreglarlo en privado, ¿no te parece? Quiero decir, de una manera más discreta, y no a la vista de miles de personas. ¿Qué clase de accidente sería, si no?

De acuerdo, puede que Mariña llevase razón en eso... Los dos volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Y qué hay de la otra opción? —contraataqué.

—¿Qué otra opción?

—La del señor Taboada.

Mariña arrugó la frente.

—¿Tristán?

—Ajá.

Se encogió de hombros sin dejar de observarme.

—No te comprendo. ¿Qué pasa con Tristán?

—Pues no lo sé —respondí encogiéndome yo también—, no sé qué es lo que pasa con Tristán. Pero está claro que algo pasa, ¿no crees? Sea lo que sea ese algo...

—¿Te refieres a la discusión?

—Pues claro que me refiero a la discusión, Mariña —respondí, como si se tratase del argumento más evidente del mundo—. ¿A qué, si no? Tú y yo vimos lo que pasó. Primero las advertencias que el señor Taboada intentó hacerle al alcalde, y luego las amenazas que este le devolvió... Y eso por no decir que al tipo lo mandaron al otro barrio justo cuando estaba a punto de revelarnos a todos algo muy importante sobre la Reconquista, ¿lo recuerdas? ¡Quédense aquí —exclamé, intentando imitar la voz del alcalde en una parodia más bien poco afortunada— y, si prestan atención, verán como hoy cambia para siempre la historia de nuestra ciudad! Joder, Mariña, eso sí que es tener visión de futuro, y lo demás son gaitas...

—¿Y tú crees que Tristán ha tenido algo que ver con todo esto?

—Mujer, pues no lo sé —respondí rascándome la cabeza—. No sé si

mucho o poco, pero que algo pinta en toda esta película..., yo diría que sí. ¿O a qué venían, si no, las preocupaciones de tu amigo y las advertencias que le hizo al alcalde? Y eso por no hablar del follón que tenía montado cuando nosotros llegamos, con el otro fulano aquel, el pijo ese del Museo de Castrelos...

—¿Gonzalo Maceo?

—Sí, ese, Gonzalo Maceo, Emidio Tucci o como carajo se llame...

—Gonzalo Maceo —insistió Mariña.

—¡Vale, Maceo, qué más da! El caso es que allí, desde luego, se estaba cociendo algo, eso está claro...

—¿Qué insinúas con lo de «cociendo»? —De repente Mariña parecía escandalizada—. ¿De verdad me estás diciendo que crees que Tristán está implicado?

Esta vez fui yo el que se quedó mirando el cristal de la mesa.

—Pues no sabría qué decirte... Pero desde luego una cosa sí que está clara: el tipo sabe más de lo que parece.

Incómoda, Mariña volvió a pelearse contra mis suspicacias.

—Me cuesta creer que Tristán tenga algo que ver en todo esto, Simón. O, por lo menos, del modo en que tú insinúas...

—¿Tan bien lo conoces?

Y ahora fue ella la que se quedó en silencio, la mirada perdida en algún punto indefinido más allá de los ventanales del apartamento, entre la oscuridad que, bajando por la ría, empezaba a envolvernos.

—De toda la vida.

Tal como Mariña me explicó, el señor Taboada quedaba más allá de toda sospecha. Viejo amigo de la familia, ocupaba el cargo de director del Museo Quiñones de León (el mismo que ahora ostentaba el tal Gonzalo Maceo) en la época en que ella era estudiante de Historia del Arte, lo que motivó que entre ellos dos se trabara una relación muy estrecha. «En aquel tiempo, con mi padre ya muerto, cada vez que yo regresaba a Vigo pasaba más horas con Tristán en los talleres del museo que con mi madre en su casa.» Por lo visto, el señor Taboada había acabado convirtiéndose en una especie de mentor

para ella. En la actualidad, además de ser el Cronista Oficial de la ciudad, el historiador también llevaba la dirección del Archivo Municipal del Ayuntamiento, y era, para más datos, miembro fundador del Seminario de Estudios Viguéses.

Cuando Mariña concluyó su hagiografía del viejo, dos cosas me habían quedado claras: la primera, que no se movía una rata por la historia de la ciudad sin que Tristán Taboada tuviera constancia de qué número calzaba el roedor en cuestión; la segunda, que el cronista gozaba de toda la confianza por parte de Mariña.

—¿Y por qué el alcalde se empeñaba en llamarlo «bibliotecario»?

—Porque lo es. Además de todo lo que te he dicho, Tristán también es el responsable de la biblioteca del Seminario, una institución que, pese a ser oficial y dependiente del ayuntamiento, no goza de las mejores relaciones con el alcalde. Bueno, gozaba... Supongo que por eso insistía en dirigirse a él de esa manera: porque para un tipo tan pagado de sí mismo como el difunto César Escudeiro, el cargo de bibliotecario debía de suponer muy poca cosa...

—Una manera de marcar distancias.

—Di mejor clases —corrigió con lástima.

Me puse en pie y caminé por la sala para intentar ordenar un poco las ideas. Me detuve ante uno de los ventanales. Los ocho pisos de altura desde la esquina de Urzaiz con la Gran Vía seguían convirtiendo el apartamento en un mirador impagable sobre la ría de Vigo.

—¿Por qué no lo llamas? —propuse.

—¿A Tristán?

—Claro, ¿por qué no? Si es tan de confianza como tú dices, quizá pueda arrojar un poco de luz en todo esto.

—No sé, Simón, tal vez no sea el mejor momento...

Me acerqué a ella.

—Escucha, Mariña. Allí abajo había un jaleo de mil demonios, pero no por ello dejé de darme cuenta de que el tipo estaba muerto de miedo cuando lo vi, justo antes de que saliera corriendo del escenario. Tú y yo sabemos que no es agradable ver morir a alguien a tu lado, pero, teniendo en cuenta todo lo anterior, me jugaría cualquier cosa a que tu amigo está metido en algún apuro. Y si de verdad es tan buena gente como tú dices, en una situación

como esta no creo que ningún momento sea malo para escuchar una voz amiga. E insisto, cariño: responsable o no, me apuesto lo que quieras a que ese hombre sabe mucho más de todo este asunto de lo que tú o yo podamos imaginar.

Mariña se lo pensó por un instante, sus ojos puestos en los míos, y un labio mordido entre los dientes. Por fin se decidió. Echó mano del bolso a su lado y, después de rebuscar una eternidad entre las mil y una cosas que siempre llevaba allí dentro, en la inmensidad de aquel saco sin fin, sacó su teléfono móvil. Buscó en la agenda el contacto, y pulsó el icono de llamada. Línea. Tono de llamada. Uno. Dos. Tres... Muchos. Nada.

—No contesta.

—Insiste.

Rellamada. Tono. Uno. Dos. Nada. Rellamada. Mismo resultado.

—Nada, no contesta —concluyó con expresión preocupada.

—Bueno, tal vez tengas razón, y este no sea un buen momento —respondí, pretendiendo restar gravedad al asunto.

—Bueno, tal vez la razón la tengas tú, y Tristán sí esté en un apuro.

No quise responder.

—Oye —dijo ella entonces—, ¿por qué no le das tú una llamada a tu amigo?

Fruncí el ceño.

—¿A quién?

—Ya sabes a quién.

Por supuesto que sabía a quién.

—¿Bruno?

—Claro. Al fin y al cabo, tal vez ellos te puedan decir algo.

Volví a quedarme mirando por la ventana.

—Bruno...

La verdad es que ya llevaba tiempo pensándolo.

Pasamos mala noche. O eso creo, porque el último recuerdo que tengo antes de quedarme dormido como un tronco es el de sentir el cuerpo de Mariña dando vueltas y más vueltas en la cama. Cuando desperté, ya por la mañana, ella no estaba allí. No estaba en la cama, y tampoco en el sofá del salón. «¿Hola?» Busqué en la cocina, en el baño. «¿Mariña?» Pero no. Mariña no estaba en casa, y mi voz no hizo más que rebotar contra el silencio que ella había dejado por respuesta. No estaba en casa. No sabía adónde se había ido, no sabía a qué hora lo había hecho. Tan solo sabía que no estaba. La llamé a su móvil, pero tampoco por ahí conseguí nada. Le eché un vistazo al reloj de la cocina. Las nueve en punto. Y yo no había quedado con Bruno hasta una hora más tarde. Todavía descalzo y en pijama, inmóvil frente a la nevera, de pronto me sentí solo. Tuve la sensación de que yo no pintaba nada en aquella casa, tan llena de vacío si Mariña no estaba en ella. Me estremecí, y decidí apartar la idea. Regresé al dormitorio para vestirme con la misma ropa del día anterior, y al salir intenté llamarla una vez más. Nada, mismo resultado. No había respuesta. Me tomé un café a medio calentar en la silenciosa compañía del microondas y, sin mucho más que hacer, salí a la calle.

Atravesé todo el centro de la ciudad tan despacio como me fue posible. La calle Urzaiz había recuperado su ritmo habitual, un caos de coches, taxis, buses urbanos subiendo y bajando por ella como si no hubiera más calles en el mundo. En la del Príncipe, los camiones de reparto apuraban los minutos para dejar las entregas antes de que la vieja calle comercial de la ciudad

abriera sus puertas a un nuevo día de compras. Para cuando llegué a la Puerta del Sol, la luz de la mañana había barrido por completo cualquier sombra de lo sucedido el día anterior. La gente caminaba con paso decidido, mirando al frente y de ese modo en que siempre hacemos aquí, con prisa, como si en todo momento necesitáramos inercia para no quedarnos a medio camino de ninguna parte. Los mismos coches, taxis, autobuses que había visto bajar por Urzaiz atravesaban ahora la Puerta del Sol a toda velocidad, sin prestar atención a ninguna otra dirección que no fuese hacia delante. O tal vez no fuesen los mismos coches, no lo sé, pero lo cierto es que allí mismo, inmóvil bajo la mirada atenta del Sireno, era como si aquella mañana de lunes no supiera nada en absoluto de aquella otra tarde de domingo. Nada, nada en la plaza parecía recordar el caos, las carreras, el miedo del día anterior. La sangre. Nada... de no ser por los restos de un escenario a medio desmontar, precintado por la policía, y todavía con una mancha parduzca marcada en el centro de las tablas. Aún incapaz de comprender lo que había sucedido, me alejé de aquellos restos y, del mismo modo en que la ciudad pretendía hacer, también yo me perdí por la calle Elduayen arriba, sin detenerme ya hasta entrar en La Popular.

En realidad, La Popular era el mismo bar de siempre, aquel pasillo estrecho y alargado que Suso había bautizado como El Sireno, en honor al curioso monumento erigido en la Puerta del Sol. Lo que ocurre es que cuando Suso se jubiló volvió a cogerlo Xabier, su anterior propietario, cansado ya de intentar sacar adelante bares de conciertos que, una vez tras otra, acababan siendo cerrados siempre, y de manera invariable, por las dos mismas razones, a saber: las quejas de alguna vecina insufrible y la total falta de apoyo por parte del ayuntamiento. De manera que, una vez hecho y formalizado el traspaso, las fuerzas vivas de la plaza, en donde yo seguía manteniendo mi estudio de arquitectura, respiramos tranquilas, sabiendo que a pesar de la jubilación del viejo Suso nosotros seguiríamos teniendo nuestro centro de reunión y mando en el mismo lugar de siempre. Ahora, eso sí, sabiendo también que de entonces en adelante habría días en los que tendríamos que entrar con casco...

—Buenos días —saludé nada más llegar.

—No sé qué coño tienen de buenos.

De acuerdo, este era uno de esos días.

—Vaya, parece que no estamos de buen humor hoy...

—Bueno —respondió el encargado sin dejar de pasar la bayeta sobre la barra—, ¿y qué carajo quieres que te diga? Hace frío, me duele la espalda, ayer los del Barcelona le metieron seis al Celta, se han cargado al alcalde y, encima, para una vez que se abre la puerta en toda la mañana, resulta que eres tú quien aparece por ella. Y para colmo querrás que te ponga un café, ¿no es así?

Por supuesto, lo preguntó como si tal pretensión fuera la mayor de las insolencias por mi parte.

—Hombre, si ves que no te va demasiado mal...

—¡Pues claro que me va mal, carajo! ¡Que a base de cafés no me sacaréis de pobre en la vida!

Dio la vuelta y se marchó en dirección a la cafetera. Y, también por supuesto, sin dejar de rezongar por el camino.

—¡Ah, por cierto! —añadió amarrado a la máquina, desde el fondo del bar—. Que sepas que he terminado de leer el libro ese que me recomendaste...

—¿Ah, sí? Y qué, ¿qué te ha parecido?

—¿Que qué me ha parecido? —repitió observándome ahora de reojo, con la cabeza inclinada hacia delante y una ceja arqueada—. ¡Una mierda!

«Vaya por Dios...»

—Vamos, que este tampoco te ha gustado...

—¡Pero cómo me va a gustar eso, hombre! Un fulano que va por ahí destripando viejas en la bañera... ¡Eso es una barbaridad! Y, oye, ¿quieres que te diga más?

—Pues no lo sé, la verdad... —respondí, no sin cierta preocupación, al tiempo que Xabier se acercaba con mi café.

—A mí lo que más me preocupa —dijo, sin dejar de apuntarme con el dedo— es que esa porquería te guste a ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—Vaya... Pues sí —respondí, casi excusándome—, a mí me gusta...

—¡Pues es una mierda! —bramó al tiempo que más que posar arrojaba el

café sobre la barra—. ¡A saber qué clase de traumas tendrás tú ahí dentro si te gusta ese tipo de porquerías! —advirtió apuntando ahora con el mismo dedo a mi cabeza.

—Carajo, Xabi —respondí al tiempo que recomponía la taza sobre el platillo, intentando evitar su naufragio en medio de todo aquel café derramado—, a veces creo que este es el único bar del mundo donde el cliente nunca tiene razón.

—Leo Caldas —siguió él a lo suyo, ignorando por completo mi queja—, ese sí que es un buen detective...

Y regresó a su ocupación anterior, limpiando la barra con la bayeta, como si en todo el bar no hubiera nada más interesante que hacer. De haberme visto con más ánimos tal vez le hubiera dicho algo, pero escogí no hacerlo. Para empezar, sabía de sobra que aquella era una batalla perdida a la que tampoco había que darle más importancia, que al fin y al cabo Xabier era la mejor-persona-con-peor-carácter que jamás había conocido. Pero, sobre todo, porque cuando todavía ni tan siquiera sabía por dónde comenzar mi posible alegato, sentí que la puerta de La Popular volvía a abrirse a mis espaldas.

—*Bon dia!*

No contando la llamada de la noche anterior, hacía años que no oía esa voz. Tragué saliva antes de darme la vuelta.

—Buenos días, Bruno.

Antes de que me diera tiempo a ponerme en pie, él ya estaba a mi lado, machacándome la espalda a modo de saludo.

—Póngame una caña aquí, jefe.

—¡Marchando!

—Simón, Simón, *Simonet...* —repitió sin dejar de observarme, todavía con una de sus manos, fuertes, enormes como una raqueta de tenis, agarrando con fuerza mi hombro—. Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad, *malparit?*

Y era verdad. Ciertas aventuras pasadas, que incluían algún deceso y hasta una carrera por la ría con lanchas planeadoras persiguiéndose en plan *Corrupción en Miami*, habían sido las causantes tanto del distanciamiento entre nosotros como de que a Bruno lo hubieran degradado de comisario a inspector. Y, aunque ya habían pasado unos cuantos años, una serie de «lagunas» en la dudosa legalidad de todos aquellos actos recomendaban

mantener una cierta distancia y, sobre todo, discreción, tal como él mismo me había explicado entre amenaza y amenaza. «Escucha —me había advertido—, mejor que no se te ocurra volver a cagarla en toda tu vida, ¿sí? No quiero ni oír que has aparcado mal ese trasto con ruedas al que llamas coche, ¿me entiendes? Como me entere de que te han puesto una sola multa, aunque nada más sea por no recoger las caquitas de tu pekinés, yo mismo me encargaré de enchironarte hasta que las ranas críen pelo.»

Pero, a pesar de todo aquello, ahora el tiempo, que todo lo cura, había pasado, y allí estábamos, de nuevo los dos juntos.

—Oye, Bruno... —intenté comenzar la disculpa que llevaba ensayada—. Me gustaría decirte que siento mucho...

Pero él no me dejó continuar.

—No —me interrumpió—. Ese tema mejor dejarlo de lado. Ya te partiré la cara en otro momento. Por los viejos tiempos.

—Ah.

Viendo la envergadura de mi viejo amigo de correrías y, sobre todo, el tamaño del puño que mantenía cerrado sobre la barra del bar, comprendí que lo mejor era hacerle caso.

—Así que ahora necesitas información, ¿eh? —preguntó al tiempo que Xabier posaba su cerveza y un platito con aceitunas ante él.

—Sí —admití—. Mariña y yo estamos un poco preocupados por un amigo del que no sabemos nada desde ayer, y...

—El señor Taboada —me interrumpió él.

Me quedé mirándolo.

—¿Cómo lo sabes?

Bruno le dio un trago larguísimo a su caña sin dejar de observarme de reojo.

—Pues porque somos la policía, muchacho —respondió como si de la cosa más evidente se tratase, volviendo a dejar el vaso sobre la barra—. ¿No ves que nosotros lo sabemos todo?

—¿Incluso quién ha matado al alcalde?

—Bueno, casi todo —se apresuró a corregir—. Sé que te interesa Tristán porque nosotros también lo estamos buscando. Y, por lo que me han dicho, me consta que es muy amigo de tu chica...

—Vaya, pues sí que estás informado.

—¿No te lo acabo de decir? Nosotros lo sabemos todo, hombre. Menos quién mató al alcalde —puntualizó—. De momento.

—¿Y por qué lo buscáis vosotros? ¿Crees que puede estar...?

—¿Involucrado? —Sonrió—. No lo sé. ¿Lo crees tú?

No supe qué decir.

—Por ahora —siguió—, lo único que sé es que lo estoy buscando para hablar con él. Y que no aparece. Como mínimo, me interesa porque se trata de un testigo excepcional, uno de primerísima mano.

—¿Y nada más?

—No, de momento nada más. Así que, si es por eso por lo que querías hablar conmigo, mucho me temo que no pueda ayudarte. ¡Vaya por Dios! —lamentó con absoluta indiferencia, echando una mano al plato de las aceitunas—, y yo que pensaba que me habías llamado porque echabas de menos nuestra vieja amistad...

—Sí, claro, por eso también. Entonces, ¿no sabéis nada de él?

—Nada. Si quieres que te diga la verdad, yo me juego el culo a que el viejo está cagado, muerto de miedo en algún agujero. Pero, claro, eso no te lo podré confirmar hasta que no lo encuentre...

—Ya... —respondí, observando el par de huesos de aceituna que Bruno acababa de dejar caer al suelo—. ¿Y qué pasa con el resto? ¿Sabéis algo?

El inspector me dedicó una mirada de reojo, severa, supongo que sorprendido por mi descaro.

—Algo que me puedas contar, claro...

—No mucho, en realidad —respondió al fin—. En la calle todavía estamos con los primeros pasos, tomando declaración a los testigos, ¿ha visto usted algo extraño?, ¿cree que podría identificar al asesino?... En fin, ese tipo de cosas.

—Comprendo. ¿Y no hay nada más?

Pero Bruno no respondió. Volvió a quedarse en silencio, y por un instante tuve la sensación de que le estaba dando vueltas a algo.

—¿Qué ocurre?

Permaneció en silencio, jugueteando ahora con su vaso entre las manos.

—Bueno, es cierto, hay algo más —respondió, por fin.

—¿De qué se trata?

Me observó de reojo y dejó correr una media sonrisa.

—De un pequeño detalle, algo que me acaban de decir justo cuando estaba viniendo para aquí...

Dejó nuevamente el vaso sobre la barra, y por un instante la mirada del inspector Rodés volvió a quedar perdida en la contemplación de los restos de espuma, como si buscara en ella la respuesta a algo que no acabara de comprender.

—¿De qué se trata, Bruno?

Aún tardó en hablar.

—De algo muy raro, Simón —respondió por fin, clavándome la mirada—. Se trata de algo muy raro...

5

Regresé a casa tan rápido como pude, pero, cuando llegué, ella aún no lo había hecho. La llamé por teléfono varias veces, pero con el mismo resultado que a primera hora: sin conseguir que me contestara ni una sola. Unas cuantas horas más tarde ya estaba bastante más que preocupado, cuando sentí el tintinear de unas llaves en el descansillo. Corrí hacia la puerta y, al abrirla, me encontré con Mariña al otro lado, en la penumbra del rellano, y todavía con el llavero en las manos. Tal vez sea una estupidez, pero por un instante pensé que se trataba de otra persona. Algo en su expresión, tal vez su aspecto, me hizo dudar. Tal vez incluso toda ella.

—¿Mariña? ¿Eres tú?

—No —respondió—, soy la Madre Teresa, que vengo a bendecir este hogar. ¿A ti qué te parece?

—Perdona, no te había visto bien.

—La luz de la escalera, que se ha vuelto a fundir.

—Ah, claro... Oye, ¿te encuentras bien?

Pareció pensárselo un momento.

—Sí... Sí —respondió al fin—, mejor que nunca. ¿Me vas a dejar pasar, o nos quedamos en la puerta todo el día?

Avanzó hasta la sala y fue a sentarse en el sofá negro, frente a los restos de mi comida precocinada.

—¿Dónde estabas? —pregunté, sentándome a su lado—. Te he llamado un millón de veces, estaba preocupado.

—Lo sé. Pero no podía contestarte... También he estado en el

ayuntamiento.

—Tamb... —Fruncí el ceño—. ¿Cómo que también? ¿Y a qué has ido al ayuntamiento?

—Al Archivo Municipal.

El Archivo...

—¿Has visto a Tristán?

Mariña sacudió la cabeza en el aire.

—No. Allí no saben nada de él desde que el viernes se fue a su casa. Y de todos modos, ahí el ambiente está muy enrarecido.

—Me lo puedo imaginar...

—Sí. Nadie tiene ganas de hablar, ni sobre Tristán ni sobre nadie. También probé a llamarlo al número de su casa.

—¿Algún avance?

—Ninguno. Lo único que he conseguido ha sido hablar con Amelia, su esposa. Pero ella tampoco sabe nada de él. Por lo visto esta noche no ha dormido en casa. La pobre mujer está hecha polvo.

—Claro... Bueno, ¿y qué más?

—¿Cómo que qué más?

—Que qué más has hecho. Quiero decir, ¿todo este tiempo para ir al ayuntamiento? —Eché un vistazo al reloj—. Son más de las tres ya...

—Bueno, oye. Eso..., y algún recado más —respondió incómoda, levantándose del sofá—. Igual te crees que la nevera se llena sola.

—¿La nevera, dices? —pregunté, mirando a su alrededor—. Pero si no traes ninguna bolsa...

—¡Bueno, mira! ¡Y tú tampoco, por lo que veo!

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿qué pasa contigo?

De repente ya no entendía nada.

—¿Pero se puede saber de qué demonios me estás hablando?

—¡Que qué tal con Bruno, Simón! ¿Has averiguado algo o qué?

Eso, claro. Estaba tan preocupado por Mariña que ya me había olvidado de mi encuentro con Bruno.

—Sí, algo he averiguado, sí. De hecho —sonreí—, no te vas a creer lo que me ha contado.

—Bueno, tú prueba y ya veremos.

Me tomé unos segundos para organizarme, poner en orden mi discurso y hablar con claridad.

—Parece ser que lo que han encontrado en la autopsia es una bala, una justo encima del corazón. Por lo visto le seccionó la aorta. Se la cortó de cuajo, de manera que el pobre no tuvo ninguna posibilidad.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de raro? Al fin y al cabo, al tipo le pegaron un tiro. ¿Qué esperaban encontrar? ¿Un melón?

—Ya, claro. Lo de la bala es normal, sí. Pero lo que ya no lo es tanto es el tipo de bala —maticé—. Por lo que acaban de averiguar los de balística, se trata de un proyectil extraño. Muy extraño...

Mariña permaneció inmóvil, observándome en silencio.

—¿Como cuánto de extraño?

—Como del siglo diecinueve.

Sorprendida, arqueó las cejas al tiempo que la boca se le abrió ligeramente.

—¿Del diecinueve, has dicho?

—Sí —le confirmé—. O quizás incluso del dieciocho, en el laboratorio todavía no lo tienen claro.

Lentamente, Mariña comenzó a mover la cabeza arriba y abajo en silencio. Y comprendió.

—Eso significa que...

—Exacto: que al alcalde se lo han cargado con un mosquetón de la guerra de Independencia.

—Dios mío... —Mariña se echó las manos a la boca—. Pero ¿quién podría hacer una cosa así? O sea, ¿de dónde se puede sacar un mosquetón de más de doscientos años y que, encima, siga funcionando?

—Bueno —respondí, cruzando los brazos sobre mi pecho—, por lo que me ha contado Bruno, eso también es algo que los trae bastante despistados. Por lo visto no encuentran nada en el registro de armas antiguas, y no tienen constancia de nadie que posea ningún arma que coincida con esas características. Y esto por no hablar de otros problemas mayores...

—¿A qué te refieres?

—Pues a la manera en que esta circunstancia complica las declaraciones

por parte de cualquier posible testigo. Si ese ha sido el *modus operandi*, jamás encontrarán nadie que declare haber visto un arma actual en el momento del disparo. Pero, por el contrario...

Mariña comprendió al momento.

—Tampoco encontrarán a nadie a quien le haya llamado la atención la presencia de alguien armado con un viejo mosquetón. Todo el mundo pensaría que se trataba de una réplica.

—Exacto —afirmé—. Si había un lugar perfecto para pasar desapercibido caminando entre la multitud con un arma de época, ese lugar era ayer la Puerta del Sol.

Los dos volvimos a quedarnos en silencio.

A punto estaba de preguntar otra cosa, cuando algo nos sobresaltó. El teléfono móvil de Mariña sonaba en el interior de su bolso. Para mi sorpresa, esta vez lo encontró bastante rápido. Se quedó mirando la pantalla.

—No conozco el número. Es uno de esos largos —despreció—, una centralita.

—Cógelo.

—Déjalo estar, será algún teleoperador vendiéndonos cualquier chorrada. Ahora no es el momento para...

—Cógelo —insistí—. Tal vez sea algo importante.

Me observó, desconcertada. Por fin, acabó deslizando los dedos sobre el icono verde.

—¿Sí?

Permaneció en silencio, esperando.

—¿Hola? —insistió—. ¡Oiga!

Todavía seguía en silencio, comprendí que esperando a que del otro lado alguien se decidiera a responder. Ya estaba a punto de colgar cuando los ojos se le abrieron de golpe.

—¡Tristán!

Entre las casi trescientas mil personas que hay registradas en el censo de la ciudad, los que también viven aquí pero siguen empadronados en Ourense, y la cantidad de gente que viene a Vigo para trabajar, para ir al médico o simplemente para ver Cangas, cada día se mueven por estas calles casi medio millón de personas. Medio millón, que se dice rápido... Y, sin embargo, no sé qué demonios pasa con esta ciudad, que por las noches todo el mundo desaparece. No sé dónde se meten, no tengo ni idea, pero lo cierto es que, pasada la hora de cenar, Vigo se convierte sin remedio en una especie de pueblo fantasma. No queda nadie más que los empleados de la limpieza municipal, recorriendo las calles manguera en mano, algún borracho despistado... Y nosotros. La noche estaba ya bien entrada cuando salimos de casa. Tanto, que las campanadas de la medianoche sonaban en el reloj de la caja de ahorros, allá abajo, en el encuentro de las calles Colón y García Barbón, cuando Mariña y yo nos echamos a la calle. Y, por supuesto, en la Gran Vía no había nadie.

—Sigo sin comprenderlo, Mariña. ¿Por qué tenemos que hacerlo así?

—Bueno, pues porque es así como él nos lo ha pedido.

—Ya, pues muy bien —respondí, dejando claro que esa respuesta no me valía—. Pero también podía haberlo pedido de otra manera. ¿En el auditorio del ayuntamiento, después de la medianoche? Por favor, ni que esto fuera una peli cutre de espías...

Subíamos por la calle, dejando atrás la manzana donde por más de ochenta años había estado el antiguo colegio del Cluny, obra del arquitecto

Antonio Cominges, ahora barrido de la memoria de la ciudad para, en su lugar, levantar una moderna residencia para la tercera edad.

—Sus razones tendrá.

—¿Ah, sí? —volví a protestar—. ¿Y cuáles crees tú que pueden ser? ¿Que se convierta en calabaza si vamos antes?

Mariña se detuvo en seco, ya a la altura de la esquina con la calle Venezuela.

—Oye —advirtió apuntándome con su dedo índice—. Cállate de una vez, y compórtate. El pobre hombre está muerto de miedo y, tal como él mismo dijo, no sabe ni en quién confiar ni a quién pedir ayuda —explicó sacudiendo el mismo dedo arriba y abajo ante mí—. Así que, si se ha decidido a contactar con nosotros, lo menos que podemos hacer es ponérselo fácil. ¡Y si él nos pide que lo hagamos así, pues lo hacemos, y punto!

—Ya, Mariña, pero es que yo creo que...

—¡Y sin rechistar! —me atajó—. ¿Te queda claro?

Me quedé mirándola, inmóvil, sus ojos clavados en los míos, y aquel dedo indicador, todavía apuntándome cargado con la más severa advertencia. No pude evitar sonreír. Allí, en medio de la noche y bajo la luz de las farolas de la calle, Mariña seguía pareciéndome la mujer más hermosa del mundo, y sus ojos mi única patria.

—Clarísimo, mi capitán.

—Bien. Pues ahora, venga, andando.

Atravesamos toda la calle Venezuela en silencio, sin apenas mediar palabra y a paso bien ligero. Ya al final, en el encuentro con la calle Camelias, torcimos a la derecha y atravesamos el puente metálico. Como si de dos fugitivos se tratase atravesamos la plaza del Rey, ya casi a las carreras, y no nos detuvimos hasta llegar a una de las puertas de hierro marrón del viejo auditorio municipal, en el extremo izquierdo de esa monstruosidad que es la torre del edificio del ayuntamiento.

—Oye, ¿tú estás segura de que te dijo que viniéramos por aquí? —pregunté, observando con preocupación la oscuridad del callejón que arrancaba a nuestra izquierda, hacia las ruinas del castillo de San Sebastián—. Lo digo porque esta no es la entrada principal...

—Sí, hombre —respondió ella mientras daba un par de golpes suaves con

los nudillos en la puerta—, si te parece también podemos pedir que nos abran la puerta grande, con la banda municipal tocándonos *La leyenda del beso*. Simón, por favor... Se supone que hemos de ser discretos, ¿no te parece?

«Sí, claro, discretísimos», pensé. Total, solo nos estábamos colando en el edificio donde, entre otras cosas, tenía sus dependencias la Policía Municipal. A punto estaba de replicarle algo cuando la puerta se entreabrió ligeramente.

—Habéis venido —dio por todo saludo el hasta entonces desaparecido señor Taboada, asomando nada más que la punta de su nariz por la rendija de la puerta abierta.

—Claro que sí, Tristán.

El historiador abrió la puerta un poco más, lo justo para que pudiéramos entrar, y luego de volver a cerrarla con el cuidado de no hacer ningún ruido en absoluto, echó a andar con paso apurado.

Caminando tras él, pasamos del auditorio al recibidor del ayuntamiento a través de su gran patio interior, y de ahí a un laberinto de puertas, pasillos y escaleras que nos fue llevando, cada vez más abajo, hacia las entrañas de la torre. Cuando por fin llegamos al final de nuestro recorrido, que resultó ser una oficina en apariencia pequeña al final de un largo corredor, Tristán cerró las puertas tras de sí, y encendió la luz. Fue entonces cuando pude ver que la sala en la que estábamos no era tan pequeña como yo había intuido en un principio. Ni mucho menos.

—Bienvenidos al Archivo Municipal.

Mariña se acercó al viejo para abrazarlo con fuerza.

—No sabes cómo me alegro de volver a verte, Tristán. Estábamos muy preocupados por ti.

—Estoy bien —repuso—, estoy bien... Tan solo es que después de lo de ayer cogí un poco de miedo, la verdad.

—¿Lleva usted aquí desde ayer?

—Sí —admitió en un hilo de voz—. Supongo que me asusté, y no supe qué hacer. Entonces pensé que este sería el único lugar donde nadie me buscaría. O, vaya, por lo menos en el que mejor sabría esconderme. ¿A quién se le iba a ocurrir que podría regresar aquí? —explicó—. Y, bueno... Al fin y al cabo tengo un juego de llaves bastante bien surtido —sonrió, resignado—. Por favor, perdonad que os llamese, y que os haya hecho venir hasta aquí, y

encima de esta manera... Como en una película barata de espías.

—No se preocupe por eso, señor Taboada, faltaría más —respondí rápido, sin dejar de cruzar con Mariña una mirada ligeramente recriminatoria.

—Insisto en pedirte disculpas, pero es que tampoco sabía con quién podía hablar y con quién no. Y entonces apareciste tú, Mariña. Primero tus llamadas. Y, hoy... Esta mañana te vi llegar.

—¿Cómo, me viste?

—Sí. Estaba escondido aquí detrás —explicó, apuntando al laberinto de corredores y pasillos que las paredes de estanterías formaba tras él, en la oscuridad—. Por eso decidí devolverte las llamadas. Tal vez tú, vosotros...

—Sabes que puedes contar con nosotros —le confirmó ella—. Pero ¿por qué ocultarte? —preguntó encogiendo los hombros—. ¿De qué tienes miedo, Tristán?

El anciano se quedó en silencio, buscando la respuesta a la pregunta de Mariña en la oscuridad a sus espaldas.

—Tengo miedo de la verdad, hija mía... Creo que a César lo han matado por algo que yo le dije.

Sorprendida, Mariña se lo quedó mirando.

—¿Cómo dices?

El viejo apretó los labios.

—Es por un asunto que había descubierto unos días atrás, y del que nada más hablé con él. Al principio no me prestó atención. Pero después... Se lo advertí —lamentó—, ¡se lo advertí! Se trataba de algo demasiado serio, ¡era necesario ser extremadamente prudentes! Pero él no me hizo caso. Debí de hablar con alguien, estoy seguro de que le fue con el cuento a alguien más, estúpido bocazas arrogante... Y por eso ahora está muerto.

—Oiga, deje que le pregunte algo. Eso que dice que había descubierto usted..., ¿tiene algo que ver con toda esta historia de la Reconquista, tal como el señor Escudeiro estaba diciendo antes de que le dispararan?

El historiador se quedó observándome por un instante, con la angustia dibujada en su rostro.

—Mucho me temo que sí —admitió, pasándose las manos por el pelo, canoso, sucio y mal peinado.

Volví a cruzar una mirada rápida con Mariña. «Te lo dije...»

—Pero ¿cómo? —preguntó—. Quiero decir, no lo comprendo...

Esta vez fuimos nosotros quienes nos quedamos mirando para ella. Había algo contrariado en su expresión.

—¿Qué es lo que no comprendes, hija?

—No lo sé —respondió negando en el aire, con la frente arrugada y los ojos a medio cerrar, como si de pronto algo la incomodara demasiado—. ¿Estás diciendo que realmente existe una relación entre la muerte del alcalde, ayer por la tarde, y algo que sucedió hace ya más de doscientos años? —Mariña volvió a negar con la cabeza, contrariada—. ¿Cómo puede ser?

—A ver, yo no he dicho que exista una relación directa. O por lo menos todavía no, que yo sepa con seguridad —matizó el viejo, remarcando de manera sensible el *todavía*—. Ahora, lo que sí es innegable es que a César lo mataron justo cuando estaba a punto de revelar cierta información que yo le había proporcionado. Una información que, esta sí, tiene mucho, muchísimo que ver con la Reconquista.

—¿Pero cómo es posible? —insistió Mariña—. A fin de cuentas estamos hablando de uno de los acontecimientos históricos más significativos de la ciudad, ¿si no el que más! Maldita sea, Tristán, corrígeme si me equivoco, pero ¿no es cierto que incluso el hecho de que Vigo sea ciudad está relacionado con ese momento?

—En efecto, así es —confirmó el archivero—. En 1810, Fernando VII le otorgó a la villa de Vigo el privilegio de convertirse en ciudad, en reconocimiento a los méritos alcanzados en aquellos días de lucha contra los franceses. De ahí el título de «Fiel, Leal y Valerosa».

—Como se puede leer en todas las papeleras de la ciudad —apunté.

—Exacto —corroboró el señor Taboada.

—Pues a eso voy —insistió ella—: siendo como es el momento al que la ciudad le debe incluso su reconocimiento como tal, ¿acaso no está ya todo claro, estudiado y revisado a ese respecto?

Tristán volvió a quedarse mirando a Mariña. Y, como si esta vez por fin comprendiera dónde estaba el error, sonrió con cansancio:

—No, hija, no —respondió—. Ni muchísimo menos.

—Pero...

El historiador la atajó con un gesto de su mano.

—Mira, ya que lo preguntas, permíteme que te aclare una cosa: la idea que la gente tiene respecto al tema no es otra cosa sino la repetición de un cuento, una lectura interesada y parcial de la historia que se nos ha ido inculcando a todos desde siempre. Y no te digo que no nos haya resultado útil, ya que, como cualquier otro pueblo moderno, nosotros también necesitamos nuestro propio mito fundacional. Pero, desde luego, ese momento al que tú te refieres dista mucho de lo que en realidad fue y supuso la Reconquista de la ciudad a los franceses.

El señor Taboada observó cómo Mariña volvía a fruncir el ceño.

—Veo que, al igual que santo Tomás, tú también necesitas tu propia prueba, ¿verdad? Muy bien —aceptó el viejo, volviendo a dejar escapar una sonrisa amable—, deja que te pregunte algo... ¿Recuerdas la plaza que hay al final de esta misma calle?

—¿La de la Independencia? Claro.

—Y supongo que ya sabrás que esa plaza se llama así en recuerdo, precisamente, de nuestra independencia de los franceses, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió ella.

—Bien. En esa plaza —siguió— hay un conocido grupo escultórico, ¿me equivoco?

—No, sabes de sobra que no te equivocas. Es el monumento a la Independencia. Lo que no sé es adónde quieres llegar, Tristán...

—Ten un poco de paciencia, que enseguida lo sabrás. Ahora nada más aclárame una última cuestión. ¿Sabrías decirme quiénes son los dos hombres que aparecen representados en ese monumento?

—Yo sí lo sé —me adelanté—. El que está abajo es Carolo, el marinero que se lio a machetazos con una de las puertas de la muralla para derribarla y poder entrar de nuevo en la ciudad, ¿no es así?

—Sí, así es —concedió Tristán—, aunque en realidad todo eso no sea más que una bonita historia que contarles a los niños y a los turistas despistados. Pero ¿y el de arriba? ¿Qué me decís del que está en lo alto del monumento, orgullosamente abrazado a nuestra bandera? ¿Sabéis quién es?

—Eso es más fácil todavía, Tristán —respondió esta vez Mariña, casi protestando por lo evidente de la respuesta—. Ese es Bernardo González del Valle, el capitán Cachamuña, libertador de la ciudad y héroe de la

Reconquista.

Con la paciencia del jugador de ajedrez que poco a poco va urdiendo su estrategia, Tristán Taboada volvió a sonreír.

—En efecto, Mariña, eso es lo que casi todo el mundo en Vigo cree. Pero, sintiéndolo mucho, tengo que deciros que estáis muy equivocados.

Jaque.

—¿Cómo? —preguntó ella, una vez más rozando la protesta.

—¿No es Cachamuña? Pues yo sí que pensaba que...

—No —respondió el señor Taboada—, ni mucho menos. Ese que luce tan arrogante, casi soberbio, allá arriba es Pablo Morillo. Para más señas, un traidor.

—Un... ¿traidor?

—Así es.

Jaque mate.

—Ese al que honramos no fue en realidad más que un advenedizo. Un oficial de baja graduación, un simple alférez llegado desde Castilla que vio en nuestra lucha contra los franceses la oportunidad perfecta para medrar en su carrera de la manera más rápida posible. De hecho, he de deciros que cuando fue ascendido a comandante, ya estando aquí, no lo fue por méritos propios, sino tan solo para presentarse ante Chalot, el comandante francés al mando de la villa, y que este no pudiera seguir alegando que jamás rendiría la plaza ante un oficial de rango inferior al suyo.

Sentí cómo la boca se me iba abriendo lentamente.

—Increíble...

—¿Le parece increíble esto, señor Varela? —El viejo volvió a sonreír—. Pues, ya que hablamos de «verdades históricas» no demasiado ciertas, permitid que os cuente que el mismo Chalot en nada se parecía a ese pelele que cada año siguen representando con su nombre en la fiesta de la Reconquista, un viejo, gordo, estúpido y acabado. Nada que ver con la realidad, mis amigos... El viejo Chalot, quien, por cierto, apenas contaba las treinta y siete primaveras cuando llegó a Vigo, fue un oficial condecorado en no pocas ocasiones, presente en algunas de las grandes batallas del emperador francés, como Austerlitz o Jena. ¿Queréis que os cuente más? Pues, ya que hablamos de batallas...

—¿Qué ocurre con ella? —pregunté, temiéndome lo peor—. ¿Acaso nos va a decir que tampoco existió la batalla de la Reconquista?

—No —sonrió—, eso no. Por supuesto que tuvo lugar. Aunque...

—¿Qué?

La impaciencia de Mariña provocó una nueva sonrisa del viejo.

—En realidad la batalla se produjo de una manera muy diferente a como nos la cuentan. Si me apuráis, incluso os diría que ni siquiera fue una batalla, en el sentido en que hoy nos imaginamos aquellas grandes batallas del XIX.

El jaque mate quedaba ya muy atrás. Lo que Tristán Taboada estaba haciendo ahora era prenderle fuego al tablero, a las piezas, e incluso a la mesa de juego.

—Como podéis comprobar, amigos míos, eso que hoy llamamos Reconquista tiene muy poco que ver con la realidad de lo sucedido. Y, respondiendo a tu pregunta primera, Mariña, te diré que sí: en efecto, todavía quedan muchos asuntos relacionados con este tema sobre los que seguir arrojando luz. Nuestra obsesión por insistir, una y otra vez, en celebrar los tópicos como si fueran reales nos aleja de recordar todo lo que pasó alrededor de ellos. Existe una cronología enorme de hechos que se produjeron antes y después de ese 28 de marzo de 1809, tanto o más importantes incluso que la propia batalla, y determinantes para comprender lo sucedido. La verdad, Mariña, lo que de verdad importa, está en esos pequeños detalles. Esa es la verdadera historia: la que permanece oculta...

—Y es eso lo que has encontrado —comprendió Mariña—. Información relacionada con esa parte de la historia.

—Así es —afirmó el archivero, asintiendo con la cabeza en el aire y de nuevo el gesto grave en su rostro.

Los tres volvimos a quedarnos en silencio hasta que, como tantas veces acababa sucediendo, mi voz decidió actuar por su cuenta y riesgo, sin el concurso previo de ningún tipo de pensamiento o consulta anterior con mi voluntad.

—Bueno, pues supongo que ahora lo suyo sería que usted nos contara qué información es esa, ¿no le parece?

El viejo historiador todavía tardó un poco en responder. Se le veía cansado, muy cansado, como si también él se viera, al igual que Atlas, con la

obligación de llevar un mundo a sus espaldas desde hacía ya más tiempo del que fuera razonable. Por unos segundos se limitó a observarnos fijamente, como si estuviera considerando la oportunidad de compartir su secreto con nosotros.

Volvió a pasarse las manos por el cabello, se frotó los ojos, acuosos y agotados, y, por fin, respondió.

—Acompañadme —indicó al tiempo que se volvía sobre sí mismo para perderse por uno de los corredores a sus espaldas, adentrándose en la penumbra que ahora se abría frente a él.

El Archivo Municipal es un laberinto de pasillos estrechos abiertos entre paredes formadas por estanterías, algunas correderas, otras fijas, donde descansa buena parte de la historia de Vigo. Pliegos, actas, cartas, mapas, documentos, gravados... Millares y millares de páginas en las que se da cuenta de los días y los nombres de la ciudad. Y, al igual que aquel de Creta, nuestro laberinto también escondía, como estábamos a punto de descubrir, algún que otro minotauro.

Seguimos al señor Taboada por aquel trenzado de corredores hasta llegar a un rincón apenas iluminado, de donde provenía un tenue resplandor. En aquel pequeño espacio, al fondo del Archivo, una vieja lámpara de latón derramaba un hilo de luz sobre una mesa abarrotada de carpetas abiertas, de donde se quería escapar una colección enorme de hojas polvorientas y documentos amarilleados por el tiempo. Tristán fue a sentarse tras aquel pequeño caos de papeles antiguos, sacudió un poco el polvo que descansaba sobre ellos, y su mano nos invitó a sentarnos frente a él, a este lado de la mesa.

—Como os expliqué ayer, desde que se confirmó el asunto de la nueva sede, llevo ya bastante tiempo encerrado aquí abajo, reordenando el archivo y empezando a prepararlo todo para su traslado. Esta especie de recatalogación fue el motivo de que me acercara a cajas y carpetas a las que antes apenas había prestado atención, por no estar los papeles que en ellas se guardaban relacionados con mis temas de estudio habitual.

Este último comentario me hizo echar un vistazo a mi alrededor.

—¿Está usted diciendo que es posible que haya documentos aquí que aún queden por ser estudiados?

—Por supuesto que sí —respondió sin vacilar—. Tenga usted en cuenta que esta documentación existe casi desde que existe la propia ciudad, y que yo soy el primer responsable del Archivo que se tiene que hacer cargo de un traslado tan voluminoso, mucho mayor que el que se hizo a comienzos de los años ochenta, cuando Soto Ferreiro, el primer alcalde socialista, ordenó el traslado de toda la documentación desde su anterior emplazamiento, en el antiguo Palacio de Justicia, allí donde hoy está el Museo de Arte Contemporánea. Eso implica la revisión de un caudal de información inimaginable, créame.

—Me lo puedo imaginar —respondí, de nuevo mirando a nuestro alrededor.

Fue así como sin buscarlos, en realidad, comencé a encontrarme con una serie de documentos acerca de los que antes nada más había oído algún rumor de vez en cuando.

—Comprendo —mentí.

—Con todo, lo cierto es que al principio apenas les presté atención. Nada más se trataba de alusiones aisladas a esos mismo rumores, comentarios que aparecían de vez en cuando.

—¿Comentarios? —repitió Mariña—. ¿A qué tipo de comentarios te refieres, Tristán?

—Bueno, pues a una cita en un par de cartas, una referencia en algún permiso de navegación, dos o tres anotaciones en algún acta... El caso es que, poco a poco, supongo que advertido por una cierta reiteración, algo comenzó a llamar mi atención. Como una nota discordante, ¿sabéis?, apenas un chasquido que una y otra vez se empeñara en sonar fuera de la armonía a lo largo de una misma composición. Revisando las anotaciones, me di cuenta de que esa pequeña disonancia había empezado a aparecer alrededor de 1750, pero no sería hasta algo más tarde que su presencia se haría más y más evidente: no hasta 1809.

—El año de la Reconquista... —advirtió Mariña.

—Exacto. Para entonces, la sensación de que allí había algo que no acababa de encajar en el paisaje dibujado por otros historiadores antes que yo

se me convirtió en algo obvio. Algo que, a aquellas alturas, de tanto pasar una página tras otra comenzaba a resultarme ya familiar.

—¿De qué se trataba?

—Ese es el primer problema, querida: que no te lo puedo decir con seguridad.

—¿Por qué? —insistió Mariña.

—Porque nadie se refiere a ello ni lo menciona de una manera clara. Tan solo son una serie de alusiones a una suerte de sociedad, de grupo.

—¿Como un gremio de trabajadores? —pregunté.

—No exactamente —rechazó el cronista—. En varias cartas de las que encontré, sobre todo a partir de 1816, algunos de los firmantes se refieren a sus interlocutores como *hermanos*.

—¿Una cofradía, tal vez? —probó Mariña.

—Yo diría que sí —respondió Tristán, asintiendo lentamente.

—Luego hay algún tipo de vinculación religiosa —apunté.

El señor Taboada apretó los labios y contuvo por un segundo la respiración, para justo después dejar correr el aire en silencio.

—A ver, como sin duda ya sabréis, no todas las cofradías tienen por qué ser de carácter religioso. Aunque esta sí lo parezca... Pero, de todos modos, ahí está el segundo problema.

—¿Cuál?

—Sea cual sea el carácter de su vínculo, los implicados nunca se refieren a la sociedad por su verdadero nombre. O casi nunca, debería decir... En una de las cartas, datada el 26 de junio de 1816, y llevado por el orgullo que algún triunfo recién conseguido le provoca, el remitente habla de un «día grande», uno que pasará a la historia para los hermanos. Mirad, echadle una ojeada vosotros mismos. ¿Dónde estaba...?

El archivero buscó de entre todos los papeles antiguos que tenía sobre la mesa uno y, por fin localizado, se lo entregó a Mariña.

—Aquí —le señaló con el dedo—, aquí. Este párrafo.

Mariña comenzó a leer en voz alta.

—«Es verdad que alguno de los actos en los que nos hemos visto involucrados tal vez no pareciera correcto a los ojos de los santos. Y aunque he de admitir que a veces yo mismo pienso que no es suficiente ni el castigo

ni la purga, tampoco diré nunca que no me siento orgulloso de nuestras acciones, pues bien sé que a quien algo quiere algo le cuesta, y que ninguna circunstancia pesa más que las demás si la suma de todas nos lleva a un fin mayor. Tal es nuestra situación, y ambos sabemos que este pueblo jamás se habría deshecho del perro francés sin el golpe certero de nuestro estoque previo. Y eso es verdad como bien sabe Dios y nadie más. Tenga V. M. a bien guardar en su memoria el día de hoy, hermano N., porque este será grande. El día en que por fin confirmamos la gloria de...»

Se detuvo. Algo le había llamado la atención, como si no tuviera la certeza de estar leyendo correctamente.

—Tristán... ¿Aquí pone lo que pone?

Pero el cronista no respondió más que limitándose a mover la cabeza, asintiendo en silencio.

—Eso mismo pensé yo —añadió.

—¿Por qué? —pregunté—, ¿qué es lo que pone?

—«... de la Hermandad de Caballeros del Santísimo Cristo de la Sal».

Mariña volvió a callarse, y así permanecieron los dos, observándose el uno al otro, y sin que ninguno dijese nada.

—¿El Cristo de la Sal? —repetí—. ¿Qué pasa?, ¿lo conocéis?

—Y tanto... —respondió ella.

—Pasa que esto lo complica todo, señor Varela. Esto, amigo, es algo muy serio.

—¿Por qué?

—Porque el Cristo de la Sal, Simón, era como se conocía antiguamente al Cristo de la Victoria.

—El Cristo de la Victoria... —repetí lentamente, empezando a comprender—. El patrón de Vigo.

—No —me atajó el historiador—. Ese es un error que muchos vigueses cometen. El patrón de Vigo no es el Cristo de la Victoria, ni tampoco san Roque, como también se piensa, sino la Virgen María, en su advocación de la Asunción. Lo que ocurre es que es tanta la devoción que en la ciudad se le tiene al Cristo que, al igual que usted, mucha gente cree que en realidad el patrón es él.

—No hay más que ver el jaleo que se monta cada primer domingo de

agosto —añadió Mariña—, cuando la cofradía del Cristo saca la imagen en procesión por las calles del centro de la ciudad.

—Así es —confirmó el señor Taboada—. Y, o mucho me equivoco, amigos, o la Hermandad de Caballeros del Santísimo Cristo de la Sal es una parte importante en la prehistoria de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Victoria.

—Una de las más antiguas y respetadas de la ciudad —me aclaró Mariña.

—Y selecta —matizó el viejo—. No se entra en una sociedad como esa de cualquier manera...

—Luego sí estamos ante un grupo religioso.

El señor Taboada volvió a negar con la cabeza.

—Yo no lo reduciría a eso. Es cierto que hay un evidente factor religioso en torno a la hermandad. Pero yo no creo que ese sea el principal motor del grupo.

—¿Cuál, entonces? —preguntó Mariña.

—Por lo que he podido leer hasta ahora, yo diría que el denominador común en todos los textos es más bien de corte político. Corre un pensamiento fuertemente conservador bajo cada una de las ideas que se mencionan en la mayoría de las cartas. Y, si algo queda claro según nos vamos acercando a las fechas en que se produce la llegada de Napoleón, es que todos los hermanos desprecian con fuerza todo lo que huela a francés. Comenzando por la propia ciudad de París.

—Gran error —repuse.

—Tal vez. Pero en aquel momento no todos lo vieron como usted, muchacho. Para esta gente, París representaba el peor caldo posible. Una olla a presión donde ni siquiera un principio como el de la monarquía, tan sagrado para estos «hermanos», quedaba al margen de lo violable. Deberíais ver —sonrió con lástima el historiador— cómo se refieren en alguna de las cartas a la *Enciclopedia*...

—¿También se manifiestan en su contra? —preguntó Mariña esta vez—. Pues es una lástima, porque la *Enciclopedia* fue en su momento la obra cumbre de la humanidad —comentó—. El orgullo del hombre...

Tristán dejó escapar una nueva sonrisa, resignada.

—¿Y qué es el orgullo, Mariña, sino uno de los pecados capitales? No,

hija mía... Para esta gente, una obra tan importante como la *Enciclopedia* no era otra cosa sino la mayor compilación de blasfemias contra los más altos valores, empezando por la corona y el púlpito.

—Pero bueno —interrumpí—, yo sigo sin ver adónde nos lleva todo esto... ¿Dónde está el problema, si nada más eran una serie de carcamales trogloditas que se negaban a ver los beneficios del progreso?

El viejo torció el gesto, en una mueca de disconformidad.

—El problema, amigo Simón, está en que por lo visto estos carcamales, como usted los llama, no se limitaron a quedarse en simple palabrería. En esta carta que os enseñó —indicó, volviendo a señalar el documento que Mariña tenía en las manos—, uno de los hermanos le cuenta a otro cofrade, ausente del país en ese tiempo por motivos que no se mencionan, algo sobre ciertos actos, parece ser que determinantes para la expulsión de los franceses, en los que la Hermandad se había visto involucrada, no siendo ninguno de ellos precisamente honroso.

Mariña volvió a quedarse mirando la hoja en sus manos.

—¿Actos deshonorosos? —repitió, arqueando una ceja—. Será mejor que matices un poco más, Tristán. Tú sabes que en aquel tiempo se hizo de todo. Era la guerra, todo valía con tal de deshacernos de los franceses.

—Bueno, podría ser una manera de verlo, querida.

—Pero a usted no le parece la correcta —sugerí, intuyendo las reticencias del cronista a compartir la mirada de Mariña.

—Así es —respondió—. El problema está en que en ese documento que ahora tenéis en vuestras manos se insinúa algo acerca de un engaño, de una traición, e incluso de un robo. Pero no solo a los franceses, sino también a los vigueses. O eso parece deducirse.

Mariña frunció el ceño una vez más.

—¿Estás hablando de...?

—Sí —respondió Tristán con rotundidad—. Estoy hablando de una conspiración en toda regla. Nada de lo que estar, en efecto, demasiado orgullosos. Y menos a día de hoy...

—«Los dos sabemos que nuestras manos están manchadas de sangre...» —leyó Mariña, de nuevo con la carta ante sus ojos.

—Exacto —afirmó el archivero—. Pero aunque en ningún momento

explica a qué se refiere con eso, también es verdad que un poco más abajo nuestro remitente deja escritas unas líneas un poco más esperanzadoras.

—¿Esperanzadoras?

—Me refiero a la posibilidad de arrojar un poco de luz sobre este asunto. Lee esto, por favor. —Volvió a apuntar con el dedo—. Aquí abajo...

Mariña se aclaró la voz antes de continuar:

—Me place compartir con V. M. las nuevas de hoy, hermano N., porque aunque la naturaleza de nuestras actividades debe seguir permaneciendo en la mayor de las discreciones, en la jornada de hoy hemos dado el primer paso para que, algún día, la ciudad futura conozca la verdad de nuestra grandeza y esplendor. Hoy mismo he podido ver cómo nuestro cofrade mayor, el hermano M. d. P., guardaba esa misma verdad en la cápsula bajo la primera piedra. Ahora ya solo falta que el nuevo templo crezca sobre ella. Y en el futuro la verdad será revelada: la historia aguarda por nosotros. Con la mayor de las devociones, reciba el más fraternal abrazo de su hermano V. M.»

Todavía desconcertada por lo que acababa de leer en voz alta, Mariña permaneció en silencio antes de volver a preguntar.

—¿Qué significa todo esto, Tristán?

El Cronista Oficial de la ciudad volvió a sonreír, de nuevo resignado.

—Significa —respondió al cabo de unos segundos— que acabáis de llegar al tercer problema...

Martes, 4 de abril
Faro de Vigo, información local

CONTINÚA LA INVESTIGACIÓN POLICIAL TRAS LA MUERTE DEL EDIL VIGUÉS CÉSAR
ESCUADERO

La conmoción sigue siendo absoluta entre los representantes de todas las fuerzas políticas. Miembros de todos los grupos coinciden en manifestar su total unión en la condena del crimen.

AQUILES VEGA

Luego de que en la tarde de ayer la teniente de alcalde, Olga Figueiras, hubiera hecho público un comunicado en el que se confirmaba que, tal como se había venido comentando, la muerte del edil había sido intencionada, los portavoces de todos los grupos políticos, tanto locales como nacionales, han coincidido en condenar de manera unánime lo ocurrido el pasado domingo en la Puerta del Sol. Varios representantes de la vida política han querido manifestar todo su apoyo a la familia del difunto, demandando de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado Mayor los esfuerzos para esclarecer las causas de lo sucedido. Por su parte, el inspector Bruno Rodés, responsable de la Brigada de Investigación Criminal de Vigo, ha garantizado la máxima prioridad para este caso, en el que mantienen abiertas varias líneas de investigación.

En otro orden de cosas, al ser preguntada por las posibles vinculaciones con los hechos investigados en la Operación Ganso, la jueza Celia Torres ha declarado a este mismo periódico que los acontecimientos últimos suponen un reajuste evidente en la dirección del caso, si bien ha querido dejar claro

que, pese a todo, el proceso seguirá adelante, como no podría ser de otro modo, ya que la lista de investigados sigue siendo [...].

—No dicen nada.

—¿Qué?

—En el periódico —expliqué—. No dicen nada sobre el asunto del mosquetón. Ya sabes, la bala del XIX y todo eso...

—Bueno, ¿y qué esperabas, que te lo describiesen con todo detalle? Si te parece, también podían haber incluido un esquemita, explicándote cómo había entrado la bala en el cuerpo del finado.

Me quedé mirándola.

—No se trata de eso, y lo sabes. Lo único que estoy diciendo es que la cuestión tampoco me parece tan intrascendente como para que no comenten nada en absoluto, ¿no crees?

—A ver, supongo que aquí lo que importa es que al pobre diablo se lo cargaron, y punto, ¿no?

Definitivamente, Mariña no se había levantado del mejor humor, no...

—Pues no —respondí, rechazando el comentario despectivo que ella pretendía hacer pasar por analítica observación—, ni mucho menos. Ni el finado era ningún pobre diablo, como te refieres a él, ni ese dato que tú intentas despachar con tanta facilidad es tan irrelevante.

—Yo no intento despachar nada.

—Y tanto que sí, Mariña. Pero, por más que te empeñes en negarlo, el asunto del mosquetón es algo realmente serio. Por lo poco, vincula directamente la muerte del alcalde con la cuestión de la Reconquista. Y no sé si la decisión será de Bruno o de quién, pero desde luego está claro que no

quieren que se sepa. O por lo menos aún no. —Hice una breve pausa—. Lo están silenciando.

—¿Silenciándolo? —repitió ella, aparentando un escándalo que en realidad no sentía—. Oh, venga, Simón, ¡por favor! ¿Qué es lo que estás insinuando? ¿Acaso te ha impresionado tanto la conversación con Tristán, que ahora me vas a hablar de conspiraciones a gran escala?

—Yo no he dicho nada de eso.

—Pero lo piensas —me atajó desafiante.

—No. —Silencio—. O, por lo menos, no por ahora...

—¡Ja! —exclamó satisfecha—. ¿Ves como sí?

—Bueno, oye, ¿y qué quieres que piense? Al fin y al cabo, parece que seas tú la que no se dé cuenta de que es al alcalde a quien le han dado pasaporte. Yo lo único que estoy diciendo es que aquí hay mucha más tela que cortar que la que viene en el periódico.

—¡Pues claro que hay mucha más tela, Simón! —contraatacó Mariña—. ¿O acaso no has leído lo que dicen sobre las posibles relaciones del sinvergüenza este con todos los chorizos de la Operación Ganso?

—Sí, ya, chorizos que se toman la molestia de cargarse a un fulano con un arma del siglo XVIII. Claro, Mariña —añadí con sarcasmo—, todo de lo más normal...

Por una vez, sentía que estaba en lo cierto, y que esta última evidencia en el camino era insalvable incluso para el terrible racionalismo de una mujer como Mariña. O, por lo menos, lo bastante considerable como para conseguir que por unos segundos reflexionara sobre ella.

—Bueno —respondió al fin—, no sé qué decirte, Simón... Quizá tengas algo de razón.

—¡Hombre —exclamé—, aleluya!

—Sí, bueno —atajó mi euforia—. Pero tampoco te emociones tanto, que yo sigo sin verlo tan claro como tú.

—¿Ah, no? ¿Y qué te lo impide?

—A ver —respondió, encogiéndose de hombros, como si el motivo de sus dudas fuera algo de lo más evidente—. Puedo comprender que se encuentren nuevos datos, y que Tristán haya dado con algo que no se conociera hasta ahora, por mucho que yo pensara que se trataba de un tema

sobre el que ya estaba todo dicho.

—Bien, ¿pues cuál es el problema, entonces?

—Pues el siguiente paso, Simón.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué va a ser? —preguntó incómoda, como si el hecho de tener que responder a mi pregunta fuera otra obviedad innecesaria—. Me cuesta mucho aceptar que algo que sucedió hace más de doscientos años esté directamente relacionado con una muerte hoy. ¡Y con la del alcalde, nada menos! —exclamó, alzando los brazos—. No sé, Simón, pero a mí me parece demasiado...

—De acuerdo —respondí, fingiendo aceptar sus argumentos—. De acuerdo, muy bien, tú misma. Pero si no quieres hacerme caso a mí —contraataqué—, tal vez podrías hacérselo a tu amigo, el *bibliotecario*...

Mariña se quedó mirándome, con la frente arrugada entre el desconcierto y la incomprensión.

—No te entiendo...

—Por supuesto que me entiendes: Tristán sí cree en esa conexión, y ayer nos lo dejó muy claro.

—No sería tanto —repuso—, cuando él mismo no concluyó su propia investigación.

—¡Venga ya, Mariña, sabes perfectamente que si no lo hizo fue porque no pudo! —le respondí, sin dejarle espacio para más respuestas—. Tristán necesitaba la ayuda de Escudeiro para seguir adelante, pero este no se la dio. Tal com él mismo nos ha explicado, primero el alcalde no le hizo ni puñetero caso, y después se limitó a aprovecharse de la información que Tristán le había dado para emplearla tan solo parcialmente y nada más que en beneficio suyo. ¡Y ahora el tipo está muerto! Y, como ya sabrás, un cadáver es bastante inútil para según qué cosas, sobre todo a la hora de pedirle que firme permisos y autorizaciones para excavar en iglesias...

Mariña seguía en silencio, con la mirada apartada hacia la ventana y negando en el aire.

—Pues muy bien —respondió al fin—. Pero si todo lo que nos contó es cierto, ¿quieres decirme por qué no continúa él con esa línea de investigación?

—¡Por el amor de Dios —protesté—, es increíble lo terca que puedes llegar a ser! ¡A veces, Mariña, me da la sensación de que no creerías en otras posibilidades más allá de las que se te hayan ocurrido a ti, ni aunque esas mismas posibilidades vinieran y te dieran una patada en el culo!

—Bueno, yo tampoco creo que haya que decir así las cosas...

—¿Y cómo quieres que te las diga? Si Tristán no lo hace es porque el pobre está asustadísimo. ¿O acaso no te has dado cuenta todavía? Por mucho que él no lo quiera admitir, está muerto de miedo. Bastante fue que lo convencieses para que saliera de su escondrijo con nosotros. Pero él lo sabe, Mariña, está seguro de que al alcalde se lo cargaron por esa misma razón. Lo sabe —remarqué.

—De acuerdo. —Esta vez fue ella la que fingió aceptar mis explicaciones—. Pero si es como tú dices, más a mi favor: Tristán siempre ha sido un hombre sensato. Un tipo cabal, de manera que si ha decidido echarse a un lado, por algo será, ¿no te parece? Al fin y al cabo, del mismo modo que yo lo convencí para que regresase a casa, tú también lo hiciste para que hablase con Bruno, ¿verdad?

—Sí —admití—, me prometió que hoy mismo lo haría. ¿Pero qué tiene eso que ver con...?

—Pues ya está —respondió Mariña en tono concluyente, pretendiendo dar por zanjada la cuestión—. Si hay algo de verdad en todo esto, ya se encargarán ellos de aclararlo.

—¿Ellos? —Fruncí el ceño.

—Sí, claro. Bruno, la policía, ellos. Que para eso les pagamos, ¿no?

En eso tenía razón.

—Sí —respondí, apartando esta vez yo la mirada—. Sí, claro...

Los dos volvimos a quedarnos en silencio, yo manoseando el periódico entre mis manos, retorciéndolo, y Mariña mirándome.

—Qué.

—Nada.

—Qué...

—Nada...

Resopló, haciendo evidente su incomodidad.

—¿Qué?!

Pero yo no respondí. Me limité a levantar la cabeza, y dejé que mi mirada se perdiera por el paisaje, más allá de la ventana. Aún me quedé por un buen rato así, en silencio, dándole vueltas a una idea. Esa idea... para desesperación, por lo visto, de mi pareja.

—Maldita sea, Simón, ¿quieres decirme de una vez qué demonios estás pensando?

Me acerqué a ella y la cogí suavemente por los brazos.

—En que está ahí, Mariña —le respondí, clavando mis ojos en los suyos—. Estoy pensando en que está ahí. Pero tú sabes que la policía no le prestará atención. O por lo menos todavía no. Por mucho que Tristán se lo diga, ellos ahora están tirando en otra dirección. Ya sabes, la Operación Ganso y todo ese asunto... Yo conozco a Bruno, Mariña. Es como un perro, uno de esos de caza, una vez que muerde algo ya no lo suelta hasta no estar seguro de si era o no la presa correcta. Él ahora está a otra cosa, trabajando además bajo mucha presión. Yo lo conozco, sé que no hará caso de un viejo asustado que le venga con historias de cartas antiguas y cofradías secretas. Pero si la cosa es realmente como Tristán nos ha contado, y él tiene razón, entonces la verdad está ahí. Ahí, Mariña, nada más falta que le pongan una X encima.

—Pero Bruno es un buen policía, tarde o temprano se dará cuenta...

—Por supuesto que sí —admití—. Pero corremos el riesgo de que, para cuando él llegue, ya sea demasiado tarde.

Mariña volvió a resoplar.

—Oh, Dios, Simón... Dime que me equivoco al pensar que pretendes hacer algo al respecto. Anda —arrugó la nariz—, sé bueno y dime que me equivoco.

Pero yo no le dije nada. Solo me encogí de hombros y sonreí.

—Yo nada más pretendo dar un paseo.

—Lo sabía —respondió ella, resignada—, ¡lo sabía! Lo que quieres es ir a la iglesia por tu cuenta.

—Bueno, tanto como por mi cuenta... no.

—Ah... ¿no?

—No —volví a sonreír—. En realidad estaba pensando en que fuéramos los dos juntos.

—¿Los dos? Simón, yo no creo que...

—Venga, Mariña, ¿por qué no? Al fin y al cabo, tampoco estoy hablando de entrar ahí con un martillo neumático y ponernos a hacer agujeros a diestro y siniestro.

—Hombre, pues menos mal —respondió—. Porque te recuerdo que no estamos hablando de una iglesia cualquiera...

Por un segundo me pareció detectar un pequeño paso atrás en las reticencias de Mariña, por lo que decidí adelantar ligeramente las posiciones de mi ofensiva.

—Venga, cariño... El día está precioso para un paseo. Tú, yo y la ciudad vieja. ¿Acaso no te parece un plan perfecto?

Mariña volvió a quedarse observándome, y a mí me dio la sensación de que hacía esfuerzos por reprimir una sonrisa que se empeñaba en asomar a su rostro.

—Eres un caradura.

—Y tú eres preciosa.

—Sinvergüenza... —dijo abrazándose a mí, sin intentar ya refrenar la sonrisa.

—¿Pero qué dices? —fingí escandalizarme—. Si los dos sabemos que a ti en el fondo todo esto te gusta tanto como a mí.

—No sé yo...

—Además —añadí—, ¿cuánto hace que no visitas la Colegiata?

Descuelga el teléfono sin el más mínimo entusiasmo.

—Inspector Bruno Rodés, dígame.

—Buenas tardes, inspector. Soy Tristán Taboada, creo que quería usted hablar conmigo...

Como disparado por un resorte invisible, Bruno se incorpora de golpe en su sillón, echándose sobre el escritorio.

—¿El señor Taboada, dice? ¡Por supuesto que quería hablar con usted! ¿Se puede saber dónde se mete, hombre? Llevamos dos días intentando localizarlo...

—Lo sé, me lo contó ayer un amigo común.

—¿Un amigo común?

—Simón Varela.

Bruno se queda callado por un instante.

—Así que Simón, ¿eh? La madre que lo...

—¿Cómo dice?

—Nada —responde sin dejar de morderse el labio—. Lo importante es que por fin ha aparecido usted. Que nos tenía muy preocupados, hombre de Dios.

—Entiendo que querrá usted hablar conmigo en relación al asesinato del alcalde, ¿me equivoco?

—Correcto. Necesito que me cuente lo que sepa acerca de ese asunto. Así que, si me dice dónde se encuentra, envío ya mismo un coche para que podamos...

—No.

Bruno cree no haber oído bien.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—He dicho que no, que no me envíe usted ningún coche.

Tristán se queda en silencio, y el inspector comprende que le falta información al respecto. Comprendiendo que así no logrará nada, Bruno deja correr con fuerza el aire contra el aparato.

—¿Y por qué no quiere que le envíe ningún coche, señor Taboada?

El historiador se queda callado antes de responder.

—Porque antes de nada me gustaría hablar un momento con usted.

Algo en su tono, tal vez la facilidad, la rapidez con que acaba de despachar la exigencia del inspector, llama la atención de Bruno.

—¿Hablar conmigo? ¿Sobre qué?

—Un poco de historia.

—Oiga, señor Taboada —vuelve a resoplar el inspector, impaciente al otro lado del teléfono—, no creo que sea el momento para...

—Sí que lo es —interrumpe el cronista—. Cállese de una vez, y deje que le haga una pregunta.

De pronto, la voz de Tristán suena determinada. Tanto como para impresionar a Bruno y hacerle comprender que, por mucha prisa que él tenga, no habrá nada que hacer hasta que no acceda a su demanda.

—Pues muy bien —claudica—, usted dirá. Dispare.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

—No.

—¿De dónde viene?

—Soy catalán.

—Comprendo...

Tristán vuelve a callarse por un instante, y su silencio suena como si en él estuviera sopesando la validez de la respuesta de Bruno.

—Y dígame una cosa —sigue al fin—, ¿diría que conoce usted la historia de la ciudad? Quiero decir, ¿cree que la conoce bien?

El inspector frunce el ceño.

—¿La historia de la ciudad? —Bruno está empezando a impacientarse—. Pues sí. Bueno, más o menos, no lo sé... Oiga —intenta una protesta—, lo

que no creo es que el hecho de que yo conozca o deje de conocer su historia tenga mucho que ver con el tema que nos...

—¡Inspector Rodés! —lo ataja bruscamente el historiador—. ¡No pretenda usted explicar a un padre cómo hacer hijos!

Bruno arquea las cejas, sorprendido por lo enojado de la respuesta.

—Perdón —responde desconcertado—, ¿cómo dice usted?

—¡Digo que tiene que ver, claro que tiene que ver! Y si le pregunto esto es porque la historia lo es todo en el tema que nos ocupa... Tanto que, de hecho, dudo mucho que esta trama se pueda desenmarañar si no es a través de la historia. Así pues, dígame de una vez: ¿está usted al tanto de los entresijos de la Reconquista?

10

Siempre me había gustado pasear con Mariña. Desde el primer instante en que nos encontramos, desde la primera oportunidad que tuve de caminar con ella, cada paso a su lado fue siempre una batalla ganada al tiempo, el alivio de esa soledad que hasta entonces me había acompañado. Mariña era para mí el refugio en el que protegerme de la tormenta de arena que hasta entonces había sido mi vida. Cuando llegó ella todo cambió, y desde el primer instante cada paseo fue una victoria. Como si ambos le hubiéramos ganado la partida al mundo nada más por habernos encontrado. Siempre me gustó mucho salir a la calle con ella. En las mañanas de primavera, sintiendo el aire fresco que llegaba desde el mar, oculto tras la Alameda; abrazados bajo el paraguas en las frías noches de invierno, comentando sin prisas la película que acabábamos de ver en los Multicines Centro; o simplemente sin decir nada, los dos cogidos de la mano en las noches de verano, contentos por sentir la caricia caliente, húmeda, del universo a nuestro alrededor. Dos sonrisas cómplices caminando en silencio bajo las estrellas... Siempre me gustó mucho salir a pasear con Mariña por las calles de la ciudad.

Y siempre, siempre me había preguntado lo mismo: ¿Qué es lo que ve ella en mí?

No sabía qué era, pero sí sabía que de un tiempo a esta parte sucedía algo. Algo que estaba cambiando las cosas. Algo que, en cierto modo, nos estaba separando. No sabía qué era, tan solo que Mariña se estaba distanciando de mí. Por eso, aquella era una oportunidad que yo no estaba dispuesto a dejar escapar bajo ningún concepto. Por eso, la media tarde nos encontró en la

calle.

Caminando sin prisa entramos en la ciudad vieja por la Puerta del Sol, y dejamos atrás la terraza del concurrido café Don Gregorio, escenario de algunos de nuestros primeros encuentros. Atravesamos la plaza de la Constitución y, dejándonos caer por la calle Triunfo, dimos por fin con el muro sur de la iglesia de Santa María de Vigo.

La verdad es que, teniendo en cuenta mi oficio, lo único que yo podía decir con seguridad era que el templo, obra del arquitecto compostelano Melchor de Prado y Mariño, constituía la máxima expresión del neoclasicismo religioso vigués. Sabía también que en su muro meridional, el mismo que ahora se alzaba ante nosotros, lucía un espléndido reloj de sol de los llamados declinantes, grabado en la piedra por el relojero Xoán Agustín Domínguez en el año 1837, y muy poco más. Y dentro de ese *muy poco más*, desde luego nada que tuviera que ver ni con los misterios de su construcción, ni mucho menos con ningún secreto oculto bajo su primera piedra, como Tristán Taboada nos había explicado la noche anterior. Así pues, continuamos hasta el final de la calle para girar a nuestra izquierda, siguiendo por la de la Palma hacia la plaza, dispuestos a entrar en el templo.

Como en la más tradicional de las estampas, la entrada estaba flanqueada por dos viejos mendigos, uno a cada lado de la puerta. Sentado sobre una silla de plástico el de la izquierda, dormitaba toda su enormidad al calor de los rayos de sol que a aquella hora de la tarde todavía calentaban la entrada al templo. El de la derecha se mantenía en pie, apoyado contra la jamba de piedra de la puerta. Se trataba de un individuo ya de bastante edad, probablemente más allá de los setenta, alto, mal afeitado y flaco como el perro de un hidalgo castellano. Aunque muy de pasada, reparé también en una tercera persona. Algo alejado del cuadro compuesto por los dos hombres, aquel otro individuo permanecía sentado en el suelo contra la pared de la iglesia, con las piernas recogidas sobre su pecho, la cabeza cubierta por la capucha de la sudadera, vieja y sucia, y su rostro casi por completo oculto, enterrado en los brazos que mantenía cruzados sobre las rodillas. No pude evitar fijarme en un viejo parche de los Ramones, uno de mis grupos favoritos, cosido en la manga derecha de la sudadera. Al entrar en el templo, el hombre de la derecha alargó su mano hacia nosotros.

—Una ayuda, por caridad.

Pero nosotros íbamos tan concentrados en lo nuestro que pasamos de largo sin hacer caso de su demanda.

—Rácanos...

Lo oí. Un hilo de voz apenas, una palabra mascullada entre dientes. Pero juraría que no fue el viejo quien la dijo. La voz me sonó juvenil, tal vez incluso femenina. Retrocedí un par de pasos, apuré el fondo de mis bolsillos, y le entregué todo el botín encontrado. Una moneda de cincuenta céntimos, y varias de cinco. Me di la vuelta, y ya estaba de nuevo con Mariña cuando volví a escuchar la misma voz.

—Rácano.

Le habría dicho algo de no ser por Mariña.

—¿Dónde crees que está? —preguntó, inmóvil en el centro del gran recibidor del templo.

La estancia debía de tener unos quince metros cuadrados, si no más, y era el espacio comprendido entre el portal de acceso al templo y las puertas que daban a su nave central, quedando a izquierda y derecha limitado por las paredes que formaban los muros laterales de las torres de la Colegiata. Toda la pieza estaba cerrada por altas paredes de granito, a todas luces robustas, excepto por la que ahora quedaba frente a nosotros, un tabique de ladrillo con puertas de madera y cristal que separaban el recibidor del espacio central del templo. Todo el suelo era de mármol blanco, grandes baldosas de piedra pulida, nada más rota su homogeneidad por una suerte de cenefa de baldosín negro que corría todo a lo largo del perímetro, y un viejo felpudo de goma negra, visiblemente desgastado por el roce de muchos pies y muchos años. Y nada más. Ninguna marca, ninguna señal.

Lo único diferente en toda aquella pista blanca era la rejilla, una especie de trampilla de hierro forjado en el suelo, justo tras pasar el portal desde la plaza, que separaba el recibidor del escalón de entrada formado por el umbral, supuse que para evitar que el agua de la calle se colara en la iglesia. Eso era todo. Y ninguna X marcando el lugar...

Todavía inmóviles en aquella especie de pórtico sin ángel de ningún tipo, caí en la cuenta de que el mendigo al que le había entregado las monedas no nos había quitado el ojo de encima.

—¿No piensan pasar? —preguntó extrañado—. De momento aún no cobran por entrar...

Comprendiendo que tal vez no estábamos siendo todo lo discretos que deberíamos, Mariña respondió con un rápido «Sí, sí, claro» y, tirando de mi brazo, me arrastró con ella hacia el interior del templo.

Supongo que fue por no saber demasiado bien qué hacer una vez dentro, o quizá porque todavía resonaba en nuestras cabezas la historia oída el día anterior, lo cierto es que casi sin darnos cuenta seguimos avanzando por el pasillo entre las dos hileras de bancos que ocupaban la nave central, sin detenernos hasta encontrarnos ante el altar mayor. Y así nos quedamos, por un buen rato, inmóviles ante él. Ahí estaba, el famoso Cristo de la Victoria.

—Es hermoso, ¿verdad?

Busqué en la dirección desde la que había llegado la voz. Sentada tranquilamente en uno de los primeros bancos, una mujer en la que no habíamos reparado hasta entonces nos contemplaba desde la penumbra de la nave sur. Debía de tener algo más de setenta años, vestida con discreta elegancia, y no disimulaba una sonrisa divertida en los labios.

—El Cristo, digo —señaló, haciendo un ademán hacia la imagen—. Es una talla impresionante, ¿no les parece?

—Sí que lo es, sí —respondió Mariña, de nuevo con la mirada puesta sobre la figura del crucificado.

Probablemente creyendo que acababa de encontrar un par de interlocutores con los que compartir su admiración por la imagen, la mujer se puso en pie y, con paso lento pero seguro, se fue acercando a nosotros.

—Les ruego que disculpen mi descaro, pero... ustedes no son turistas, ¿verdad?

—No —volvió a responder Mariña, devolviéndole la sonrisa a la anciana, ya a nuestro lado—. Somos de aquí.

—Ya me lo imaginaba yo —sonrió satisfecha—. No se les ve la piel quemada, ni llevan sandalias por encima de calcetines blancos... No, ustedes no tienen aspecto de haberse bajado de ningún crucero —bromeó la vieja—. ¿Son ustedes muy devotos del Cristo, entonces?

—No —respondió Mariña complaciente, todavía sin perder la sonrisa—. Mucho me temo que nuestro interés sea puramente profesional.

La mujer observó a Mariña de reajo, la frente arrugada.

—¿Profesional?

—Sí. Soy historiadora del arte —explicó—, y mi especialidad es la imaginería religiosa.

Lo primero que vino a mi mente fue la suerte que teníamos de que Mariña tuviera una capacidad tan ágil para la improvisación. Lo segundo, una cierta preocupación: con qué facilidad le había mentido a la anciana... Porque lo de historiadora del arte era cierto. Ahora, lo de su especialidad...

—Así que historiadora, ¿eh? —repitió la vieja, de nuevo aquel gesto divertido en su expresión—. Pues entonces ya estará usted al tanto del inmenso valor que tiene esta imagen, ¿no es así?

—Por supuesto —le confirmó Mariña.

—Sepa usted que la del Cristo es una de las imágenes más importantes de la ciudad.

—Y también de las más antiguas, ¿no es así?

—Bueno —ladeó ligeramente la cabeza la mujer—, ese ya es un asunto un poco más difícil de precisar...

—¿Por qué?

—Nosotros creemos que podría ser del siglo XVII —explicó, de nuevo con la mirada puesta en el Cristo—, pero lo cierto es que su origen no está demasiado claro. Se mezcla con leyendas, cuentos, historias de viejas... Parece ser que la referencia más antigua al Cristo en la documentación conservada aparece en una carta dirigida al ayuntamiento por una tal doña Bernarda Bello de los Ríos en el año 1740.

—El año 1740... —repetí—. Entonces la talla es muy anterior a la invasión napoleónica.

—¡Oh! —rio la anciana—, ¡y tanto!

—Luego esa «victoria» a la que hace referencia su nombre no es la misma que la obtenida sobre los franceses...

—No, querida. La imagen ya se llamaba así mucho antes de que esos miserables llegasen aquí. Yo me inclino más a pensar que se refiere, como sucede con otras tallas semejantes, a la victoria del Señor sobre la muerte.

Antes que la explicación sobre el origen del nombre, mi atención se quedó prendida en aquel otro matiz introducido por la mujer.

—Veo que no es usted muy francófila, precisamente —apunté desde una sonrisa pretendidamente cómplice.

—Por supuesto que no, caballero —respondió sin dejar de negar enérgicamente con la cabeza—. Y créame si le digo que ya puede usted pensar lo que quiera sobre mí, pero yo le aseguro que por ahí nunca podría haber llegado nada bueno. ¡No, señor!

—¿Por qué lo dice?

—¿Y por qué no lo iba a decir, querida? —respondió, juraría incluso que con cierta arrogancia—. ¿En qué cabeza honrada cabría substituir el culto a nuestro Señor, a nuestra fe y a nuestra vieja tradición por ese otro, aquel que estos bárbaros le dedicaban a palabras tan engañosas como *razón*, tan ambiguas como *naturaleza*, o incluso tan peligrosas como *revolución*? No, hija mía, no...

Me sorprendió aquella respuesta. Desde luego, si algo estaba claro es que aquella mujer no era una cualquiera. Las beatas no van por ahí diciendo ese tipo de cosas...

—Bueno, quizá no estuvieran tan equivocados, cuando ahora ellos son el progreso, y nosotros seguimos aquí, instalados en el atraso...

Repentinamente asombrada, la mujer me dedicó una mirada, a caballo entre la desconfianza y el rechazo a algo que ella, con seguridad, acababa de interpretar como una impertinencia por mi parte.

—Bueno, yo diría que todo eso es bastante relativo, ¿no le parece? Donde usted ve atraso, otro podría ver valores. Y donde usted ve progreso, hay quien podría ver peligro, sobre todo en cabezas a medio formar...

Comprendiendo que aquellos no eran los mejores derroteros para seguir obteniendo información, Mariña terció para reconducir la conversación.

—Dígame una cosa, si no es molestia. Volviendo a nuestro Cristo, que es lo que aquí importa...

—Por supuesto —corroboró con orgullo la mujer.

—Según tengo entendido, le decía, este Cristo también era conocido por otro nombre, ¿no es así?

La anciana se quedó ahora mirando a Mariña, y una sonrisa de satisfacción regresó a su rostro.

—Así es. Tal como usted apunta, la imagen también era conocida como el

Cristo de la Sal.

—Sí, eso era lo que había oído —confirmó Mariña—. ¿Y sabe usted por qué?

—Bueno, eso tiene que ver con otra de las leyendas de las que le hablaba antes. Por lo visto, hay quien cuenta que la imagen fue descubierta en alta mar por un barco que transportaba un cargamento de sal.

—O sea, ¿que el Cristo llegó por mar?

Se encogió de hombros, en un ademán escéptico.

—Bueno, eso es lo que se cuenta. Pero, como le digo, tampoco hay que dar demasiado crédito a esas historias. Porque, al fin y al cabo, díganme, ¿quién demonios iba a arrojar una obra de arte como esta por la borda?

—Veo que está usted muy informada —comenté.

—Bueno —respondió complacida—, como sin duda comprenderá, para una dama como yo a estas alturas de la vida ya poco más me queda por hacer que conocer la historia del muchacho al que le vengo a rezar todos los días, ¿no le parece?

Le devolví la sonrisa.

—¿Y la del templo? —volví a preguntar—, ¿conoce usted también la historia de este edificio?

La vieja volvió a ladear la cabeza, apretando los labios al tiempo que entornaba la mirada.

—Esa... No —respondió por fin—, esa ya no tanto. Puedo decirles que se trata de una reconstrucción, eso sí, ya que el anterior hubo que echarlo abajo.

—¿El anterior? —preguntó Mariña.

—Exacto. Antes aquí había una iglesia gótica, del siglo XIV. Pero tuvo que ser demolida después de que una explosión en el castillo de San Sebastián derrumbase su tejado, y dejase tanto los muros como los cimientos seriamente dañados.

—Perdone, ¿ha dicho usted una explosión... en el castillo de San Sebastián? No puede ser...

La mujer arqueó las cejas.

—Vaya, ¿y por qué le parece a usted que no puede ser?

—Porque eso es donde hoy está el ayuntamiento —respondí desconcertado.

—Sí, ¿y?

—Pues... que queda un poco lejos de aquí.

Volvió a sonreír.

—No tanto, muchacho. No se deje despistar por las vueltas que el trazado de la actual ciudad le obliga a dar para llegar desde allí hasta aquí. En línea recta tampoco estamos tan lejos, poco más de unos doscientos metros, en realidad.

—Aun así —intervino Mariña—, tuvo que ser una explosión muy potente como para afectar de esa manera a un edificio que llevaba en pie más de cuatrocientos años...

—Desde luego —le confirmó la anciana—. Como que fue el polvorín del castillo lo que saltó por los aires.

—El polvorín, nada menos... —repetí—. ¿Y no sabe usted a qué fue debida la explosión?

La mujer se quedó en silencio, observándome.

—Pues... no —respondió al fin—, no lo sé. Pero, vaya, me imagino que sería un accidente, ¿no le parece? Yo lo único que sé de esa historia es que tal cosa sucedió...

—El 28 de marzo de 1813 —la atajé, casi sin darme cuenta, recordando la historia que la noche anterior nos había contado Tristán.

De nuevo desconcertada por mi interrupción, la anciana volvió a clavar sus ojos en los míos.

—Sí —respondió lentamente—, eso es... Veo que también usted conoce el pasado de esta casa, joven. ¿Acaso es también historiador, como su compañera?

—No, ni mucho menos. Yo soy arquitecto, de ahí que algo me suene...

—Arquitecto —repetió.

—Sí. Y, mire una cosa, ¿no sabrá usted nada acerca de la primera piedra, ¿verdad?

Supongo que, comenzando a sentirse acosada por tanta pregunta, la mujer volvió a observarme con desconfianza, el ceño nuevamente fruncido.

—¿La primera piedra?

—Sí —acudió Mariña en mi rescate—. Por lo visto parece ser que hubo toda una ceremonia alrededor de la colocación de esa primera piedra del

nuevo templo.

—Nada más se lo preguntamos porque, bueno, parece estar usted muy bien informada sobre la historia de este lugar, y...

Pero esta vez la anciana no se dejó seducir por el juego de piropos que Mariña le ofrecía.

—Pues no, no sé mucho sobre ese tema. Algo me suena de todo eso, algo acerca de una piedra puesta en el umbral de la puerta principal, o algo así. Pero no mucho más... —La mujer volvió a arrugar la frente, esta vez con la mirada, ahora por completo cargada de desconfianza, puesta sobre Mariña—. Oiga, ¿no me había dicho usted que era el Cristo lo que le interesaba, señorita?

Esta vez fui yo el que salió en auxilio de Mariña.

—Y así es. La historia del edificio me interesa a mí. Ya sabe, por mi profesión.

—Su profesión, ya... —respondió, aún sin demasiada convicción—. Pues no, creo que sobre eso no les puedo contar mucho más. Y, de hecho —añadió, aparentando echarle un vistazo apurado al reloj en su pulso, una elegante pieza de oro viejo—, diría que se me ha hecho un poco tarde. De manera que, si me disculpan...

—Por supuesto —le respondió Mariña—. Muchísimas gracias, señora.

—No hay de qué —respondió, aún tan desconcertada como con ganas de dejar atrás a aquel par de extraños inquisidores.

La mujer caminó hasta perderse nuevamente en la penumbra de la que había surgido, y continuó avanzando hasta abandonar el templo por una de las puertas laterales, en dirección a la calle de la Palma. Una vez que nos vimos solos, también Mariña y yo volvimos sobre nuestros pasos. Echamos un último vistazo rápido a nuestro alrededor y, convencidos de que allí ya no quedaba nada más para nosotros, dejamos atrás la nave principal.

Nos detuvimos de nuevo en el recibidor. De estar en alguna parte, la caja tenía que estar allí, a nuestros pies. Pero ¿dónde? La anciana había dicho algo sobre el umbral de la puerta. Fui hacia él. Nada, allí no había nada. Mariña también se acercó, y los dos nos agachamos hasta tocar la piedra con las manos. Ella arrugó la frente.

—No sé. Simón, el que entiende de estas cosas eres tú, pero... yo diría que

este suelo es nuevo.

—Pues claro que lo es —apuntó con seguridad una voz sobre nosotros.

Los dos levantamos la cabeza para encontrarnos con la mirada del viejo mendigo, aquel hombre flaco al que le había dado todos los céntimos que llevaba en el bolsillo. Nos observaba desde allá arriba, con expresión divertida, al no comprender qué demonios hacíamos los dos allí, de cuclillas a sus pies.

—¿Cómo dice?

—Que es nueva —dijo señalando la piedra bajo nuestros pies—. Mire, señorita, fíjese. Aquí.

Se acercó a nosotros, señalando algo con el dedo. Se refería a una de las esquinas de la losa de la entrada, allí donde la reja de forja se encajaba en el escalón formado por el umbral.

—Si se fija —volvió a apuntar con el dedo—, aquí se puede apreciar con claridad el surco que dejó la radial para que le cuadrara la tapa de la arqueta encima.

—Ya veo... —respondió ella, con la mirada puesta sobre la marca en la piedra.

Yo también observé en la misma dirección señalada por el mendigo para comprobar que, en efecto, los trazos indicados coincidían con las huellas dejadas por una sierra radial, tan poco probables a comienzos del siglo XIX.

—¿Y sabe usted a qué se debe este cambio?

—Pues a qué va a ser, hombre. ¡A la jubilación, como todo! —rio el anciano—. Cambiaron el viejo umbral porque ya estaba tan desgastado el pobre que cada vez que caían cuatro gotas el agua de la calle se colaba en el recibidor como Perico por su casa. Y claro, como aquí llueve poco, pues ya se imaginarán ustedes... ¡Aquí estábamos, baldeando la oficina cada dos por tres! —exclamó, volviendo a dejar correr una sonora carcajada.

Tanto el detalle de su relato como, sobre todo, la franqueza de su risa me hicieron comprender que aquel hombre no era un recién llegado.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí?

—¡Toda la vida, señor! —respondió con orgullo—. Me llamo Antón de Sanjuán, para servirles a Dios y a ustedes, y yo ya pedía en esta puerta siendo un chiquillo. Y antes que yo estuvo mi padre. Y antes que él, el suyo. Vamos,

¡que esta puerta ha sido de los Sanjuán desde siempre!

—Vaya, no sabía que las plazas de las iglesias se heredasen de padres a hijos...

—¡Por supuesto que sí, amigo! ¿O acaso pensaba que eso nada más lo podían hacer los caciques en las diputaciones? —El mendigo volvió a reírse abiertamente—. En mi caso, mi hijo se dedica a la chatarra, y por eso le tengo alquilado el otro lado de la puerta a mi cuñado, que es este patán que ven ustedes aquí. —Apuntó, señalando con cierto desprecio al gigantón que continuaba dormitando a la izquierda del portal—. Pero el muy sinvergüenza no hace nada más que dormir y dormir, sin prestarles nunca ninguna atención a los clientes. Y, claro, así no hay quien saque el negocio adelante...

—Ya veo —confirmé, observando al nepótico pordiosero.

—Sí... —repitió el anciano, volviendo a contemplar con mayor desprecio al gordo durmiente—. Por eso ahora estoy a ver si le enseño el oficio a la nieta. Aunque esta tampoco parece que esté muy por la labor. La gente joven, ya se sabe, tienen la cabeza en otras cosas...

—Entonces —intervino Mariña, ajena a las complicaciones sucesorias del mendigo— conocerá usted bien la historia de la Colegiata, ¿verdad?

—Por supuesto, señorita. ¡Yo sé de quién entra, sé de quién sale, y hasta sé de quién entra y no sale!

Fruncí el ceño.

—¿A qué se refiere?

—A que ya no es el primero ni el segundo que viene a misa, le da un patatús en pleno *oremus* y, hale, ahí se queda, frito, y con el corazón levantado para siempre. —Volvió a reír con sorna el viejo—. Yo mismo, sin ir más lejos, que aquí donde me ven ya van dos veces que me da un arrechucho estando aquí, en la puerta, y venga, corriendo para el hospital. La última llegué muerto. O eso me dijeron después... Y, sin embargo, ¿saben ustedes qué? A los dos días ya estaba aquí de vuelta. No, amigos, el Señor no quiere que me vaya todavía. ¡No, de eso nada!

Los tres sonreímos.

—Ya veo... Entonces, estaba usted contando que esta piedra no era la original —apunté, intentando reconducir la conversación hacia el bloque de granito a nuestros pies.

—No, señor, ya le digo yo que no lo es. Esta la pusieron cuando la reforma de la plaza.

—¿Y no sabrá usted por un casual qué fue de la vieja?

—¿La vieja? Pues no, señorita —respondió rascándose el cogote—. Supongo que se la llevarían...

Los dos cruzamos una mirada discreta, cómplice y preocupada. Aquello suponía un revés para nuestras pesquisas.

—Oiga, y mire una cosa... ¿Sabe usted algo acerca de la primera piedra?

El viejo ladeó la cabeza, desconcertado por mi pregunta.

—La... ¿primera piedra?

—Sí —le confirmé—. ¿Conoce su historia?

Se pasó una mano por la mejilla, mal afeitada.

—Sí, bueno, algo sé... —respondió apretando los labios—. Más por lo que de vez en cuando me ha ido contando don Moisés, ya saben, el prelado —nos aclaró, lanzando una mirada rápida en dirección al interior de la iglesia—, que por otra cosa, claro. Porque claro, como comprenderán, por aquel entonces yo aún no había llegado al barrio —sonrió, de nuevo divertido—. Pero, bueno, por lo que yo sé esa piedra estaba aquí —respondió con el dedo apuntando a nuestros pies.

Mariña se quedó mirando al anciano, con las cejas ligeramente arqueadas y la frente echada hacia delante.

—¿Estaba...?

—Sí —respondió como si tal cosa—. Y, bueno, supongo que ahí seguirá estando, ¿no? De hecho, ahora que lo preguntan...

Se quedó en silencio por un instante, rascándose la cabeza y con la mirada perdida en el suelo, como si intentara poner orden en algún recuerdo traspapelado.

—Sí —respondió al fin, acompañando la afirmación con la cabeza—, ahora lo recuerdo.

—¿El qué?

—Esa piedra por la que preguntan ustedes... Si es la que yo pienso, juraría que casi podría verse y todo.

La sorpresa vino a dibujarse en nuestras caras.

—¿Cómo dice? —pregunté—. ¿Que se podría ver?

—Sí, aquí debajo —volvió a señalar, de nuevo en dirección a los pies—, justo debajo de este escalón.

Mariña y yo cruzamos una nueva mirada.

—¿Le importaría ser un poco más explícito?

De nuevo rascándose el cogote, el señor Antón volvió a quedarse mirando para nosotros antes de echarle un nuevo vistazo al suelo a sus pies, como si no entendiera la necesidad de ser más explícito.

—Pues, a ver... La cosa fue que al poner la reja —explicó, señalando la arqueta— descubrieron el lugar donde habían colocado la piedra esa por la que preguntan ustedes. La cubrieron con un cristal, y la dejaron a la vista. La piedra, y hasta juraría que una caja, en la que alguien había guardado unos papeles viejos, o algo así, creo recordar... Aunque ya les digo que eso no se lo puedo confirmar. Como ya les he contado, es don Moisés quien sabe de estas cosas.

Impacientes, Mariña y yo comenzamos a mirar hacia el suelo.

—Oh, pero no se esfuercen —advirtió con una sonrisa el viejo, adivinando nuestras intenciones—, que ahí ya no verán nada.

—Pero si acaba de decir...

—Ya sé lo que acabo de decir. Pero, por si no son ustedes de aquí, dejen que les explique algo. —Volvió a dejar correr una sonrisa—. En esta ciudad las cosas siempre se hacen del mismo modo: corriendo y sin pensarlas demasiado.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero, señorita, a que cuando montaron todo ese follón quedó muy bonito para la foto. Pero nadie pensó que, en realidad, todo este tinglado nada más se trataba de un desagüe, una bajada para las aguas de la lluvia. Por eso, en cuanto llegó el invierno y el agua empezó a arrastrar toda la porquería que traía de la calle, la cosa esa tan bonita de cristal que pusieron ahí abajo empezó a taparse. Hojas secas, tierra y cualquier cosa que se pudiera colar por los agujeros de la reja... Por eso no lo recordaba ya, por lo poco que duró el chollo. La piedra esa que les interesa a ustedes está ahí abajo, sí. ¡Pero cubierta por más mugre que la que hay en mi casa! —Y una vez más rompió el anciano en una nueva carcajada.

Reía el viejo mientras nosotros permanecíamos en silencio, con la mirada

puesta en la oscuridad bajo nuestros pies.

—Entonces coincide... —comentó Mariña en apenas un rumor, aún sin levantar la vista del suelo.

—Sí. Cuadra con lo que nos contó Tristán.

—Y si eso cuadra...

—Entonces tal vez todo lo demás también lo haga.

Dándose cuenta de que Mariña y yo hablábamos entre nosotros, el anciano había comenzado a dejar de reír, y ahora, intrigado, prestaba atención a lo que decíamos.

—¿Todo lo demás? —preguntó con curiosidad—. ¿Qué es lo que tiene que cuadrar? Oigan, ¿y por qué les interesa tanto a ustedes? —De repente su voz sonó suspicaz.

—Por nada —mentí, cogiendo la cartera en el interior de mi americana de pana. Rebusqué en ella al tiempo que le echaba un nuevo vistazo rápido al suelo, a las puertas de la nave a mis espaldas, y a las grandes hojas del portal. Por fin encontré lo que andaba buscando, y esta vez fui yo el que agarró a Mariña del brazo para salir casi corriendo justo a continuación, no sin antes agradecer toda la información recibida.

—Tenga —dije al tiempo que ya salíamos hacia la calle—, y no haga demasiado caso de nuestras preguntas.

Desconcertado, el hombre todavía nos dedicó una última mirada sorprendida antes de reparar en el billete de veinte que acababa de ponerle en la mano.

—¡Dios les bendiga, señores! —le escuché agradecer a nuestras espaldas—. ¿Lo ves, ves como tenía razón? Ya sabía yo que estos no eran tan rácanos como tú decías...

11

Estaba en mi estudio, cogiendo todo el material que supuse que íbamos a necesitar, absorto en mis propias cavilaciones, cuando la vibración del teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón volvió a conectarme con el mundo exterior. Le eché un vistazo a la pantalla. Mierda...

—Sí, hola, Bruno. ¿Qué hay, qué te cuentas?

—¿Que qué me cuento? Pues nada, hombre —respondió con voz suave—, que estaba aquí, solito —exageradamente suave—, y me he puesto a pensar en ti... Dime una cosa, ¿qué llevas puesto?

Los dos permanecemos por un instante en silencio, en mi caso sin saber muy bien qué decir. Mi pobre intento de disimulo acababa de salirme por la culata. Bruno todavía resopló contra el teléfono antes de acabar explotando.

—¡A ver, *malparit!* ¿Cómo coño quieres que esté, si en cuanto me doy la vuelta descubro que ya me la estás metiendo doblada otra vez?

—¿Que yo qué? —intenté una vez más—. Mira, no se de qué...

Pero Bruno no me dejó continuar.

—Oye, pero vamos a ver, ¿tú te has pensado que soy imbécil?

—Jamás, Bruno.

—Pues entonces, chaval, ¿se puede saber en qué demonios os habéis metido esta vez tu amiguita y tú?

—¿Nosotros? En nada. —Charles Manson con las manos manchadas de sangre parecería más inocente que yo.

—Venga, Simón... —protestó el policía—. Que soy perro viejo, hombre. ¡No pretendas joderme!

—Estás muy lejos de ser mi tipo como para que tal cosa se me pase ni siquiera por la mente, amigo...

—¡Ni amigo ni hostias! Hace nada que acabo de tener una larguísima conversación, de lo más curiosa e instructiva, por cierto, con nuestro común amigo el señor Tristán Taboada.

—¿Te ha llamado? Le hice prometer que lo haría —apunté, intentando atribuirme algún mérito, aunque nada más fuera por despistar unos segundos el mal humor de Bruno.

—Pues sí, ha llamado, sí. Y me ha contado una película increíble sobre unos franceses y la Reconquista. Eso, por no hablar de una historia acerca de una hermandad secreta, o algo así, y no sé qué chorradas más, importantísimas según él, para comprender el asesinato del alcalde.

«Lo sabía», pensé. Sabía que Bruno no prestaría atención a todo aquello. Me habría encantado que Mariña estuviera allí, escuchando la conversación, aunque solo fuera para decirle, una vez más: «Te lo dije.»

—Chorradas, por cierto —siguió el inspector—, acerca de las cuales me ha dicho que Mariña y tú ya estabais al tanto, pero de las que, curiosamente, no me has informado... ¿Me equivoco?

Silencio.

—A ver, chaval —intentó una vez más—, ¿en qué coño quedamos? ¿Tienes o no tienes algo que contarme al respecto?

Lo pensé por un instante.

—No —mentí—. Yo no...

Nuevo silencio.

—Mira, Simón... —Pero no dijo nada.

Se detuvo, y no habló hasta haber respirado profundamente un par de veces.

—Oye, aquí ya todos somos mayorcitos como para saber a qué historias se apunta cada uno. Y tú no puedes ni imaginarte la presión que soporto ahora mismo. Tengo a todos los hombres de la brigada trabajando día y noche para sacar esto adelante, y los de arriba me matarían si se enteraran de que aparto a alguien de su trabajo para ponerlo a investigar este disparate. Me matarían, y después me despedirían. —Volvió a quedarse en silencio—. Simón...

—Dime.

Todavía tardó un poco más en volver a hablar.

—Escucha, yo nunca te he dicho esto, ¿de acuerdo? Pero a la luz de lo que hemos ido descubriendo, nuestro amigo Escudeiro no era tan inocente como él mismo se esforzaba en decir una y otra vez. Al fulano, la mierda le llegaba hasta las orejas, y más allá. Y eso que no hemos hecho mucho más que comenzar a rascar. Todavía estamos tirando del hilo, pero la cosa va en serio. Negocios poco claros, relaciones peligrosas... Así está el patio. De manera que, con el difunto alcalde metido de lleno en toda la mierda de la Ganso, yo no puedo hacer caso de los desvaríos de un viejo, por muy respetable que este sea, ¿comprendes?

—Sí.

—No haremos nada público hasta que no lo tengamos confirmado, pero por lo pronto ya tenemos encima de la mesa mucho dinero y unos cuantos nombres, algunos muy peligrosos. Políticos, empresarios... Joder, nene, tengo hasta un puto narco metido en el follón.

—¿Un narco, has dicho?

—¿Te suena un tal Pepe Bordallo?

Y tanto que me sonaba. Unos años atrás, el tal Bordallo había salido de su cómodo anonimato al aparecer en unas fotos publicadas en la prensa, en las que se le veía disfrutando de las vacaciones, a bordo de su barco, y en la curiosa compañía del presidente de la Xunta, nada menos. Unas fotos ciertamente comprometedoras... Tragué saliva al tiempo que, poco a poco, me dejaba caer sobre el viejo sofá azul de mi estudio.

—Ya veo.

Los dos volvimos a quedar en silencio hasta que Bruno, ya un poco más relajado el tono, volvió a hablar.

—Escucha, *malparit*... Esto está muy lejos de ser nada que se pueda explicar con cuatro lecciones de historia mal dadas y a las carreras. No sé de qué carajo creéis vosotros que va esto, pero desde luego yo lo apostaría todo a que esta vez las cosas son mucho más complicadas de lo que parecen. Hacedme un favor, y no os metáis en ningún follón del que después no podáis salir, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, Bruno.

El último silencio.

—Ya, por supuesto... —repitió—. Simón, tened mucho cuidado con dónde metéis las narices, ¿de acuerdo? No vaya a ser que luego no podáis sacarlas...

12

—¿Tú sabías que antes era negro? —susurré al oído de Mariña, sentada sobre mi regazo.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser, mujer? El Cristo —le dije en el más confidencial de los tonos—. Antes era negro...

Que no nos metiéramos en ningún follón. Eso era lo último que había dicho Bruno. Claro... Por eso ahora estábamos aquí los dos, Mariña y yo, de regreso en la Colegiata, e intentando no hacer ningún ruido, escondidos dentro de un confesionario mientras hacíamos tiempo hasta que llegara la noche, por fin seguros de que en la iglesia ya no quedara nadie.

—Por Dios, Simón, no seas animal. No es que fuera negro, es que estaba sucio.

—Cómo, ¿sucio?

—Sí. Al restaurarlo descubrieron que en realidad su color se debía a los restos de hollín acumulados tras tantos años encima de las velas...

—O sea, ¿que en realidad no era negro?

—Ya te he dicho que no, simplemente estaba sucio —concluyó ella, a todas luces incómoda—. Y ahora qué te parece si te callas de una vez, ¿eh?

Definitivamente, no, esta vez Mariña tampoco estaba de buen humor. Y quizá no fuese para menos, al fin y al cabo llevábamos ya más de dos horas allí metidos.

Habíamos regresado a la Colegiata aprovechando la entrada de feligreses

a la última misa de la tarde, poco después de las ocho, cuidándonos mucho de acceder al templo por una de las puertas laterales, la que daba a la calle de la Palma, no fuera a ser que el viejo Antón nos reconociera y, tal como él mismo se había jactado, cayera en la cuenta de nuestra falta a la hora de salir. Una vez en el interior, nos valimos de un momento en que nadie nos veía para colarnos en un confesionario vacío, al fondo de la nave norte del templo, y allí habíamos permanecido hasta entonces, cruzando los dedos porque nadie se percatara de nuestra presencia.

—Venga, mujer, relájate. ¿Quién nos va a pillar aquí dentro?

—¿Quién? Por favor, Simón, ¡todo el mundo! Dios... —resopló—. Todavía no sé cómo he dejado que me convenzas para hacer esta locura.

—Ya te lo dije. Hablé con Bruno. Él no hará nada al respecto, no puede. O nos encargamos nosotros, o nadie lo hará. Y la historia cuadra, nosotros lo sabemos. Está ahí, Mariña, y tú lo sabes. Nada más tenemos que ir, levantar la reja, coger la caja y salir.

—Pues muy bien, muy lógico tu razonamiento. ¿Pero por qué tenemos que seguir aquí metidos? ¿Por qué no salimos ya?

—Ya te lo he dicho, porque todavía es pronto. Aunque la iglesia esté cerrada, todavía hay gente en los bares de la plaza. Cualquiera que saliera a fumar a la calle o que se sentara en los escalones de la plaza podría oírnos. Debemos tener un poco de paciencia.

Pero Mariña no parecía estar por la labor. No parecía... ella. Algo había cambiado, y a mí me mataba no saber qué era. O quizá lo que me mataba era justamente lo contrario, el sí saberlo: no, nunca comprendí demasiado bien qué era lo que ella había visto en mí. Y tal vez, ahora, ya no fuera nada...

Por fin, pasada la media noche pude oír cómo se cerraban, al otro lado de los muros de la iglesia, las verjas metálicas de los últimos bares que hasta hacía unos pocos minutos habían permanecido abiertos. El estruendo de las persianas de aluminio golpeando contra la piedra de la calle despertó a Mariña, que hasta ese momento dormitaba en mi regazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aún aturdida, levantando su cabeza de mi pecho—. ¿Nos han descubierto?

Eché un vistazo a través de las minúsculas aberturas trenzadas en la celosía del confesionario para asegurarme de que no había peligro y, por fin, empujé la pequeña portezuela ante mí.

—Por supuesto que no —la tranquilicé—. Vamos, es la hora.

Le dejé un poco de tiempo para que se incorporase, algo que no resultaba especialmente fácil. Como todos los confesionarios del mundo, aquel también había sido concebido con la idea de albergar a un solo confesor. Alto, gordo, bajo o flaco, pero solo uno. En su interior, una vieja silla de oficina, a decir verdad tampoco excesivamente cómoda, no dejaba cabida para mucha más humanidad, de manera que Mariña, la bolsa con mis herramientas y yo éramos muchos más elementos de los que el sentido común estaba dispuesto a encajar con comodidad en un espacio tan pequeño. Y eso por no incluir en aquel censo la lista de mis propias ideas, aquellas que nos habían llevado hasta allí. Bienintencionadas todas, sí, pero delictivas al fin y al cabo. Tuve tiempo de reconsiderarlas una tras otra mientras Mariña dormía, y cuantas más vueltas les daba, más y más iba creciendo mi nerviosismo. Y eso era un problema, porque allí, embutidos en aquella minúscula caja de madera y contrachapado ya no había sitio ni para la más pequeña incertidumbre. Finalmente decidí dejarlo, no pensar más en el enorme riesgo que corríamos allí dentro. Todo saldría bien. Tenía que salir bien.

Mariña todavía intentaba recuperar la movilidad.

—Esto es una locura, Simón —advirtió, arrojando una mirada desconfiada a la penumbra del templo—. No deberíamos estar aquí, nos descubrirán...

—Ni mucho menos —respondí, de espaldas a ella, agachándome para coger la bolsa de deporte que había ocultado bajo la silla de oficina.

Los dos echamos a andar con todo el sigilo posible hacia el fondo de la nave norte. Al llegar al final giramos a la izquierda, en dirección a la salida, y, ya en la puerta, aún nos detuvimos para echar un vistazo rápido a nuestras espaldas. En penumbra, tan solo iluminada por unas cuantas de esas velas eléctricas que se encienden al meter una moneda, y las luces de emergencia sobre las puertas, la nave central de la Colegiata resultaba terriblemente sobrecogedora. Al fondo, la silueta negra del Cristo de la Victoria, recortada contra la pared dorada del altar mayor, se nos antojó una presencia

amenazadora. Nos dimos la vuelta y, sin volver la vista atrás, dejamos la nave.

De nuevo en el recibidor, la luz que llegaba a través de los cristales translúcidos era tan tenue que, una vez cerradas las puertas que lo comunicaban con la nave central, la pieza quedó a oscuras. Abrí la bolsa de deportes que llevaba al hombro, y de su interior extraje la primera herramienta.

—Toma —dije, entregándole una linterna a Mariña—, no dejes de alumbrarme.

—¿Qué traes ahí? —preguntó con curiosidad.

—Ahora lo verás.

Siguiendo la luz de Mariña me acerqué hasta el umbral del enorme portal. Dejé la bolsa en el suelo, al lado de la rejilla de forja, y saqué el siguiente objeto.

—¿Una pata de cabra? —volvió a preguntar, esta vez con más extrañeza que curiosidad.

—Así es.

—¿Y eso es todo? —Ahora su voz, además de extrañada, también sonaba despectiva—. ¿Piensas mover esta reja con un pedazo de hierro oxidado?

—Sí. Y con un destornillador.

—Simón —suspiró con desánimo—, por favor...

Aún de rodillas en el suelo, me giré para mirarla.

—Bueno, mira, siento decepcionarte tanto. Pensaba traer algo más sofisticado, ¿sabes? Pero la espada láser estaba sin pilas. De manera que ahora, si me alumbras de una vez...

—Señor —resopló desganada—, esta es la mayor estupidez que hayamos hecho jamás.

—Ni mucho menos —respondí yo, recordando episodios pasados—. Ni mucho menos...

Utilicé el destornillador para escarbar alrededor de la reja, liberando un surco por el que poder introducir la pata de cabra. Un pequeño error de cálculo por mi parte, el hecho de que el vértice exterior de la arqueta quedara bajo las hojas del portal una vez cerrado, dificultó seriamente la operación. Pero, por fin, después de varios intentos poco afortunados, conseguí

desplazar de su asiento la pesada reja de hierro fundido.

—Venga, ¡venga! —me apremió en un susurro Mariña—, que estás haciendo mucho ruido.

—Bueno —protesté—, tal vez si me echaras una mano podría ir un poco más rápido, ¿no te parece? Cógela por ese lado —indicué, señalando uno de los extremos de la rejilla.

Pero Mariña no hizo nada. Se movió, sí. Y por un instante incluso estuvo a punto de agarrar la pieza de hierro. Pero al momento volvió a quedarse inmóvil. Pareció sopesarlo por uno o dos segundos, y al final acabó regresando a su posición inicial.

—No.

Las cejas se me arquearon.

—¿Qué?

—Que no —dijo por toda explicación—. Yo no cargo con eso.

—¿Que no cargas...? —La inmóvil negativa de Mariña me cogió totalmente por sorpresa—. Pero ¿por qué?

—Pues porque no —respondió—. Esto es idea tuya, así que tú verás lo que haces.

Me quedé mirándola. No entendía nada.

—Pero, Mariña...

—Que no insistas —repitió tajante—, que no la voy a coger.

Nunca habría esperado esa respuesta. Había algo extraño en ella. En la respuesta. Y en Mariña. Fuera lo que fuese, lo único que pude ver con claridad fue su determinación. Allí no había nada que hacer, de manera que, si quería salir de allí con algo productivo, no me iba a quedar más remedio que apañármelas con aquella pesada pieza de metal yo solo.

Tiré como mejor pude, y cuando por fin quedó descubierta la arqueta, regresé a mi bolsa para echar mano de las siguientes piezas, una paleta de albañil y un pequeño pico, semejante a esos que utilizan los arqueólogos que salen en los documentales de La 2, y que nosotros empleábamos en algunas de nuestras obras. Tal como nos había explicado el mendigo Antón aquella misma tarde, la arqueta estaba severamente empantanada tras años y años de engullir los restos del temporal por su garganta abajo, de manera que aquellas dos herramientas me resultaron de gran ayuda para abrirme camino hacia la

profundidad del portal. Y siempre bajo la mirada atenta de Mariña, que, aunque permanecía inmóvil y sin apenas decir nada, no le quitaba el ojo de encima a ninguno de mis movimientos.

Poco a poco, a medida que aumentaba la profundidad del agujero, yo había pasado de estar de rodillas a tumbarme boca abajo, con mi pecho contra el mármol del suelo, y los brazos perdiéndose en las luces y sombras del pozo que, golpe a golpe, se iba abriendo ante mí. Por fin, luego de haber apartado no pocos kilos de tierra, barro y suciedad, y de haberlos esparcido generosamente por el suelo a mi alrededor, mis brazos, mi cara y mi camisa, la paleta dio en algo sólido, hueco.

—Aquí está.

—¿Lo puedes ver?

—Todavía no. Pero lo he sentido. Espera, creo que...

En efecto, cuando por fin conseguí despejar el lodo acumulado sobre ella, pudimos descubrir una superficie pulida, transparente. El metacrilato del que nos había hablado el señor Antón. Tal como él nos explicó, los responsables de la anterior reforma habían guardado la primera piedra dentro de una vitrina. Excavando un poco más, no tardamos en comprobar que en el interior de la urna, bajo esa primera piedra, estaba el cofre con la documentación referida. Y, si todo era como Tristán nos había explicado, debería haber algo más...

Volví a valerme de la pata de cabra para reventar el cierre de la cubierta de metacrilato por uno de sus laterales. Aparté la piedra, una pieza de cantería labrada para la ocasión, y con gran esfuerzo traje el cofre de regreso a la superficie. Enseguida me llamó la atención lo mucho que pesaba en relación con su tamaño. Tal como pude comprobar a continuación, se trataba de una pequeña caja de plomo recubierta de madera, con refuerzos de piel en las esquinas, y de no más de cincuenta centímetros de largo por veinte de ancho y otros tantos de altura. Sobre su tapa, grabadas en una vistosa placa de plata lucían las armas de la ciudad, mientras que en el costado frontal un pequeño candado guardaba su cierre. En realidad no se trataba más que de algo simbólico, casi decorativo, por lo que romperlo no supuso ningún esfuerzo para un golpe certero dado con el pico. Lo abrí.

—¿Está? —preguntó Mariña.

—No lo sé —respondí—, no lo sé...

Según nos había explicado el señor Taboada la noche anterior, en la urna se habían guardado varios objetos, a saber, un diploma conmemorativo de la ocasión, monedas de oro, plata y vellón de Fernando VII, corrientes en el momento de su colocación en el interior del cofre, y dos publicaciones de la época, la *Guía de Forasteros* del año 1816, y la *Gaceta* del último correo. De manera que, si mi memoria no me la jugaba, todo lo que hubiera además de esto sería exactamente el objeto de nuestra búsqueda.

A la luz de la linterna fui vaciando el contenido de la caja. Con sumo cuidado retiré el diploma, protegido en el interior de un cilindro de piel, un pequeño estuche de terciopelo negro que contenía las monedas, los periódicos... Y, por fin, ahí estaba. En el fondo, oculto bajo la *Gaceta*.

—¡Mira!

—¿Qué es?

Un pequeño portafolio, algo semejante a una fina carpeta de piel curtida, cerrada con un lazo de seda que en tiempos debió de haber sido rojo, sellado con lacre. Rompí el precinto, deshice el lazo y abrí la carpeta tan rápido como pude. Y ahí estaba, ¡ahí estaba! El viejo historiador estaba en lo cierto, Tristán tenía razón... La carpeta contenía un mazo de papel en cuartilla, una serie de hojas todas ellas escritas a mano.

—¿Es lo que estamos buscando? —volvió a preguntar Mariña, dejando por fin atrás la apatía que había venido mostrando hasta entonces. En su lugar, su voz se recubrió de emoción, diría que incluso de entusiasmo. Por fin.

—Sí, esto es —respondí—. Tu amigo ha dado en el clavo.

—¡Pues bien por Tristán! —exclamó—. ¿Y qué es lo que dice?

—No lo sé. Parece bastante extenso.

Decidimos que lo mejor sería llevárnoslo con nosotros y examinarlo en la seguridad de nuestro apartamento. Devolvimos las demás piezas al cofre y, de nuevo en su sitio, volví a colocar la piedra sobre él y tapé la urna con la cubierta de metacrilato. Tan rápido como me fue posible, volví a arrojar la tierra al agujero abierto. Llegó el momento de arrastrar la verja, de regreso a su posición sobre la arqueta, y esta vez Mariña tampoco hizo nada por ayudarme a colocar aquella pieza tan pesada. Pero ahora la emoción era tanta

que apenas reparé en ello. Ya tan solo quedaba volver a dejarlo todo como estaba y salir de allí. Limpié los restos de tierra con un pincel que también había traído con mis herramientas, y, una vez acabado el trabajo, lo recogí todo, guardé el portafolio en el interior de la bolsa y la cerré. Mariña frunció el ceño.

—¿Y para la puerta? —preguntó al ver que me echaba la bolsa al hombro.

—¿Qué le pasa?

—¿No has traído nada para abrirla?

—No.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo piensas hacer, a lo Houdini?

—No necesitamos nada. Esta puerta es de las que se abren desde dentro —respondí, echando con firmeza la mano al picaporte de la hoja principal.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

Y con toda la determinación que la euforia del momento provocaba en mí, me dispuse a girar la pieza.

Y no ocurrió nada.

Reconozco que por un segundo, el inmediatamente posterior a no conseguir desplazar el picaporte ni medio milímetro, sentí cierta sequedad en la garganta.

Volví a intentarlo, esta vez con un poco más de fuerza.

Nada, mismo resultado. La sequedad avanzaba, y ahora ya era mi boca la que se había convertido en una superficie árida.

—Simón...

No respondí. Preferí concentrarme en intentarlo una vez más. Y otra. Y otra más. Insistía, cada vez con más fuerza y menos discreción. Pero el mecanismo no funcionaba, y la maldita puerta seguía sin abrirse.

—Simón —repitió ella—, ¿me quieres decir de una vez qué ocurre?

—No... No lo sé, Mariña. —Intenté tragar saliva—. Creo que no se abre...

—¿Cómo que no se abre?

—Pues no lo sé, Mariña. —Sentí que empezaba a sudar—. No abriéndose, supongo.

—Pero ¿cómo? ¿No has dicho que esta puerta era de las que se abren desde dentro?

—Sí —respondí, esta vez sin poder evitar que ella me viera tragar saliva, una vez más.

Lo malo es que Mariña siempre ha sido una mujer muy sagaz. Se dio cuenta de mi angustia.

—¡Oh, Simón, por favor! ¿En qué demonios estabas pensando, eh?

—¡Pues no lo sé, Mariña! No lo sé... Esta tarde me fijé en el picaporte, y pensé que sería suficiente para abrir la puerta. No me pareció que hubiera otro sistema...

—¿Otro sistema, dices? ¡Por favor, Simón! ¡Es una iglesia del siglo XIX! ¿Qué esperabas, que guardaran la llave bajo el felpudo?

—¡Bueno, vale, de acuerdo! Tal vez me haya equivocado en esto...

—¿Tal vez? —repitió enojada, abriendo los brazos en el aire—. ¿Es que necesitas algo más para tenerlo claro?

—¡Sí, es verdad, tienes razón, me he equivocado! Pero lo último que necesitamos ahora es que nos pongamos a discutir —respondí, sin dejar de mover en ningún momento arriba y abajo el condenado picaporte, intentando que se abriese, aunque nada más fuese por aburrimiento ante mi insistencia.

Pero nada, aquello seguía sin abrirse. Acepté mi derrota.

—De acuerdo. Creo que lo mejor será que nos tranquilicemos...

—¿Que nos tranquilicemos? —repitió con expresión incrédula—. ¿Y cómo, si puede saberse? ¿Qué es lo que propones —atacó—, que nos sentemos a ver si tenemos un poco más de suerte y el próximo salteador de iglesias que venga esta noche trae su propio juego de llaves? Simón, por favor...

—¡Bueno, ya está bien! —protesté—. Tampoco creo que haya por qué ponerse así. Estoy haciendo las cosas lo mejor que puedo.

Mariña miró hacia otro lado, molesta.

—Podemos regresar al interior —continué—, escondernos otra vez... Al fin y al cabo, mañana volverán a abrir la iglesia.

Volvió a mirarme, con la boca abierta y gesto de sorpresa.

—¿Estás hablando de pasar la noche aquí?

—¿Y qué propones tú? —repuse—. ¿Salir volando por una ventana?

Nuestra conversación había comenzado a coger un tono muy semejante al de cualquier discusión.

—¿Y dónde pretendes que nos escondamos, entonces? ¿Otra vez en el confesionario? ¡Porque si es así ya te voy diciendo que de ninguna manera!

A punto estaba de contestarle algo. De decirle que desde luego no era necesario seguir con ese tono. Que también podíamos ocultarnos en el piso superior, al lado del órgano. O que para mí tampoco era cómodo. O que no entendía por qué me hablaba de esa manera. O incluso, tal vez, que se fuera a hacer puñetas. A punto estaba de decirle todo esto, cuando algo nos sobresaltó. Un ruido seco, justo a nuestras espaldas.

Nos quedamos al momento en silencio, petrificados por la sorpresa. Y por el miedo. El sonido había llegado de la puerta. Un leve tintineo, metal contra metal. Y entonces llegó el segundo. Mucho más grave que el anterior. *Clac*. Y de nuevo el silencio.

Tal vez lo más sensato habría sido echar a correr. Salir por piernas del recibidor e ir a escondernos en el interior de la iglesia. Pero nosotros escogimos abrazarnos. Así nos quedamos, inmóviles por el miedo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró ella en mi oído.

—No lo sé —respondí, todavía con la mirada puesta en la puerta—. Pero yo diría que...

No dije nada. Me quedé en silencio, escuchando, abrazado a ella con fuerza. Una idea comenzó a abrirse paso en mi cabeza. «¿Y si...?»

—Espera un momento.

—¿Qué haces?

No sintiendo ningún ruido más, me separé de Mariña para volver a acercarme a la puerta. Muy lentamente, intentando no provocar ni el más imperceptible sonido. Pegué la oreja contra la madera y, en el mayor de los silencios, aguardé.

No se oía nada.

Lentamente, eché la mano al picaporte y, con tanta suavidad como pude, comencé a moverlo.

Esta vez sí, tal como sospechaba, el mecanismo funcionó.

No tenía ni idea de quién lo había hecho. Ni mucho menos por qué. Pero el movimiento no dejaba ninguna duda.

—La puerta está abierta...

—¿Qué?

—Que está abierta —repetí.

Intentando no hacer ningún ruido, abrí lo justo para echar un vistazo. Apenas nada, una rendija a través de la cual poder explorar la plaza.

—¿Qué ves?

—Nada —respondí—. No hay nadie. Venga, vámonos.

Pero Mariña no se movió.

—¿Y si es una trampa?

—Te digo que aquí no hay nadie. No sé, Mariña. A lo mejor nada más es que yo estaba haciendo algo mal, y finalmente sí he abierto la puerta...

En realidad esto último solo lo dije para intentar tranquilizarla. Pero todo lo demás era cierto. La puerta estaba abierta, y allí no se veía a nadie.

Nos asomamos lentamente al frío de la madrugada. Aún no del todo convencida, Mariña echó un vistazo a la plaza sin despegarse del muro de la iglesia mientras yo cerraba la puerta con tanta suavidad como me era posible. Después de asegurarme de que ya no se podía abrir, volví a coger a Mariña de la mano, y los dos echamos a andar.

—Venga, vámonos a casa —le dije al tiempo que doblábamos la esquina de la calle de la Palma.

Avanzábamos por la calle tan rápido como podíamos. Al llegar a la calle Triunfo, antes de comenzar a subir hacia la plaza de la Constitución, reuní el valor necesario para echar la vista atrás. Y entonces la vi. Inmóvil, agazapada en la oscuridad de la plaza, una sombra nos observaba desde la esquina de la Colegiata que acabábamos de doblar.

13

Tantos años de profesión, y el sonido del teléfono en medio de la noche sigue sobresaltando al inspector.

—¿Sí?

—Disculpe, jefe, pero creo que tenemos algo.

—¿Eladio? —Se restriega los ojos, todavía desorientado—. Coño, *malparit*, ¿tú has visto la hora que es? Ya puede ser algo importante, muchacho...

—Es algo gordo, señor.

—No te he preguntado su talla, Eladio, sino si es importante. A ver, ¿qué tripa se te ha roto ahora, chaval?

—Es el mosquetón, lo hemos encontrado.

Bruno da un respingo.

—¡Hostia, nene, no me jodas! —exclamó, incorporándose en la cama—. Eso es bastante más que *algo*, ¿no te parece? ¿Dónde está?

—Eso no lo sé. Pero confío en que nos lo diga el vendedor.

—Cómo, ¿todavía no lo tienes?

—No, señor. Pensé que tal vez quisiera ir usted mismo a por él.

—Pero, entonces, ¿cómo sabes que es el mismo mosquetón?

—Pues no lo sé, señor. Pero considerando lo poco que se mueve el mercado de mosquetones desde el siglo XIX, no creo que haya muchas más opciones, sobre todo si tenemos en cuenta que este se vendió hace un par de semanas...

—Ya... ¿Cómo has dado con él?

—Ha llamado el dueño de la almoneda que hay un par de calles por encima de la Colegiata.

—¿La qué?

—La almoneda, señor. Una especie de tienda entre las de antigüedades y las de segunda mano.

—¿No estaba en la lista?

—No, señor, por eso no dimos con ella.

—Joder, muchacho... ¿Y dices que ha llamado ahora?

—Así es, señor. Por lo visto los anticuarios a los que hemos preguntado han corrido la voz, y el dueño de la almoneda se ha enterado de que estamos buscando un mosquetón. Parece ser que en un principio pensaba hacerlo mañana. Pero el tipo se ha puesto nervioso, le han entrado todas las preocupaciones, y... bueno, que acaba de llamar a comisaría hace un momento.

—Joder con los nervios de la gente, muchacho... ¿Y qué coño es lo que ha dicho?

—Que él sí que vendió un mosquetón, pero que no tiene nada que ver con la muerte de nadie.

—Bueno, mira qué bien, un sospechoso menos... ¿Lo tenía en su tienda? El mosquetón, digo.

—No. Por lo visto se trató de un encargo. Alguien pagó por adelantado, y muy generosamente, al parecer. Él simplemente se encargó de localizarlo a través de la red, y de entregarlo después.

—¿Lo entregó en mano?

—No lo sé, jefe, eso no me lo han dicho.

Desconcertado y aturdido, Bruno se rasca el cogote con la mano que le queda libre, intentando poner en orden sus pensamientos.

—Bueno, buen trabajo, muchacho —responde al fin—. Mañana a primera hora le haremos una visita. Y ahora duérmete, ¿quieres? O por lo menos déjame dormir a mí, *malparit...*

14

Madrugada. Ya todo el mundo descansa, y nadie repara en estas cosas. A él también le gustaría hacerlo, descansar. Dejarse llevar por el ritmo de la ciudad, y perderse en el sueño. Dormir abrazado a ella. Pero no puede. Su mujer se lo dice, se lo repite constantemente. Tristán, tú ya eres mayor, te comportas como si aún fueras un chiquillo, pero sabes que ya tienes una edad. Y entonces él siempre gruñe algo. Masculla, muerde una protesta entre dientes, y le responde que no diga tonterías, mujer, que él está perfectamente. Pero sabe que no es verdad. Que ella tiene razón, y que ya está cansado. Que de un tiempo a esta parte se siente extenuado desde mucho antes de que el día comience. Tanto trabajo, el de toda una vida, y para qué. Para descubrir en el último cartucho que todo era mentira, y que la ciudad (precisamente ella), a la que él había entregado toda una vida de estudio y sacrificio, de dedicación, también le había engañado. El amor siempre miente, y las cosas rara vez son lo que parecen. Tal vez su mujer tenga razón y él debería haberlo dejado ya hace tiempo. Pero ahora no puede parar. Como le dijo el alcalde poco antes de morir, aquí todos tenemos algo que perder. Sí, quizá debería parar... Pero no. No puede. Sabe que esta vez se trata de algo serio, y que además no debe dejarlos solos. Él los ha metido en esto. Ella es una buena chica, la conoce de toda la vida, y sabe que en el fondo es la misma niña de siempre, aunque ahora se haya vestido de mujer madura. También es verdad que el otro día tuvo la desfachatez de mentirle a la cara. En el momento no se dio cuenta, allí, en medio del jaleo de la plaza. Le sorprendió, sí, pero no se dio cuenta hasta algún tiempo después. Claro que se conocían, y tanto que sí. Eran ellos

dos. Pero vaya, también estaba aquel otro hombre, su pareja. Sus motivos tendrá, una cosa no tiene nada que ver con la otra. Y, además, él... él parece un buen tipo. Debe de serlo, si ella lo ha escogido.

Es tarde, la madrugada va ya más que muy entrada. Y debería parar. Su cuerpo se lo dice, sus fuerzas se lo dicen. Pero él no puede. Ahora no. Siente que ya casi lo puede tocar, ese *algo* más. Un dato que falta. Sabe que hay un hilo que se le escapa. Y esto no está bien.

La ciudad juega con él. La ciudad, la misma que ahora aparenta estar dormida. Quieta, inofensiva... Peligrosa. Por un instante la pilló en un descuido, y ella le dejó ver una parte de sí misma que él no conocía. Un rincón de su oscuridad perdido, escondido en la historia. Y él, pobre bobo, se excitó tanto con aquel descubrimiento que no fue capaz de imaginar la proporción del mismo. Su alcance. Pero ahora empieza a comprender. ¿Y si esa oscuridad no fuera una gota aislada en la lluvia? No, no puede serlo. La ciudad tenía una parte oscura, un río de secretos que corría en silencio bajo su propia historia. Como la red de túneles perdidos que oculta bajo sus calles, la ciudad guarda otra, una trama de secretos que se extiende bajo todos nosotros. Un río, oscuro y profundo, peligroso, que... ¿llega hasta hoy mismo? ¿Quién más, quién más acecha tras las sombras de la ciudad?

15

Regresamos a casa lo más rápido que pudimos. La ciudad, que siempre se me había mostrado tan amable, me parecía de repente una duda constante, donde cada callejón que dejábamos atrás, cada esquina que atravesábamos, se convertía ante mis ojos en una posible amenaza. Caminábamos rápido, pero sin llegar a correr. Llamar la atención no era una buena idea. De vez en cuando echaba la vista atrás, intentando adivinar en cada sombra, en cada ruido, si había alguien más con nosotros. No dejaba de darle vueltas, estaba seguro: yo no había abierto la puerta. ¿Quién, quién lo había hecho? Me limitaba a pensar en ello, sin decirle nada a Mariña. Para qué preocuparla más.

Atravesamos las calles de Príncipe y Urzaiz en silencio, a paso ligero, abrazando a Mariña contra mi cuerpo con tanta fuerza como la que empleaba para agarrar, con la otra mano, la bolsa con mis herramientas. Y con la carpeta.

A lo lejos, al reloj de la caja de ahorros se asomaban las tres de la mañana mientras doblábamos la esquina de Urzaiz con la Gran Vía. Dos pasos más y estaríamos en casa. Mariña llevaba ya la llave en la mano. Acertó a la primera. El portal se cerró a nuestras espaldas. Ascensor. Puerta.

Por fin, respiramos aliviados de vuelta en la seguridad de nuestro apartamento. Ya tan solo quedaba una cosa por hacer. Nos sentamos en el sofá negro, y yo abrí la bolsa. Saqué la carpeta con cuidado y la posé sobre la mesa de madera y cristal.

—Ábrela —me apremió Mariña.

—Voy —respondí—, veamos qué demonios es eso tan secreto...

Al final, esta es la única verdad: para escribir la historia no hay mejor tinta que la pólvora, ni papel más apropiado que una buena victoria. Y es este un detalle importante, porque, sin nadie que los recuerde, los grandes momentos de nuestra existencia se pierden en la memoria. Más temprano que tarde acaban naufragando, hundiéndose todos ellos en ese mar atroz que es el olvido. Y de esas aguas, tan turbias como profundas, ya nunca se podrán recuperar. Y así como esto sucede, lo mismo ocurre con la vida de cada uno, con todos esos instantes en que nuestra alma vibró ante la llegada de los hechos y de las gentes que vinieron a sacudirla. Momentos, incluso, como aquellos más banales... Lo sé, porque yo también sentí una vez la turbación de eso que la chusma y los poetas llaman amor. Sí, y aunque esto no sea de lo que estamos hablando aquí, debo reconocer que aquellos días incluso sirvieron para que yo sintiera en mis venas el pulso de algo que, por un tiempo, confundí con eso, con el amor. Pero que no se sepa. Que no se sepa... Es para otra cosa por lo que esta noche te he convocado aquí.

Porque, sin nadie que los recuerde, los grandes momentos de nuestra vida se pueden convertir en nuestros peores enemigos. Por eso yo quiero que sea la ciudad quien lo recuerde todo, que no olvide lo que un día hicimos. Y sí, es cierto, aquella vez lo hicimos por nosotros. Pero me gustaría pensar que también por un valor mayor, algo más elevado que todos nosotros. El futuro nos dará la razón. Y ese futuro empieza mañana... Mañana, 26 de junio de 1816.

ACTO SEGUNDO. AURORA Y ESPINOSA

ACTO SEGUNDO

AURORA Y ESPINOSA

Escucha, Candeán, y escúchame bien, porque cada una de las palabras que a partir de ahora salgan de mi boca serán tan ciertas como importantes. Más te vale que tomes nota exacta de cada una de ellas, ¿me has oído, muchacho? Más te vale... Presta atención, y no te equivoques al poner en tinta ni una sola, pues cada frase que te dicte vale más que tu miserable vida. Anótalas mal, transcribe sin fidelidad una de ellas, y yo mismo me encargaré de que sientas bien fuertes las cadenas en los pies. ¿Me has entendido? Bien, así me gusta...

Prepárate ahora. Asegúrate de que tienes las plumas a punto y tinta en abundancia, porque una vez que empiece ya no pienso parar, ¿me has comprendido? El tiempo apremia, ya el sol se pone tras las islas, y mañana es el día.

Mañana es 26 de junio de 1816, el día en que por fin pondremos la primera piedra de la nueva iglesia. De nuestra nueva iglesia. Y sí, digo nueva porque, como ya sabes, la anterior hubo de ser demolida. Un terrible accidente, como sin duda recordarás, ¿no es así, Candeán? Sucedió hace ya más de tres años. Una verdadera tragedia...

Aquella mañana, todos los vecinos se encontraban en el templo. Daban gracias, como cada 28 de marzo desde hacia cuatro años, por la ayuda que su patrona, la Virgen de la Asunción, les había prestado para librarse de los franceses. La Virgen... Pobres ilusos, chusma ignorante. No me hagas caso, Candeán, esto último no lo escribas.

Todos estaban dentro, una iglesia en la que no cabía un alma. Y me imagino el susto, el miedo al oír la explosión. Lo primero que sintieron fue el temblor. De hecho, Candeán, la sacudida fue tal que hizo que todas las vidrieras saltaran en añicos, e incluso una parte del tejado se desplomó sobre el lateral del ala norte. Sí, muchacho, el verdadero milagro fue que ese día no hubiera que lamentar ninguna defunción...

Como ya supondrás, la confusión que se produjo fue absoluta desde el primer momento, a tal punto que, en medio del caos, hubo incluso quien pensó que se trataba de los franceses, que regresaban con ánimo de resarcirse por la derrota anterior. ¿Lo ves, Candeán? El populacho es idiota, una masa estúpida y cobarde, en extremo manejable cuando se encuentra desorientada. ¿Por qué me miras con esa cara? ¿Acaso no me crees? Muy bien, opina lo que quieras. Veremos qué es lo que piensas unos cuantos pliegos más adelante.

Al tropel, agolpándose unos sobre otros, todos salieron al atrio de la iglesia. Y, en el desconcierto del momento, unos cuantos repararon en la columna de fuego y humo que se levantaba, colosal, a muy poca distancia de ellos, en dirección sur.

—¡Mirad! —señaló uno—. ¡Están atacando el fuerte de San Sebastián!

Pero lo cierto es que estaban equivocados. Ni regresaban los franceses, ni tan siquiera se trataba de ataque alguno. ¿Que por qué lo sé, Candeán? Maldito sea tu descaro, muchacho. En otro momento te habría mandado azotar por tu impertinencia. Pero no, cállate, hoy no lo haré. Hoy te responderé, aunque nada más sea porque me viene al caso: lo sé, pequeño diablo, porque yo estaba allí.

No, zagal, no me refiero a la plaza, sino al fuerte. Yo estaba en la fortaleza de San Sebastián, y por eso sé que no fue ningún ataque, no se trató de ningún cañonazo francés. Fue el polvorín lo que saltó por los aires. Sí, el polvorín, condenado, toda la munición guardada en el fuerte de San Sebastián... ¿Por qué me miras así? Ah, veo que no te atreves a decirlo en voz alta, ¿verdad? Te estás preguntando cómo puedo yo saber todo esto, ¿me equivoco? En efecto, joven Candeán, la respuesta a la pregunta que bulle en tu cabeza es sí: lo sé, pequeña sanguijuela, porque yo fui quien hizo saltar por los aires el polvorín de San Sebastián. Yo, en la compañía de un pequeño

grupo de hermanos. Los más leales, los más capaces. Nosotros provocamos la explosión.

¿Se puede saber a qué viene esa boca abierta, muchacho? ¿Qué ocurre, acaso no me crees capaz de algo semejante? Eso tan solo es porque no me conoces tan bien como piensas, pequeño gusano. Y, ahora que estamos en confianza, deja que te haga una advertencia: ten mucho cuidado con lo que a partir de hoy cuentas fuera de aquí, no vaya a ser que acabes dándote cuenta de que por fin has terminado de conocerme cuando te encuentres encadenado, arrastrando los grilletes de tus pies junto a una cuerda de miserables como tú bajo el sol abrasador del Caribe. Si me entero de que has largado algo de todo esto, yo mismo me encargaré de desollarte vivo. ¿Me has entendido, muchacho? Bien, pues ahora dime una cosa, ¿por qué no está tu pluma empapada en tinta? ¿Acaso te he ordenado yo que te detengas? ¡Mójala, miserable, vuelve a hundirla en el tintero! Dispón tu pluma para el dictado, Candeán, y yo te contaré por qué lo hice...

La zona del polvorín, así como buena parte de las casas que rodeaban el fuerte, en especial las de las calles de Santiago y de la Ferrería, quedaron destrozadas. Pero a nosotros eso no nos importaba. Casi todos vivíamos en el barrio del Arenal, al este de la ciudad, de manera que, a esos efectos, lo que ocurriera dentro de las murallas era problema de otros. Lo que a nosotros nos interesaba se encontraba, en realidad, un poco más abajo... La iglesia de Santa María, ese era nuestro verdadero objetivo. Sí, es cierto que también habríamos podido volarla directamente. Pero entonces jamás habríamos podido hacerlo pasar por un lamentable accidente...

Tras la explosión, el antiguo templo quedó severamente afectado. Como ya he dicho, parte del tejado se había venido abajo, no permaneció entera ni una sola de las vidrieras, y en el muro sur, orientado al castillo de San Sebastián, se podían ver ahora unas grietas por las que hasta el más fornido marinero habría podido hundir una mano. Puede ser que el daño quedara ahí, que no fuera a más, y que incluso, a pesar de lo escandaloso de los desperfectos, no hubiera en realidad riesgos mayores. Pero a nosotros nos daba igual. Para entonces ya teníamos varios hermanos trabajando desde

dentro, bien posicionados en el ayuntamiento. Hermanos como, por ejemplo, el señor Buenaventura Marcó del Pont, respetable empresario de intachable conservadurismo, colega armador, bien relacionado con el rey... y alcalde. Por eso nos resultó de lo más sencillo conseguir el informe deseado. Apenas unos días más tarde, y sin tan siquiera haber visitado el templo, en realidad, nuestros técnicos habían emitido una memoria en la que advertían del serio peligro que los vecinos corrían ante un derrumbe que nuestros expertos consideraban inminente, a tal punto que no les quedaba más remedio que aconsejar la pronta demolición del templo. Y fue ventura que nuestro querido alcalde tuviera a bien escuchar y admitir los consejos de la comisión técnica, comprometiéndose al momento a iniciar la construcción de un nuevo templo, en el que, sin duda, añadió, habrá un altar para el Cristo de la Victoria. Curiosamente nadie preguntó a qué altar se refería nuestro amado alcalde. De haberlo hecho, no le habría quedado más remedio que decir la verdad: el altar mayor. Así fue cómo nació nuestra nueva iglesia.

Espero que hayas anotado con exactitud esa palabra en particular, joven Candeán, ya que tal es determinante para esta crónica. Revisa, pues, que he dicho *nuestra*. ¿Que por qué lo digo? Permíteme que sonría... Lo digo porque lo es.

Todos en la ciudad pensarán que el templo que mañana comenzamos a construir bajo las órdenes del maestro y hermano Melchor del Prado y Mariño les pertenece. Creerán los vecinos que es de su propiedad. Y no, Candeán, nada más lejos de la realidad. Es nuestro, nosotros somos sus propietarios. Nos pertenece a nosotros, a todos y cada uno de los miembros de la Hermandad de Caballeros del Santísimo Cristo de la Sal, y esa iglesia ya nunca más será de la Virgen, sino a partir de ahora y para siempre la del Cristo de la Victoria. Estamos levantando nuestro propio templo delante de sus mismas narices, y ellos, pobres ignorantes, no lo sabrán mientras vivan.

Y esto no es más que el principio, Candeán. Porque lo que estamos haciendo, por fin, es construir en realidad nuestra propia ciudad. Una nueva y por completo nuestra. Y esa bajo la que mañana guardaremos este pliego que ahora escribes será en verdad mucho más que la primera piedra de una nueva iglesia. Será la primera de una nueva ciudad, construida por nosotros y para nosotros. ¿A qué esa cara, Candeán? ¿Acaso te puede tanto la sorpresa que te

olvidas de que tu cometido aquí es el de copiar cada una de mis palabras? Pues no dejes de hacerlo, mamarracho. Porque hoy es todavía demasiado pronto para que la verdad sea revelada en toda su extensión, en toda su profundidad. Pero el tiempo corre a nuestro favor. Llegará un día en que la ciudad sí estará preparada para conocer esta verdad. Y mañana zarpa el mejor navío posible para que este evangelio sea enviado: mañana es un día para la Historia. Con mayúsculas, Candeán.

Porque este vulgo que nos rodea es crédulo e ignorante. Analfabeto y supersticioso, no está preparado para conocer la grandeza de nuestros actos. De conocer su verdadera naturaleza, sin duda se revelaría contra nosotros. Más si algún día llegasen a conocer los detalles, en especial aquellos referidos al origen de nuestras riquezas... Y eso sería un problema, ¿verdad, Candeán? No, este pueblo no está preparado todavía. Pero sí lo estarán las generaciones futuras. Y por eso, para ellas, dejaremos esta crónica, a buen recaudo oculta bajo esa primera piedra. Para que un día, cuando la Historia lo considere oportuno, comprendan cómo, sin que nadie se diera cuenta, tomamos posesión de nuestra ciudad. En efecto, Candeán, no me mires así. Nosotros tomamos al asalto nuestra propia ciudad. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que lo hicimos sin que absolutamente nadie se diera cuenta. Veo que sigues mirándome del mismo modo... Te preguntarás por qué lo hicimos, ¿verdad? ¿Pues por qué iba a ser, joven, sino por la más sencilla de las razones? Escucha, Candeán, presta atención: robamos nuestra propia ciudad porque, simplemente, pudimos hacerlo.

Veo que sonríes, bribón. Bien... Tal vez algún día tú también llegues a ser un buen hermano. Por lo pronto, ¿te gustaría saber cómo lo hicimos? De acuerdo, pues presta atención, porque para eso hemos de irnos unos cuantos años atrás. Siete, en concreto... Escucha, y no dejes de escribir.

2

Todo comenzó mucho antes de la llegada de los franceses, en realidad. Existíamos ya desde más de medio siglo antes. Tras las primeras salidas, la gente se arremolinaba en los muelles a nuestra llegada. Se formaban corros, y los chismes corrían de boca en boca, comentando lo descarnado de nuestras tropelías. En aquellos primeros días yo era poco más que un niño, un mocoso que apenas levantaba medio metro del suelo. Pero recuerdo la cara de mi padre, con la mirada hundida a sus pies mientras los vecinos de la villa chismorreaban a nuestro paso.

—Mira, es uno de ellos —murmuraban.

—¿Ese?

—Sí. Uno de esos. Piratas del Arenal.

Sí, es verdad. Y se avergonzaban de nosotros. Les resultaba mucho más fácil alabar las virtudes de los abnegados marineros del Berbés, agrupados en torno a la Cofradía de la Misericordia. Pero por más que nunca lo quisieran reconocer, lo cierto es que la ciudad pronto se hizo rica, y no gracias a las descargas de sardina de aquellos pescadores, sino a nuestros abordajes.

Porque ya desde el primer día hubo quien continuó el negocio en tierra. Venían a comprarnos el botín al abrigo de la noche, directamente en el barco, y con la llegada del nuevo día ya estaban convirtiendo la tajada en oro dentro de las murallas, donde los vecinos se dejaban convencer con mentiras acerca de un origen más cómodo, más confortable para sus conciencias. Historias para niños mojigatos que ni ellos mismos se creían, de tan falsas como oportunas. Fue así, gracias a nosotros, como en las casas de la villa

comenzaron a aparecer telas de Damasco y velas de Bujía. Los señoritos comían bacalao de Terranova regado con vinos de Porto, mientras sus despensas olían a especias de la India y café de Moca. En la ciudad había oro, plata, curtidos, herrajes y carbón. Y todo gracias a nosotros.

Hoy ya nadie parece recordarlo, pero esa es la verdad, Candeán: cuando esta ciudad aún era villa, sus muelles dieron cobijo a corsarios. Los piratas del Arenal, nos llamaban. Nacimos con la concesión de las primeras patentes de corso, al abrigo de la guerra que la corona de España mantenía con la británica. Con la excusa de luchar contra el asedio corsario que nuestros barcos mercantes venían padeciendo por parte de los ingleses, el rey Felipe V concedió toda una serie de patentes para convertirnos en corsarios, y perseguir así las líneas de comercio naval de una potencia enemiga. Así fue como comenzó a aparecer toda una escuadra de buques armados, desde Pontevedra hasta Baiona, dispuesta a tomar al asalto cualquier navío inglés que asomase su velamen frente a nuestras costas. Y todo gracias a unas patentes que se emitieron, ininterrumpidamente, entre 1740 y 1808, un año antes de la llegada de los franceses.

La escuadra viguesa estaba compuesta por ocho buques, casi todos bergantines, como el *Príncipe de la Paz*, o el *San Buenaventura*, así bautizado en honor de nuestro principal protector, el señor Buenaventura Marcó del Pont. Pero, de entre todos, uno destacaba sobre los demás: por su tamaño, sus diez cañones y, sobre todo, la fiereza de sus sesenta tripulantes, todos en la villa admiraban al *Santísimo Cristo de la Sal*. Ese, el que daba nombre a nuestra hermandad y en el que ya navegaba mi padre desde los primeros días de patentes, fue en 1784 mi primer destino, con apenas quince años.

Diez años más tarde, ya toda la escuadra me pertenecía.

Otros diez después, el campo de acción de mis negocios ya se había ampliado, yendo mucho más allá del límite de nuestras costas.

Y un lustro más tarde, para cuando el ejército de Napoleón llegó a nuestras puertas, los franceses llevaban ya muchos años siendo mis principales clientes, encargándome el transporte de aquellas cargas tan valiosas que ellos compraban en las ardientes costas de África para su venta en diferentes puertos del Caribe, especialmente en Santo Domingo.

Pero, a pesar de todo el poder que íbamos ganando en el mar, en tierra los lazos de nuestra hermandad seguían buscando el amparo de las sombras. Nuestras reuniones se seguían celebrando en los reservados más oscuros de las tabernas del barrio. En los muelles del fondeadero, o al abrigo del rumor de la Fuente del Gallo, en pleno corazón del Arenal. Mucho nos guardábamos de no gritar nuestras intenciones hasta no estar en la soledad de la alta mar. Para cuando las tropas del mariscal Soult entraron en Vigo, es verdad que mi posición en sociedad era la de un comerciante más o menos acomodado, pero no así la de mis hermanos. Nosotros éramos los que nos dejábamos la piel, nuestras vidas en el mar. Pero cuando regresábamos a tierra seguíamos sin ser mucho más que apestados. La escoria, la mugre y la furia de la tierra... Y, mientras tanto, los señoritos de la villa, herederos de los Montenegro, los Arines o los Goda, seguían gozando de sus privilegios sin haber puesto jamás un solo pie en los campos que otros trabajaban para ellos ni sentir cómo la sal del mar les cuarteaba la piel. El único problema que todos y cada uno de aquellos vividores cargaban a sus espaldas era el de tener que seguir haciéndose más y más ricos cada vez. Como si todo cuanto veían les perteneciese. Y, mientras tanto, nosotros, mis hermanos y yo, seguíamos siendo los parias del arrabal del este. Sí, es verdad que en apariencia mi posición era más favorable que la de mis hermanos. A los ojos de los vigueses, yo era un conocido empresario, una pequeña fortuna crecida a la sombra de Marcó del Pont. Nadie tenía demasiado claro cuál era en realidad el objeto de mis empresas. Armador y comerciante, decían los que más, y tan solo unos pocos se atrevían a murmurar acerca de la verdadera carga de mis negocios. Pero fuera cual fuera mi apariencia, dentro de la hermandad todos éramos semejantes. Y la villa, a la que tanta riqueza le habíamos dado, no había sido justa con nosotros. Hacía tiempo que nos veníamos sintiendo en el derecho de reclamar lo que por ventura y rabia nos pertenecía. Pero sin encontrar el modo de hacerlo. Hasta el día en que llegaron los franceses...

El 1 de febrero de 1809, un miércoles tan gris como frío, el general Franceschi entró en la ciudad al frente de mil doscientos soldados de infantería, dispuesto a nombrar al barón Girardin, coronel del 8.º Regimiento

de Dragones, nuevo gobernador de la plaza. Y allí, de pie ante la Puerta de los Cerdos, esa misma que ahora llaman Del Sol, contemplando el paseo militar bajo la lluvia que caía con fuerza, se me ocurrió cómo hacerlo. Observando con atención la entrada de las tropas en la villa, comprendí que tendríamos una oportunidad para, de una vez por todas, cambiar el rumbo del juego y ponerlo, por fin, a nuestro favor.

¿Tú sabías eso que dicen sobre París, Candeán? Eso de que bien vale una misa... Sí, patán despreciable, hubo un rey que tal cosa dijo. Fue Enrique de Navarra, conocido en la Historia como Enrique IV de Francia, quien por hacerse con el trono galo no sintió el más mínimo reparo a la hora de renunciar a su propia fe. En fin, un miserable, como cualquier otro Borbón... El caso, Candeán, es que aunque tal cosa fuera cierta, y ese pozo inmundo que es París bien valiera una misa, entonces no sería menos verdad que esta ciudad nuestra también valdría unas cuantas mentiras. ¿Que por qué digo eso acerca de París? Permíteme que vuelva a sonreír ante tu ignorancia beocia, Candeán... Lo digo porque lo sé: mientras en París las calles se revolvían agitadas reclamando libertad, igualdad y fraternidad para todos, sus compatriotas seguían siendo los mayores negreros del mundo. Fletaban barcos y más barcos que, sin pausa alguna, continuaban cruzando el Atlántico, cargados de hombres sin esperanza, arrancados de sus pueblos para ser vendidos como esclavos. Sí, Candeán, yo lo sé mejor que nadie. Libertad, igualdad, fraternidad..., pero para ellos. Para el resto, unas buenas cadenas en la bodega del barco. Sí, muchacho, eso de las ideas está muy bien para quien las quiera, pero yo prefiero otro tipo de argumentos. Porque de todo lo que aquella húmeda mañana de 1809 vi entrar en la villa, lo único verdaderamente interesante para nuestros intereses no fue ninguna idea, sino más bien otro tipo de cosas. ¿Acaso quieres saber de qué te estoy hablando, impaciente Candeán? Te lo diré, te lo diré, pues nos viene al caso: dos carros.

Oh, pequeño descreído, no pongas esa cara, que todavía no sabes de qué te estoy hablando. Para cualquiera que no tuviera mi mundo nada más serían dos carros, sí. Pero yo enseguida caí en la cuenta de que se trataba de un par de remolques muy diferentes a todos los demás. Para empezar, estos iban por completo cerrados, y mientras los otros carros no llevaban a nadie más alrededor que el pobre diablo que guiaba los caballos, estos de los que te

hablo venían bien protegidos por seis húsares cada uno. ¿Qué ocurre, que tampoco sabes lo que es un húsar, ignorante? Maldita sea mi suerte, tuvo que tocarme a mí el más inculto de los lacayos para que me hiciera servicio... Un húsar es un miembro de la caballería ligera, bien armado con un sable y una lanza, y protegido con una armadura ligera. Mal negocio atacarlos, y peor asunto, intentar huir de ellos... Resultaba evidente que si cada carro venía escoltado por media docena de ellos era porque su contenido tenía que ser más que valioso. ¿Que qué es lo que contenían? Ah, joven Candeán, mucho quieres saber tú esta noche... Te lo diré, pese a tu insolencia, pequeño mamarracho. Aquellos dos carros contenían algo que lo cambiaría todo para siempre.

Sí, Candeán, lo que en aquellos remolques venía era una carga que cambiaría la historia de la ciudad. ¿Que de qué se trataba? Ojalá te pudiera dictar mi sonrisa, muchacho... Aquellos carros traían en su interior el mayor tesoro que jamás hubieran guardado los muros de esta villa. De eso se trataba.

3

Me llevó tiempo conseguirlo. No es que fuese difícil entrar en la villa. Desde el principio, y en realidad a lo largo de casi toda la ocupación, las puertas de la muralla permanecieron abiertas durante el día, de manera que el acceso a los barrios de intramuros no supuso mayor dificultad tras la llegada de los franceses. El problema estaba en el modo de hacerlo. Acostumbrados como estábamos todos los hermanos a movernos con la mayor discreción, intentando no llamar nunca la atención ni levantar la más pequeña sospecha, aún tardamos en alcanzar nuestro primer objetivo. Pero, por fin, lo conseguimos. Sucedió un par de semanas después de la llegada de las tropas del mariscal Soult. Ya sabes, Candeán, el temible duque de Dalmacia...

Aquel primer objetivo nuestro, colaborador involuntario, era un elemento llamado Armand Lorentz, un soldado de infantería raso, encargado de hacer guardia delante de la casa en la que los franceses habían establecido su cuartel general, en el encuentro de las calles Funil y Traviesa del Franco. Todo lo que aquel pobre diablo tenía de gordo y estúpido ya lo traía de casa. Para su desgracia, aquí descubrió, además, lo mucho que le gustaba el vino del país.

Todavía me llevó unos cuantos días acercarme a él. Pero cuando el 16 de febrero la 4.^a División Heudelet abandonó el acuartelamiento de la ciudad para marchar hacia Portugal, la nueva calma que pareció instalarse en la villa vino a colaborar a nuestro favor. Como ya resultará evidente, una de las cosas que yo había ganado a lo largo de tantos y tantos años haciendo negocios con los gabachos era un excelente dominio de su idioma, por lo que, una vez

establecido el primer contacto, no me resultó en absoluto difícil conseguir que el idiota aquel se sintiese a gusto en la compañía de alguien con quien pudiera conversar con tanta facilidad. Nada más tuve que dedicar unos cuantos días más a la pantomima de pasar frente a su garita, simulando el dirigirme a un trabajo que por supuesto no existía, para que el soldado recordase mi cara e identificase mi presencia como algo familiar. E inofensivo. Un par de semanas más tarde, Lorentz *el Imbécil* ya comía en mi mano. El día 1 de marzo, el muy estúpido había ganado tanta confianza conmigo como para dejarse invitar a un vino. Y así fue como el pájaro cantó. Bien es verdad que no fue un vino, sino más bien cuatro jarras las que tuve que hacer servir para desatarle la lengua. Pero cantó, maldita sea si lo hizo. Porque al fin y al cabo, amigo Candeán, es una verdad como un mundo el hecho innegable de que no hay garganta que no se engrase con buen vino ni secreto que duerma para siempre en la cabeza de un cretino.

Aquella noche, al amparo de las sombras que guardaban la taberna de la Xoana, en la calle de Xuanelo, el soldado Lorentz me explicó que en el primero de los carros no se guardaban menos de quinientos mil francos. ¡Medio millón de francos, joven Candeán! Tengo que admitir que, a pesar del temple y la sangre fría que me caracterizan, en aquel momento hube de hacer un severo esfuerzo por no ponerme a gritar *Mon dieu!* allí mismo.

—Como usted comprenderá, amigo mío, un ejército tan poderoso como el nuestro no se mueve sin coste. Nuestros mosquetones no se recargan con piedras del camino, y ni sus hombres comemos aire ni cobramos en promesas nuestros jornales. No, *mon ami*... Desplazar una maquinaria de guerra tan grande cuesta mucho dinero.

Lo que tienen los idiotas es que están convencidos de que no hay nada en el mundo como escucharles hablar a ellos, de manera que una vez que les desatas la lengua ya puedes tener por seguro que no se callarán hasta que caigan inconscientes sobre su taza de vino. O hasta que alguien les meta una bala en la boca. Así, Lorentz todavía siguió hablando.

—Pero, lo crea usted o no, aquí lo más interesante no es el dinero.

—Ah, ¿no? —respondí con fingido desinterés.

—No —sonrió—. Eso ya está a buen recaudo en el piso de arriba...

—¿Y qué puede ser más interesante que tamaña cantidad de dinero,

señor?

El gordo volvió a sonreír, intentando mantener abiertos unos ojos que ahora el vino tornaba pesados como láminas de plomo.

—Nunca adivinaría usted lo que el general Soult guarda en el otro carro.

—Caramba —sonreí desconcertado—, pues no, he de reconocer que no me lo imagino.

—Por supuesto que no —respondió el gordo, con su sonrisa de borracho imbécil completamente encharcada en la más estúpida de las fanfarronerías—. Soult le ha hecho jurar al comandante Chalot, el nuevo gobernador, que lo defendería con su vida si fuera necesario...

—Sí que ha de ser importante, entonces.

—Por supuesto. Esa es la razón de que Chalot lo siga guardando en las caballerizas de la casa, donde pueda verlo a diario...

—Vaya. ¿Y de qué se trata, pues?

—¿No se lo imagina?

Y todavía amplió su sonrisa, al tiempo que se esforzaba sin mucho éxito por mantener quieta la cabeza, un peso muerto balanceado sobre su cuello, mientras su boca intentaba acertar con el siguiente trago de vino.

—¿Qué tal si me lo dice usted?

Y sí, maldita sea, y tanto que me lo dijo...

En aquel segundo carro, el que permanecía día y noche custodiado en las caballerizas de la Casa del Francés bajo vigilancia constante, Soult guardaba no solo sus efectos personales, su propia caja de caudales, su vestuario, sable y ropa de gala. No, allí también había algo más: su propio botín de guerra.

—¿Ha oído usted hablar del botafumeiro?

—¿El... botafumeiro?

—Sí, el botafumeiro —balbuceó—. El incensario de plata y piedras preciosas de la catedral de Santiago...

—Sí, claro que he oído hablar de él... ¿Por qué lo pregunta?

Ya a punto de perder el conocimiento, el soldado todavía encontró fuerzas para volver a sonreír.

—Porque lo tenemos nosotros.

Esa noche me aseguré de que, ya bien entrada la madrugada por las calles de la villa, la guardia francesa no tuviera ninguna dificultad en cruzarse con su compañero Lorentz. Desaliñado, sucio y borracho hasta la médula, el soldado francés caminaba con dificultad bajo la lluvia, que en aquellos días se había hecho especialmente intensa en toda la región. Trastabillaba una y otra vez, sin dejar de cantar a voz en pecho una deshonrosa mezcla de canciones tradicionales gallegas y francesas. Viendo que la patrulla se aproximaba, nada más tuve que dejar caer, como dos gotas de veneno, un par de palabras bien escogidas en el oído de Armand, a aquellas alturas ya más que fácilmente sugestionable. Y así, al tiempo que yo me confundía con las sombras de la calle de la Palma, el muy idiota se lanzó por la calle Real abajo, corriendo hacia sus propios compañeros, quienes, atónitos, lo observaban venir contra ellos al grito de «¡Muerte al perro napoleónico!», convencido Armand de que eran aquellos mismos correligionarios suyos los que pretendían ultrajar la honra de su madre.

Esa fue la razón de que la mañana siguiente se encontrase al estúpido Lorentz encerrado por una buena temporada en los calabozos de la fortaleza del Castro, y a mí sin nada que me impidiera volver a asomarme a la Casa del Francés, seguro y sin levantar las sospechas de nadie. Porque ahora, ante la puerta donde hasta el día anterior había estado Armand, un nuevo soldado montaba guardia. No pude evitar sonreír al pensar que se trataba de un rostro diferente, sí, pero con la misma expresión de cretino que la del soldado Lorentz, aspecto este nada desdeñable, muy a tener en cuenta llegado el

momento... Con todo, esta vez eran otros los detalles que yo iba buscando. Doblé por la Traviesa del Franco y, viendo que la gran puerta de las caballerizas estaba abierta, eché un vistazo a su interior, cuidándome de hacerlo con tanta discreción como me fue posible.

En efecto, tal como la noche anterior me había revelado el gordo Lorentz, allí estaba uno de los dos carros. Comprendí que el primero no habría tardado en desaparecer, una vez descargado y puesto a buen recaudo el dinero. Pero el otro no. Seguía allí, recogido en el patio interior de la casa, oculta todavía su carga, protegida de miradas curiosas. De todos modos, la verdad es que desde la angostura de la calle era muy poco lo que se podía ver, intuir más bien, del interior del patio. Y a mí me preocupaba sobre todo no llamar la atención, por lo que continué caminando calle arriba hasta llegar a la capilla de la Misericordia. Cuando consideré que había pasado un tiempo más que oportuno di la vuelta y regresé, dispuesto a echar un nuevo vistazo. Observando que la puerta continuaba abierta, demoré un poco el paso, intentando descubrir algún nuevo detalle. Y entonces, maldita sea, la vi.

Yo me había acercado a la búsqueda de alguna pista, tal vez una grieta en la seguridad de la casa que me ayudara a comprender cómo entrar en el patio. Cómo acercarme al carro y, ya puestos, cómo acceder a la casa. Y, por el contrario, fue con ella con quien me encontré. Ella... ¿Qué hacía ella allí?

La conocía desde siempre. La villa todavía era pequeña, de modo que nos conocíamos todos. O casi. Y, de ella, todos los vecinos sabían... Algo más joven que yo, morena, esbelta, hacía tiempo ya que había dejado de ser una chiquilla grácil y simpática para convertirse, de lejos, en la mujer más hermosa de la villa. Apunta bien esto que te voy a decir, Candeán, porque su nombre era Aurora, y no iba a ser esta la primera vez que nuestras vidas se cruzaran. Ni tampoco la última.

Todo el mundo en la villa amaba a Aurora, pero yo la quise siempre para mí. Aunque nada más pudiera tenerla en los pagos de mi imaginación. Unas cuantas veces a lo largo de los años me había acercado a ella, y nunca recogí más que su desprecio. Me castigó siempre con la misma respuesta que hasta el momento había dado a todos. Porque todos bailaban con Aurora, pero ella

no se casaba con nadie.

Cuando los negocios empezaron a irme bien, asentadas mis empresas entre Senegal y Santo Domingo, lo intenté por última vez. Me acerqué a ella en la danza de los Maios, en la plaza del Rey. Bailé a su lado, sintiendo el aroma de su melena castaña revuelta ante mí, y en una de las contradanzas la cogí por la cintura.

—Aurora —le dije, mirándola a los ojos—, tú y yo, ¿qué te parece?

Pero ella no respondió. Apenas detuvo por un segundo el baile y, con expresión divertida, se limitó a sostenerme la mirada. Me observaba extrañada, como si le sorprendiera lo disparatado de mi propuesta. Sonrió, y al momento se reincorporó al baile con sus compañeras, dejándome por toda compañía el eco de su carcajada. Despreciado, la vi bailar antes de retirarme del corro. Danzaba al compás, divertida y lozana, como si allí no hubiera pasado nada, tan solo una hoja perdida que, arrastrada por el viento desde cualquier árbol, se hubiera enredado en su pelo.

Y ahora, apenas unos años más tarde, allí estaba, llenando una tinaja de agua en el pozo de la casa. ¿Qué demonios pintaba ella allí dentro?

La observé un poco más, no pude evitarlo, olvidando por completo toda precaución. Tuve suerte, porque aunque a nadie pareció llamarle la atención, mi presencia ante el portal distaba mucho de ser nada prudente. Desconcertado, a punto estaba de irme cuando reparé en un nuevo detalle. Aurora avanzaba hacia el interior de la casa cuando un oficial francés apareció bajando por las escaleras que daban al patio. Se trataba de un hombre joven, alto y rubio, bien parecido. Y no dejaba de sonreír con la mirada puesta en Aurora. Y ella... Maldita sea, ella bajó la cabeza, coqueta, al encontrarse con la mirada del francés. Y aunque intentara disimularlo, bien pude ver como ella también sonreía.

Nadie más lo vio. En el patio no había más gente, ni militares ni servicio, y el único soldado que guardaba el portal lo hacía con la mirada puesta en la calle. No, allí no había nadie más, pero ellos se guardaron mucho de llamar la atención de nadie. Lo hicieron con toda discreción, sí, pero así y todo yo lo vi. Que el diablo me lleve, Candeán, yo lo vi todo. Cuando Aurora y aquel maldito francés se cruzaron, sus manos se tocaron. Nada más fue un segundo, un pequeño roce, y cualquiera podría haber dicho que aquello no fue más que

un contacto casual. Pero yo lo vi, claro que lo vi. Fue una caricia furtiva, algo buscado. Lo sé porque aunque nadie dijo nada, nadie volvió la vista atrás, cuando continuaron sus respectivos caminos, las sonrisas que ambos llevaban en sus rostros se habían hecho mayores. Maldita sea, Candeán, maldita sea ella. Aurora, la que nunca quiso a nadie, la que nunca me quiso a mí, se había enamorado de aquel asqueroso francés. No quise ver más. El temor a ser descubierto me proporcionó la excusa perfecta para salir de allí y, llevado por la furia, regresar al Arenal.

Vino la noche a remover sentimientos que ya pensaba guardados, o, tal vez, apunta mejor enterrados. Sí, Candeán, no me mires así. Yo también sé lo que es eso, ¿acaso pensabas que no? Por supuesto que sí... Regresé al día siguiente. Me agazapé en la penumbra de la Travesía del Franco, y aguardé a que Aurora abandonara la casa. Cuando por fin salió, al caer la tarde, yo la seguí por las sombras de la calle de la Esperanza. Un poco más abajo, aprovechando el gentío de la calle Real, fui acortando las distancias hasta que, ya a la altura del pazo de los López de Araújo, me coloqué a su lado.

—Hola, Aurora. ¿No te alegras de verme?

—¿Pero qué...?

No la dejé continuar. Con una mano le tapé la boca, y con la otra la cogí del brazo, obligándola a doblar la esquina de la casa, metiéndonos los dos en la oscuridad de la calle Alta, y no le dejé decir nada hasta estar seguro de que no se pondría a gritar.

—Espinosa... —dijo al reconocerme, su boca torcida en una mueca de desprecio—. ¿Se puede saber qué demonios crees que estás haciendo?

—No lo sé, dímelo tú. ¿Estaré secuestrando a una traidora, tal vez?

—¿Una qué? —respondió arrugando la frente, despreciando mi insinuación—. Por el amor de Dios, Velasco. No digas estupideces...

—¿Estupideces, te parecen? ¿Y entonces cómo explicas lo que he visto estos últimos días?

Se quedó observándome, desconcertada.

—No sé qué es lo que has visto...

—Vaya, pues en eso coincidimos, querida, porque yo tampoco lo sé. Pero, en el muy probable caso de que alguna autoridad me preguntara, no me quedaría más remedio que jurar que lo que vi se parecía mucho a ti pelando la

pava con un oficial francés... Ya sabes a quién me refiero, ¿verdad? Uno de esos que entran y salen tanto de la torre en lo alto de la calle de la Esperanza. La Casa del Francés. Dime, Aurora, ¿acaso no estoy en lo cierto?

Volvió a cambiar la expresión en su rostro, esta vez mudándola por una menos agresiva, más preocupada.

—Philippe...

—Oh, Philippe —repetí, mordaz—, de manera que así es como se llama tu amante...

—No es mi amante, largo de lengua —respondió ella, recomponiendo el gesto—. El oficial De Mier, que es a quien supongo que te refieres, es el secretario personal del comandante Chalot, el nuevo gobernador. Así pues, trabaja en la casa, y no sé qué demonios es lo que tú creerás haber visto, pero él y yo nos cruzamos constantemente, porque es una casa muy pequeña.

—Oh, claro, claro —admití con sorna—, una casa muy pequeña, ya... Y por eso vais por ahí dándoos la mano a escondidas, ¿no es así?

Descubrí la sorpresa en su rostro. Resultaba evidente que era este un punto en el que Aurora no esperaba verse descubierta. Intentó un contraataque tan rápido como le fue posible.

—En efecto, Velasco. El roce ha acabado convirtiéndose en... ¿cómo lo llaman los franceses? Ah, sí, un *affaire* con el señor De Mier. Y no solo eso. En el establo también hay una vaca a la que ordeño cada mañana. ¿Quieres que te explique también a qué clase de relaciones me ha llevado el contacto diario con el animal?

Permaneció por un instante observándome en silencio, desafiante.

—Y de todos modos —prosiguió—, no alcanzo a entender por qué demonios tendría que darle yo explicaciones de lo que haga o deje de hacer a un miserable como tú, ¿no te parece, Espinosa?

Ay, Candeán... He de reconocer que en ese instante a punto estuve de cruzarle la cara. Tal vez no sea muy elegante decirlo, pero es la verdad. Sentí el fuego de la sangre quemando mi cara, y poco faltó para que la furia me venciera. Cerré la mano, apreté el puño con fuerza, y armé el brazo. Pero no hice más.

—Puedes intentar ofenderme todo cuanto quieras —respondí, recuperando la sangre fría—, pero nada de eso explica tu presencia en esa

casa.

—Soy la nueva emperatriz de Francia —respondió ella casi al momento, todavía arrogante.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Napoleón me ha pedido en matrimonio, y hasta que no llegue mi carruaje dorado he de permanecer en las dependencias del gobernador. Y, ya que estoy, le hago la comida y le limpio las letrinas. —Se quedó mirándome—. ¿Tú qué demonios crees que hago ahí dentro, maldito estúpido? Si estoy en la Casa del Francés es porque formo parte del servicio del gobernador, idiota.

—El servicio...

—Pues claro —me confirmó con rabia—. ¿Qué otra cosa si no iba a hacer ahí? Necesitaban una mujer que se encargara de las labores de la casa. Alguien les habló de mí. Y qué quieres que te diga, esos franceses pagan muy bien...

—¿Y el gabacho?

—¿Qué gabacho?

—De sobra sabes tú qué gabacho —protesté—. El Philippe ese.

—¿Qué ocurre con él?

—¿Qué hay entre vosotros?

—Por favor, Velasco, ¿qué quieres que te diga? Es alto, guapo... y un seductor, como todos los franceses. Pero nada más.

De sobra sabía que mentía. Pero no quise verlo. Por lo menos no en ese momento.

—Tú sabes que me gustas, ¿verdad, mujer?

Volvió a quedarse observándome, entre desconcertada y juraría que asqueada.

—Si tú quisieras, yo sí que podría hacerte emperatriz. Ahora mismo, si tú me lo pidieras, pondría un océano entero a tus pies.

Por un instante, Aurora arrugó la frente, desconcertada.

—¿Cómo... dices?

—Digo que nada más tendrías que pedírmelo. Sobre todo ahora. Escucha, tú trabajas ahí dentro.

—Te lo acabo de decir.

—Pues nada más tendrías que ayudarnos.

—¿Ayudaros? —Frunció el ceño todavía más—. Un momento, un momento. ¿A quién? ¿A qué?

—A entrar en la Casa del Francés.

Me miró de reojo.

—¿Para qué quieres tú entrar ahí? —preguntó desconfiada.

—Tan solo tendrías que decirme dónde guardan el dinero y...

Me detuve. Esta vez me detuve yo solo, sin que nadie me lo pidiera. Para mi sorpresa, Aurora había dejado el asombro atrás, y ahora comenzaba a reírse. A carcajadas.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia, mujer?

—¿Esa es tu intención? —respondió, ajena a mi pregunta—. ¿Robar en la Casa del Francés? ¡Por favor, Velasco, permite que me ría a placer!

—No entiendo por qué —respondí, debo confesar que ligeramente herido en mi orgullo.

—Porque nada más me dejas dos opciones, Velasco. O reírme de tus disparates o correr ahora mismo a denunciarte ante el gobernador. ¿Qué te parece?

Denunciarme, Candeán, aquella desgraciada se atrevía a amenazarme con denunciarme. Sentí la sacudida de un nuevo acceso de cólera.

—¿Y por qué no hacerlo? —le respondí—. ¿Acaso prefieres que sean ellos los que sigan saqueando nuestro país, ahogando a nuestro pueblo? Esa gente ante la que tú pretendes denunciarme está matando a nuestros familiares y compañeros... ¿Qué ocurre, Aurora, que esa parte no te la ha contado nadie? ¿O acaso es que ese francesito tuyo te ha ofrecido algo mejor? Es eso, ¿verdad? ¿Es que te han prometido París, estúpida Aurora?

Y, esta vez sí, ella me cruzó la cara. Fue un bofetón rápido, furioso.

—Escúchame, y escúchame bien, Velasco Espinosa —advirtió, clavando sus ojos coléricos en los míos—. No sé con qué clase de persona te crees que estás hablando, ni tampoco qué es lo que piensas que hay entre Philippe y yo. Pero una cosa sí te voy a decir: el más ruin de los soldados franceses es mejor hombre que tú. Puede que no estés de acuerdo con sus ideas, pero ellos no han venido aquí a saquear a nadie, sino a traernos el progreso.

—¿El progreso? —repetí—. ¡De qué demonios me estás hablando, mujer!

Escúchame tú a mí, Aurora. No sé qué embustes te habrá contado ese francesito al que tanto defiendes para haberte barrido el juicio de semejante manera, pero yo conozco el progreso ese del que tú me hablas. Y créeme, no es tan agradable como ellos cuentan. Sobre todo cuando lo ves hacinado en la bodega de un barco, encadenado, enfermo, aterrorizado. Orinándose —dije con rabia, mordiendo con fuerza cada sílaba—, defecándose encima.

—Hablas con mucha seguridad, Velasco.

—¡Porque lo he visto, maldita sea! Lo he visto con mis propios ojos, y más veces de las que cualquier hombre de bien podría soportar. Yo he estado ahí, mujer. He estado ahí, maldita sea mi sombra. Y deja que te diga algo: desconozco qué clase de basura te habrán contado, pero créeme, Aurora, esa gente no es mejor que nosotros.

Podía sentir el fuego de la sangre hirviéndome en el rostro, Candeán, y por unos instantes nos quedamos en silencio, ambos observándonos el uno al otro.

—Luego es cierto...

—¿A qué te refieres?

—A lo que todos cuentan por ahí.

—No sé de qué me estás hablando, mujer.

Aurora volvió a clavar su mirada en mí.

—Eres un tratante de esclavos.

—¿Qué?

—Deja de fingir, Espinosa. Todos lo saben, aunque nadie se atreva a decirlo en voz alta. No son telas ni alimentos. Tampoco marfil, ni mucho menos brillantes lo que tus barcos llevan a América. Son hombres. Hombres negros.

En sus labios sonaba todavía peor de lo que era.

—Aurora...

—No —me atajó—. No malgastes saliva en más mentiras, y dímelo. Eres un negrero. ¿Verdad?

Tardé en contestar.

—¿Y qué si lo fuera? —respondí, de nuevo como en un desafío.

Lentamente, una mueca de desprecio comenzó a perfilarse en su expresión. Lentamente, sí, así sucedió, y yo sentí todo su asco derramándose

sobre mí.

—¿Sabes una cosa, Velasco? Siempre te he tenido por un miserable. A ti, y a todos tus compañeros del Arenal. Pero esto va mucho más allá. Eres repugnante, Espinosa. Alguien que comercia con la vida de otro ser humano, con hombres, mujeres, con niños inocentes, alguien que hace eso no merece tan siquiera que le llamen persona. Me das asco, Espinosa. Vete de aquí, vete, si no quieres que te denuncie ahora mismo.

Me quedé mirándola fijamente.

—Estás tomando la decisión equivocada, mujer. Yo podría convertirte en una dama, la más rica de toda la comarca.

—¿Y? —me asestó con desprecio—. ¿Acaso crees que eso me importa? Por favor, Velasco, yo preferiría arder en el infierno para siempre antes que llevar una sola de tus joyas sobre mi pecho, un anillo tuyo en mi mano, o...

No dije nada. De sobra comprendí por la furia en su mirada que la respuesta aún no había acabado.

—O, mucho menos —añadió por fin—, un hijo tuyo en mi vientre.

Y, ahora sí, se calló. Todavía permaneció por un instante observándome en silencio, sin dejar de negar con la cabeza hasta que, finalmente, se soltó de la mano con la que todavía le tenía agarrado el brazo, escupió en el suelo y se fue. Se fue, Candeán, dio media vuelta, y me dejó allí, en las sombras que la noche había traído a la calle Alta. Sí, muchacho, así me lo dijo. Entre el infierno y yo, ella escogería el infierno. Muy bien, pues si eso era lo que quería, eso sería lo que tendría...

5

Sinceridad ante todo, Candeán: en aquel mismo instante le habría rebanado el pescuezo. Tú ya me conoces, no soy hombre de demasiadas contemplaciones. ¿Para qué malgastar tiempo razonando mediante la palabra, cuando podemos hacerlo mejor y más rápido con un buen cuchillo? Por fortuna comprendí que, aunque tan solo fuese en aquella ocasión, lo más sensato sería aguardar. Sabiendo que por las buenas no había nada que hacer, lo cabal era esperar, aguardar el momento oportuno. Para hacerlo por las malas, claro.

En aquellos días, ya tan entrado el mes de marzo y a punto de comenzar la Semana Santa, la villa se revolvía de una manera curiosa. Con el grueso de las tropas fuera de la plaza, ocupadas en la peregrina empresa de conquistar Portugal, el gobernador Chalot había optado por mantener las puertas de la muralla abiertas, de manera que los vecinos podían entrar y salir de la villa con total libertad. Pero esto no quiere decir que la convivencia con los franceses fuese lo que se viene a decir amistosa... Por un lado, cada vez eran tanto más frecuentes como violentos los conflictos en los alrededores entre las patrullas francesas y las alarmas locales, los grupos de paisanos capitaneados por alguno de los muchos franciscanos que se habían echado a los montes, cambiando el crucifijo por el mosquetón. Yo no sé qué tal se las arreglarían aquellos curitas tuyos con el crucifijo, Candeán, pero desde luego con el mosquetón estaban demostrando ser unos verdaderos asesinos sin piedad. Por otro lado, al interior de la villa había llegado el hambre. Un hambre terrible... Alegando que el pueblo estaba completamente

desabastecido, el alcalde, Javier Vázquez Varela, negaba la entrega de cualquier tipo de alimento. Y por más que los soldados se afanaran en asaltar las casas nada encontraban, ya que los vecinos, previamente avisados por su regidor, ya se habían preocupado de ocultar y poner a buen recaudo cualquier provisión que pudiera haber en sus hogares. Así pues, escribano de pacotilla, las relaciones entre ambos bandos comenzaron a hacerse más y más difíciles.

Por si esto fuera poco, los altos mandos franceses habían caído en otro error de bulto. Acostumbrados como venían de la campaña en Castilla, pensaron que en Galicia podrían obrar del mismo modo. Pero se les olvidó que, por fortuna, Galicia no es Castilla. Por fortuna para nuestros intereses, claro... Porque en los pueblos castellanos el ejército podía dar por conquistada una comarca tomando la plaza principal de la misma. Pero aquí las cosas no iban así... Por más que los gabachos se hicieran fuertes en la plaza de Vigo, el grueso de la población seguía quedando fuera de su control, ya que el número de vecinos que vivían en Cangas, en Redondela, en Gondomar, en Baiona, en Bouzas, sumaba una cantidad muchísimo más elevada que la que residía entre los muros de la villa. Así fue como, atraídos por el ruido de los sables, las ansias de revancha, la codicia algunos e incluso la curiosidad otros, un nutrido grupo de hombres, más numeroso cada día, comenzó a congregarse alrededor de la villa. Poco a poco, la expectación generada comenzó a provocar el nerviosismo de Chalot, es cierto. Pero, he de decir, joven Candeán, que poco más...

Porque esa era la verdad, pequeño gusano. Por más que los caudillos locales que habían venido a juntarse en las afueras de la villa siguieran discutiendo una y mil veces sobre el mejor modo de recuperar la plaza, la sensación real de que algo pudiera ocurrir era todavía muy lejana. A todos aquellos bastardos miserables, oportunistas y advenedizos llegados de todas partes, hombres como Joaquín Tenreiro, João Baptista Almeida o, sobre todo, Pablo Morillo, lo único que los movía era el interés personal, encontrar la manera de obrar de modo que todo el mérito posible les fuera atribuido a sus personas, en detrimento, por supuesto, de cada uno de los demás. Sobra decir que, así las cosas, el pueblo jamás se lanzaría a ninguna lucha, claro está... ¿Por qué hacerlo? Y, sobre todo, ¿a quién seguir, cuando la única duda posible estaba en averiguar cuál era el más miserable de entre todos los

caudillos?

Y maldita sea mi suerte, Candeán, porque para conseguir nuestro objetivo, nosotros necesitábamos que ocurriera algo. Y los días iban pasando, y el tiempo se nos iba agotando. En cualquier momento podría regresar el ejército de Soult, embotado en una entrada a Portugal que cada día se revelaba más complicada, tanto por el rigor del tiempo de que ya te he hablado como, sobre todo, por la curiosa circunstancia de que los portugueses habían hecho desaparecer todas las embarcaciones con las que cruzar el poderoso río Miño. O, peor aún, también podía suceder que quien acabase llegando a Vigo fuese el sanguinario mariscal Ney. Entonces, con la villa de nuevo reforzada, sería por completo imposible hacer nada. Necesitábamos una revolución, y la necesitábamos ya. Pero ni los mandos locales, atajo de rastros, ni el pueblo parecían demasiado interesados en dar el paso, de manera que no me dejaron más remedio, muchacho. Si ellos no estaban dispuestos a hacerlo, sería yo quien fabricaría nuestra propia revolución.

Sí, Candeán, ya sabes lo que se dice: Dios es bueno, pero el diablo no es malo. Nosotros fuimos los responsables de que todo explotara. Y, por supuesto, fue mi mano la que prendió la mecha.

De un tiempo a esta parte, muchos de nuestros hermanos se habían dedicado a mezclarse con los hombres acampados en los arrabales exteriores de la villa, a confundirse entre los miembros de las alarmas que poco a poco se iban acercando a Vigo, promoviendo las más incendiarias soflamas contra el invasor, intentando excitar el ánimo de los paisanos apelando a los más nobles ideales del más puro patriotismo. Un patriotismo que, en realidad, Candeán, bien poco nos importaba... Lo único que queríamos, lo que verdaderamente necesitábamos era que aquello comenzase cuanto antes. Muy a nuestro pesar, seguía faltándonos el pretexto adecuado. La chispa necesaria para que la mecha prendiera. Porque hasta la más potente de las bombas necesita su propio detonante, por pequeño que este sea, ¿no te parece, Candeán? Sí, pequeño ignorante, claro que es así. Por supuesto, nosotros también acabamos encontrando el detonante adecuado. Y, al igual que a ti, a este también lo encontré en la calle. Aurora me lo facilitó, y yo lo hice servir la noche del 20 de marzo, en la taberna de la Xoana. Una noche para la historia, badulaque. Una noche inolvidable...

Aquella mañana había vuelto a verla. Sí, Candeán, lo admito. Desde aquel último encuentro nuestro, en la calle Alta, comencé a seguirla. No siempre, lo hacía de vez en cuando. No sé, tal vez fuera buscando información, intentando detectar algo que me diera una nueva pista, la clave para descubrir alguna fisura inadvertida hasta entonces. O tal vez lo hiciera por pura obsesión, ya digo que no lo sé. Lo importante es que la mañana de aquel lunes, 20 de marzo, la seguí al salir de la Casa del Francés.

Esta vez giró a la derecha, por la calle del Funil, y al llegar a la de la Campucha viró a la izquierda, en dirección a la torre de los Arines. Se detuvo por un instante en la plaza Vieja, y después de pararse a conversar por unos minutos con una vendedora de cebollas, siguió su camino por la calle de la Amargura. Al salir a la plaza del Rey, ya sabes, la que ahora llaman de la Constitución, me cuidé de guardarme un rato en las sombras de la calle, protegido tras uno de los muchos cestos que un artesano exponía ante su taller. Un poco más adelante, a la luz del mediodía, vi como Aurora se paraba a conversar con dos hombres bajo el reloj de sol de la casa Pereira de Castro. A pesar de la distancia a la que me encontraba, y de lo inédito del encuentro con respecto a mis observaciones anteriores, no tuve ninguna dificultad en reconocer a los dos hombres.

El más joven, alto y desgarbado, era Xoán Antonio Salgado. El otro, más bajo y rechoncho, y notablemente mayor, era Antonio Salgado. Como ya te he dicho, Candeán, Vigo todavía era un pueblo en el que todos nos conocíamos. O casi todos. De manera que ahora allí estaban los dos, conversando tranquilamente con Aurora. Xoán y Antonio. Claro que sí, pequeño papanatas: el hermano y el padre de la muchacha. Y entonces, viéndolos, una idea vino a mí...

Conocidos por todos en la villa, el mayor de los dos era uno de los viejos herreros del pueblo, con taller abierto en la calle de la Ferrería, a la sombra justo del castillo de San Sebastián, mientras que su hijo, unos años menor que Aurora, trabajaba como aprendiz de chocolatero en un prestigioso obrador de la calle de la Amargura, por el que no hacía ni un minuto que acababa de pasar. Pero si yo los conocía era porque ambos eran, al igual que nosotros, clientes habituales de la taberna de la Xoana, adonde acudían casi a diario al terminar la jornada. Por descontado, yo no gozaba en absoluto de su simpatía,

ni muchísimo menos. De todo lo que me había escupido a la cara en nuestro último encuentro, Aurora tenía razón en algo: aunque nadie en la villa tenía valor para decírnoslo de frente, a los ojos de los que se llamaban a sí mismos hombres de bien nosotros éramos la escoria del pueblo, ralea de la peor calaña. Y de entre todos los malnacidos de la ría, yo era el peor visto, el más odiado. El demonio. Si a esto le sumamos el hecho de que aquellos dos hombres, tanto el joven como el viejo, me habían visto pretender a Aurora, su hermana, su hija, a cualquiera resultará fácil comprender que el afecto que aquellos dos tipos sentían por mí era tanto como el número de Borbones buenos y honrados que se han sentado en el trono de España: ninguno. Como ya te imaginarás, el sentimiento era recíproco. Y eso, Candeán, era toda una ventaja: llegado el momento, nada me impediría llevar mi plan adelante.

Teniendo, pues, como tenía ya dispuesta a la mitad de los jugadores, me faltaba ahora concretar la presencia de la otra mitad, indispensable para que la partida se pudiera llevar a cabo. Di la vuelta y, desandando el camino, regresé a la Casa del Francés, esta vez dispuesto a dejarme ver.

Como ya te he contado, muchacho, y espero que hayas tomado buena nota de ello, el soldado que había sustituido al estúpido Lorentz en su turno de guardia era otro muchacho, más joven que Armand, pero con idéntica expresión de imbécil. Tardé poco en establecer contacto con él, y menos aún en comprobar que, en efecto, el joven Sébastien Soliere tenía el entendimiento justo para cargar el mosquetón y, lo que era más interesante, muchas ganas de ponerlo en funcionamiento.

Crédulo hasta la médula, el muy imbécil se había tragado la historia de que yo era un compatriota suyo que, tras muchos años de vida y negocios en América (de ahí lo extraño de mi acento), ahora me veía obligado a esperar en el puerto de Vigo mientras no llegaban unos documentos que alguien había traspapelado en Santo Domingo. Y, tal como le había hecho saber, esto era cosa que me irritaba sobremanera, pues si algo no podía soportar eran los hábitos de este pueblo, por no mencionar las costumbres del país en general, atrasado y analfabeto como pocos. Lejos de agradecer todo lo que estábamos haciendo por ellos, sus habitantes, bárbaros ingratos, no solo no sentían el más pequeño remordimiento al pasar a cuchillo a nuestros valientes soldados, sino que incluso parecían disfrutar con ello. Obviamente, Sébastien no podía

estar más de acuerdo conmigo.

Por fin en la Casa, me lo encontré en la puerta, tal como esperaba. Tampoco esta vez me costó demasiado engatusarlo, fingiendo un encuentro casual.

—¡Amigo Sébastien! No se imagina usted cuánto me place encontrarme con una cara amiga en un día tan alegre como el de hoy.

—¿Ah, sí? —sonrió el muchacho—. ¿Y a qué se debe tanta alegría, *monsieur*?

—¿Acaso no se lo imagina, mi joven amigo? ¡A que por fin han llegado los papeles que tanto tiempo llevaba aguardando!

—Oh, pues es en efecto una grata sorpresa. ¿Significa eso que regresará usted por fin a París, *monsieur*?

—Por supuesto que sí, Sébastien.

—Vaya, pues me alegro por usted, señor.

El joven soldado se quedó en silencio y, poco a poco, su sonrisa franca pasó a convertirse en una mueca de frustración. Bajó la mirada al suelo.

—¿Ocurre algo, amigo mío?

—Nada, señor —repuso—. Tan solo es que ojalá tuviera yo también esa suerte.

—¡Oh, y la tendrá, querido Sébastien, la tendrá! —le aseguré entre gran algarabía—. Ya verá como más pronto que tarde está usted de regreso en nuestra amada patria.

—¿Usted cree?

Sonreí. El muy bobo no solo había mordido el anzuelo, sino que incluso se habría tragado hasta la caña si yo hubiera querido...

—¡Por supuesto que lo creo! Escuche —le dije en tono confidente—, de hecho estoy tan seguro de que así será que voy a proponerle algo.

—Usted dirá.

—Esta noche me va a aceptar usted una invitación. Hoy tomaremos vino aquí, en una taberna de mi total confianza. Y ya verá cómo a la siguiente ronda invita usted, pero ya en el Quartier Latin de París. Qué, qué me dice, ¿acepta?

El joven dejó escapar una sonrisa, ligeramente entusiasmada.

—De acuerdo —aceptó—. Ahora tengo que salir, el comandante Chalot

nos envía en busca de provisiones. Pero esta noche estaré donde usted me diga.

—Bien... —respondí lentamente, sin dejar de sonreír con la mayor de las satisfacciones dibujada en mi rostro—. Y no dude en traer a algún compañero, si le place. Será una velada inolvidable.

Si el pobre Sébastien no hubiera sido tan iluso, igual incluso habría podido percibir que al lado de mi satisfacción asomaba un destello de otra cosa. Algo pequeño, sutil. Deliciosamente malicioso...

6

Admito que no pude reprimir una sonrisa cruel al verlos. O tal vez no quise hacerlo... Los reconocí nada más entrar, sentados en una de las mesas al fondo. La taberna de Xoana Rial, en uno de los extremos del callejón del Xuanelo, era uno de esos lugares tranquilos en los que habitualmente nadie hacía demasiadas preguntas. Discreto, el aire recogido y las silenciosas sombras del local hacían de aquella bodega el lugar perfecto para el alivio de quien buscara pasar inadvertido. Bien es cierto que no era más que un tugurio, pero servía mejor vino que los demás tugurios. O, por lo menos, ese vino. Ya sabes, Candeán, ese en concreto que despista las angustias y convierte al miserable en príncipe sin memoria. Aunque nada más sea por unas horas... Además, al contrario de lo que sucedía en los antros y burdeles de la calle de San Antonio, entre la calle Real y la muralla, donde rara era la noche que no acababa en asalto y detenciones por parte de las patrullas, la taberna de Xoana no tenía fama de ser un lugar conflictivo en absoluto, por lo que nadie desconfiaría de nadie... De manera que allí estaban aquellos dos, Antonio y Xoán Antonio Salgado, padre y hermano, respectivamente, de mi querida Aurora. Y no estaban solos. Bebían en compañía del viejo Xoaquín da Silva, otro de los herreros del barrio alto, compañero de faenas del señor Antonio. En fin, mala suerte para él, supongo, por no haber sabido escoger una mejor compañía para aquella noche. Muy a propósito, les dediqué la más cínica y afilada de mis miradas, sabiendo que no recogería a cambio nada que no fuera desprecio y silencio. Por fortuna para mí, en toda la tasca no había más que un par de marineros, bebiendo y conversando en voz baja, apoyados

en el mostrador, y un viejo borracho que a aquellas horas ya dormía la mona sobre la mesa más próxima a la puerta. Todavía estaba reconociendo el terreno, cuando la puerta de la taberna volvió a abrirse. Me giré, esperando encontrarme con el soldado Sébastien, pero no fue el francés quien por allí asomó sus morros. En su lugar era un muchachuelo quien lo hacía. Apenas era un niño, pero tampoco me sorprendió verlo por allí. Sería con toda probabilidad otro de esos pequeños rateros, que de un tiempo a esta parte tanto habían proliferado en la villa, considerando la posibilidad de hacerse con la bolsa de algún borracho, como el viejo beodo que dormía la curda en la mesa junto a la puerta. Sorprendido, se quedó mirándome y, no sabiendo demasiado bien qué hacer, fue a guardarse en las sombras de una esquina. Sébastien y sus compañeros continuaban sin llegar aún, de manera que yo decidí aprovechar la ocasión para cargar los dados un poco más a mi favor.

—¡Buenas noches a las personas! —saludé con notorio escándalo y algarabía al tiempo que avanzaba por la taberna—. Y a los que no lo son también... —añadí, ya a la altura de la mesa de los Salgado—. ¿Permiten ustedes que me tome un vino en el placer de su compañía, señores?

Tal como esperaba, no obtuve respuesta. Visiblemente furioso, el más joven de los tres hombres mantenía los ojos fijos sobre la mesa. Por su parte, los otros dos, severos, se limitaban a sostenerme la mirada.

—Vaya —respondí acercándome un poco más—, interpretaré su silencio como un sí.

Ya estaba echando mano a uno de los pequeños taburetes vacíos, cuando oí la voz de Antonio.

—Ni se te ocurra, amigo.

Sonreí, afilando aún más mi mirada.

—¿Cómo dices, viejo?

—Lo que mi padre te está diciendo —advirtió el muchacho— es que aquí no se te ha perdido nada, miserable, de manera que ya te estás largando por donde has venido, si no quieres que...

—¿Si no quiero qué? —le atajé desafiante, enseñando los dientes—. ¿Acaso me vas a pegar con una libra de chocolate?

—¡Maldito...!

Hizo ademán de ponerse en pie el joven Salgado, y con toda seguridad se

habría arrojado contra mí de no haberlo detenido su padre, agarrándolo con fuerza por el brazo.

—¡No! —lo retuvo—. Déjalo estar, Xoán, no hagas caso de las provocaciones de este mamarracho. Escucha, malnacido, nosotros no queremos problemas con nadie. Estamos bebiendo tranquilamente en compañía de un buen amigo, y a ti nadie te ha faltado en esta mesa. Así pues, vete tú por tu lado, y deja que nosotros sigamos por el nuestro. Y aquí paz y después gloria. ¿Estamos?

Al tiempo que el viejo Antonio templaba la advertencia velada en su respuesta, bien me percaté de la fuerza con que el otro, el herrero Da Silva, agarraba algo en el bolsillo derecho de su chaqueta. Y comprendí. Era una navaja lo que el anciano ocultaba bajo la tela, si no más. «Bien —pensé—, eso está muy bien...»

—De acuerdo —respondí tranquilamente, mirando a los tres hombres de nuevo con una sonrisa cínica en la cara—, muy bien. Ya me voy, si eso es lo que ustedes quieren.

—Es exactamente lo que queremos, muchacho —respondió el anciano.

—De acuerdo. Pero...

—Pero qué —preguntó el más joven, todavía colérico.

—Sepan que hacen ustedes mal, señores. No deberían despreciarme así como así. Las cosas me van bien, y tengo contactos, ¿saben? Amistades muy poderosas. Podría hacer que los detuvieran en cualquier momento. A los tres —señalé—, y para ello tan solo tendría que señalarlos con este dedo... No —volví a sonreír, despectivo—, no deberían tratarme así.

—¿Nos estás amenazando, cerdo? ¡No nos das miedo, Espinosa!

—¡Oh, muy bien, muchacho, muy bien! Me alegro de que así sea... —respondí, cargando mi sonrisa de tanto cinismo como fui capaz—. Al fin y al cabo, el día menos pensado tú y yo seremos cuñados...

—¡Hijo de puta! —explotó el joven—. ¡Cabrón!

Esta vez tuvieron que ser los dos hombres los que se echaran sobre el muchacho para evitar que se arrojara sobre mí. Mostrado la mayor de las indiferencias, me di la vuelta y, tarareando algo, me fui hacia la tabernera, con una sonrisa en los labios y dejando a los tres hombres, calientes y furiosos, a mis espaldas. La noche estaba servida.

Todavía seguían los dos mayores intentando tranquilizar al muchacho cuando la puerta de la Xoana volvió a abrirse. Y, esta vez sí, tuve que hacer un esfuerzo considerable para borrar cualquier asomo de malicia a mi sonrisa. El rictus con el que Sébastien y dos de sus compañeros acababan de entrar en la tasca no era precisamente el de unos hombres felices, sino más bien todo lo contrario. Obviamente, no había que ser muy sagaz para comprender de qué se trataba: la expedición de la tarde, aquella salida a la que se había referido en nuestro encuentro anterior, había ido mal. Muy mal, a juzgar por la pesadumbre que aquellos tres soldados traían dibujada en sus rostros. Tal como yo esperaba. Maldita sea, Candeán, pensarás que era la fortuna, que no me podía sonreír más, ¿verdad? Escribano mío, has de saber que en esta vida no es bueno dejarlo todo en manos de la caprichosa fortuna...

—¡Sébastien, querido amigo! —exclamé, fingiendo no captar su desazón—. ¡No solo ha venido usted a celebrar mi partida, sino que además veo que lo ha hecho en la buena compañía de un par de camaradas!

—Sí, hemos venido —respondió sin demasiado entusiasmo—. Estos son el cabo Pierre Iturburua —explicó, señalando al mayor de los tres, un hombre alto y de pelo ya cano—, y mi compañero de guardia, el soldado Roman Duchamp.

—Es un placer conocerlos, caballeros —respondí con exagerado entusiasmo, asegurándome de que todos los presentes me vieran hacerlo, al tiempo que apretaba sus manos.

Pese a lo eufórico de mi saludo, los dos soldados respondieron con el

mismo desánimo con el que su compañero me los había presentado.

—Le ruego que nos disculpe —los atajó Sébastien—. Pero ya le digo yo que no es con demasiados ánimos de celebración con lo que venimos...

—Vaya, no se imagina cuánto lamento oírle decir eso, amigo mío... ¿Y a qué se debe su desánimo, si no es mucho preguntar? ¿Acaso no ha sido una buena jornada?

—¿Una buena jornada? —repitió con rabia el cabo Iturburua—. Por favor, señor, eso es a todo punto imposible en este país perdido de cualquier entendimiento.

—Debo deducir, pues, que no han ido bien las cosas.

—Ni muchísimo menos, caballero —respondió esta vez Duchamp, un muchacho joven en exceso, imberbe y con la cara perdida de pecas—. Ha sido horrible...

Hice un gesto rápido para indicar a Xoana que nos pusiera una jarra de vino.

—Siento oírlo, amigos míos... ¿Y se puede saber qué es lo que ha motivado semejante desánimo?

—Esta gentuza —volvió a responder el mayor de los tres, echando mano a la correa del mosquetón que, como los otros dos, aún llevaba al hombro de la casaca azul—, chusma miserable que no nos da ni la más pequeña tregua.

—Oh, lo lamento profundamente. Pero beban, beban, que yo invito. Tal vez el caldo del país les ayude a desahogarse.

—Como ya le conté, intentábamos una nueva expedición de aprovisionamiento. En la villa apenas quedan ya víveres.

—Ni víveres —apuntó el más joven—, ni forraje.

—¿Cómo dice?

—Decimos que parece cosa de brujas —comentó con rabia el mayor de los tres—, pero de repente ya no queda forraje. Nuestros caballos se mueren de hambre porque, misteriosamente, ha desaparecido hasta el último grano de avena de este asqueroso pueblo. Malditos embusteros...

El cabo Pierre Iturburua, un tipo fuerte y moreno, de tupido mostacho gris, hablaba con rabia. Mordía cada palabra que salía de su boca, y hacía bien, porque, en efecto, la comida había desaparecido de la villa. No había alimento para nadie, ni soldado ni animal. Pero no se trataba en realidad de

brujería ninguna, sino de la enésima maniobra para minar la moral de los franceses por parte del alcalde, el astuto Vázquez Varela.

—Sí —afirmé lacónico—, supongo que de un tiempo a esta parte este lugar del mundo nada más es bueno para estar lo más alejado de él posible... Pero díganme, por favor, ¿qué es lo que les ha ocurrido?

—Salimos a primera hora de la tarde por la puerta de la Gamboa —respondió Sébastien—. Éramos un regimiento de infantería escoltado por un grupo de dragones. Al principio no hubo problemas, escoltados como íbamos por el fuego de las baterías de A Laxe y de la propia Gamboa.

—El problema llegó cuando quedamos fuera de la protección de los cañones —apostilló Duchamp.

—Sí —confirmó Sébastien—. Maldita sea, señor, así fue... Justo ahí, donde nuestro fuego de artillería ya no alcanzaba, ahí comenzaron a atacarnos.

—Salieron de hasta debajo de las piedras —apuntó Iturburua—, nos atacaron por todos los flancos.

—Nos replegamos como pudimos, pero tuvimos que dejar a muchos compañeros atrás.

—Oh —lamenté, al tiempo que le hacía un gesto a Xoana para que nos sirviera otra jarra—, pero eso es terrible, caballeros...

—Fue una matanza —volvió a intervenir el cabo—. Era como si nos estuvieran esperando.

—Ya veo... Y eso fue en el barrio del Arenal, ¿verdad?

Sébastien dejó de beber, y se quedó observándome.

—Exacto —admitió—, ahí mismo... ¿Cómo lo sabe usted?

Esta vez sí que dejé ver una amplia sonrisa, disfrazada de falsa humildad.

—Lo sé por lo que usted mismo me ha contado, amigo Sébastien. Los paisanos los atacaron justo donde acababa el alcance de las baterías de A Laxe y A Gamboa, ¿recuerda? Y eso es el barrio del Arenal... Por una razón o por otra, todos aquí conocen ese tipo de detalles, amigos míos.

En efecto, tras más de mes y medio de ocupación, ahora disparados por los vigueses, ahora por los franceses, en la villa habían visto esos cañones en funcionamiento tantas veces que ya todos sabían dónde estaban a salvo y dónde no. De manera que sí, yo sabía que el ataque se había producido en ese

punto por esa razón. Pero también, amigo Candeán, por otra más interesante aún... ¿Adivinas cuál? Pues claro, zagal: porque ese ataque lo había ordenado yo.

Ese mismo mediodía, sabiendo gracias al propio Sébastien, pobre imbécil, que los franceses preparaban una nueva salida, di aviso a los hermanos para que estuvieran preparados. Ordené un buen castigo, pero asegurándome, del mismo modo, de que el soldado Sébastien regresara sano y salvo a la villa. Y por eso ahora estaba allí, lamentando sus penas conmigo. Y empapando convenientemente su rabia en el más peleón de los vinos de la Xoana...

—Pues como ya se imaginarán, mucho lamento tener que oírles relatar semejante historia. Con total seguridad, esta pobre gente no está preparada para recibir el regalo de futuro y progreso que nosotros les traemos, ¿verdad, caballeros?

—¿Pobre gente? —El cabo Iturburua volvía a mostrarse escandalizado—. ¿Pero qué dice usted? ¡Esta gente no son más que animales que no merecerían otra cosa sino ser pasados a cuchillo ahora mismo, todos ellos!

Por fortuna para mí, ni en la taberna había un solo paisano que comprendiera la lengua de Napoleón, en la que los soldados y yo llevábamos hablando todo el tiempo, ni mucho menos ninguno de aquellos tres desgraciados articulaba más que cuatro palabras aprendidas por el camino en el idioma del lugar.

—Oh, por favor, no diga eso —rechacé con aparente cautela—. Es verdad que este país, como toda España, vive ahogado en el atraso y la ignorancia. Pero no es menos cierto que, en el tiempo que me he visto obligado a convivir con ellos, también he encontrado entre sus gentes hombres de bien y buena voluntad, dispuestos a abrazar nuestra causa y nuestros ideales en lo más hondo de sus corazones. Hombres como, por ejemplo...

Hice una breve pausa para realizar un fingido escrutinio del local.

—¡Mire —exclamé—, estamos de suerte!

—¿Ah, sí? —preguntó el del mostacho—. ¿Y a qué se debe nuestra fortuna?

—A esos tres caballeros —respondí, asegurándome de que los Salgado se percataran bien de que era a ellos a los que mi dedo señalaba con tanto descaro.

—¿Esos tres del fondo? —preguntó Sébastien, frunciendo el ceño.

El modo en que el francés los observaba, cargado de recelo, tampoco era de extrañar. El aspecto de los tres hombres, dos herreros y un chocolatero, distaba mucho de ser el del típico afrancesado. Sea como fuere, la desconfianza en los ojos del soldado provocó la intranquilidad entre los tres paisanos, quienes, incómodos, y con mi amenaza resonando todavía en sus cabezas, comenzaron a murmurar entre sí, dedicándonos de vez en cuando furtivas miradas de soslayo. Sí, joven Candeán, se acercaba el momento de prender la mecha.

—Por supuesto que sí —le confirmé a Sébastien—, los mismos. Ahí donde los ve, esos tres hombres y yo comentábamos hace apenas unos instantes, antes de su llegada, lo bien que le iría al país de haber recibido mucho antes el influjo francés.

—Pues qué quiere usted que le diga, ahora no parecen alegrarse mucho de nuestra presencia... —comentó el soldado Duchamp, receloso ante la enésima mirada de reojo.

—Tonterías —repuse—. O mucho me han engañado, o ya verán ustedes como ellos tres son los primeros en celebrar un brindis a la salud del Imperio.

El cabo Iturburua los observaba desde una mueca mezcla de recelo y desprecio.

—Lo dudo mucho...

—Yo no —respondí con una sonrisa mordida—. Yo no...

Decidido, alcé mi taza de vino en el aire, en dirección a la mesa del fondo. Con la mirada puesta en el más joven de los Salgado, y tanta fuerza en la voz como me fue posible, grité:

—¡Por la pronta y feliz llegada de una aurora francesa!

Lo hice en nuestra lengua, pero poniendo especial énfasis en la palabra «francesa», para que a aquellos tres tarugos que tenía a mi lado no les quedara duda alguna. Por supuesto, a los otros tres, los del fondo, mi brindis no les hizo ninguna gracia. Sus ojos echaban fuego.

—No brindan —comentó el más joven de los soldados, todavía sin quitarles la mirada de encima.

—No —respondí, aún con mi taza en el aire, asegurándome de aparentar el mayor de los desconciertos—. No lo entiendo...

—¿Qué es lo que ha dicho usted? —preguntó Sébastien.

—Que brindaba a la salud de un nuevo amanecer francés.

—¿Lo ves? ¡Te lo dije! —berreó el cabo, iracundo—. ¡Esta gentuza no es de fiar!

Se encaminó hacia la mesa de los paisanos con paso decidido, seguido de cerca por el soldado más joven.

—¿Qué es lo que os ocurre a vosotros, perros gallegos?! —preguntó, aún en francés, al tiempo que daba un sonoro manotazo sobre la mesa—. ¿Acaso no somos lo bastante buenos como para que brindéis con nosotros?

Pero ninguno de los tres paisanos se atrevió a decir nada. Por mucho que la furia les llevase la sangre, sabían que en aquella partida todas las cartas estaban en su contra.

—¡Responded, asquerosos! —apremió el soldado arreando un nuevo puñetazo sobre la mesa. El golpe fue tan fuerte que el vino de todas las tazas se derramó sobre el tablero.

Pero tampoco esta vez dijo nadie nada. Comenzando a comprender lo que estaba ocurriendo, Antonio Salgado, el padre de Aurora, se limitó a clavar sus ojos en los míos.

—Nos has condenado, ¿verdad? Rata miserable...

Los soldados se giraron hacia mí, y yo tuve el tiempo justo de mudar mi sonrisa cínica, satisfecha, por el más falso gesto de sorpresa grave que fui capaz de componer.

—¿Qué es lo que ha dicho este hombre? —preguntó el cabo.

—Oh, no, por favor —respondí, aparentando una gran preocupación—. No les hagáis caso, os lo ruego...

—¡Que nos lo diga! —bramó.

Fingí pensármelo dos veces y lamentar mucho lo que estaba a punto de decir. Tragué saliva.

—Dice que jamás brindará con unas ratas miserables como vosotros.

Al oír esto, Sébastien, ahora también colérico, desenvainó su sable y, apartándose de mí, fue a unirse al grupo, llevando en la mano la jarra que Xoana nos había servido.

—¡Bebe! —gritó posando con violencia el recipiente sobre la mesa.

Pero Antonio no lo hizo. Se limitó a sostenerle la mirada.

—¡Que bebas, te digo!

Sébastien volvió a sacudir la jarra, golpeándola con fuerza contra la tabla. Con la violencia del movimiento, el mosquetón le resbaló desde el hombro. Y habría golpeado la cara de Antonio de no haber sido por su hijo, que lo detuvo en el aire. Xoán Antonio le echó la mano al fusil, con tan mala fortuna que al hacerlo detuvo el cañón dejándolo apuntado a la cara del soldado más alto. Que ni pintada, vi la oportunidad al momento.

—¡Te va a disparar! —grité.

Antes de que el joven pudiera comprender por dónde había llegado, ya tenía la bayoneta de Iturburua atravesándole la cara. Un golpe certero, rápido y seco. Ni yo mismo habría podido anticiparme, de manera que para cuando me quise dar cuenta, ya el metal salía por el lateral derecho de su cabeza. El pobre desgraciado no se enteró de nada.

Horrorizado, Antonio Salgado quiso echarse para proteger a su hijo. Grave error, mi dilecto Candeán. Apenas tuvo el tiempo de incorporarse, eso fue lo que tardó el soldado Sébastien en atravesarle la cara con su sable. Fue horrible, muchacho, horrible. Una estocada imparable, y todos sentimos el ruido del acero seccionando el rostro de Antonio. Astillas de hueso, sangre y algo gris abriéndose paso a través de la herida en la frente del herrero.

—¡Malditos, malditos! ¡Asesinos!

En efecto, tal como había intuido antes, era una navaja lo que el viejo Da Silva ocultaba en el bolsillo de su chaqueta. La misma que ahora blandía, amenazador, en el aire. De poco le sirvió, Candeán... Antes de que pudiera hacer nada con ella, el joven soldado imberbe le descerrajó un disparo a quemarropa, saltándole la tapa de los sesos de izquierda a derecha. El estruendo fue terrible, y todos en la taberna permanecimos en silencio, observando cómo el anciano se desplomaba sobre sí mismo. El eco de la detonación, el sonido hueco de un peso muerto desplomándose contra el suelo. Y el silencio. No sé cuánto tiempo pasó. Lo que dura un avemaría, supongo, pero nadie se atrevió a decir nada. Hasta que, de pronto, Xoana, la tabernera, comenzó a gritar, histérica.

También a gritos, en ese mismo instante los soldados comenzaron a advertirle que se callase, que se callase si no quería correr también ella la misma suerte. Pero Xoana Rial no sabía francés, Candeán... De repente todo

eran gritos en la taberna. Aprovechando la confusión, los dos marineros, que habían asistido al espectáculo de las ejecuciones sin abrir la boca en ningún momento, echaron a correr hacia la puerta, buscando la protección de la oscuridad en la calle. Todavía con su mosquetón cargado, Sébastien apuntó en su dirección.

—¡Detente! —le ordené—. Alto ahí, no compliquemos las cosas todavía más...

En realidad, muchachito, a mí bien poco me preocupaban aquellos dos. De hecho, Candeán, lo que yo pretendía era que las cosas se complicasen más, muchísimo más. Y, para eso, un par de testigos que pudieran contar con pelos y señales lo que allí había ocurrido me venían de perlas. Asegurada su huida, pasé a tranquilizar a Xoana. Me acerqué a ella y, con gesto serio, le indiqué lo que debía hacer. La mesonera se perdió en la oscuridad de la trastienda, tras la barra.

—¿Adónde va? —preguntó nervioso el soldado Duchamp.

—No te preocupes, no ocurre nada con ella.

—¿Qué le has dicho?

—Que corra al almacén de la taberna, y que se quede ahí dentro si quiere seguir viva, calladita y sin hacer ningún ruido —respondí, al tiempo que me fui acercando a la mesa del fondo.

Todavía con el espanto absoluto petrificado en sus rostros desfigurados, los cuerpos sin vida de los tres paisanos yacían en el suelo. Me acerqué a ellos, y sentí con fuerza ese olor, viejo y conocido, golpeando con fuerza en el centro de mi cabeza. Sangre, pólvora... El aroma de la muerte. Por fin, todo estaba ya en marcha.

—Sacadlos de aquí.

—¿Qué?

Sébastien parecía aturdido, desconcertado, como si acabara de despertarse en un lugar que no le era conocido.

—Sacadlos de aquí —insistí—, tenéis que deshaceros de los cuerpos.

—Pero ¿cómo? —preguntó el soldado—, ¿dónde?

Fingí pensarlo por un instante, como si no lo tuviera ya más que planeado.

—En el arenal de A Laxe.

—¿Dónde? —volvió a preguntar Iturburua.

—Llevadlos calle abajo. A esta hora todavía encontraréis la muralla abierta. Sacadlos a la playa que hay frente a la puerta de A Laxe, allí podréis cavar una fosa y enterrarlos. Pero tenéis que hacerlo ahora, la marea todavía está baja. Desnudadlos, y no olvidéis ponerle a cada uno varias piedras encima.

—¿Piedras? —preguntó Sébastien—. ¿Para qué?

Me quedé mirándolo fijamente. Y esta vez ya no pude evitar sonreír: hasta un niño habría reconocido el miedo asomado a su rostro.

—Para que las olas no desentierren los cuerpos al subir la marea, imbécil. —Mi sonrisa se hizo todavía mayor.

—Oiga —intentó una protesta el cabo—, ¿cómo se atreve...?

Pero no le dejé continuar.

—Escucha, payaso, si vuestros superiores descubren lo que habéis hecho, mañana por la mañana estaréis frente a un pelotón de fusilamiento. Eso, siempre que no os cojan antes los vecinos, a estas alturas avisados con toda seguridad por esos dos marineros que han salido corriendo: en ese caso, vuestros cuerpos apaleados estarán expuestos en la plaza del Rey en menos de dos horas. Así pues, ¿qué me decís? ¿Queréis que sigamos discutiendo sobre cómo me atrevo, o preferís moveros de una vez, antes de que la chusma os mate a palos esta misma noche?

Comprendiendo la verdad en mis palabras, ninguno de los tres soldados se atrevió a responderme nada. Se arrojaron sobre los cadáveres, comenzando la difícil tarea de transportarlos hacia el mar, allá abajo...

Y yo me fui, Candeán. Di media vuelta y salí de la taberna. Por fin en la calle, de regreso al Arenal, sentí el aire fresco de la noche en la cara y, satisfecho, volví a sonreír. Acababa de llamar a las puertas del infierno, y el mismo diablo había salido a recibirme. Ahora ya nada ni nadie podría detener el caos que estaba a punto de desatarse sobre la villa.

Al tiempo que todo esto ocurría, en la parte alta de la villa, dos de nuestros hermanos, convenientemente vestidos con sendos uniformes arrebatados aquella misma tarde a dos de los soldados caídos, llamaban discretamente a una puerta oscura en las sombras de la calle de la Cruz Verde. Un clérigo vino a abriles, el padre Xosé Núñez. Al ver la condición tan lamentable en que ambos soldados habían llegado ante él, el sacerdote se vio en la obligación de dejarles pasar, imagino que movido por esa estúpida caridad cristiana.

—No podemos más, padre —dijo el primero de los hermanos, arrimando las manos al calor de la lumbre, y simulando hablar un castellano muy limitado—. Necesitamos dejar esto cuanto antes.

Sentado al fuego, el sacerdote se quedó mirando al soldado.

—No entiendo...

—Sí que entiende —lo atajó el segundo—. Nos han dicho que usted puede ayudarnos.

—¿A... Ayudarles?

—Exacto.

—No sé a qué clase de ayuda se refieren. No siendo que quieran otra taza de caldo, yo...

—No es necesario que disimule con nosotros. Estamos al tanto de su secreto.

Los soldados pusieron en conocimiento del religioso sus intenciones. Hartos del horror, de la miseria y de las penurias de la guerra, ambos habían

decidido desertar, pero les preocupaba enormemente ser apaleados si la chusma se encontraba con ellos una vez hubieran abandonado la seguridad de la villa. Sabían que no podrían llegar muy lejos si no era con la ayuda de alguien bien relacionado. Y ese alguien era, por increíble que pareciera, la persona que ahora los contemplaba con ojos asustados.

—Es inútil que lo niegue, padre. Sabemos que usted está en contacto con los rebeldes.

El sacerdote se quedó observándolos en silencio, en realidad tan asustado como desconcertado. ¿Cómo podía ser que lo hubieran descubierto?

—¿Y qué es lo que quieren de mí?

—Es muy fácil, reverendo. Necesitamos un salvoconducto.

—¿Un salvoconducto?

—Exacto —respondió el otro—. Un billete de su puño y letra con el nombre de alguno de sus contactos, alguien ante quien nosotros pudiéramos presentarnos. Eso sería una puerta abierta a nuestra libertad, y si usted hiciera eso por nosotros, le estaríamos eternamente agradecidos.

—Claro que, si no lo hace...

—¿Qué? —preguntó el religioso, intimidado.

El primero de los soldados clavó su mirada en el cura.

—Entonces no nos dejaría más remedio que denunciarlo ante nuestro comandante, padre.

Xosé Núñez permaneció en silencio por un buen rato, observando a los dos hombres al calor de la lumbre. Hasta que por fin comprendió que no tenía alternativa.

Por supuesto, al día siguiente toda la ciudad estaba al tanto de lo ocurrido. Los soldados franceses que la noche anterior se habían reunido en la taberna no hablaban nuestro idioma, por lo que ninguno de ellos pudo entendernos cuando yo le indicaba a Xoana que se tranquilizase, sí, pero también que saliera discretamente por la puerta de atrás, atravesara el pequeño patio interior y, saliendo a la Travesía del Cónsul, corriera a denunciar lo sucedido. Por si eso fuera poco, *por supuesto*, los tres imbéciles aquellos habían enterrado los cuerpos de cualquier manera, con prisas y sin hacer demasiado caso a mis consejos, de manera que, como era de esperar, al alba del día 21 el marzo ya había desenterrado los tres cadáveres. Como ya te imaginarás, Candeán, al caer la noche toda la villa era un clamor que, a gritos, pedía venganza. Como te he advertido, y espero que hayas apuntado con corrección, la pequeña revolución que necesitábamos acababa de comenzar. Y, aunque era imparabile, decidí darle un pequeño empujón.

Por eso, esa misma noche, y sabiendo de sobra que Aurora no estaría allí, sino en su casa, velando los cuerpos de su hermano y de su padre, volví a presentarme en la Casa del Francés, dispuesto a ofrecerle mi ayuda incondicional al valeroso (y, por qué no decirlo, en ese momento altamente atosigado) gobernador Chalot.

Tal como había imaginado, no estando claros ni mi origen ni tampoco mis intenciones, el gobernador delegó el encuentro en su hombre de confianza: su secretario, el oficial Philippe de Mier.

—De manera que usted es la persona que nuestros soldados insisten en

situar en la taberna de la señora... ¿Cómo es? —se preguntó, buscando alguna anotación en los papeles que ocupaban su escritorio—. Ah, sí, aquí está, Xoana Rial, en el momento en que los lamentables hechos se producían. ¿Es así?

—Sí —respondí—. Es así, porque es la verdad y, sobre todo, porque yo se lo he dicho.

—No menosprecie usted nuestros recursos, caballero —respondió el secretario en un gesto de suficiencia, recostándose sobre el respaldo de su asiento—. Tarde o temprano habríamos dado con usted, señor...

—Permítame decirle que lo dudo mucho, si bien de todos modos eso no es ahora lo importante.

—Lo es —repuso el secretario, herido en su orgullo—, si nos ayuda a esclarecer lo ocurrido.

—¿A esclarecer lo ocurrido, dice usted? —pregunté cínico, arqueando las cejas—. Señor, con todos mis respetos, aquí no hay nada que esclarecer. A los ojos del pueblo el asunto está más claro que el amanecer: sus hombres han matado a tres inocentes. Y el señor Vázquez Varela, que es quien mantiene retenidos a sus soldados, cuenta con el testimonio de varios testigos que corroboran que se trató de una ejecución, realizada con total sangre fría. Así pues, amigo mío, aquí lo único que en verdad importa es lo siguiente: qué van a hacer ustedes al respecto.

Philippe me observaba fijamente, Candeán, con la misma cara de bobo que tienes tú ahora, e intentando no pestañear. ¡Oh, mi joven amigo!, ojalá hubieras estado allí para ver la cara de aquel pobre idiota... Estúpido, todo él era desconcierto, y yo no podía dejar de preguntarme qué demonios era lo que había visto Aurora en aquel desgraciado.

—Disculpe, pero creo que no comprendo a qué se refiere usted...

—¿Permitirá que Vázquez Varela ejecute a esos tres soldados?

—Bien, no creo que eso sea de su incumbencia, señor...

—Deberían hacerlo —seguí yo, ajeno a las evasivas del secretario—. Al menos, eso es lo que dice la ley. Y lo que el pueblo demanda —añadí, volviendo a clavar la mirada en el secretario de Chalot—. Un pueblo, por cierto, que hasta ahora se ha mostrado muy paciente, es verdad. Pero que en cualquier momento podría dejar de serlo...

Los dos nos quedamos en silencio, Philippe más desconcertado por momentos.

—Pero, por otro lado... —continué al cabo de un rato—, ¿quién le dice a usted que esa ejecución no sería más que el comienzo de un baño de sangre? Ya sabe usted cómo acostumbra a actuar el pueblo, que conoce a la perfección el vicio de pedir, pero se empeña en ignorar la virtud de no dar.

El secretario volvió a clavar su mirada en mí.

—Tal vez esté usted en lo cierto.

—Nada de tal vez, sé que lo estoy. Esta gente vería en esas ejecuciones una primera muestra de debilidad por su parte.

—Podría ser —respondió el joven al tiempo que se pasaba la mano por el pelo, ahora por fin visiblemente agobiado—. Pero lo cierto es que, como usted dice, las pruebas que hay contra ellos son irrefutables, de modo que no veo cómo podríamos...

—Yo sí —lo interrumpí.

—Ah, ¿sí?

—No estaría aquí de no ser así, ¿no le parece?

—Ya veo... Bien, reconozco que ha picado usted mi curiosidad, señor. ¿Cómo propone hacerlo, pues?

Esta vez fui yo el que se quedó observándolo. Y sonreí. Saqué una cuartilla de papel del bolsillo interior de mi casaca.

—Con esto —respondí, empujando el papel sobre la mesa hacia el secretario.

—Vaya —respondió Philippe con fingida indiferencia—. ¿Y *esto* es...?

—Usted léalo —le dije—. Y después ya me dirá.

Philippe de Mier desplegó la hoja ante sus ojos y comenzó a leer.

Al llegar al final, mantenía el ceño fruncido, y acompañaba su expresión con una sonrisa escéptica en los labios.

—¿Esto... es auténtico?

—¿Y eso qué más da? A ustedes lo único que les debería importar es que antes no tenían ninguna oportunidad, y ahora sí. Qué me dice, ¿la van a utilizar o no?

El oficial volvió a sonreír, y esta vez me pareció detectar un cierto alivio en su expresión.

—No sé cómo podríamos agradecerle esto, señor...
Yo también sonreí, complacido.
—Haciéndolo.

10

Al día siguiente a mi encuentro con Philippe de Mier, secretario personal del gobernador Chalot, los tres soldados franceses estaban de nuevo en libertad. Por lo visto, el gobernador se había visto en la obligación de detener al padre Xosé Núñez, un sacerdote local contra el que pesaban una serie de pruebas que demostraban, de manera incontestable, su colaboración necesaria con las fuerzas rebeldes. En realidad, toda esa serie de pruebas se reducía a una sola, un documento en el que el muy idiota del clérigo había anotado de su puño y letra los nombres de una serie de milicianos locales dispuestos a organizar todo tipo de actividades subversivas contra nuestros amigos los franceses. Un billete, por cierto, que no era otro sino el que yo mismo le había entregado al secretario la noche anterior. En realidad, el padre Xosé Núñez era un idiota como otro cualquiera. Por supuesto que trataba con gente en el exterior, pero ¿y quién no en aquellos días? Conocida su debilidad, el padre Núñez no era para mí más que una moneda de cambio. Una moneda, por cierto, de muy poco valor con la que comprar un beneficio mucho mayor.

Porque, una vez facilitada esa posibilidad, el siguiente movimiento resultaba evidente hasta para el más torpe estratega: de tan probada como había quedado su culpabilidad como peligroso conspirador, y muy a su pesar, al bueno de Chalot no le quedaba más remedio que ejecutar al padrecito. Sí, Candeán, era o eso o... ¿no lo adivinas? Pues claro: o mostrar un último gesto de clemencia y buena voluntad por su parte, conmutando la pena del religioso a cambio, claro está, del indulto de los tres soldados detenidos por el crimen de la taberna de la Xoana.

Por descontado, y por más que el hecho de evitar ningún derramamiento de sangre le pareciera al gobernador el más justo de los tratos, aquel episodio no hizo sino disparar todavía más los ánimos de los paisanos, ya de por sí encendidos y exaltados desde los execrables actos de la calle del Xuanelo. Echarse atrás era ahora del todo imposible, y en los días posteriores, Candeán, el asunto no hizo otra cosa sino ir a peor. A peor para los franceses, claro está, y a mejor para mí... hasta que, por fin y como era de aguardar, la villa acabó explotando. Sucedió la noche del 27 de marzo.

Aquel lunes las campanas del viejo templo de Santa María llevaban un buen rato repicando contra la lluvia, que volvía a caer a mares. Habían empezado a sonar a las siete y media de la tarde, y treinta minutos después seguían arrebatadas. Los franceses pensaron que aquello debía de tratarse de algo relacionado con la Semana Santa, que había comenzado el día anterior, Domingo de Ramos. Pero no. Una vez más los confiados gabachos volvían a equivocarse. No se trataba de la llamada a ninguna misa, sino a algo mucho mejor. El toque a rebato que sonaba desde las campanas de la vieja colegiata era la señal convenida por la tropa local y los paisanos para iniciar el asalto a la villa.

Pensarás, rata bodeguera, que nosotros tuvimos algo que ver en todo aquello, pero lo cierto es que no. En aquella ocasión en particular, no. ¿Para qué hacerlo? Nuestra hermandad ya había preparado la tierra, plantado la semilla y abonado el campo. El brote, el estallido, tan solo era cosa de tiempo. Por eso, sabiendo que más pronto que tarde la villa acabaría saltando por los aires, nosotros preferimos echarnos a un lado y esperar la llegada del momento oportuno. Presta atención, muchacho, porque esto es algo que siempre se nos ha dado muy bien, condenado Candeán: camuflarnos en un lateral, actuar con paciencia y discreción, respirando en silencio, como si ni tan siquiera existiéramos. Aguardando siempre la llegada del momento oportuno.

Y el momento, por fin, había llegado. Es cierto que tuvimos la precaución de que algunos hombres se introdujesen entre los asaltantes. Eran los tripulantes más jóvenes del *Cristo de la Sal* y del *San Buenaventura* los que se encontraban entre la turba que desde el barrio del Berbés y, sobre todo, desde la Gamboa concentraban el grueso del asalto. Su misión era la de armar

jaleo, Candeán. Arengar a los paisanos y, si fuera necesario, incluso dar un paso al frente, aunque nada más fuera para evitar un paso atrás. Y mientras nuestra muchachada se encargaba de esto, nosotros, los más experimentados, estábamos ya dentro de la villa, cada grupo perfectamente ubicado en sus respectivas posiciones. Así las cosas, todo fue un juego de niños.

Por fin, a eso de las ocho y media, comenzó el asalto. Y lo hizo por la puerta de la Gamboa. Bajando a la carrera los soldados por las calles de la Palma y de la Oliva hacia la Gamboa para defender la puerta, el primer grupo de hermanos se encargó de apartar a un pequeño destacamento de franceses con su oficial al frente, despistándolos hacia la calle de la Ballesta. Una vez reducidos en la emboscada, primero les obligaron a desnudarse. Y luego los pasaron a cuchillo. Oh, venga, Candeán, deja ya de escandalizarte por todo... Comprenderás que en este tipo de cuestiones no es conveniente dejar testigos que puedan comprometer el éxito de la misión. Y al fin y al cabo se trataba de una batalla, ¿no? Nadie sospecharía ante la baja de unos cuantos soldados, caídos a tan poca distancia de la puerta asaltada. A continuación, los hermanos entregaron los uniformes al segundo grupo, en el que me encontraba yo, y así, vestidos como soldados franceses, nos encaminamos al cuartel general de Chalot.

El caos en la villa era absoluto, muchacho. Al fragor de la batalla que comenzaba a librarse en la puerta de la Gamboa has de sumarle la confusión que llegaba desde el mar. Hacía días ya que dos fragatas inglesas habían llegado a la ría. Fondeadas frente a la villa, la *Venus* y la *Lively* se habían limitado a observar la situación, haciendo poco más que colaborar en el bloqueo por mar a los franceses. Pero ese día, sus capitanes habían decidido pasar a la acción. Coordinados con los caudillos locales, los buques ingleses cañonearon sin descanso determinadas posiciones estratégicas de la villa. Es cierto que sus objetivos principales eran el castillo de San Sebastián, en la parte alta, y el fuerte de San Julián, el baluarte de la muralla que quedaba justo detrás de las casas del Berbés, al final de la calle Real. Pero no es menos verdad, Candeán, que en el fragor de la lucha no todo es precisión. Los obuses volaban sobre la ciudad, y en la oscuridad de la noche que caía sobre Vigo todo era estruendo, gritos, y olor a pólvora quemada. La ciudad era fuego, Candeán. Puro fuego.

Llegamos corriendo a la Casa del Francés, y yo aproveché los galones que lucía mi uniforme para ordenar a toda la guardia que abandonara su posición, y que corriera a reforzar la defensa de la muralla, donde serían mucho más útiles que allí.

—Pero, señor... —dudó el sargento al mando—. Esas no son las órdenes que hemos recibido.

—¿Ah, no lo son? —respondí impasible—. Vaya, ¿y acaso no le parecen unas órdenes adecuadas, sargento? —Me quedé mirándolo fijamente, sin pestañear—. ¿Debo entender que le parece más conveniente la posibilidad de enfrentarse a un consejo de guerra por haber preferido guardar unas caballerizas antes que unirse a sus compatriotas en la defensa de la plaza?! ¡Porque, si es así, le comunico que también puedo dar esa orden, sargento!

La furia y la saliva puesta en cada una de mis palabras terminó de convencer a aquellos cuatro desgraciados, que, amarrados a sus fusiles, corrieron sin dudar a la búsqueda de la batalla más cercana.

Por fin liberada la entrada, avanzamos hasta el piso superior, donde tras atravesar un par de estancias no tardamos en encontrarnos, cara a cara, con el comandante Chalot. Apoyado sobre una mesa de nogal, levantaba en el aire una lámpara de aceite para poder estudiar mejor un plano de la villa. En pie a su lado, su lugarteniente, el también comandante Limousin, le indicaba algo sobre el papel.

—Señor, los asaltantes han roto nuestras líneas de defensa, es urgente que salgamos cuanto antes.

El comandante de escuadrón Jacques Antoine Chalot se quedó mirándome fijamente, por completo extrañado ante el mensaje que acababa de oír por mi boca.

—Perdone, ¿cómo ha dicho usted, oficial?

—Han reducido a astillas las puertas de A Gamboa, A Laxe y el Berbés —mentí—, y ahora mismo se dirigen hacia aquí, señor. Es a todo punto apremiante evacuarlos cuanto antes, señores.

—Pero... Eso no puede ser —protestó Limousin—. Nada de lo que me dice figuraba en el último parte.

—Señor —insistí—, lamento mucho tener que llevarle la contraria, pero lo cierto es que la situación ha dado un vuelco. Y no quiero ni pensar lo que

el populacho hará si les encuentran a ustedes aquí.

—Pero, yo...

Apenas fue un gesto rápido, un vistazo en apariencia casual. Pero yo alcancé a verlo. El comandante Chalot no había podido evitarlo, y sus ojos me indicaron el camino correcto. Él solo se delató. Tal vez fuera de manera inconsciente, pero sus ojos se detuvieron por un segundo más de la cuenta sobre el armario a mis espaldas. Fingí no darme cuenta, pero lo vi. Era ahí.

—Necesito un momento.

Por fortuna, en ese preciso instante se escuchó una explosión un par de calles más abajo.

—No tenemos ni medio, señor. La turba ya se acerca.

Seguía dudando.

—¿Y adónde nos dirigimos?

—Al consistorio, mi comandante. El alcalde, *monsieur* Vázquez, ha prometido protegerlo hasta la llegada de las autoridades al mando de la tropa local.

—¿Vázquez Varela?

Chalot todavía dudo un poco más, pero finalmente, ante el estruendo que seguía llegando desde la calle Real, acabó por ceder. Mis hombres se los llevaron, a él y al comandante Limousin, con la promesa de dejarlos a buen recaudo en la plaza del Rey, bajo la protección del regidor. Y fue una verdadera lástima, Candeán, porque todo habría ido bien para los dos oficiales, de no ser porque, cuando ya estaban a punto de llegar, se encontraron con un grupo de exaltados que los obligó a retroceder, impidiendo la entrada de los dos militares franceses a la casa del pueblo. Luego de un breve episodio de resistencia bajo los soportales de la plaza, no les quedó más remedio que echar a correr para huir del populacho, buscando cualquier otro refugio mientras la guardia, mi guardia, contenía el ataque. Y así acabaron regresando a la Casa del Francés, Candeán. Chalot y Limousin, corriendo en soledad como un par de fugitivos cualesquiera. Una verdadera lástima...

Porque, como ya habrás deducido, Candeán, no existía tal turba. O por lo menos no tal y como Chalot creyó sentir. Las explosiones que el gobernador escuchó en la calle no eran otra cosa sino nuestros hermanos, reventando

pequeños barriles de pólvora en la Travesía de la Esperanza. La estrechez de la calle provocaba que las detonaciones retumbasen como si de los más terribles cañones se tratase, pero en realidad no eran más que pequeñas explosiones controladas. Del mismo modo, también eran nuestros hermanos del cuarto grupo los que aguardaban ante el ayuntamiento la llegada de la bizarra comitiva a la plaza Mayor. No, Candeán, no es cierto que hubieran saltado todas las defensas de la ciudad, ni mucho menos, sino tan solo las de la puerta de la Gamboa, reventada a machetazos por un marinero local primero, y rematada la faena por el capitán Bernardo González del Valle, al que todos en la villa conocían ya por el apelativo de Cachamuña. Así pues, para cuando Chalot y Limousin pudieron regresar a su pequeño cuartel, dos fueron las cosas que se encontraron: la caja de caudales abierta y la ciudad rendida a los asaltantes. Para compensar, también fueron dos las cosas que habían desaparecido: nosotros y el carro en el que el mariscal Soult guardaba su propio botín de guerra.

Porque esa era la verdad, pequeño sapo: al tiempo en que los asaltantes entraban en la villa por la puerta de la Gamboa, ya con la tropa francesa entregada y rendida, nosotros, de nuevo vestidos como inofensivos paisanos, salíamos un poco más arriba, por la de los Cerdos, de regreso al Arenal, y dirigiendo un carro cargado de objetos de valor, oro, plata y hasta un antiguo incensario. Ah, y llevándonos con nosotros la suma de casi cuatrocientos mil francos.

Sí, Candeán, ya sé que antes te hablé de quinientos mil, y ahora he dicho menos. Pero no, escribiente avaricioso, no me he equivocado. Ni mucho menos.

En efecto, en la caja de caudales había algo menos de medio millón de francos. Una verdadera fortuna, ¿no te parece? Es en esos momentos, ruin Candeán, en los que hay que tener sangre fría y ser un poco más astuto que tus oponentes.

A lo largo de los días anteriores se había ido corriendo entre la chusma el rumor, no excesivamente infundado, de que los franceses ocultaban un enorme tesoro en algún lugar dentro de la villa. Y tal y como he podido comprobar a lo largo de los años en mis múltiples viajes a través del mar del mundo y de la miseria del hombre, no hay mayor patriotismo que el que

empieza en los bolsillos de uno mismo. De sobra sabía pues, que, una vez hubieran entrado en la villa, todos esos miserables correrían a buscar su recompensa. ¿Y qué crees tú que habría pasado, Candeán, si no hubieran encontrado nada? En el mejor de los casos, le habrían pedido explicaciones al gobernador, y a este no le hubiera quedado más remedio que, muy a pesar de su honor, explicar lo sucedido. En el peor, no se habrían parado a escuchar a nadie... No, Candeán, no era el momento de bañar la ciudad en sangre francesa, sino todo lo contrario. Porque nada nos interesaba más que recuperar la calma. A nosotros y, ya puestos, al propio Chalot. Por eso decidí dejar algo atrás. Algo más de ciento veinte mil francos, lo cual seguía siendo una fortuna más que considerable, y algunas de las pertenencias del general Soult en las dependencias de la Casa: su sable, sus ropas de gala... Así, me aseguraba de que el comandante Chalot mantendría la boca cerrada en lo tocante a nuestro *affaire*, al no tener que dar demasiadas explicaciones ante los caudillos locales por una caja de caudales increíblemente vacía, y, lo que era más importante, nos proporcionaba a nosotros la más opulenta de las salidas.

Y así desaparecimos, Candeán. Abandonamos la villa por la Puerta de los Puercos llevándonos con nosotros aquellos bienes fieros, una inmensa fortuna. Salimos por esa que ahora llaman la Puerta del Sol para escondernos en la noche, perdiéndonos de nuevo en la oscuridad que hasta entonces nos había rodeado, seguros de que, pasara lo que pasase en el resto del mundo a partir de entonces, nadie se atrevería a seguirnos más allá de las sombras del Arenal. Como había sido hasta entonces...

Esa es la historia, Candeán. Asegúrate de haberla copiado bien, muchacho, o de lo contrario no tardarás en conocer la terrible cantidad de miseria que puede llegar a albergar la bodega de un barco negrero. ¿Me has entendido? Apúntalo con pulcritud, anótalo todo, porque así fue como llegamos a hoy. Sí, es cierto que he perdido algún que otro bien por el camino. He renunciado a placeres a los que de buena gana me habría entregado. Como aquel asunto de Aurora... Pero las cosas fueron como fueron, y ahora de nada vale lamentarlo. Ahora, cada uno está donde se

merece. Yo aquí, en lo más alto de un poder que, con el tiempo, no tardará en ser todavía mayor. Y Aurora donde le corresponde, despreciada por las mismas gentes de bien que otrora tanto la admiraron. Marcada para siempre. Y todo porque aquella muchacha testaruda nunca quiso entrar en razón, Candeán. No, nunca quiso hacerlo. Como comprenderás, era inevitable que el destino acabase castigándola. Una verdadera lástima. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad? La última tropelía cometida por los perros de Voltaire...

Tal como ella misma explicó, la noche del 27 de marzo un grupo de soldados se coló en su casa. Derrotados, eran todo furia y rencor, por lo que decidieron desquitarse de tanto palo recibido. Pasar un rato agradable... Se oyeron voces que no tardaron en convertirse en gritos, en golpes y en más gritos. Y después, en nada. Llanto contenido, rabia. Nada. Dicen incluso las lenguas mestureras que había uno de los soldados, uno de piel negra, especialmente bien armado, tú ya me entiendes... Pobre mujer. ¿Y qué necesidad había, Candeán, qué necesidad había, después de tanta vejación, de dejarle la cara marcada? Una verdadera lástima, muchacho, la que hasta entonces había sido «la Bella Aurora», desde aquella noche fatídica desfigurada para siempre. Sabes de qué te hablo, ¿verdad que sí? Claro, patán, puede que incluso no seas tan torpe como pareces. Pero, con todo, estoy seguro de que hay algo en esa historia que todavía no sabes. Te gustaría que te lo contara, ¿eh? ¿Te gustaría? Es que yo puedo asimilar el rechazo, muchacho. Sí, por extraño que te parezca, yo soy de los que saben aceptar la derrota cuando una mujer dice que no. Ahora, una cosa está clara, del mismo modo que yo encajé de la mejor manera la decisión de aquella estúpida engreída, Aurora también debería haber encajado su innegable contrapartida: si ella no estaba conmigo, tampoco lo haría con nadie más. ¿Acaso no es justo mi razonamiento?

¡Pero maldita sea, estúpido miserable, no escribas esto! Tiempo habrá para este tipo de detalles... Anota todo lo demás, eso sí, porque es lo que de verdad importa, y cuando hayas terminado, si lo haces bien, te contaré el resto. Lo único ciertamente importante es que así fue como hemos llegado aquí. Nos llevamos todo el dinero de los franceses, y nos fuimos. Supimos moverlo bien, invertirlo. Y ahora estamos de regreso. Los parias de la villa somos ahora las más respetadas familias de comerciantes de la ciudad. No,

Candeán, no es necesario que escribas ningún nombre. Ya lo dijo Jesús Nuestro Señor, tal como se puede ver en Mateo 7:15, «por sus frutos los conoceréis». Y estamos de vuelta aquí, en Vigo, dispuestos a tomar la vieja aldea y construir sobre ella y de una vez por todas la ciudad que siempre fue nuestra. Asegúrate de anotar bien esto, Candeán, asegúrate. ¿Lo has anotado bien? De acuerdo, así me gusta, muchacho. Así me gusta...

11

El sol ya lucía en lo alto cuando Mariña y yo terminamos de leer la crónica. No sabría decir si había pasado mucho o muchísimo tiempo. Tan solo sé que era noche cerrada cuando empezamos a leer, y ahora la madrugada ya le había dejado paso al nuevo día. El sonido de los cláxones allá abajo, la voz de la ciudad hablando con fuerza en la calle, nos devolvió a la realidad.

—Santo Dios, Mariña. Esto es...

—Algo muy serio, Simón.

—Desde luego que lo es. Tanta historia con todo lo que nos había contado Tristán, aquello de los ideales conservadores, el rechazo al progreso y todos esos cuentos, y al final resulta que nada más se trataba de una panda de chorizos.

Mariña torció los labios, en una mueca de disconformidad.

—Yo no lo reduciría a eso, Simón. Si todo esto es cierto, entonces diría que se trata de algo mucho más grave.

—¿A qué te refieres?

Volvió a quedarse callada por un instante, como si estuviera intentando sondear la profundidad de sus propias conclusiones.

—De ser real —dijo al fin—, esto que tenemos entre manos es la crónica de un golpe de Estado. Puede que a pequeña escala, de acuerdo, pero un golpe de Estado al fin y al cabo.

—¿Un... golpe de Estado?

—Y tanto, Simón. Todavía nos faltan piezas, pero, si las cosas son como

aquí se insinúa, entonces esto que hemos desenterrado no es más que el primer capítulo, el comienzo de un asalto a la ciudad entera. Por lo que el tal Espinosa relata, la iglesia no es más que el primer paso en una campaña por hacerse con toda la ciudad. Recuerda que, por lo que explica, incluso tenían gente metida dentro del ayuntamiento.

—Tienes razón —admití—, el asunto de la iglesia... Maldita sea, Mariña, ¿qué demonios está pasando aquí? ¿Qué clase de historia se oculta bajo la Colegiata? ¿Quién es toda esa gente?

—No lo sé —respondió—, no lo sé... Lo único que sí tengo claro es que no debemos precipitarnos.

—¿Que no nos precipitemos? ¡Pero qué dices, Mariña! De ser verdad, si todo fue como aquí se cuenta, entonces esta gente dio el golpe definitivo. ¡Les pegaron el palo a todos, joder! A los franceses, a los vigueses... ¡A todos! Por favor, no me extraña que el pobre Tristán estuviera cagado.

—Simón, por favor...

—¡Qué! —protesté—. ¿Qué más da que diga cagado o muerto de miedo? Esto es demasiado grande como para que nos andemos con remilgos.

—Sí, ya, muy bien. Pero yo no me refiero a eso.

—¿Ah, no? ¿Pues a qué, entonces?

—A lo que tú mismo acabas de decir. *De ser verdad...*

Lo pensé por un momento.

—¿Acaso piensas que podría no serlo?

—No lo sé —respondió—. Por cómo está escrito me inclino a pensar que es verídico. Pero, por otra parte...

—Qué.

—No sé, Simón. Todo esto es muy extraño... ¿Quién te dice a ti que todo este tinglado no es más que la fabulación de un novelista frustrado del siglo XIX? Además, está el asunto del nombre.

—¿A qué nombre te refieres?

—Al de quien lo firma, el tal Espinosa.

—¿Qué ocurre con él?

—Que no me suena —respondió secamente—. De nada. Hasta donde yo conozco la historia, sí hay un Chalot, sí hay un Limousin... Juraría haber leído algo en alguna ocasión acerca de un asesinato en una taberna del Casco

Vello, e incluso puede que existiera alguna persona real bajo ese personaje de Aurora que de un tiempo a esta parte se representa en la Reconquista. Pero los demás... ¿Cómo era el otro?

Mariña volvió a rebuscar entre los papeles.

—Aquí está —dijo, señalando un nombre entre el mar de líneas—. ¿A ti te suena de algo este tal Marcó del Pont?

Volví a quedarme en silencio.

—Pues no, de nada.

—Ya... Tampoco a mí. Y eso por no hablar de nuestro narrador.

—Velasco Espinosa —apunté.

—El mismo.

Miré a mi alrededor.

—Espera un momento.

Me acerqué al pequeño escritorio junto a uno de los ventanales, y regresé al sofá, con el ordenador portátil en la mano. De nuevo sentado junto a Mariña, recostada a mi lado, tecleé en el navegador el primero de los nombres.

—Buenaventura Marcó del Pont —repetí en voz alta.

—¿Aparece algo?

—A ver... Ajá. Mira, aquí está.

En efecto, el primero de los nombres sí tenía relación con una persona real, tal como un vistazo rápido a la abundante galería de imágenes confirmaba.

—Vaya, así que existió de verdad...

—Eso parece.

—Ya veo —admitió Mariña—. ¿Y qué más dice sobre él?

Dediqué una nueva mirada rápida a la selección de páginas que Google había recopilado en la pantalla de mi ordenador. Wikipedia las dos primeras. Las descarté. Pero la tercera sí que llamó mi atención. Se trataba de una entrada al blog *vigopedia.com*. Pulsé en el enlace y ojeé su contenido. Conocía la web de consultas anteriores, de manera que si Eduardo Galovart, el responsable de la página, le había dedicado una entrada al tal Marcó, pocas dudas más habían acerca de su existencia.

—Qué —protestó Mariña—, ¿me vas a contar algo o te lo vas a guardar

todito para ti?

—Bueno, por lo visto se trataba de uno de los primeros comerciantes catalanes que vinieron a hacer negocios a Galicia en el siglo XVIII. A ver... —añadí, echando un vistazo muy somero—. Barcos... Contactos con Carlos IV, negocios con Godoy... Sí, no hay duda. Aunque tú y yo no tuviéramos el gusto de conocerlo, el tipo sí que existió.

—Vaya. Interesante —comentó—, muy interesante... Prueba con el otro. El amargado.

Volví a colocar el cursor sobre la ventana del buscador. Y tecleé. «Velasco Espinosa.»

Esta vez la suerte cambió.

Como un gato fiel, también esta vez Google dejó un par de ratones ante nuestra ventana. Pero, desde luego, el resultado ofrecido distaba mucho de ser lo que andábamos buscando. Un par de entradas sobre un empresario ecuatoriano que había hecho una cierta fortuna en los últimos años del siglo XX, una moza de buen ver que tenía una página de Facebook desde la que nos animaba a todos a conocer Chiapas, y un montón de fotos de la torre de los Velasco, una fortificación del siglo XV construida por Pedro Fernández de Velasco, primer conde de Haro, en Espinosa de los Monteros, provincia de Burgos. Nada, en definitiva, que tuviera que ver con nuestro hombre.

—Pues no —respondí, ligeramente decepcionado—, por aquí no parece que haya mucho. Pero no sé, Mariña, el hecho de que tú y yo no conozcamos sus nombres no significa que la historia no sea cierta, ¿no te parece? Tan solo quiere decir que debemos seguir investigando. ¿No?

Yo todavía seguí hablando por un buen rato más. Le daba vueltas a un montón de ideas. Pero Mariña no me respondió. A ninguna. O por lo menos no tan rápido como yo esperaba. Hacía tiempo ya que mi voz había empezado a sonarle como algo lejano. Un murmullo distante, el ruido que, ahogado, suena hueco bajo el agua. Estaba agotada.

—Puede ser, Simón —dijo al fin, dejándose caer hacia atrás—, tal vez tengas razón, y debemos seguir investigando... Pero no ahora.

Se recostó contra el respaldo del sofá negro y, lentamente, terminó de cerrar los ojos al tiempo que cruzaba las manos sobre su vientre.

—Ha sido una noche muy larga, Simón. Una noche de más de doscientos

años. Y, ahora... ahora estoy muy cansada.

Y supe que, antes de que hubiera terminado de explicar lo cansada que se sentía, Mariña ya estaba dormida.

12

—Buenos días.

Al fondo del local, un hombre menudo, de pelo canoso, gafas metálicas y fino bigote perfectamente recortado, observa el lomo de un libro antiguo. Lo deja sobre el mostrador y, con rostro serio, se les queda mirando.

—Buenos días —responde—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Veamos... Yo soy el inspector Bruno Rodés, este es el subinspector Eladio Penedo, y me imagino que usted es el señor Emilio Fierro, propietario de este establecimiento durante el día, aficionado a llamar a las comisarías de policía durante la noche. ¿Me equivoco, caballero?

Desconcertado, el hombrecillo duda por un instante.

—Bueno, sí. Quiero decir, no —titubea—, no se equivoca usted...

—Como casi siempre. Pues ahora que ya nos conocemos todos, hágase un favor, y explíquenos otra vez el asunto ese del mosquetón.

—Bueno —responde, todavía intimidado, al tiempo que se ajusta la montura de las gafas sobre la nariz—, lo que sé ya se lo he dicho a su compañero, tampoco hay mucho más que contar.

—Pruebe.

—Hace un par de semanas llamó alguien preguntando por la posibilidad de hacerse con un mosquetón de finales del XVIII o comienzos del XIX. Francés a poder ser. Yo le dije que no sería fácil, que no hay mercado para ese tipo de piezas, y que encontrar uno sería difícil y caro. Sobre todo caro, le advertí... Pero él respondió que no me preocupara, que el dinero no era un problema. De manera que me puse a buscar.

—Y lo encontré...

—Bueno, ya sabe usted lo que dicen. Pagando...

—San Pedro canta.

—Eso mismo. De manera que sí, esa misma tarde lo encontré y, un par de días más tarde, lo tenía aquí —dice, deslizando las manos sobre el mostrador, como si el arma estuviera todavía allí, invisible ante ellos.

—Ya veo... Pues nada, amigo, ahora ya tan solo le queda por contarnos una cosa. ¿Quién es su cliente?

La preocupación se acentúa en el rostro del hombrecillo, menudo y flaco.

—No se lo puedo decir —responde.

—Oiga —resopla Bruno—, no pretenda joderme ahora con eso del secreto profesional, la confidencialidad y todas esas mierdas. Le recuerdo que no es usted abogado, ni médico, ni tan siquiera dentista, así que venga, desembuche.

—No, no —responde agobiado, rechazando con las manos—, no se trata de eso. Me refiero a que no sé su nombre.

—¿Cómo dice?

El hombrecillo aprieta los dientes, haciendo sonar el aire al pasar a través de ellos.

—Era parte del trato —dice—, ningún nombre a cambio de mucho dinero. Bruno y Eladio cruzan una mirada incómoda entre ellos.

—Ya veo... Pero el mosquetón no está aquí.

—No, claro. Lo envié a la dirección que me indicaron.

Bruno frunce el ceño.

—Que lo envió... ¿a una dirección?

—Así es.

—O sea, que me está usted diciendo que no se dan nombres, pero... ¿le dejan una dirección de contacto? Un poco raro, ¿no le parece?

El hombrecillo se encoge de hombros.

—Ya veo... Ande, sea bueno, y dígame que aún guarda usted esa dirección.

Sé que Simón está empezando a sospechar que le oculto algo. Y, la verdad, no se equivoca...

ACTO TERCERO. EL SECRETO DE MARIÑA

ACTO TERCERO

EL SECRETO DE MARIÑA

Cuando abrí los ojos, Simón ya no estaba allí. Y aunque tal vez esté mal decirlo, lo cierto es que por un momento pensé «menos mal». No sé, quizá debería decírselo. Ser valiente y contarle de una vez la verdad. Cada día que pasa me cuesta más disimularlo. No me siento bien, no me siento bien manteniéndome en silencio. Me puede la náusea, debería decírselo. Acabar con esto de una vez por todas. Debería decírselo de una vez. Pero si no lo hago nada más es porque no sé cómo hacerlo. Podría salir mal, al fin y al cabo yo ya tengo una edad... Quizá sea demasiado arriesgado. Y esto tampoco es justo para él. Simón sabe que algo ocurre, y yo debería habérselo dicho antes.

De todos modos, tampoco hay que olvidar que, aunque a su manera, también él tiene secretos conmigo. Me quiere, lo sé, pero no se me escapa que también está enamorado de ella. Cuando no puede dormir, a veces se levanta y, sin hacer ruido, desaparece. Baja a la calle, y corre en su búsqueda. Cree que no lo sé, pero lo sé. Alguna vez le he seguido sin que se diera cuenta. ¿Adónde iba a aquellas horas? Sale y camina en silencio calle abajo, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Se pierde en la oscuridad sin decir nada, como sin rumbo, hasta que por fin se detiene frente a uno de los viejos edificios. Ante una casa antigua. Ante un portal sin placas de ningún tipo. Ante un rincón olvidado. Desde la distancia los he visto muchas veces, hablándose sin decirse nada. Como si ambos se acariciasen en silencio y, después, él regresase a casa. Simón está enamorado de la ciudad, y en ella busca consuelo y consejo cuando nadie más se los puede dar. Él cree que no

lo sé, pero yo conozco el secreto de Simón. Y, tal y como él mismo me contó poco tiempo después, la de aquella madrugada había sido otra de sus escapadas...

Amaneció la ciudad sin que él hubiera podido pegar ojo, todo el tiempo la historia de Velasco Espinosa rebotando en su cabeza, de manera que, con las primeras luces, me dejó en la cama y bajó a la calle. Atravesó el centro y se metió en el casco viejo de la ciudad, sin detenerse hasta encontrarse en lo alto de la Travesía de la Esperanza, frente al edificio al que Espinosa se había referido todo el tiempo como la Casa del Francés. En realidad, lo que Simón encontró fue que nada en el inmueble testimoniaba el paso de los comandantes napoleónicos por aquel lugar. La casa parecía habitada, y el bajo lo ocupaba un pequeño restaurante, todavía cerrado a aquellas horas de la mañana. Al lado, el patio y las antiguas caballerizas habían desaparecido, y en su lugar ahora se levantaba otra casa. Antigua, sí, pero a todas luces no tanto como la Casa del Francés.

Simón echó un vistazo a su alrededor, buscando algún otro vestigio, algo que recordara el paso de Chalot y sus hombres por aquel lugar, pero sin ninguna fortuna. Siendo como había sido tanto tiempo vecino del barrio viejo, de sobra sabía que en toda la Travesía de la Esperanza nada más un pequeño detalle susurraba algo acerca del pasado de aquel lugar. Apenas un nombre, escondido en una de las vueltas de la calle: Costa do Mariñeiro. Antigua casa de comidas, en los últimos años reconvertida en bar de copas, este local nocturno, regentado por dos alegres melómanos de reconocido gusto y elegante porte, guardaba en su nombre la memoria de la forma empleada por los vecinos para referirse a ese empinado camino, probablemente mucho antes incluso de la llegada de ningún soldado francés. Pero poco más. Sin nada, pues, que le ayudara a comprender un poco mejor lo sucedido, Simón se perdió por la calle Funil, buscando el rastro de los pasos de Aurora y Espinosa a través de la Campucha, ahora convertida en la calle Méndez Núñez, para pasar a la plaza de Almeida y, desde ahí, de nuevo a la calle Real.

Al llegar a la plaza de la Iglesia se detuvo ante la Colegiata, donde un hombre alto y fuerte acababa de abrir las puertas del templo. Se acercó a ellas con disimulo, intentando detectar alguna evidencia de nuestro paso por allí

mismo apenas un par de noches antes. No viendo nada especial, siguió su camino, bordeando la iglesia por la calle de la Oliva. Al llegar a la altura de la calle de A Laxe giró a la izquierda, y descendió por la empinada bajada apenas unos cincuenta metros, hasta el cruce con el primer callejón que le salió a la izquierda. La rúa do Xuanelo. Avanzó por él, dejando a su derecha las ruinas del antiguo palacio de los marqueses de Valladares, y no se detuvo hasta no estar ya muy cerca del final del callejón. Allí estaba.

Ahora restaurada, tampoco encontró Simón nada en aquella casa, en aquella puerta, que hablara de su pasado. Pero el texto desenterrado en la Colegiata no dejaba lugar a dudas. Allí, tras aquellos muros de piedra en el número 2 de la rúa do Xuanelo, era donde doscientos años atrás se encontraba la taberna de Xoana Rial.

Todavía impresionado por la crudeza del relato de Espinosa, Simón posó su mano sobre la jamba de la puerta y, como él me explicó, intentó sentir. Buscó en el tacto frío del granito el eco de un gran dolor. Y esperó. Pero no sucedió nada. Supongo que, desencantadas ante tanta apatía por nuestra parte, las piedras del Casco Vello se habían cansado de querer hablar con nosotros.

Mientras todo esto sucedía, yo ya me había recuperado del estrés del día anterior. Comprendiendo la gravedad de la situación, me había puesto en marcha, y ya llevaba un buen rato dando vueltas en casa, intentando encontrar un hueco por el que arrojar algo más de luz sobre lo que habíamos comenzado a descubrir. Por supuesto, lo primero que hice fue tratar de contactar con Tristán, pero sin éxito. No estaba en el archivo, y en su casa tampoco sabían adónde se había ido. Amelia, su mujer, tan solo me pudo decir que había salido muy temprano, rumiando algo acerca de buscar un poco más. Notando la preocupación en la voz de la mujer al otro lado del aparato, intenté conjugar claridad y brevedad de la mejor manera posible para que ella le pudiera transmitir la importancia de nuestro descubrimiento y su alcance tan pronto como él volviera a aparecer por la puerta.

—Escucha, Amelia —le dije—, es muy importante que le digas esto: él estaba en lo cierto. La historia de la Reconquista es en realidad la de una gran estafa. Una conspiración para hacerse con un enorme botín. Y lo lograron.

—¿Que lo lograron? —repitió—. ¿El qué? ¿Y quiénes lo lograron? —preguntó la mujer, desconcertada—. ¿De qué me estás hablando, Mariña?

—Ahora no te lo puedo explicar, pero tú no te preocupes, Amelia, que él lo entenderá. Tú límitate a decírselo así: lo lograron —repetí—, construyeron su propia iglesia.

Colgué el teléfono sabiendo que, mientras Tristán no apareciera, mis opciones de avance se veían seriamente reducidas. Admito que por un instante incluso consideré otra opción: la de echar mano de aquella vía que, de repente, se había vuelto a abrir ante mí. Hacía tiempo que no pensaba en él, y jamás hubiera imaginado volver a verlo, después de todo. Pero la vida es así de caprichosa y, de repente, allí estaba. En la plaza. Y precisamente ahora... No, al final acabé descartándolo. Por mucha autoridad que él fuera en la materia, todavía no me sentía preparada para volver a enfrentarme a su presencia.

Abandonada esa opción, intenté localizar unos cuantos datos por mi cuenta, valiéndome tanto de la red como, sobre todo, de una serie de libros, imprescindibles para conocer las entrañas de la ciudad. Un antiguo ejemplar de la *Historia de Vigo y su comarca*, de José de Santiago; el fantástico *La caracola de piedra*, del casi olvidado Pedro Díaz, y, sobre todo, el monumental *La ciudad y los días*, de Álvarez Blázquez. Y fue precisamente revisando este último cuando, de repente, se me ocurrió una idea. ¿Y si...?

Cuando Simón regresó al apartamento me encontró sentada en el pequeño escritorio que tenemos frente a los ventanales, abiertos sobre la ría. Tenía ante mí el libro del profesor Álvarez Blázquez abierto por la página 23, en donde se recogía la entrada referente al 17 de enero de 1816, en la que se explicaba cómo «El alcalde de la ciudad, don Buenaventura Marcó del Pont, presidiendo una sesión del ayuntamiento, se compromete a costear de su peculio particular un altar para el Cristo de la Victoria, en la Colegiata», confirmando así lo que Velasco Espinosa había referido en su crónica. Una imagen enorme del mismo Cristo ocupaba toda la pantalla de mi ordenador portátil, donde mantenía abierta la página web de la cofradía.

Simón me saludó nada más verme, pero yo no pude hacer otra cosa que devolverle un gesto rápido, mudo.

—De acuerdo —respondí, haciéndole ver que estaba hablando por

teléfono.

Simón se me acercó sin hacer ruido al tiempo que yo no dejaba de asentir en silencio, la mirada fija en el monitor ante mí.

—¿Con quién hablas? —me preguntó en un susurro intrigado.

Pero no pude responderle.

—De acuerdo —repetí al teléfono—, se lo agradezco mucho —respondí al tiempo que con la mano le señalaba la pantalla.

Al reconocer la imagen, Simón frunció el ceño.

—¿Con el Cristo de la Victoria? Vaya, pues espero que haya llamado él...

—Perfecto entonces —continué con la conversación, haciendo caso omiso al comentario de Simón—. Pues a las cinco en punto estaremos ahí. Muchas gracias. Un saludo.

—¿Qué, hay alguna novedad? —preguntó nada más verme colgar el auricular—. ¿Y qué ocurre a las cinco?

—Ocurre que tenemos una reunión importante.

—Vaya —respondió arqueando las cejas—, ¿y con quién se supone que hemos de reunirnos, pues?

—Con alguien que tal vez pueda arrojar un poco de luz sobre una de las partes de esta historia.

—¿Quién?

—Alicia Bárcena —respondí, poniendo un poco de orden en los libros sobre mi escritorio.

—Alicia Bárcena... —repetió Simón, tratando de identificar a alguien con ese nombre—. Pues no sé quién es.

—Pues harías bien en saberlo.

—¿Por?

—Porque resulta que Alicia Bárcena —respondí clavando mi mirada en los ojos de Simón— es la hermana mayor de la Cofradía del Cristo de la Victoria.

Los dos policías acaban de llegar a Beade, y ahora Eladio detiene el coche ante el portal de un solar que parece abandonado. Nada más poner un pie fuera, Bruno echa un vistazo al interior. Al otro lado de la hoja de chapa que sirve de cierre corre una estrecha extensión de tierra descuidada que cualquiera podría confundir con un pequeño basurero privado, donde todo a lo largo no hay más que escombros, restos de materiales de construcción, partes de andamios y una montaña de piezas mecánicas, provenientes de sabe Dios cuántos motores, convertidos ahora en chatarra generosamente esparcida por todas partes. Lo más parecido a una casa que hay en todo el terreno es un pequeño galpón, una especie de barraca metálica construida al final de la finca.

—Oye, Eladio... ¿Tú estás seguro de que esta es la dirección que te ha dado el tipo de la almoneda, muchacho?

—Sí, jefe. Camino de la Canicouva, número 4, en la parroquia de Beade. Es aquí, no hay duda.

—Vaya... —Incómodo, Bruno se pasa una mano por la mejilla mal afeitada—. Pues la verdad es que no parece la mansión de un rico coleccionista de antigüedades, ¿no crees?

—No, señor.

—¿Hola? —grita el inspector Rodés, asomándose al interior de la finca—. ¡Hola!

Silencio.

Viendo que nadie responde, ni desde el solar, ni tampoco desde las casas

adyacentes, Eladio se acerca al portal. Se agacha, y hace el ademán de atarse unos cordones que sus zapatos no tienen y, como sin querer, se deja caer contra el portal, desplazando la hoja.

—Parece que está abierto —comenta con aire inocente.

—Ya veo...

Los dos policías entran en la finca.

—¡Hola!

—No insista, jefe, se ve que esta gente no es de mucho saludar.

Avanzan por el solar, apartando restos de metal a su paso, hasta llegar a la barraca. Eladio lleva las manos al cristal de una de las ventanas, haciendo pantalla con ellas para mirar en el interior.

—Ahí dentro hay una luz encendida, señor.

En efecto, a través de las telas mugrientas que hacen las veces de cortinas se vislumbra el resplandor de una luz eléctrica. Alguien se ha dejado una bombilla encendida en el interior.

—Hola —insiste Bruno—, ¿hay alguien?

De nuevo, el silencio por respuesta.

—Oye, Eladio —sugiere el inspector, dándole la espalda a la puerta—, ¿por qué no te acercas aquí un momento, a ver si te has atado bien los cordones? Tal vez a esta puerta le suceda lo mismo que a la otra...

Comprendiendo la orden velada, el subinspector Eladio Penedo se arrima a la pequeña puerta de hojalata y, sin pensárselo dos veces, carga con su cuerpo contra ella.

—Pues sí —comenta—, tenía usted razón, señor. Esta también estaba abierta.

—Sí —asiente el inspector, volviendo a acercarse a la puerta—, se ve que son gente muy abierta. Tú primero.

Eladio se le queda mirando.

—Usted siempre tan generoso, jefe...

Eladio delante, Bruno un paso por detrás, los dos hombres avanzan por el interior de la chabola. Toda ella resulta ser una única pieza, sumida en un enorme caos, sin el mínimo indicio de orden ni concierto en toda la estancia. Todo haría pensar que en realidad no se trataba más que de un enorme trastero abandonado, de no ser por una cocina de camping sobre una

encimera destartalada a la izquierda, y un catre, sucio y revuelto, a la derecha. Al fondo, una puerta arrimada deja entrever la taza de un váter con la tapa levantada. El retrete, de ahí viene la luz.

—¿Hola?

Sigue sin haber respuesta.

Sin esperar ninguna orden de su superior, Eladio da un paso adelante y, con decisión, termina de abrir la puerta.

—¡Coño!

—¿Qué ocurre, Eladio?

El inspector Bruno Rodés entra en el pequeño aseo y busca en la dirección en que apuntan los ojos de Eladio Penedo.

—Oh, mierda...

Frente a ellos, el cuerpo de un hombre cuelga de una viga. No tiene las manos atadas, y bajo sus pies hay un pequeño taburete, volcado en el suelo. Su aspecto y el color de su piel dicen que lleva ya por lo menos un par de días muerto.

—Llama a los demás, Eladio, diles que vengan. Y que lo hagan echando leches...

3

Situado en el número 14 de la calle Real, el edificio de la Casa Bárcena es otra de esas joyas arquitectónicas que guarda el barrio viejo de la ciudad. Finalizada su construcción en 1863 bajo la dirección del arquitecto Manuel de Uceda, la casa de Manuel Bárcena es en realidad un pequeño palacio, una de las mejores muestras del eclecticismo clasicista gallego. De planta baja y dos pisos nobles a la calle Real, siempre me llamó la atención sobre toda la ornamentación de la fachada el conjunto formado por las pilastras con capiteles jónicos que servían de apoyo, sobre el piso superior, a una hermosa cornisa dentada. Edificio colosal, sobre todo teniendo en cuenta la época de su construcción, la Casa Bárcena era, como tantos otros en Vigo, uno de esos secretos que la ciudad mantenía ocultos a la vista de todo el mundo, y todo él constituía una hermosa demostración en piedra del inmenso poderío de la familia Bárcena. En la actualidad, olvidado casi por completo todo su esplendor, sus bajos y sótanos daban cobijo a unos cuantos locales de restauración y ocio nocturno, y poco más. De hecho, he de admitir que ni siquiera creía que se mantuviera habitado, mucho menos por ningún descendiente de sus propietarios originales.

Así, cuando llegó la tarde, las campanadas de las cinco en punto nos encontraron a Mariña y a mí ante el gran portal del edificio, dos hojas de madera pintada de verde que, sin duda, habían conocido tiempos mejores. La curiosa colección de diferentes cerraduras que presentaba la hoja de la derecha hablaba de las muchas idas y venidas que la casa había vivido. Pulsamos el llamador correspondiente al segundo piso y, al cabo de un rato y

sin que nadie hubiera preguntado nada desde el otro lado, un zumbido eléctrico nos indicó que el paso nos había sido franqueado.

Abierto el portal, pasamos a un lujoso distribuidor. Lo primero que llamó mi atención fueron tres grandes óleos colgados en la pared a nuestra izquierda. Tres cuadros que, como traídos de otro tiempo, parecían susurrarse entre sí las glorias pasadas de la casa. Enseguida me fijé en un hermoso arco de piedra que se levantaba frente a nosotros, encajado entre dos formidables columnas jónicas, donde una verja de forja cerraba el paso a un amplio zaguán, bañado por la luz natural que, sin duda, se colaba a través de alguna de las ventanas de la fachada posterior del edificio. Sorprendido por la belleza del secreto que aquel portal ocultaba a la calle, de buena gana me habría detenido un poco más en todo aquel detalle, pero no pude hacerlo. Cuando quise darme cuenta, ya Mariña subía por las escaleras que se abrían a nuestra derecha.

—Santo Dios... Fíjate en la anchura de estas escaleras —comenté al tiempo que iniciaba el ascenso, señalando con el dedo el más de metro ochenta que ocupaba cada peldaño a lo largo—. No hay duda de que estamos en una verdadera casa señorial...

Pero Mariña no estaba para muchas consideraciones arquitectónicas. Ni siquiera se detuvo al llegar al primer piso, de manera que continuamos ascendiendo hasta el descansillo del segundo, comprobando que, al igual que acontecía con el anterior, en esta altura tampoco había más que una única vivienda por planta. Nos detuvimos ante la puerta y, antes de que pudiéramos tan siquiera rozar el timbre, la gran hoja de madera se abrió ante nosotros.

—Buenas tardes.

El saludo venía de un hombre elegantemente vestido, a todas luces el mayordomo de la casa.

—La señora les aguarda —indicó, echándose a un lado e invitándonos a pasar.

Avanzamos hasta el recibidor del piso, aguardando a que el mayordomo, un hombre de trazos filipinos, maneras refinadas y tanta gomina en el pelo como para ruborizar al mismísimo Mario Conde, nos indicara el camino. De nuevo ante nosotros, lo seguimos por un pasillo elegantemente iluminado desde una serie de soberbias lámparas de cristal, allá, en lo alto de un techo

altísimo, hasta una puerta de doble hoja abierta a nuestra izquierda.

—Si son tan amables —dijo, indicándonos que pasásemos al interior de la estancia—, la señora les atenderá enseguida.

Entramos en una amplia sala, bañada con fuerza por la luz que entraba desde la calle posterior. Avanzamos hasta el centro de la estancia, el mayordomo cerró la puerta a nuestras espaldas y, viéndonos solos, echamos un vistazo alrededor para comprobar que nos encontrábamos en la biblioteca de la casa. Decorada con exquisito gusto, todo en aquel espacio eran muebles antiguos, probablemente de finales del siglo XIX, y una pequeña colección de óleos, casi todo retratos de rostros para nosotros desconocidos. En los flancos, las paredes corrían cubiertas por grandes librerías, repletas de volúmenes forrados en piel todos ellos, y nada rompía la armonía excepto el espacio central en la pared a nuestra derecha, donde otra puerta cerraba el paso a alguna estancia contigua. Mariña fue a sentarse en un rincón del tresillo que ocupaba el espacio central, también con tanta apariencia de antiguo como de incómodo, y yo avancé un poco más, hasta acercarme a la pared del fondo, en la que dos grandes puertas separadas, de madera y cristal, daban a un enorme balcón. Lo reconocí al momento. Nos encontrábamos en la parte trasera del edificio, asomados a la fachada que la casa colgaba sobre la calle Teófilo Llorente.

—No se ve nada.

—¿Cómo dices?

—Que no se ve nada —repetí, con la mirada puesta en la inmensa mole de hormigón, aluminio y cristal que ocupaba toda la manzana de enfrente, al otro lado de la calle—. Antiguamente, desde aquí...

Pero no pude rematar la frase. Antes de que pudiera continuar con mi explicación, un ruido hizo que me diera la vuelta. Aquella puerta a nuestra derecha acababa de abrirse, y ahora una mujer mayor aparecía ante nosotros. Y, por un instante, los tres nos quedamos mirándonos unos a otros. La anciana con expresión de sorpresa divertida. Nosotros, desconcertados.

—Pero... ¿Usted?

Para nuestra sorpresa, la mujer que ahora aparecía ante nosotros resultó ser la misma con la que habíamos estado conversando, apenas un par de días atrás, ante el altar mayor de la Colegiata.

—¡Vaya —exclamó divertida—, qué agradable sorpresa! Pero si resulta que son ustedes la alegre pareja del otro día...

—Pues sí —respondió Mariña, tan desconcertada como yo—, eso parece... Por favor, le ruego que me disculpe, pero debo confesar que no tenía ni idea de que se trataba de usted.

—Oh, por favor —rechazó la anciana con un gesto rápido de la mano—, no se preocupe ahora por eso.

—Supongo que debí haberla reconocido entonces...

—Insisto, le digo que no se preocupe. Es usted muy joven y atractiva, señorita. Seguro que tiene personas a quien conocer mucho más interesantes que yo. Mejorando lo presente, por supuesto —añadió, dedicándome una mirada rápida y pícaro.

—Permita que me presente. Mi nombre es Simón —respondí, tendiéndole la mano—, y sigo siendo arquitecto.

—Alicia Bárcena, para servirles. Pero por favor, no se queden ahí de pie. Siéntense, siéntense —repitió, indicándonos que la acompañáramos.

La señora Bárcena se acomodó en uno de los extremos del sofá, al lado de donde María se había sentado la primera vez, y yo hice lo propio en un sillón junto a ellas.

—Así que usted es la hermana mayor de la Cofradía del Cristo...

—Exacto, caballero. Desde hace ya más de veinte años.

—Claro —comprendí—, por eso sabía usted tanto acerca de la historia de la imagen.

—Bueno, querido —puntualizó la mujer desde una sonrisa orgullosa—. Por eso, y porque un poco de cultura nunca está de más, ¿no les parece?

—Por supuesto.

—Sí, claro que sí... Pero, bien, díganme, ¿en qué les puedo ayudar?

Mariña y yo cruzamos una mirada cómplice, y ella fue quien tomó el timón de la conversación.

—Pues verá... —titubeó, como si de pronto no estuviera demasiado segura de por dónde comenzar.

En ese momento la puerta por la que la señora Bárcena había aparecido volvió a abrirse, y esta vez fue el mismo mayordomo de antes el que ahora entraba en la biblioteca, llevando en las manos una bandeja de plata, juraría que esterlina, con un juego de dos pequeñas jarras, un azucarero, y tres tazas, juraría que todo él de la más delicada porcelana china.

—Oh —volvió a sonreír, coqueta, la anciana—, me he tomado la libertad de pedirle a Fidel que nos sirviera el té. ¿Les apetece, queridos?

—Sí, claro —aceptó Mariña.

—Tal vez usted prefiera café —me sugirió, arqueando una ceja.

—Oh, no. Un té será estupendo —respondí con entusiasmo. Yo, que siempre he aborrecido el té.

—Fantástico, pues. Pero siga, por favor, querida. Creo que estaba usted a punto de explicarme algo.

—Sí, claro. Le decía que estamos buscando información acerca de la historia de la cofradía.

—Vaya —respondió la mujer, cogiendo la finísima taza sobre el platillo que el tal Fidel acababa de servirle—. ¿Acaso nuestra humilde cofradía también está relacionada con sus estudios sobre historia del arte?

Esto último lo preguntó Alicia Bárcena lanzándole a Mariña una mirada tan rápida como afilada por encima de su taza de té.

—Bueno, en cierto modo...

—No se preocupe, señorita —respondió la mujer luego de darle un sorbo rápido a su infusión—, que de sobra sé que no es de mi incumbencia. Un

poco de curiosidad de vieja, nada más —explicó, quitándole hierro al asunto —. De manera que ustedes dirán —concluyó, posando la taza sobre la mesa de servicio, un precioso velador de estilo *art déco* que tenía a su lado del sofá —. ¿Qué es lo que quieren saber?

—¿Cuándo se fundó la cofradía?

—¿Cuándo? Bueno, déjeme que haga memoria...

La anciana echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Apretó los labios, arrugó un poco la frente y, por unos segundos, su aspecto me pareció el de una abuela que, cariñosa, pusiera en orden la trama del cuento que estuviera a punto de contar a sus nietos.

—Verán —dijo al fin—. La Hermandad se fundó en el año treinta y tres, si bien no pasaría a ser cofradía de manera oficial hasta el año 1953.

—¿De hermandad a cofradía? —pregunté—. ¿Y cuál es la diferencia?

La mujer se quedó mirándome, sancionando mi ignorancia con una sonrisa benévola.

—La diferencia, querido muchacho, estriba en que si todavía fuera hermandad, ustedes no estarían ahora aquí, hablando conmigo.

Comprendiendo algo que a mí se me seguía escapando, Mariña también esbozó una sonrisa, cómplice con la respuesta de la señora Bárcena.

—Se trataba de un acceso restringido.

—En efecto, querida. Tal como su compañera ha intuido, muchacho, cuando la hermandad se fundó, allá en el año 1933, el ingreso a ella tan solo les estaba permitido a los hombres. Pero sería gracias a la propuesta que ya en 1936 haría el prelado, el reverendísimo don Faustino Ande, que la hermandad acabaría por convertirse en cofradía. Es por eso que, desde 1953, la nuestra es la Cofradía del Santísimo Cristo de la Victoria.

—Ya veo... —comprendí—. ¿Significa eso, entonces, que la cofradía no existía con anterioridad a 1933? Bueno —corregí al momento—, o la hermandad, mejor dicho...

—No —respondió doña Alicia, dándole un nuevo sorbo a su té—. O por lo menos no como tal.

Fruncí el ceño.

—¿A qué se refiere?

—A que la Hermandad de Caballeros del Santísimo Cristo de la Victoria,

que tal era su nombre completo, nace en ese mismo año, sí. Pero aglutinando en ella a otras sociedades que ya existían con anterioridad.

Es obvio que a Mariña y a mí se nos pasó el mismo pensamiento por la cabeza. Movidos por un resorte invisible, ambos cruzamos una nueva mirada cómplice.

—¿Y no recuerda usted el nombre de esas otras sociedades?

—Sí, claro que sí, querida. Eran la del Santísimo Sacramento, la del Santo Cristo de la Victoria y la Sociedad de las Ánimas de Vigo.

Volvimos a cruzar una nueva mirada furtiva.

—¿Y ninguna más?

—No —respondió sin pensarlo—. O, vaya, desde luego no que yo sepa.

—¿La Hermandad de Caballeros del Santísimo Cristo de la Sal, tal vez?

La anciana se me quedó mirando, por completo inmóvil, con la taza suspendida sobre su platillo, el ceño fruncido y una expresión de desconcierto en la mirada.

—Pues... no. De hecho —añadió, volviendo a posar muy lentamente el té sobre el plato—, no sé, tal vez esté equivocada, pero juraría que es la primera vez que oigo ese nombre. No siendo por la similitud con el de la hermandad original, claro está...

Volvió a dejar la taza a su lado, y pasó a encogerse de hombros, con un gesto divertido en su rostro, como disculpándose porque la hubieran pillado en un detalle desconocido para ella. De pronto se echó hacia delante.

—Oigan —dijo en voz baja, arropada en un tono confidencial, como de chismorreos—, no me digan que han descubierto algún nuevo dato sobre nuestra historia... ¡y están aquí para comprobarlo!

Repentinamente entusiasmada, dio unas palmaditas rápidas ante su rostro, como si acabara de descifrar una especie de adivinanza.

—¿Es eso, verdad? Porque si es así ya les digo que a mí me encantaría saberlo. ¡Me encantaría! —enfaticó—. Por favor, no se imaginan ustedes lo que podría presumir yo con ese dato en la próxima reunión... ¡Por favor!

Mariña y yo volvimos a mirarnos de reojo. De golpe, la señora Bárcena se nos parecía más a una vieja cotilla emocionada que a un respetable cofrade.

—Pues la verdad es que no —le respondí—. Siento defraudarla, señora Bárcena, pero mucho me temo que no sea eso.

—Ah... ¿no? —preguntó, pasando de la algarabía a la decepción.

—No —tomó la palabra Mariña—. Tan solo se trataba de una duda, señora Bárcena. Un nombre con el que nos hemos encontrado de refilón revisando unos documentos antiguos...

—Oh, vaya —respondió la anciana, por un momento incluso casi desilusionada—. Pues, si es por eso, querida, entonces permítame decirle que siempre hay que tener mucho cuidado con lo que uno se encuentra en los papeles viejos. Por muy sugerente que la historia nos pueda parecer.

Supongo que llevada por el desencanto ante la emoción perdida, ahora su voz sonaba distante, casi desdeñosa.

—¿A qué se refiere?

—¿Pues a qué va a ser, querida mía? A que muchas veces los documentos viejos, como entiendo que serán esos de los que ustedes me hablan, acostumbran a ser susceptibles de múltiples interpretaciones, y pueden acabar induciéndonos a un error más veces de las que nos gustaría admitir, conduciéndonos sin remedio al mayor de los ridículos en el mejor de los casos, o al más estrepitoso engaño en el peor de ellos. Fíjense ustedes en la placa, si no.

Extrañados, volvimos a cruzar una mirada entre nosotros.

—¿Que nos fijemos en la placa? —repetí, arrugando la frente—. ¿A qué placa se refiere?

—A la que hay en el edificio de al lado, por supuesto. ¿Me va a decir usted que no la ha visto?

—¿Se refiere a la que conmemora la publicación de los *Cantares gallegos*, de Rosalía de Castro?

Satisfecha ante la pregunta de Mariña, Alicia Bárcena dejó escapar una sonrisa afilada, juraría que mordaz.

—Exacto, querida, exacto... Como cualquier hijo de vecino podrá comprobar, en el número 12, a la izquierda del portal, hay una placa en la que, con gran arrogancia, se nos explica que ahí, en ese mismo bajo, fue donde el 17 de mayo de 1863 se imprimió por primera vez el famoso poemario, obra fundacional de las letras gallegas.

—Así es —asentí—. ¿Cuál es el problema?

La sonrisa orgullosa de la señora Bárcena se amplió todavía más.

—El problema, señor arquitecto, está en que se trata de un error garrafal.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Acaso no es ese el libro? Yo siempre pensé que...

—Por supuesto que lo es —me atajó ella con incomodidad, como si le molestase mi torpeza—. El libro es el correcto, hombre. Es el lugar lo que está equivocado.

—¿A qué se refiere?

Clavó su mirada en Mariña.

—A que en realidad la placa debería estar bastante más abajo, querida mía. En esta misma calle, sí, pero en el número 21. Un lugar, por cierto, hoy bien poco literario...

—Increíble... ¿Y está usted segura de eso?

—Por supuesto, jovencito —respondió arrogante, como si mi duda le ofendiera—. Pero aquí lo que importa no es si yo estoy segura o no. No importa si yo sé mucho o poco de la historia de mi calle. Ni si conozco una ordenanza municipal del año 1860, que vino a regular las viejas numeraciones que hasta entonces se empleaban en la ciudad de manera casi aleatoria. Tampoco importa si estoy al tanto de que la casa que hasta ese momento llevaba el número 12 pasó a llevar el 21, el mismo número que, por cierto, conserva hasta hoy. No... Aquí, ahora, lo único que en realidad importa es lo que intento que comprendan: que si esa placa está donde está es porque en algún momento en el tiempo alguien dio con algún documento antiguo, con algún viejo papel que, por desgracia, no supo interpretar correctamente, de manera que ahí sigue aún hoy ese pedazo de piedra grabada, otro de los muchos monumentos a las cosas mal hechas que esta ciudad luce con orgullo, ¿no les parece?

Abrumados por la explicación recibida, ninguno de los dos supo muy bien qué decir.

—Sí —respondí yo, sin demasiada convicción—. Supongo que sí...

—Pues de eso es de lo que intento advertirlos. No sé de dónde habrán sacado ustedes ese nombre, ni tampoco qué están buscando realmente. Pero les recomiendo que tengan cuidado: por las preguntas que hacen, es muy probable que también se trate de un error de interpretación...

—Y no se imagina cuánto se lo agradecemos nosotros. Pero dígame una

cosa —intervine, intentando recuperar el hilo de nuestra conversación—, ¿sabe usted si alguna de aquellas sociedades originales existía ya antes de la llegada de los franceses?

—¿De Napoleón? —concretó la señora Bárcena—. Pues...

Pero no respondió al momento. Volvió a torcer el labio, intentando localizar la respuesta a mi pregunta en su memoria.

—Pues le confieso que no, caballero —dijo al fin—. Debo admitir que ignoro ese dato. Pero, de haber existido, estoy segura de que habrían sido los primeros en luchar con uñas y dientes contra esos perros.

Sonreí.

—Olvidaba su devoción por el progreso francés...

—Por favor, muchacho —rechazó con un ademán rápido—, no me haga reír... ¿Insiste usted en eso? Como ya le expliqué el otro día en el templo, el progreso es una falacia, uno de los mayores engaños del demonio. ¡Y de la mano de Satanás nunca podrá venir nada bueno!

—Vaya, veo que lo tiene usted muy claro...

—¿Y cómo, si no? Mire —indicó, señalando a su derecha, hacia el exterior—, ¿ve usted esas ventanas? Durante muchos años, más de cien, desde aquí se veía el mar. El de esta casa era uno de los más espectaculares balcones que en la ciudad se abría a la ría. Pero ahora... Dígame, joven, ¿qué es lo que ve usted ahora?

En ese particular llevaba razón doña Alicia. De hecho, eso era lo que estaba a punto de explicarle a Mariña cuando la señora Bárcena entró en la biblioteca. Bastaba contemplar cualquier postal de la época, cualquier foto de la ciudad anterior a los años setenta del siglo pasado, para comprobar que los ventanales de la Casa Bárcena, y muy especialmente su galería, constituían uno de los miradores más amplios y privilegiados sobre la bahía de Vigo. Pero, tal como la mujer advertía, en algún momento el progreso acabó por llegar a esas postales, y alguien pensó que levantar aquellos edificios, verdaderas moles de hormigón y aluminio entre la calle Teófilo Llorente y la avenida de Beiramar, sería una buena idea. O un buen negocio. Y así fue como los miradores de la Casa Bárcena quedaron ciegos, enterrados en el olvido de la ciudad vieja.

—La caída de los valores, la pérdida de la fe. No, señor Varela, ese

progreso del que me habla no ha traído más que atraso. Y no me diga usted otra cosa.

La voz de doña Alicia se había tornado dura, severa, por lo que comprendimos que por ahí era mejor no seguir.

—Escuche, tal vez le parezca raro esto que le voy a decir, pero...

Volví a pensarlo por un instante, el tiempo justo para ver cómo Mariña echaba la frente hacia delante, negando discretamente en el aire. Advirtiéndome de que ni se me ocurriera.

—¿Alguna vez ha oído usted algo acerca de una especie de sociedad secreta vinculada al Cristo de la Victoria?

El movimiento de la taza de porcelana china volvió a congelarse en las manos de la señora Bárcena al tiempo que Mariña cerraba los ojos en señal de fastidio, con toda seguridad maldiciendo en silencio lo temerario de mi pregunta. O puede que incluso mi estupidez. Doña Alicia me observaba con el ceño fruncido.

—¿Una... sociedad secreta, dice?

—Sí.

Arqueó las cejas y, lentamente, pasó a mirar al suelo, pensativa.

—Caramba, muchacho, he de confesar que esto se pone interesante por momentos... —respondió dando un sorbo rápido a su té—. ¿Podría concretar un poco más?

—Pues...

—No —intervino Mariña—, no mucho más. En realidad creemos que se trataría de una especie de grupo de trabajadores, quizás algo semejante a un gremio, organizado alrededor de un hombre, Velasco Espinosa.

—¿A qué clase de trabajadores se refieren ustedes, queridos míos?

—Bueno —intervine—, en realidad cierto tipo de marineros, la mayoría de ellos...

Volvió a quedarse mirándome.

—¿Cierta tipo? ¿A qué cierto tipo se refiere usted, joven?

—Al tipo de marineros que se meten en líos, señora.

La anciana sonrió.

—Pero, hombre, ¿acaso existe algún otro tipo de marinero?

—Tiene usted razón. En concreto, nosotros nos referimos a algún que otro

asunto turbio en la época de la ocupación napoleónica. Puede que incluso antes.

—Una época ya de por sí turbia, ¿no les parece? Pero no —dijo al fin—, respondiendo a su pregunta lo cierto es que no, no tengo constancia de nada ni nadie que guarde relación con este asunto que a ustedes les interesa. Y créanme que ya me gustaría, una historia de sociedades secretas, nada menos... —Volvió a sonreír—. Pero no. Como ya les he explicado, la de nuestra cofradía es una historia que comienza en el año 1933, nunca antes. El único secreto que encontrarán en ella es lo relativo a la edad de nuestra querida hermana tesorera. Y, por descontado —añadió tras una breve pausa—, nada turbio, faltaría más.

—No pretendía insinuar tal cosa, señora Bárcena, y le ruego que me disculpe si en algún momento...

—Oh, no se preocupe, hijo, que de sobra sé que no era su intención. Pero lo que sí le puedo garantizar es que entre nosotros no hay más delito ni misterio que los pequeños favores que entre cofrades podamos hacernos, como buenos cristianos que somos.

—¿A qué se refiere?

La vieja le dedicó una sonrisa permisiva a Mariña.

—Me refiero, querida mía, a que en la actualidad somos más de mil cofrades, y, por qué no decirlo, muchos de nosotros bien situados en la vida y administración de la ciudad. Tenemos hermanos trabajando en el ayuntamiento, en la universidad, varios en la Xunta... Constructores, notarios, registradores, directores de banca. Incluso uno, el hermano Alonso, trabaja en la oficina de Tráfico. ¿Se imagina usted lo cómodo que puede llegar a ser tener un amigo dentro a la hora de tener que solicitar una renovación del carnet de conducir? —Volvió a sonreír, esta vez con gesto travieso y divertido—. Es que a ciertas edades algunas colas se hacen demasiado pesadas...

Mariña también dejó correr una sonrisa discreta.

—Comprendo.

—Pues eso es lo que hay. Pero nada más. Lo lamento si no les sirvo de mucha ayuda, pero esa es la verdad.

Los tres nos quedamos en silencio por unos instantes. La vieja con una

sonrisa amable en la cara, Mariña apurando su té, que por aquellas alturas debía de ser ya un carámbano, y yo dándole vueltas a algo por lo que doña Alicia acababa de pasar de puntillas.

—Dice usted que entre los miembros también hay cofrades que trabajan en el ayuntamiento, ¿verdad?

—Sí, claro. Unos cuantos...

—¿Y el alcalde?

La señora Bárcena torció el gesto.

—¿Qué ocurre con... él?

—¿Era uno de ellos? Quiero decir, ¿era el señor Escudeiro miembro de la cofradía?

Alicia Bárcena apartó la mirada. Se quedó contemplando los ventanales y, esta vez sí, pareció incómoda. Diría que incluso molesta ante mi pregunta.

—Por supuesto que no —respondió al fin.

Me llamó la atención la rotundidad de su respuesta.

—¿*Por supuesto*?

—Sí, eso he dicho, por supuesto —repitió, dura y severa.

—Vaya... ¿Y le puedo preguntar el porqué de tanta rotundidad?

—Bueno, yo diría que ya lo ha hecho usted, ¿no le parece?

De pronto, todo rastro de amabilidad había desaparecido en la expresión de la anciana.

—Sí, supongo que sí... Lo que quería decir es si usted me lo podría aclarar.

—*Por supuesto* —repitió, pronunciando con dureza cada sílaba— que el señor Escudeiro no se contaba entre nuestros hermanos, señor Varela, porque para ser miembro de esta cofradía uno ha de ser, ante todo, persona de probada dignidad.

—¿Insinúa usted que el señor Escudeiro no lo era?

La mujer volvió a clavarme su mirada. Y, mientras ella apretaba la mandíbula, yo pude ver cómo sus ojos se encendían de rabia.

—Insinúo que es hora de que salgan de mi casa.

5

—¿Gonzalo? Sí, hola, Gonzalo. Soy Tristán. Oye, perdona que te moleste, pero, verás, creo que deberíamos hablar.

—...

—Oh, no, por favor, no. No te preocupes por eso. No, es verdad, puede que al final tuvieras tú razón, y sí, bueno, quizá las cosas no fueran como yo las interpreté al principio.

—...

—Sí, claro, claro. Tienes razón, hijo, me obcequé. Pero, ya sabes lo que dicen... Soy un viejo, testarudo, sí. ¿Qué quieres que te diga? Me obcequé, Gonzalo, me obcequé con ese asunto de la Reconquista... Y no, reconozco que no te hice caso. Pero supongo que rectificar sigue siendo de sabios, ¿no? ¿No es eso lo que dicen? Sí, hijo, sí. Perdona, hombre, tú tenías razón.

—...

—Sí, sí, claro que sí... Pero, bueno, mira, que yo te llamaba por otro asunto. Resulta que a vueltas con los papeles he encontrado otra cosa que...

—...

—Sí, con los mismos, sí, pero no te preocupes que no van por ahí los tiros. No, no. No tiene nada que ver con los franceses.

—...

—No, ni con la Reconquista, no. Bueno, mira, el caso es que creo que te podría interesar porque, sí, creo que tiene que ver un poco más con tu campo, por así decirlo. A mí desde luego se me escapa, y he pensado que, no sé, tal vez a ti te podría interesar... Bueno, vamos, que por lo menos me gustaría

consultarlo contigo. ¡Si no es molestia, claro!

—...

—¿Que de qué se trata? Bueno, mira, eso preferiría comentártelo en persona. Sí, podría ser algo grande, sí...

—...

—Claro, hijo, ya me hago cargo, ya... Pero, oye, no te preocupes, que tampoco te voy a robar mucho tiempo. Yo...

—...

—¡No, no, qué va! Unos minutos, nada más... Ya te digo, para consultarte un par de cosas... Algo que no acabo de entender, sí. ¿Qué me dices, cuándo te va bien?

—...

—¿Para la semana? Bueno, vaya... Lo cierto es que yo había pensado en algo un poco más cercano...

—...

—Oye, ya lo sé, ya sé que estás muy liado. Pero ¿y no podría ser hoy? Aunque sea fuera de la oficina, a mí no me importa. Créeme, hijo, se trata de algo importante.

—...

—¿Esta noche? Estupendo. Créeme, no te decepcionaré... No, eso te lo aseguro.

—Simón, por el amor de Dios...

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¡Que tengas más cuidado, hombre!

Resuelto el encuentro con la señora Bárcena, volvíamos a estar de nuevo en la calle, inmóviles ante el portal del número 14. Sin disimular su malestar por mis preguntas acerca del alcalde, doña Alicia se había despedido de nosotros en la biblioteca, y fue su mayordomo quien nos acompañó hasta la puerta principal, cerrándola a nuestras espaldas sin demasiados miramientos tan pronto como hubimos puesto un pie en el descansillo. Mariña echó a andar escaleras abajo, de nuevo instalada en ese humor extraño. Ese mal humor... Maldita sea, ¿qué demonios le ocurría? No dejaba de preguntármelo y, cuanto más lo hacía, más sentía que era yo lo que le ocurría. Era yo, mi presencia, lo que tanto la incomodaba.

—Oye, ¿se puede saber qué leches te ocurre?

—¿Qué quieres decir?

—Que no sé qué puñetas es lo que hago tan mal para que deba tener tanto más cuidado.

—¿Ah, no?

—¡Pues no! Tal vez si me lo aclararas igual nos enterábamos un poco más... o algo. Y si ya puestos también te dignaras decirme qué rayos es lo que te pasa, pues entonces ya ni te cuento.

Mariña se quedó observándome, la boca entreabierta y los ojos entornados. De sobra sabía a qué me refería, pero ella prefirió no escucharme.

Apartó la mirada, y solo respondió a una de mis preguntas. A la que menos me importaba.

—¿Alguna vez ha oído usted algo acerca de una especie de sociedad secreta? —Con rabia, Mariña repetía la pregunta que yo le había hecho a doña Alicia—. Por favor, Simón... ¿Pero tú te estabas oyendo? ¿Qué pretendías, que nos tomase por un par de chiflados conspiranoicos?

Abrí los brazos frente a ella.

—¿Era eso? ¿Todo este rebote es por eso? ¡Bueno, oye! ¿Y qué se supone que debía hacer? Dime, ¿a qué coño hemos venido aquí si no era para averiguar este tipo de cosas?

—¡Pero no de esa manera, joder!

—¿Y de cuál, eh? A ver, dímelo, tú que lo sabes todo, ¿de cuál?

Pero tampoco esta vez me respondió. Prefirió quedarse en silencio, con los brazos en jarras y la mirada perdida en una de las esquinas que había un poco más abajo, en el encuentro de la calle Real con uno de los callejones que bajan a la calle Teófilo Llorente. Al no decir nada, también yo asomé la mirada en la misma dirección que ella. Pero no vi nada. Tan solo una silueta que se perdía por detrás del bar Amordiscos.

—No lo sé —respondió por fin—. No sé qué demonios es lo que veníamos a buscar. Pero desde luego una cosa está clara, Simón. Fuera lo que fuera, la vieja esta no nos lo ha dado.

Me sorprendió oírla hablar así, no solo porque hubiera dejado de atacarme a mí, sino por la manera, tan dura, en que ahora se refería a la señora Bárcena.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me la creo. Ni su historia, ni a ella.

Esta vez fui yo el que arrugó la frente.

—¿A qué te refieres?

—A que no me lo trago, Simón. No me trago el rollo ese que nos ha soltado, ahí sentada, con su puñetero té con pastitas, en plan Miss Marple. Ni eso, ni su rollito de abuelita divertida con los misterios de folletín... «¡No me digan que han descubierto ustedes algo!» —dijo, imitando la voz de la anciana—. «¡Cómo iba a presumir yo en nuestra próxima reunión!» Venga ya, Simón...

—¿Crees que no nos ha dicho la verdad?

—Y no solo eso: creo que al margen de que sepa o no sepa la verdad, la muy zorra no nos la habría dicho. Esa mujer no estaba dispuesta a compartir nada con nosotros. Mucha sonrisita y mucha historia, pero ahí arriba los únicos que han dado información hemos sido nosotros. Y tú el que más, perdona que te lo diga.

—Pero si nos ha contado la historia de la cofradía...

—No —respondió con rotundidad—. Esa bruja no nos ha contado nada que no pudiéramos averiguar consultando la página web de la cofradía.

—¿El Cristo de la Victoria tiene página web? —pregunté sorprendido.

—Él no lo sé, pero su cofradía desde luego que sí. La estuve consultando esta mañana, mientras tú estabas fuera. Por eso sé que esta tiparraca no ha hecho otra cosa más que marearnos la perdiz...

Mariña chasqueó la lengua al tiempo que volvía a apartar la mirada, de nuevo perdiéndola calle abajo.

—No —dijo resoplando—, por aquí no sacaremos nada en limpio...

—¿Y qué propones?

Mariña volvió a clavar su mirada en mí, y así permaneció por unos segundos. Como si estuviera considerando la oportunidad de algo. Algo que todavía no se atrevía a poner en palabras.

—Dame un segundo —dijo por fin.

Sacó del bolsillo su teléfono móvil y se apartó unos cuantos metros calle arriba, lo justo para que yo no pudiera escuchar su conversación. Desde donde yo estaba, todavía de espaldas al portal de la Casa Bárcena, tan solo alcanzaba a verla hablando con alguien al otro lado de la línea. Al principio pareció incómoda, tal vez incluso nerviosa. Pero de pronto comenzó a sonreír. Y yo no me lo podía creer...

Maldita sea, no hacía ni cinco minutos que toda ella era frialdad y distancia conmigo, y ahora de repente no paraba de sonreír. Incluso cuando no hablaba. Sonreía mientras le daba pataditas a algo en el suelo. No es que yo sea un tipo suspicaz, tampoco celoso, precisamente, pero... Maldita sea, ¿con quién demonios hablaba, que la hacía sonreír tanto? Incómodo, decidí apartar los ojos en otra dirección, y volví a quedarme mirando calle abajo, de nuevo en la misma dirección que antes. Y entonces algo me llamó la

atención... Vaya, o mucho me equivocaba, o juraría que acababa de volver a ver la misma silueta de antes, de nuevo perdiéndose por la esquina del Amordiscos abajo. Me extrañó tanto que a punto estaba de dirigirme hacia ella cuando sentí que alguien me agarraba por el brazo.

—Venga, nos vamos —dijo Mariña, de nuevo a mi lado.

—¿Con quién hablabas?

—Con un viejo conocido. Alguien que creo que nos puede venir muy bien.

—¿A los dos?

Extrañada, Mariña se quedó mirándome.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —respondí incómodo—, cosas mías... ¿Y adónde vamos, si se puede saber?

—A Castrelos.

—¿Al parque? ¿Ahora?

—No. Al museo.

Y echó a andar calle arriba.

Yo la seguí casi al momento, nada más tardé lo justo para echar una nueva mirada a nuestras espaldas. Y sí, allí estaba. La misma silueta, agazapada en la esquina del Amordiscos.

Por un momento pensé que también discutiríamos por esto. Mariña siempre decía que la guinda que le faltaba al tráfico de esta ciudad para ser absolutamente caótico era la que yo le ponía con mi torpeza al volante. No sé si lo decía muy en serio o no, pero lo decía. Por eso di por sentado que, como casi siempre, utilizaríamos el transporte público para ir a Castrelos. El mismo transporte público que a mí tan poco me gusta, aunque en realidad nada más sea por mi incapacidad para acertar con la línea correcta... Pero no. Por alguna razón que no comprendí, pero que tampoco quise preguntar, esta vez Mariña accedió a llevar su coche, un pequeño Golf blanco, de aquellos descapotables antiguos que tanto *glamour* le habían dado a los años ochenta, pero que, sinceramente, ahora amenazaba con desguazarse él solito en cada curva.

De manera que allí estábamos, subiendo la pequeña calle que desde la avenida de Castrelos dividía el parque en dos mitades. La del auditorio a nuestra izquierda, la del estanque a la derecha. Continuamos ascendiendo hasta la pequeña plaza que corona el parque, ya frente a la entrada al pazo de Quiñones de León, y, por fin arriba, Mariña siguió conduciendo un poco más, hasta dejar el coche en el aparcamiento que hay al otro lado de la rotonda. Hicimos a pie los pocos metros que nos separaban del acceso principal y, ya frente al portal, me detuve un instante para contemplar las elegantes torres que flanqueaban el sobrio edificio principal del pequeño palacio.

—¿Sabes? Creo que nunca hemos sabido valorar bien este lugar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me atrevería a decir que en realidad nunca le hemos hecho demasiado caso. Se trata del museo de la ciudad, y, sin embargo, nunca he oído a nadie hablar de ninguna de sus exposiciones...

—Tienes razón. De hecho, estoy segura de que durante mucho tiempo la gente pensaba que se trataba de alguna especie de caserón medio abandonado, con telarañas en los cuadros y murciélagos en las torres, cuando lo cierto es que se trata de un museo muy moderno, especialmente desde la última reforma, y con un excelente catálogo artístico.

—¿Ah, sí?

—Desde luego. Para que te hagas una idea, de un pintor como Jean-Honoré Fragonard, uno de los autores más importantes del rococó francés, tan solo hay en España cuatro obras. Dos están en el Thyssen de Madrid, y otra en Barcelona, en el Museo Nacional de Arte de Cataluña. ¿Adivinas dónde se encuentra la cuarta?

—Aquí.

Mariña sonrió. Bueno, algo era algo...

—Así es. *Niobe*, se titula el cuadro. Y tampoco hay que irse tan lejos en cuanto a autores, porque si se trata de arte gallego contemporáneo, la colección del museo quizá no sea la más grande, pero desde luego sí la que contiene las mejores obras de cada autor. Y eso por no citar la sección de arqueología, imprescindible para conocer los orígenes de la comarca...

—Ya veo... Supongo que, en el fondo, ocurre lo de siempre, que como el museo lleva ahí toda la vida, ya vendremos mañana, o pasado, o el mes que viene. Y, claro, al final no entramos nunca.

Mariña se me quedó mirando. Y sonrió.

—Pues nosotros vamos a entrar hoy —sentenció—. Venga.

Para mi sorpresa, Mariña no se dirigió hacia el acceso principal. De hecho, ni siquiera llegó a traspasar el portal. Lo dejó a un lado y, bordeando el muro que cerraba los jardines del pazo, avanzó hacia la izquierda del complejo, perdiéndose por un estrecho sendero en el que yo no había reparado antes.

Empedrado, el camino avanzaba casi oculto por la vegetación hasta un recio portal de piedra sin ningún tipo de distintivo en él. Con la seguridad de quien ya ha hecho ese mismo movimiento cientos de veces, Mariña traspasó

el umbral, y yo fui tras ella. Al momento comprendí que nos encontrábamos en los terrenos del pazo, pero en una parte en la que hasta entonces yo no había estado jamás. Se trataba de un pequeño patio lateral, estrecho y alargado, con el suelo enlosado en granito. A nuestra derecha corría la vieja nave de las antiguas caballerizas, la misma que en la actualidad albergaba la colección de arqueología a la que antes se había referido Mariña. El lateral izquierdo estaba por completo ocupado por una construcción moderna de planta baja y tejados a dos aguas, coronados por grandes estructuras de vidrio y aluminio que hacían las veces de tragaluces. Sin detenerse ni un instante, Mariña continuó avanzando hasta entrar en el edificio. Lo hizo por una puerta de cristal abierta en el otro extremo, al fondo del patio. Cuando la alcancé, se estaba presentando ante un guardia de seguridad, sentado tras un mostrador en el espacio que hacía las veces de recepción.

—Soy Mariña Dafonte. El señor Maceo me espera.

El vigilante se limitó a descolgar el teléfono a su lado y transmitir el aviso de Mariña a alguien a través de la línea interna.

—¿Maceo? —pregunté yo—. ¿El mismo Gonzalo Maceo del que hablabais el otro día?

—De acuerdo —respondió el guardia antes de que Mariña me aclarase nada—, el señor Maceo la recibirá ahora mismo. ¿El caballero viene con usted?

—Sí, viene conmigo.

Menos mal que respondió ella. De haber tenido que hacerlo yo, tal vez no habría sabido qué decir...

Apenas tardó unos segundos en aparecer, pero, cuando lo hizo, yo lo reconocí al momento. En efecto, se trataba del mismo porte elegante, aquel aire distinguido. No había duda, era el tipo que habíamos visto el domingo anterior, discutiendo con Tristán Taboada en la Puerta del Sol. Apenas unos minutos antes de que alguien le pegara un tiro al alcalde. Y ahora estaba allí, luciendo la mejor de sus sonrisas ante nosotros.

—¡Mariña! —exclamó—. Qué placer verte, de verdad...

—Lo mismo digo, Gonzalo.

—Sí... —reiteró, aún sin dejar de sonreír—. No te imaginas cómo me he alegrado de recibir tu llamada.

—Bueno —respondió ella, soltándose del apretón de manos con el que el tal Gonzalo la mantenía sujeta—, supongo que, no siendo Tristán, nadie mejor que tú para ayudarnos a resolver una serie de cuestiones que nos tienen un poco desconcertados.

—Oh, sí —respondió, recuperando la pose de tipo elegante y seguro de sí mismo que por un instante había estado a punto de perder—, claro que sí. Ya sabes que me tienes a tu total disposición para cualquier cosa en que te pueda ser útil. Oh, y usted... —dijo dirigiéndose a mí, fingiendo no haber caído en mi presencia hasta ese mismo momento—. Disculpe, pero me temo que no hemos sido presentados. Usted es...

—Simón —respondí, tendiéndole la mano—, Simón Varela.

—Oh —sonrió, al tiempo que me estrechaba la mano—, así que don Simón, ¿eh?

Maldita sea, otra vez ese retintín.

—Así es —respondí aburrido—, igualito que el vino.

El tipo frunció el ceño.

—Disculpe, pero creo que no...

—No le hagas caso —intervino Mariña, quitándole hierro al desencuentro—. Es mi pareja.

—Oh, vaya.

—Y además de ser un experto en vinos —añadió en tono reprobatorio—, también es arquitecto.

—Arquitecto, ¿eh? —repitió el tipo, dedicándome una nueva mirada inquisitiva, ya sin ningún atisbo de sonrisa—. Muy interesante... Pues mucho gusto, señor Varela. En fin, ¿qué os parece si pasamos a mi despacho? Así podremos sentarnos, y me hablas con más calma de eso que me has dicho por teléfono. Reconozco —dijo recuperando su sonrisa de hombre encantador— que, además de alegría, el motivo de tu llamada me ha producido la mayor de las curiosidades, querida...

Gonzalo Maceo, el director del Museo de Castrelos, abría la marcha guiando a Mariña a través de un pequeño laberinto de oficinas y pasillos mientras un par de pasos más atrás yo cerraba la procesión, intentando no perderme en las entrañas del edificio administrativo anexo al pazo.

Continuamos avanzando sin detenernos hasta llegar a una nueva estancia, una pieza de vastas dimensiones, dividida en dos zonas bien diferenciadas. La de la izquierda la ocupaba una amplia mesa de despacho, con un confortable sillón de oficina al fondo, y un par de sillas para las visitas al frente, mientras que la zona de la derecha recordaba a una especie de sala de juntas, con una larga mesa de madera, atestada de todo tipo de papeles, documentos, carpetas y libros, componiendo un desorden que daba la impresión de un espacio vivo, activo, cargado de trabajo. El mismo caos se prolongaba por una estantería baja que corría paralela a toda la pared a nuestra derecha, con los estantes también abarrotados por el mismo desorden.

—Poneos cómodos —nos indicó—, mi despacho es vuestra casa.

Nos hizo un gesto para que tomáramos asiento en la mesa de juntas, y él fue a sentarse a la cabecera. Una enorme foto en la pared a sus espaldas llamó mi atención. Se trataba de una imagen de grandes dimensiones del Teatro

García Barbón, tomada desde la calle Policarpo Sanz, probablemente muy poco tiempo después de su inauguración, alrededor del año 1930. Gonzalo Maceo se acomodó en su asiento y, cruzando sus piernas una sobre otra, nos invitó a hablar.

—Bien —dijo, entrelazando los dedos de las manos sobre la mesa—, pues vosotros diréis.

—¿Te has enterado de lo del alcalde? —preguntó Mariña—. Me refiero al arma que emplearon para matarlo.

—Oh, te refieres al asunto del mosquetón, ¿verdad? Una historia terrible, sin duda... Me quedé helado cuando me lo contaron.

—Sí, yo también —le respondió Mariña—. Es extraño, ¿verdad? Quiero decir, ¿quién puede hacerse con uno de esos mosquetones y dispararlo sin más?

—Un profano en la materia, no, desde luego —contestó el director—. Para que te hagas una idea, ya solo el proceso de cargarlo supone una maniobra en la que se han de realizar hasta veinte movimientos consecutivos. Entre ellos, sacar la pólvora del cartucho, verter una parte en la cazoleta y otra en el fondo del cañón, empujándola con una baqueta, meter la bala dentro del cañón, volver a empujar con la baqueta, apretando el proyectil contra la pólvora, amartillar el percutor, disparar y, con suerte, acertar.

—¿Con suerte, dices?

—Bueno, en este caso puede que no sea la expresión más acertada, os ruego que me disculpéis. Lo que quiero decir es que, al contrario de lo que se piensa, lo cierto es que en su momento el mosquetón era un arma muy poco fiable. En teoría podían disparar un proyectil a unos novecientos metros de distancia. Pero lo cierto es que más allá de los cien metros su efectividad se reducía bastante. E incluso a esa distancia las posibilidades de acertar en el blanco eran bastante escasas. Quienquiera que lo haya hecho tenía que llevarlo preparado, y haber disparado desde bastante cerca, ya que, de haber errado el tiro, no habría tenido una segunda oportunidad...

—Le veo muy informado.

—Bueno, las armas también son parte de la historia.

—¿Tienen ustedes alguna pieza semejante aquí, en el museo?

Se me quedó mirando.

—¿Nosotros? No, me temo que no...

—Vaya, yo pensaba que sí. De hecho, juraría haber visto alguna foto en la que...

—No —me atajó el director—. Sé que hace unos cuantos años hubo una exposición temporal dedicada a la Reconquista y toda su parafernalia. Pero no era nuestra, del museo, sino del ayuntamiento. Fue algo puntual.

Volvió a quedarse en silencio, observándonos.

—¿Era ese el motivo de vuestra visita?

—No, no —respondió Mariña.

—Bien —sonrió displicente—. ¿Pues de qué se trata, entonces?

Ella se le quedó mirando, con la frente ligeramente echada hacia delante y media sonrisa dibujada en su rostro. La verdad es que me pareció una expresión extraña, desconcertante. Como todo en ella de un tiempo a esta parte.

—Gonzalo —dijo—, ¿tú estás al tanto de la existencia de una antigua sociedad secreta en la ciudad?

Lo admito, no pude evitar que mis ojos se abriesen como platos.

Después de todo lo que me había soltado, ¿ahora era ella quien repetía la misma pregunta? Frente a mi sorpresa, el director del museo se limitó a ladear ligeramente la cabeza.

—¿Una sociedad secreta, dices? —Pareció pensárselo un instante, si bien en su expresión no hubo el más mínimo indicio de alarma o sorpresa—. Bueno, lo cierto es que esta es una ciudad que siempre ha sabido dar pábulo a todo tipo de rumores y secretos... No en vano, aquí se alojó unas cuantas veces la mismísima Mata Hari, ¿no es verdad? —Esbozó una sonrisa complaciente, como para sí mismo—. Sí, algo he oído a ese respecto. Como en todas las ciudades pujantes que se asomaron con ansia y fuerza al siglo XX, Vigo también tuvo su propio caldo de sociedades más o menos secretas. Si es la moda de los masones lo que os atrae, os diré que en Vigo también los hubo, sí, desde la segunda mitad del XIX, aunque no creo que sea por ellos por quienes preguntáis, ya que, para empezar, lo cierto es que tenían muy poco de secreto. El almirante Méndez Núñez, sin ir más lejos, fue un conocido masón, y...

—No, Gonzalo —le interrumpió Mariña—, no son los masones lo que nos

interesa. Buscamos otro tipo de agrupación. Algo —matizó— de corte más religioso...

—¿Una hermandad?

—Sí, algo así.

El director se reclinó en su asiento, cruzó las manos tras la cabeza, y con la mirada perdida en el techo de la sala se concentró en un gesto ausente, como si estuviera a la caza de algún dato perdido en su memoria.

—Algo hay por ahí, sí... Pero ya os adelanto que a este respecto casi nada de lo que os pueda decir pasa de la categoría de rumor. ¿Cuál es la que os interesa en particular?

—La Hermandad de Caballeros del Cristo de la Sal.

Se nos quedó mirando.

—¿Esa en concreto? Curioso...

—¿Qué es lo que te parece tan curioso, Gonzalo?

—Que no sois los primeros que me preguntáis por ella en las últimas semanas.

—¿Quién más lo ha hecho?

—Tristán.

Mariña y yo cruzamos una nueva mirada rápida.

—Y sí —respondió, ajeno a nuestros gestos—, algo he oído sobre ella.

Por lo visto, y según Mariña me explicaría más tarde, además de licenciado en Historia del Arte, Gonzalo Maceo también era doctor en Historia, y toda una autoridad en lo que a historia local se refería. De manera que, tal como él mismo nos explicó, sí que estaba al tanto de la existencia de nuestra hermandad, aunque nada más fuera de pasada, y advirtiéndonos una vez más que la historia en su totalidad no debía ser tomada en serio, ya que, en general, lo que se sabía acerca de ella no era mucho más que, como siempre acontecía en estos casos, una serie de rumores.

—Al parecer, los orígenes de la Hermandad del Cristo de la Sal no estaban en absoluto claros, pero por lo poco que se sabía era más que probable que estuvieran relacionados con la concesión de patentes de corso en el Vigo de mediados del XVIII.

—Luego era cierto —le interrumpí—, sí existieron piratas vigueses...

—Por supuesto que sí —me respondió—. Tanto como que fue uno de los

negocios más lucrativos para la historia de la ciudad, por más que hoy apenas queramos recordarlo.

—Ya veo... ¿Y podría usted decirnos si esta gente se mostraba afín a algún tipo de ideales en concreto?

Gonzalo Maceo frunció el ceño.

—¿A qué se refiere usted, señor Varela?

—Bueno, por lo que tenemos entendido no parece que fuese gente demasiado dispuesta a abrazar con entusiasmo el ideario liberal...

—Ah —sonrió—, se refiere usted a los tópicos aquellos del demonio napoleónico, los enemigos del santísimo gobierno, y todo eso, ¿no es así?

Las palabras de Gonzalo Maceo trajeron a mi mente el recuerdo fresco de las de la señora Alicia Bárcena.

—Sí, supongo que sí.

—Pues sí, es cierto —asintió el director—, diría que algo de eso había, aunque como en cualquier otra agrupación vinculada con la religión, en realidad. En lo tocante a los miembros de la Hermandad del Cristo de la Sal, todo apunta a que sus convicciones no tenían raíces en ningún tipo de ideario político. Por lo que yo sé, me aventuraría a decir que sus motivos eran bastante más prosaicos.

—Como por ejemplo...

De pronto nuevamente arrogante, Gonzalo Maceo volvió a dedicarme una sonrisa cargada de suficiencia.

—Las patentes de corso siempre las concedía la corona, ya fuera Felipe V en un principio, o cualquiera de los monarcas que lo siguieron después. Una especie de institucionalización de la piratería, aunque nada más fuera con una única finalidad: satisfacer los intereses personales del rey. Así pues, y como comprenderá usted, a esta gente lo único que le importaba era el dinero y, por extensión, seguir estando de parte de quien le favoreciera el negocio, ya fuera la corona, el absolutismo o el sursuncorda.

—O sea, que, al fin y al cabo, es de piratas de lo que estamos hablando...

—Bueno, supongo que es la manera más simplista de verlo —me concedió—, pero sí, supongo que podríamos decir que sí.

—¿Y sabes si Buenaventura Marcó del Pont era uno de ellos?

—No. O por lo menos no como tu novio lo describiría. El señor Marcó

del Pont era uno de los más respetados empresarios en el Vigo del siglo XVIII y parte del XIX. Nacido en Calella, cerca de Barcelona, en 1738, Marcó fue uno de los primeros empresarios catalanes que llegaron a Galicia, a quienes se les debe en buena medida el inicio de la industrialización del país. Se sabe que mantenía correspondencia con la corte, que gozaba del favor de Carlos IV y que estaba incluso bien relacionado con Godoy. Además, poseía una flota de buques, que empleaba para mantener un intenso comercio con América. Y sí, todo hace suponer que tenía una parte de su flota armada en corso... Pero de ahí a llamarle pirata hay un buen trecho. No —concluyó—, definitivamente no se puede decir que Marcó del Pont fuera un pirata.

—¿Y qué me dice de Velasco Espinosa?

Visiblemente sorprendido, Gonzalo Maceo se quedó mirándome.

—¿Velasco Espinosa, dice usted?

Volvió a reclinarse lentamente en el respaldo de su silla, de nuevo pensativo.

—Velasco Espinosa... —repitió—. Un tipo muy interesante.

—¿Por qué? —preguntó Mariña.

—Porque el de Espinosa es uno de esos nombres que aparecen intermitentemente.

—¿Ya habías oído hablar de él?

Maceo sonrió, clavando su mirada en los ojos de Mariña.

—Bajo la piel de esta ciudad corre una historia que pocos conocen. Un laberinto de nombres en la sombra que vienen y van, Mariña. Y el de Velasco Espinosa es uno de esos fantasmas que aparecen de vez en cuando, sin que al final se pueda concretar demasiado cuánto hay de cierto y cuánto de leyenda en lo que sobre él se cuenta...

—Impresionante —le atajé—. ¿Podría concretar un poco más?

Molesto ante la interrupción de su épica, Maceo me dedicó una nueva mirada de soslayo.

—Sí —respondió incómodo—, supongo que sí... La de Velasco Espinosa es una figura secundaria, de biografía oscura y prácticamente indocumentada. Por eso me ha sorprendido que la mencionara usted.

—Ya ve, soy una caja de sorpresas.

—Simón, por favor...

—Tranquila, Mariña, no pasa nada. Como le decía, señor Varela, la persona por la que usted pregunta es un hombre que aparece en determinado momento a la sombra de Marcó del Pont. Se cree que estaba al mando de uno de sus barcos, pero... Bueno, ya se sabe: pocas más cosas se pueden decir con certeza acerca de él.

Comprendí que Maceo callaba algo.

—¿Y qué hay de lo que se puede decir sin certeza?

Volvió a quedarse mirándome por un instante, pero esta vez sin ningún tipo de hostilidad. Al contrario, Gonzalo Maceo parecía sopesar la posibilidad de compartir algo con nosotros.

—Sin certeza, hay unos cuantos aspectos turbios, es verdad.

Mariña le devolvió la mirada.

—¿Como cuáles, Gonzalo?

—Por lo que en su momento se pudo suponer, a tenor de algunos comentarios extraídos de la correspondencia de la época, parece ser que el señor Velasco estaba relacionado con una serie de negocios de más bien escasa legalidad.

—¿Peores que la piratería?

—Como ya le he explicado, señor Varela, cuando hay una patente de corso, la piratería se convierte en algo legal. Pero de todos modos, sí —me confirmó—, el negocio del señor Espinosa era algo bastante peor visto.

—¿De qué se trataba?

—Todo apunta, Mariña, a que nuestro amigo se dedicaba a la trata de esclavos.

Lo sabía, sabía que estábamos en lo cierto. El comentario de Maceo venía a corroborar la autenticidad del documento que Mariña y yo habíamos sacado de la Colegiata.

—¿Un negrero?

—Así es. Por lo visto, el señor Espinosa mantuvo durante algún tiempo una especie de «línea regular» de transporte de esclavos entre la isla de Gorea, frente a la costa de Dakar, y Santo Domingo, uno de los principales centros de venta y distribución de esclavos en el Caribe del siglo XVIII.

—¿Y esto se podría confirmar?

—No —respondió con rotundidad el director—. Como te digo, Mariña,

esto nada más lo podemos suponer en base a la lectura de ciertos documentos franceses de la época y lo poco que podamos deducir interpretando algunas cartas de Marcó. De todos modos, si en algún momento se pudo reparar en la figura de Velasco Espinosa es porque de pronto su nombre comienza a sonar en algún que otro documento... Juraría que las primeras alusiones se localizan alrededor del año 1810, apareciendo de vez en cuando hasta 1816.

—¿Y qué sucede entonces? —pregunté.

—Que desaparece.

El director juntó los dedos índice y pulgar ante su boca y sopló, simulando el movimiento de un fuego que se apaga.

—Velasco Espinosa se esfuma de repente, en 1816, y su nombre nunca más vuelve a aparecer. En ninguna carta, en ningún documento. Nada. Como humo en el aire, su nombre se pierde en la memoria.

—Vaya —respondió Mariña—, un poco extraño, ¿no?

—Bastante, sí. Pero eso es lo que hay.

—¿Y la Hermandad de la Sal? —pregunté—, ¿también desaparece?

Maceo volvió a sonreír.

—No, ni mucho menos. Como ya os he dicho, sobre este asunto es muy difícil confirmar nada, más allá de ciertos rumores entre historiadores. Por lo visto, la intención de la hermandad es pasar inadvertida. Pero, si queréis saber mi opinión, yo me atrevería a aventurar que algo grande debieron de hacer por aquellas fechas. Es más, a tenor de los comentarios que en su momento pude recoger, incluso diría que su poder continuó creciendo tras la marcha de los franceses, ya que hay indicios que hacen suponer que es la Hermandad de la Sal la que está detrás de varias actividades a lo largo de todo el siglo XIX, por más que ellos intenten disimularlo.

—¿Qué quieres decir con lo de intentar disimularlo?

—Que nadie manifestaba públicamente su pertenencia a ningún tipo de sociedad, querida, y mucho menos a una con un pasado que, por entonces, todavía se rumoreaba que no era el más limpio precisamente. El problema para ellos es que, en el siglo XIX, Vigo todavía es una ciudad joven, demasiado pequeña para guardar un secreto tan grande. Aunque nunca se podrá demostrar, hoy somos unos cuantos los que pensamos que entre sus miembros estuvieron algunas de las personalidades clave para comprender el

desarrollo de la ciudad: alcaldes, empresarios, representantes de la burguesía, miembros del clero... Mirad, dejad que os enseñe algo.

Gonzalo Maceo sacó su teléfono móvil del bolsillo. Trasteó un poco con él hasta dar con una aplicación en concreto. Mapas. Buscó la ciudad de Vigo y amplió la imagen hasta convertirla en un callejero del centro de la ciudad.

—Mirad, echad un vistazo, aquí.

Situó su dedo sobre la Puerta del Sol, y comenzó a desplazarlo, leyendo en voz alta el nombre de las calles por las que iba pasando.

—Policarpo Sanz, Velázquez Moreno, Marqués de Valladares, García Barbón... ¿Lo veis?

—¿Qué deberíamos ver? —preguntó Mariña desconcertada.

Gonzalo volvió a sonreír.

—Son ellos —dijo—, la hermandad. ¿No lo veis? Está por todas partes. Oculta..., a la vista de todos.

Mariña y yo volvimos a mirar el mapa. Y entonces comprendimos. No se trataba de ningún lugar, sino de los nombres. Todos aquellos nombres...

—La hermandad estaba formada por gente muy importante, algunos de ellos responsables de empresas fundamentales para el desarrollo de la ciudad, como la Escuela de Artes y Oficios, la Cámara de Comercio, o incluso la Caja de Ahorros de Vigo. Estaban por todas partes.

Increíble... De ser cierto lo que el director del museo nos estaba contando, el éxito de la empresa iniciada por Espinosa habría sido absoluto. Volví a echar un nuevo vistazo al callejero. Aquellos nombres eran los de las personas que habían levantado la ciudad del XIX. Maceo se percató del desconcierto en mi rostro.

—Usted, por ejemplo, señor Varela. Según ha dicho Mariña, parece ser que es arquitecto, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Bien. Pues entonces sin duda comprenderá mejor el calado de la cuestión si le cito a uno de sus colegas...

—¿A uno de mis colegas? —Fruncí el ceño—. ¿A quién?

Gonzalo Maceo todavía tardó un par de segundos en responder, con una sonrisa desafiante dibujada en sus labios.

—Jenaro de la Fuente.

Permanecí en silencio, la mirada clavada en los ojos del director. Jenaro de la Fuente Domínguez había sido, sin duda, el arquitecto más influyente de finales del siglo XIX en Vigo, y uno de los más importantes en los comienzos del XX. El hombre que el director del museo acababa de mencionar era el autor de alguna de las construcciones más hermosas levantadas en la ciudad, como el edificio Bonín, en la calle Areal, o la Casa Pardo Labarta, en la Puerta del Sol. Junto con Michel Pacewicz y los hermanos Gómez Román, Jenaro de la Fuente es uno de los máximos responsables de que Vigo tenga alguna presencia en la historia de la arquitectura moderna.

—¿Qué tiene que ver De la Fuente con todo esto?

Maceo volvió a sonreír, de nuevo con esa suficiencia suya que tanto me molestaba.

—Venga, señor Varela, por favor... No me diga que no lo ve usted. ¿Acaso nunca le ha parecido sospechosa, o curiosa cuando menos, la práctica monopolización de la arquitectura local por parte de un hombre que, para ser exactos, ni siquiera tenía el título de arquitecto?

Era verdad. Hasta la llegada de Pacewicz, casi todas las grandes obras construidas en la ciudad eran encargos recibidos por De la Fuente.

—De ese modo —prosiguió el director—, todo ese tipo de obras, construcciones, donaciones, le sirvieron a la hermandad para, poco a poco, ir lavando su imagen. ¿Quién se iba a acordar de ningún pasado oscuro, ante la inauguración de una nueva sede para una sociedad tan selecta como el Casino de Vigo? ¿Quién no se fascinaría ante el esplendor de un edificio como el del desaparecido Hotel Continental, por entonces el más lujoso de la ciudad?

Recordé aquello que Espinosa había dejado escrito: la iglesia de la Colegiata nada más era el primer paso hacia la construcción de una nueva ciudad. *Su* nueva ciudad...

—Entonces, de lo que usted nos está hablando es de una especie de operación de blanqueo.

—Sí —admitió, luego de pensarlo apenas un par de segundos—, supongo que podríamos llamarlo así. De todos modos, sea la historia cierta o no (pues, como ya os he dicho, buena parte de todo esto no son más que rumores), el cuento de la hermandad concluye en el año 1933.

—En el treinta y tres... —repetí, consciente de la importancia de ese año.

—Exacto. Ese es el año en que todas las hermandades y sociedades existentes con anterioridad se fusionan entre ellas para acabar convirtiéndose en lo que hoy es la Cofradía del Cristo de la Victoria.

—Vaya...

Exhalé el aire que había contenido inadvertidamente. Aquello que el director del museo nos acababa de soltar con total naturalidad, como si de nada importante se tratase, difería ligeramente de lo que la señora Bárcena nos había contado apenas unas horas antes. Maceo notó el desconcierto en nuestras miradas.

—Parecéis sorprendidos.

—Verás, Gonzalo —respondió Mariña—, es que acabamos de hablar con Alicia Bárcena...

—Alicia Bárcena —la interrumpió.

—Sí, ¿la conoces?

El director del museo frunció los labios y negó con la cabeza.

—Nada más que de oídas.

—Pues el caso es que acabamos de estar en su casa, y ella niega cualquier relación de la actual cofradía con la hermandad.

Volví a sorprenderme ante la naturalidad con la que Mariña compartía los detalles de nuestros avances con aquel petimetre.

—De hecho —siguió—, lo último que nos dijo fue que para entrar en el grupo había que ser una persona de probada dignidad, ya que en la cofradía no había más misterio que los pequeños favores que entre sus miembros se pudieran hacer.

El director arqueó ligeramente las cejas, arrugando la frente en un gesto cargado de escepticismo.

—¿Ah, sí? Vaya... —sonrió.

—¿Qué ocurre?

Apartó la mirada para centrarla sobre su mesa, aún sin dejar de sonreír.

—¿Y no os ha aclarado a qué tipo de favores se refería?

—Bueno, por lo que nos ha contado, no parecía que fuera nada más allá de pequeños enchufes, chanchullos entre cofrades con algún que otro pequeño poder administrativo...

Gonzalo Maceo volvió a levantar la mirada, rechazando con las manos el

comentario de Mariña.

—Mucho me temo que eso no sea exactamente así, querida.

Mariña se quedó mirándolo.

—¿Ah... no?

El director del museo se encogió de hombros con gesto evidente.

—Esos pequeños favores a los que os referís no se quedan en eso, Mariña. Según tengo entendido, los miembros de la cofradía están muy bien relacionados. Vamos, que no es que sean unos cualesquiera, precisamente. Lo que a ti te han contado es que, si necesitas compulsar una fotocopia, puedes estar tranquila, que no tendrás que hacer cola, ¿verdad?

—Sí, más o menos...

—Claro. Para qué vas a hacerlo tú, cuando ya se puede encargarse de traértela la señorita Mari Puri, que para algo trabaja en esa ventanilla, y hoy por ti y mañana por mí, ¿verdad?

—Sí, supongo, sí...

—Ya. Pero es que eso no es así, Mariña. En realidad, la cofrade que nos interesa no se llama Mari Puri, sino doña Purificación, y no trabaja en ninguna ventanilla, sino unos cuantos pisos más arriba. Ya sabes, donde están los despachos. Del ayuntamiento, del rectorado, de la Xunta, de alguna gran fábrica de coches... No sé, tal vez no debería decir esto, pero...

—Pero qué —lo apremié.

—Yo no soy nadie para señalar a nadie —respondió—, pero, por lo que he oído últimamente por ahí, alguno de esos favores de los que os ha hablado la señora Bárcena vienen tipificados en el Código Penal.

Los tres nos quedamos en silencio.

—Seguís pareciendo sorprendidos —comentó Maceo—. Pues no deberíais. Al fin y al cabo, este del que os hablo es un juego al que, de un modo u otro, todos han estado jugando aquí. ¿O acaso no leéis los periódicos?

—Si no necesitáis que os aclare ninguna otra duda, hay algo que me gustaría mostraros. ¿Tenéis un minuto?

—Sí, supongo que sí —respondió Mariña.

—Bien, acompañadme entonces.

Gonzalo Maceo se puso en pie y nos pidió que le siguiéramos. Salimos de su despacho y desanduvimos el camino por la zona de oficinas para llegar nuevamente al mostrador donde una hora antes nos había recibido el guardia de seguridad. Pero en lugar de girar a la derecha y salir al exterior, el director del museo atravesó el recibidor todo a lo largo, hasta llegar a una puerta en el otro extremo. Pasamos a un nuevo corredor, más estrecho que los anteriores y sin más decoración que un par de sobrios apliques sobre paredes pintadas de blanco. Gonzalo Maceo abrió una nueva puerta al fondo del pasillo, esta vez de madera labrada, antigua, y nos invitó a pasar al otro lado.

—¿Estamos en...?

Pero no me dejó terminar la pregunta.

—Bienvenidos a otro tiempo —dijo—. Estáis en el pazo Quiñones de León.

Hacía un buen rato ya que las puertas del museo habían cerrado al público, por lo que no dejó de resultarme curiosa la sensación de recorrerlo a puerta cerrada.

Atravesando un sobrio salón forrado de madera, que el director me descubrió como el despacho del antiguo administrador, salimos a lo que al momento reconocí como el amplio vestíbulo principal del pazo.

—Aquí es donde se realizan las bodas civiles —nos explicó—. Así que ya sabes, Mariña, si algún día te animas a dar el paso con alguien...

Todavía seguía pensando en qué demonios había querido decir el imbécil aquel con su *alguien*, cuando él y su sonrisa ya se perdían por otro de los laterales, en dirección a una nueva estancia.

Lo seguimos hasta una sala mucho más pequeña que la anterior. También revestida de maderas nobles, el centro de la estancia estaba ocupado por un expositor de más de cuatro metros cuadrados, en el que se mostraba una bandera antigua.

—Estamos en la llamada Biblioteca Histórica, la sala dedicada a la Reconquista —explicó, señalando a su alrededor—, y esta que aquí veis es una de las dos banderas que todavía se conservan de los batallones participantes en la batalla. Antiguamente se guardaban en la Colegiata, y durante muchos años salieron en la procesión del Cristo, acompañando a la imagen, hasta que por fin logramos traerlas al museo. Como podéis ver —dijo, señalando a la sala—, tampoco es tanto el material relacionado con ese momento que nosotros guardamos. Así y todo, hay algo que me gustaría mostraros. Por favor, seguidme.

Avanzamos un poco más, hasta una de las esquinas, donde en una hermosa vitrina de caoba lucían un sable enorme y su vaina.

—Este que aquí ve, señor Varela, es el sable del mariscal Soult.

El sable del mariscal... Reconozco que sentí un leve estremecimiento al recordar el relato de Espinosa, el momento en que mencionaba aquel mismo sable como parte del botín arrebatado al general. Eché un vistazo rápido alrededor.

—¿Esto es todo? Quiero decir, ¿no conservan nada más de las pertenencias del general?

—Sí, algo tenemos, aunque no aquí. Guardamos sus uniformes de gala y alguna cosa más. Pero, respondiendo a la pregunta que me hacía usted en el despacho, nada relacionado con armas. Siento decepcionarle, señor Varela, pero, como ya le he dicho, a ese respecto no hay mucho más.

Volví a dedicarle una nueva mirada al sable. El botín del mariscal... Otro recuerdo vino a mí.

—¿Y qué me dice del botafumeiro robado, señor Maceo? ¿Sabe usted

algo acerca de él?

Por un instante me pareció que Mariña estaba a punto de decir algo, probablemente llamarme la atención por lo atrevido de mi pregunta. Pero a medio camino decidió dejar el reproche en el aire y aguardar la respuesta del director. Gonzalo Maceo sonrió.

—Ah, la vieja cuestión del botafumeiro de plata y piedras preciosas... — El director cruzó los brazos sobre el pecho—. Si quiere que le sea sincero, señor Varela, me encantaría decirle que sí, que algo sé, e incluso que lo tenemos nosotros, por más que eso implicara ciertas ilegalidades de difícil disimulo. Pero no —admitió dejando correr un largo suspiro—, mucho me temo que en lo tocante a esa cuestión también acabe decepcionándolo.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Porque a ese respecto, señor, yo sé lo mismo que la mayoría de los historiadores. Al viejo incensario de la catedral de Santiago, una joya del siglo xv, se le pierde la pista en Vigo unos días después de que Soult se lo lleve de la basílica. Y, como decía la presentadora aquella, «hasta aquí puedo leer»...

—Pero, entonces —respondí—, eso también es cierto. O sea, es verdad que el botafumeiro de la catedral llegó a Vigo.

—Oh, sí. Por supuesto que sí —confirmó el director—. Sobre ese asunto no hay duda alguna. Como ve, señor Varela, en esta historia cuanto más ficticio le parezca algo, más probabilidades hay de que sea cierto.

—¿Y no tiene usted ninguna teoría acerca de cuál pudo haber sido su destino?

Maceo esbozó esta vez una sonrisa resignada.

—Si quiere que le diga la verdad, yo apostaría por la tesis de que fue fundido.

—¿Fundido?

—Por supuesto. Convertida la plata en monedas para la República, y las joyas, en colgantes para los escotes de la aristocracia femenina. Al fin y al cabo, amigo Simón, los franceses siempre han sido un pueblo práctico. Inteligente y práctico...

Me llamó la atención ese último matiz.

—Vaya, me sorprende oírle decir esto.

—¿Por?

—Porque en todo este tiempo es usted la primera persona que parece apreciar los ideales franceses.

Maceo volvió a girarse hacia la vitrina, contemplando el brillo del sable tras el cristal.

—Es que los ideales eran interesantes, señor Varela, eso nadie lo discute. Las ideas, el fondo de ellas, eran atractivas. Probablemente, una oportunidad inmejorable para haber sacado al país del atraso y la ignorancia.

—¿Dónde estaba el problema, pues?

El director arqueó una ceja.

—En las formas, por supuesto. En ese tipo de situaciones el problema siempre está en que los ideales acostumbran a llegar después de los ejércitos. Y el pensamiento, si es que llega, ya lo hará cuando la fuerza haya alcanzado sus objetivos.

Mariña asentía en silencio.

—A la vista de hoy, Simón, es muy fácil verlo como tú lo haces. Pero, por lo general, los soldados acostumbraban a saber muy poco acerca de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

—Así es —corroboró el director—. Y, de hecho, los soldados de Napoleón no eran precisamente unas muchachitas con pololos bailando el cancán. Disponemos de una documentación extensísima que acredita la brutalidad de las tropas francesas. Ejecuciones, asesinatos, violaciones...

—Como en todas las guerras, supongo...

—Pues sí, señor Varela. Y no por ello es menos excusable. En el caso francés, precisamente si por algo es recordado el mariscal Ney, compañero de Soult en la campaña gallega, es por su extremo gusto por la violencia. Para que se haga usted una idea, en abril de 1809. Ney envía una columna de castigo desde Santiago hasta Tui. Bajo el mando del general Maucune, esta expedición pasará a la historia como la más sanguinaria de toda la guerra de Galicia.

—¿La más sanguinaria?

—Desde luego —afirmó con seguridad el director—. No en vano, y por citarle solo un ejemplo, al llegar a Redondela Maucune dio orden de ejecutar

a todos los enfermos que se encontraran a su paso, arrastrándolos antes por las calles con las entrañas abiertas. Asesinaron a mujeres y niños sin contemplaciones; tan solo se mostraron algo más compasivos con las ancianas.

—¿Les perdonaron la vida?

—Sí —respondió—, o por lo menos por un tiempo: no las mataron hasta haberlas violado a todas.

Tragué saliva, sorprendido.

—No, señor Varela, desengáñese. Por muy valiosos que pudieran ser sus ideales, en aquella ocasión los verdaderos héroes estaban en el otro bando. Y, si me lo permite, incluso le ofreceré una última aclaración. No fueron los generales, ni siquiera los oficiales: en la guerra de Galicia no hubo más héroes que los gallegos. Los paisanos gallegos.

10

—¿Gedeón?

—Hola, Alicia.

—Escúchame, ¿estás ocupado?

—Sabes que para ti siempre estoy disponible. Dime, ¿a qué debo esta alegría inesperada?

—Déjate de zalamerías, y presta atención. Esta tarde he recibido en mi casa una visita ciertamente incómoda...

—¿Te han molestado?

—Bueno, ya sabes lo que dicen, molesta el que puede, no el que quiere. Pero lo cierto es que sí, ha acabado resultándome más desagradable de lo que en un principio hubiera imaginado.

—¿De quién se trataba?

—Un par de mindundis, dos muertos de hambre que han venido haciéndome todo tipo de preguntas.

—Vaya, lamento oír eso, Alicia. ¿Deberían preocuparnos ellos o sus preguntas?

—Todavía no lo tengo muy claro, Gedeón. Pero, si he de serte sincera, juraría que esos dos gatos han olido algo...

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Que todas sus preguntas estaban relacionadas con la cofradía. Por supuesto, yo no les he dicho nada. Pero ellos saben la verdad, Gedeón.

—¿La... verdad?

—Sí, Gedeón. La verdad. No sé cómo lo han hecho, pero no solo tienen

noticia de la existencia de la Hermandad de la Sal, sino que también me han dado a entender que están al tanto de las partes más oscuras de la hermandad desde sus orígenes. Incluso me han preguntado si no había oído hablar de Velasco Espinosa.

—Pues sí, parece que algo saben...

—Mira, Gedeón, ignoro si esto formaba parte del plan inicial, pero tampoco creo necesario advertirte de que, si algo de todo esto acaba saliendo a la luz, la imagen de nuestra cofradía podría verse seriamente dañada. Tal vez de manera irreversible. Nos quedaríamos solos.

—Sí, es posible...

—Es más que posible, Gedeón. Es seguro.

—De acuerdo. Dime, ¿tienes sus nombres?

—¿Con quién te crees que estás hablando, Gedeón? Por supuesto que los tengo.

—Disculpa mi torpeza. Dámelos, por favor.

—Él se llama Simón Varela.

—¿Varela? Lo conozco, un arquitecto de medio pelo, ¿verdad?

—No sé si es de medio pelo o de pelo entero, pero como arquitecto se presentó. Ahora bien, aquí la más peligrosa es la otra.

—¿La otra? ¿Es una mujer?

—Sí. Mariña Dafonte.

—Dafonte... Me suena ese apellido.

—Por supuesto. Es la hija de los Dafonte, Eneas e Isabel. Los dos están muertos ya, pero en su momento fueron gente muy poderosa en la ciudad. Y muy estirados. Jamás quisieron saber nada de nosotros.

—Comprendo.

—Tú no les quites el ojo de encima a esos dos. No sé lo que traman, pero insisto, algo saben.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque se trata de los mismos imbéciles que hace un par de días estuvieron merodeando por el templo.

—¿En nuestra iglesia?

—Correcto. Y ya entonces estaban muy interesados en ciertos detalles. Como ves, creo que deberíamos tomar cartas en el asunto, ¿no te parece?

—Sí, me parece que sí... Muy bien, déjalo de mi mano.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Por lo pronto indagar un poco más, a ver qué es lo que saben realmente. Y si es necesario, pues entonces les damos un susto, aunque nada más sea para que no te vuelvan a molestar.

—Bueno. Prefiero no saber más. Límitate a hacer lo que tengas que hacer.

—Sabes que lo haré. Buenas tardes, Alicia.

—Buenas tardes, Gedeón.

En la penumbra de su despacho, Alicia Bárcena posa el auricular del antiguo teléfono de baquelita negra que hay encima del escritorio, una espléndida pieza de caoba labrada estilo Regencia, y se acerca a la chimenea. Frente al mármol hay dos sillones de piel, y ella va a sentarse en el más próximo a la ventana. No es un trabajo cómodo el suyo: velar por los intereses de la cofradía, incluso por su seguridad, si fuese necesario. A veces, hay que tomar medidas drásticas... En silencio, deja que su mirada se pierda en las sombras allá afuera, en la oscuridad que, poco a poco, va avanzando sobre cada piedra, sobre cada rincón, sobre cada esquina de la calle Real. Y esos dos... Vaya usted a saber. Tal vez sean buena gente, nadie dice que no. Pero, vaya... A veces una ha de hacer lo que ha de hacer. No, no es un trabajo fácil. En ocasiones, ni siquiera agradecido. Pero alguien tiene que hacerlo, maldita sea. Piensa Alicia Bárcena en todas estas cosas y, mientras lo hace, no deja de pasar su mano izquierda sobre un gran objeto de metal que descansa a su lado, sobre la alfombra persa del suelo. Siempre lo hace cuando tiene que reflexionar sobre alguna cuestión importante. Lo acaricia, una y otra vez... Su contacto le ayuda a concentrarse. El tacto frío del metal viejo. Se trata de una pieza enorme, plata esterlina con piedras preciosas incrustadas. Y muy antigua... Tanto como valiosa, claro está. Al fin y al cabo no es otra cosa sino un incensario del siglo xv. Uno que, en el año 1483, el rey Luis XI de Francia ofrendó a la catedral de Santiago.

11

El tipo parecía una lapa. A mí me despachó con un rápido apretón de manos, pura pose. Pero de Mariña parecía no querer soltarse.

—No te imaginas cuánto me he alegrado de verte, querida —explicaba sin dejar de sonreír del mismo modo en que lo haría una hiena—. No sabes lo mucho que esto significa para mí...

—Sí, ya —le respondió ella, librándose por fin de su abrazo—, para mí también. Seguiremos en contacto.

—No dejes de llamarme.

—Por supuesto.

A punto estaba de decirle que yo también lo llamaría (de todo menos guapo) cuando, por fin, Mariña me cogió del brazo y los dos nos apartamos de la entrada principal del museo, dejando al pegajoso Gonzalo Maceo a nuestras espaldas, de regreso a sus oficinas.

Mariña avanzaba resuelta delante de mí, como si allí nadie hubiera coqueteado con nadie.

—Oye.

Hizo como que no me oía, y continuó caminando en dirección al portal principal, frente a la gran fachada del pazo.

—¡Oye! —repetí al alcanzarla, ya a la altura del pequeño estanque en el centro del jardín—. ¿Me quieres decir de qué rayos va esto?

—No sé a qué te refieres.

—¿Que no sabes...? —Aquello ya era demasiado.

La cogí por el brazo y los dos nos detuvimos en medio del jardín.

—A ver, Mariña, que tampoco soy tan estúpido. ¿Se puede saber quién demonios es el fantoche este?

—¿Este? —repitió, haciendo ver que mi suspicacia no iba en absoluto con ella—. Bueno, ya te lo he dicho, Gonzalo Maceo, director del museo. Pensaba que eso ya lo tenías claro...

Resoplé.

—Oye, ¿qué tal si te dejas de historias conmigo, sí? Yo ya sé cuál es su cargo, y tú sabes de sobra a qué me refiero. Lo que te estoy preguntando es de qué leches os conocéis.

—Bueno, somos viejos amigos, y...

—¿Viejos amigos, dices? —Levanté los brazos al cielo, en un aspaviento desesperado—. ¡Por favor, Mariña! Viejos amigos son el Coyote y el Correcaminos, el catarro y la tos, o incluso el gobierno y la corrupción. Pero no vosotros. No, lo vuestro es otra cosa, así que venga, no me jodas...

—No sé qué insinúas.

—¿Que no sabes...? —A punto estuve de perder los papeles—. No insinúo nada, Mariña. Afirmino que ha faltado muy poco para que se te declarara aquí mismo, delante de mis narices. Está más que claro que entre el tipo este y tú hay algo.

Me observó de un modo extraño, entre desconfiado... y agresivo.

—¿Qué estás diciendo?

Sus ojos, aquel mar arrebatado que siempre me había provocado la mayor de las fascinaciones, eran ahora una hoguera de cólera verde. Y, con todo, yo no podía dejar de mirarlos. Maldita sea, nunca, nunca he sido capaz de dejar de mirarla... Podía estar a punto de destrozarme el corazón, tal vez me estuviera asomando al momento en que todo dejaría de ser entre nosotros y, aun así, yo no podía dejar de mirarla a los ojos. Inspiré con fuerza.

—No sé, Mariña, no sé lo que estoy diciendo —respondí, intentando rebajar un poco el tono que estaba alcanzando la conversación—. No sé lo que estoy diciendo ni, ya puestos, qué demonios es lo que nos está ocurriendo. ¿Por qué no me lo dices tú, y así acabamos con esto de una vez, eh? Yo no puedo seguir así, no puedo.

—¿Así? —Volvió a observarme, de nuevo con esa expresión extrañada en la mirada—. ¿Así cómo?

—Con medio corazón —respondí—. Y si ya no quieres tu mitad no pasa nada. Ya encontraré la manera de remendarlo. Pero dímelo, dímelo de una vez, maldita sea. Porque este silencio, esta distancia, esto que nos pasa... Esto está acabando conmigo. Y yo ya no puedo más.

Esta vez fue ella la que resopló. Dio una patada desganada en la gravilla del suelo y apartó la cabeza en otra dirección. Se quedó por un buen rato con la mirada perdida en una garita que había a nuestra izquierda, al final de una larga pasarela de piedra que la conectaba con el edificio principal, a unos treinta metros de nosotros.

—Simón...

Ya había comenzado a responder, pero de pronto volvió a detenerse. Negaba con la cabeza en el aire.

—No es lo que tú piensas.

—¿No lo es? Vaya, ¿y qué tal si me lo aclaras un poco? Porque si quieres que te diga la verdad, a estas alturas yo ya no sé qué mierda pensar...

Volvió a mirarme. Y esta vez fue ella la que tomó aire.

—De acuerdo, es cierto —dijo por fin—. Gonzalo y yo tuvimos una relación.

Sentí el crepitar de la sangre congelándoseme en las venas.

—¿Qué... qué estás diciendo?

—Pero no es lo que piensas —insistió—. Es algo que sucedió hace años.

Intenté tragar saliva, pero con muy poco éxito. Mi boca se había convertido en esparto.

—¿Años, dices? ¿Cuántos?

—Demasiados, Simón. Mucho antes de conocerte a ti.

Se calló por un instante, apartó la mirada, y resopló.

—Gonzalo y yo estudiamos juntos, en la facultad. Allí nos conocimos y empezamos a salir.

—Fuisteis novios en la universidad...

—Así es.

—¿Y qué ocurrió?

Volvió a revolverse incómoda, los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en el suelo.

—Al principio todo iba bien —dijo—. Pero después...

—¿Sucedió algo?

Mariña ladeó la cabeza en silencio.

—Fue durante el último año de carrera —respondió al fin—. Aquí, en el museo.

—¿Aquí?

—Sí. Los dos escogimos hacer las prácticas aquí. Te estoy hablando de la época en la que Tristán era el director del museo. Él sería nuestro tutor, y las cosas no podían ir mejor. Hasta que...

Volvió a detenerse.

—Por Dios, Mariña, me estás matando —protesté—. Habla de una vez.

Volvió a clavar sus ojos en los míos, y entonces pude ver que la rabia había dejado paso a la tristeza.

—Todo se echó a perder —respondió mordiéndose el labio—. Me quedé embarazada, Simón.

Oh, Dios. Eso era... No supe qué decir.

—Me quedé embarazada —repitió—. Y ahí se acabó todo.

En silencio, abrió los brazos en el aire para dejarlos caer justo a continuación, y de pronto toda ella fue una derrota. Me impresionó, nunca la había visto así. Quise abrazarla, pero ella no me dejó. Me hizo un gesto con la mano, aquello aún no había terminado. Comprendí que la había estado agobiando hasta un punto al que ella habría preferido no haber llegado, y ahora me tocaba conocer la historia completa.

—A mí me pareció algo maravilloso. Pero a Gonzalo le dio un ataque de pánico. Se puso histérico, dijo que aquello no podía ser, que él tenía toda una carrera por delante, que una criatura supondría un obstáculo terrible en sus planes, y yo qué sé cuántas barbaridades más. Cuando se dio cuenta de lo egoísta que estaba siendo, cambió de estrategia. Quiso convencerme de que para mí sería el mismo problema: que yo también tenía todo un futuro por delante, que no podía arruinarme la vida por una mala decisión. Al caer en la cuenta de lo estúpido que era lo que estaba diciendo, intentó una nueva estrategia más. Y me dijo que si decidía seguir adelante, entonces sería bajo mi total responsabilidad.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Diría a todo el mundo que el hijo no era suyo, que solo Dios sabría con quién me habría estado acostando, y no sé cuántas burradas más...

—No me lo puedo creer.

—Pues es la verdad. Esta vez fui yo la que se dio cuenta de lo gilipollas que había sido al enamorarme de un gilipollas como aquel, pero ya era demasiado tarde. La historia del embarazo se acabó en una clínica de Londres, y la mía con Gonzalo aquí, en estos mismos jardines. Hasta hoy. Así que lo siento mucho si te lo he hecho pasar mal, pero no te imaginas el mal trago que a mí me ha supuesto volver a tener a este miserable delante.

No tengo palabras para describir lo enormemente imbécil que me sentí en aquel momento. Intenté abrazarla una vez más.

—Mariña, yo...

Pero tampoco esta vez me dejó hacerlo. Se dio la vuelta y comenzó a llorar, de nuevo con la mirada perdida en dirección a la garita.

—Mariña, por favor, perdóname. Lo siento, lo siento mucho, yo pensé que...

—Simón...

—Lo siento muchísimo, jamás habría imaginado que tú...

—Simón —repitió.

Su tono había cambiado. Seguía con los ojos puestos en la garita, pero su mirada ahora ya no parecía perdida. Más bien todo lo contrario.

—¿Qué, qué ocurre?

—Oye —me dijo en voz baja, con la mirada todavía puesta en la garita—, ¿tú no has tenido últimamente la sensación de que nos observan?

Recordé la silueta que esa misma tarde había visto en la calle Real. Y la sombra de la plaza de la Iglesia la noche que salimos de la Colegiata. Y volví a tragar saliva.

—Sí.

Ahora sí, Mariña se dio la vuelta y se abrazó a mí con fuerza. Pero la cosa no iba de arrumacos.

—Escucha —susurró en mi oreja—. Intenta hacerlo con disimulo, ¿vale?

—Sí, claro. ¿El qué?

—Fíjate en la garita.

—Sí...

—Ahí dentro hay alguien.

Agucé un poco más la vista.

—¿Lo ves?

Maldita sea, Mariña estaba en lo cierto. Por más que ahora permaneciera inmóvil, a través de las troneras abiertas en la pequeña construcción pude intuir el perfil de una silueta.

—Sí, lo veo.

—Bien. Pues tal vez te parezca una locura —continuó susurrando—, pero yo juraría que se trata de la misma persona que hoy he visto en la calle Real, al salir de la Casa Bárcena.

De manera que ella también se había dado cuenta...

—No —le respondí—, no es ninguna locura. Yo también la vi.

Mariña se separó un poco de mí, lo justo para poder volver a mirarme a los ojos.

—Simón, ¿qué es lo que está pasando?

—No lo sé —respondí—, no lo sé... Pero hazme un favor —le pedí, de nuevo con la mirada puesta en la garita—: tú no te muevas de aquí.

—¿Qué vas a hacer?

—No te preocupes...

Lentamente, me separé del abrazo de Mariña y, sin apartar la vista de la pequeña atalaya, di un par de pasos en su dirección. Alguien se revolvió en el interior.

—¡Eh! —grité—. ¡Eh, tú!

Y corrí. Eché a correr hacia la garita, justo al mismo tiempo en que la sombra salía de su escondite para lanzarse por las escaleras que comunicaban la pasarela de piedra con los jardines inferiores. Maldita sea, ya estábamos otra vez...

12

Me arrojé hacia la silueta, corriendo tan rápido como me era posible. Por desgracia, tan pronto como nuestro observador se vio descubierto, decidió hacer lo mismo. Mientras yo atravesaba en diagonal el jardín frontal del pazo, corriendo desde el estanque hacia la garita, la sombra salió de su escondite y se precipitó por las escaleras que conectaban la pasarela de piedra con los jardines inferiores del museo. Bordeé la garita por el exterior, y pude ver cómo la sombra dejaba atrás las escaleras para correr bajo el inmenso magnolio que había al final de las mismas. Se trataba de alguien delgado, vestido con algo parecido a ropa deportiva, y, desde luego, muy ágil. Yo también corrí bajo el gigantesco árbol, y de milagro no me fui al suelo en un par de ocasiones: intentando descubrir la identidad de quienquiera que fuese aquella persona, apenas reparé en el peligroso laberinto que las raíces a medio enterrar del magnolio formaban a mis pies. De todos modos, poco pude hacer. Con la cabeza oculta por completo bajo la capucha de una sudadera sucia, el rostro del corredor resultaba completamente inaccesible. Maldita sea, ¡maldita sea!

Continuamos corriendo hacia el sur, bordeando el muro que separaba los jardines del museo del pequeño bosque que era el parque. Quienquiera que fuera el fulano aquel corría como un demonio, y lo hacía sin dejar de mover una y otra vez la cabeza a ambos lados. Comprendí que estaba buscando alguna vía de escape y, por instinto, yo también lo hice. No había mucho donde escoger. A nuestra derecha, el muro protegía un desnivel considerable, mientras que a la izquierda no había nada más que los jardines del museo.

Así, continuamos corriendo hasta dejar atrás los torreones que flanqueaban el portal occidental, acceso olvidado al pazo, ya hace años en desuso. Y, entonces, de repente, saltó.

¡Joder, la madre que lo parió! De un salto rapidísimo el tipo se subió al muro y, de otro más rápido aún, se arrojó al bosque. Lo seguí en el salto sobre el muro, y comprendí: una vez pasado el portal, la altura al otro lado se reducía considerablemente, de manera que yo también salté como mejor pude. Sin tanta gracia, pero por lo menos manteniendo el equilibrio. Maldita sea, debía de tratarse de alguien muy joven para moverse con tanta agilidad. De alguien muy joven, o del mismísimo diablo en zapatillas.

Cruzó la calle por la que una hora antes habíamos subido con nuestro coche sin detenerse a mirar, y siguió corriendo bosque abajo, en dirección a la parte izquierda del parque. Por fortuna, en la calle no se oía más que el rugir de un coche a lo lejos, por lo que yo también logré cruzar el asfalto sin mayores problemas. Así y todo, el fulano se me estaba escapando. Y con seguridad lo habría hecho por completo de no haberse llevado por delante a un pobre ciclista que, ajeno a nuestras carreras, venía paseando tranquilamente por la senda que atravesaba aquella zona del parque. Ambos, corredor y ciclista, se fueron al suelo con poca elegancia y mayor violencia. Y, aunque la caída me valió para recuperar unos cuantos metros, lamentablemente no sirvió para mucho más, porque al momento volvió a ponerse en pie mi perseguido, reanudando la carrera bosque abajo, en dirección a las gradas del auditorio. Al pasar a su lado, le pregunté al ciclista si se encontraba bien, y él me respondió con un comentario poco cariñoso acerca de nuestras madres. Lo interpreté como un sí, y continúe corriendo.

El auditorio de Castrelos es una especie de gran anfiteatro. Un enorme graderío semicircular excavado en la tierra, donde cada una de las filas de asientos es un escalón de unos cincuenta centímetros de ancho y unos veinte o treinta de alto, por lo que bajar corriendo en equilibrio sus treinta peldaños resulta extremadamente complicado. Con todo, mi perseguido lo hacía con gran facilidad. Maldita sea...

El tipo bajaba como una flecha en dirección al foso que separa las gradas del inmenso patio abierto frente al escenario. Intuyendo sus intenciones, tan solo pude pensar una cosa. «No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas...» Pero sí.

Maldita sea, sí, lo hizo. Corrió hacia la barandilla que protegía la caída al foso y, apoyándose sobre ella, saltó con fuerza. «Mierda...» Como si nada más fuera un charco cualquiera, el individuo aquel saltó al otro lado, salvando los casi dos metros de distancia que separan ambas zonas del auditorio.

Al llegar a la barandilla no pude evitar asomarme al interior. Había unos tres metros de profundidad, y el agua, turbia y pestilente, invitaba a cualquier cosa menos a caer en ella. Detectando mi duda, el corredor se detuvo en el centro de la arena y se quedó observándome. Yo hice lo mismo, y, bajo las sombras de la capucha, me pareció intuir una sonrisa mordaz. Por una milésima de segundo consideré la posibilidad de continuar la persecución bordeando el exterior del patio, pero al momento lo descarté. Comprendí que si yo escogía el lateral izquierdo, él correría hacia el extremo derecho, y viceversa. Durante unos segundos, los dos nos quedamos inmóviles, separados por no más de unos veinte metros, observando cada uno los movimientos del otro. Y tomando aire.

Y entonces lo vi.

Bajo la capucha de la sudadera, un mechón de cabello vino a caer sobre su rostro. Como en un tic nervioso, el corredor no pudo evitar el ademán de apartarlo y, con un gesto rápido, ladeó la cabeza. Lo justo para que la tela de la capucha se moviera un poco. Apenas nada, tan solo unos centímetros hacia atrás. Pero a mí me valieron para verlo. Era... ¿una chica?

«A la mierda.»

No sé cómo lo hice, tan solo recuerdo que, cuando me di cuenta, mi cuerpo ya iba por el aire.

Salté.

Me agarré con fuerza a la barandilla y salté. Y, la verdad, creo que ella tampoco lo esperaba. Sorprendida, todavía tardó un instante en reaccionar antes de volver a echar a correr. Pero lo hizo. Justo cuando yo me golpeaba contra el pequeño muro que protegía el interior del patio, ella volvió a correr. Me recompuse lo mejor que pude y me lancé tras ella. ¿Quién demonios era aquella mujer?

Atravesábamos como dos flechas la arena del auditorio cuando ella torció hacia su derecha, dejando el escenario del lado opuesto. Salió de la arena por

la zona en la que habitualmente se instala el bar durante las actuaciones, y se lanzó contra la valla, saltándola con gran facilidad.

Unos metros por detrás, a mí me costó algo más hacerlo. Comenzaba a acusar el cansancio.

Por fin en el exterior del auditorio, pude ver como la chica corría hacia uno de los puentes que cruzan el río Lagares. Y eso era un problema, porque al otro lado del puente se abría ya el vasto aparcamiento del parque y, después, la avenida. Si ella, quienquiera que fuese, llegaba a la calle, entonces ya no habría nada que hacer, huiría sin remedio. Intenté apurar la zancada, lo intenté con todas las fuerzas que me quedaban. Pero no pude. Mi condición de irreductible sedentario me pasaba factura, y aquellas fuerzas últimas a las que había apelado comenzaban a ser las justas incluso para respirar. Maldita sea, maldita sea, ¡maldita sea! Se me iba a escapar, se me iba a escapar... Por fortuna, fue justo ahí, en ese preciso instante, cuando Dios salió de la máquina.

Bueno, tal vez no fuera Dios. Tal vez fuera Mariña...

Nada más detectar la presencia de aquella sombra, yo me había precipitado tras ella, dejando a Mariña allí, ante las torres del museo. Por fortuna, aquella mujer siempre había sido más lista que yo...

Al ver de qué iba la cosa, Mariña salió corriendo de los terrenos del pazo, cogió el coche y se lanzó con él calle abajo. Aquel era el rugido que yo había oído al cruzar la calle, el coche de Mariña acelerando todavía un poco más arriba. Había atravesado todo el parque hasta el final de la calle, había salido a la avenida, y ahora allí lo teníamos. Cuando la chica ya estaba a punto de salir del parque hacia la avenida de Castrelos, Mariña apareció en el portal, taponando la salida con su coche. Y ahí sí que no había escapatoria. La corredora se detuvo en seco, echando las manos sobre el capó del coche, y las dos mujeres se quedaron contemplándose por un instante. Todavía con las manos aferradas al volante, Mariña parecía desconcertada intentando reconocer a la chica que, extenuada, jadeaba apoyada sobre el motor de su coche. Indiferente a las cavilaciones de mi pareja, la atlética corredora se giró lo justo para poder echar un vistazo rápido a sus espaldas, intentando

comprobar en qué punto me encontraba yo. Al ver que ya me acercaba a ella, todavía intentó un último movimiento.

Bloqueada la única salida, la verja exterior del parque era demasiado alta como para pensar tan siquiera en saltarla. Pero aquella muchacha no estaba dispuesta a rendirse. Giró sobre sí misma e intentó reanudar la carrera hacia el interior del parque, buscando el siguiente portal. Lo malo es que ya era tarde: apenas a un par de metros de ella, comprendí que o lo hacía ahora, o volvería a escapárseme, de manera que salté. Me arrojé sobre ella, y los dos fuimos a caer contra el capó del coche de Marina. La agarré con fuerza, y la brusquedad del movimiento hizo que su capucha cayera hacia atrás, dejándole por fin el rostro al descubierto. Y esta vez el desconcertado fui yo.

Tardé un segundo en comprender lo que mi cerebro me estaba gritando. Piezas desencajadas de un mismo puzle. Pero, por fin, comprendí. Las piezas corrieron a su posición, y comprendí.

—¡Tú!

13

Si tardé en reconocerla, fue porque en realidad nunca antes la había visto. O por lo menos no al completo. Un resquicio de su rostro, apenas visible. Una silueta, tal vez una sombra. Distintas piezas de un mismo rompecabezas, y todas ellas vistas por separado en diferentes momentos a lo largo de los últimos días. Pero sí, si algo allí era cierto, es que se trataba de ella.

—Eras tú, la chica que siempre estuvo ahí.

—Sí —respondió—, supongo que era yo...

Y tanto que lo era, maldita sea. Era ella, y la reconocí por la sudadera. La misma prenda, vieja y sucia, que me había llamado la atención entonces, con aquel parche tan llamativo, el águila presidencial, símbolo de los Ramones, cosido en la manga derecha de la sudadera. Aquella chica que ahora jadeaba ante mí, intentando recuperar el aliento tras la carrera, apoyada en el capó del coche de Mariña, era la misma que nos había estado observando, apenas unas horas antes, desde una de las esquinas de la calle Real; la que había llamado mi atención el martes anterior, sentada en el suelo contra la fachada de la Colegiata, al lado de los mendigos, y, probablemente, algo más...

—¿De qué habláis? —intervino Mariña—, ¿quién demonios se supone que es esta chica?

—Esta chica, querida, es el motivo de que tú y yo nos hayamos sentido observados últimamente...

Comprendiendo, Mariña le dedicó una nueva mirada, observándola de arriba abajo.

—Pero... si no eres más que una niña —observó con sorpresa.

Y tenía razón. De mediana estatura, la extrema delgadez endurecía las facciones de un rostro en el que, pese a todo, aún se podía intuir la delicadeza de una juventud aún apenas estrenada.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté—. ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

—Diecinueve —respondió en un hilo de voz, la frente echada hacia delante y la mirada todavía en guardia.

—¿Diecinueve, dices? Vaya, pues no los aparentas...

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Mariña.

—Nicolasa —respondió—. Nicolasa de Sanjuán.

—¿Nicolasa?

—¡Sí, Nicolasa! —dijo de mala gana—, ¿qué pasa, que tampoco te crees que me llame así?

—No, mujer, no es eso —repuse, intentando aplacar lo furibundo de su respuesta—. Tan solo es que me parece un nombre curioso, nada más...

—Pues mira, es el que me puso mi padre, ya ves. Nicolasa, como san Nicolás de Bari —explicó orgullosa.

—El santo patrón de los ladrones —añadió Mariña.

—¿Ah, sí? ¡Hombre —exclamé—, pues ya me quedo mucho más tranquilo, tú! ¿Es por eso por lo que nos estás siguiendo, para robarnos?

—¿Robaros, yo? —La chica soltó una risa entre dientes—. Por favor, tío, no seas ridículo. ¿Con quién te crees que estás hablando? Si te quisiera robar ya habrías tenido que comprarte una cartera nueva hace unos cuantos días...

—Entonces Simón está en lo cierto, eres una ladrona.

—¿Y qué si lo fuera? ¿Acaso no lo es medio país?

—Tal vez. Pero nosotros dos no llevamos detrás a medio país.

—Que vosotros sepáis... Pero no, no os preocupéis, que mi intención no es la de haceros ningún mal.

Esta vez fue Mariña quien le devolvió la otra media sonrisa.

—¿Y por qué deberíamos creerte, eh? ¿Acaso tienes alguna razón para convencerme de que no llame a la policía ahora mismo?

La chiquilla torció el gesto, molesta ante el comentario de Mariña.

—Si es lo que te apetece, adelante, llámalos. Llama a tus polis de mierda —dijo, desafiante—, que igual yo también les cuento algo...

Y entonces, al oír esa última amenaza, terminé de comprender. Por el

contrario, Mariña arqueó las cejas, todavía sorprendida.

—¿Tú? ¿Y qué se supone que les vas a contar tú, guapa?

—Prueba y verás.

—A ver, a ver —intervine—. Escuchad, las dos, creo que lo mejor será que nos tranquilicemos todos un poquito...

Mariña se quedó mirándome.

—¿Que nos...? Pero ¿por qué?

—Porque es cierto —comprendí—, Nicolasa no pretende hacernos ningún daño. ¿Verdad que no?

La chica resopló, molesta.

—Joder, ¿y no os lo estoy diciendo? ¡Que no, coño! Si quisiera haceros daño, y del de verdad, ya os lo habría hecho mucho antes.

Mariña la observó de medio lado, todavía desconfiada.

—¿A qué te refieres?

—¡Oh! —fingió sorprenderse—, ¿que la señorita no sabe de qué le hablo? Pues deje que le explique, señora marquesa, que ocultarse en una iglesia en plena noche es, por lo menos, de legalidad cuestionable...

Viéndose descubierta, Mariña permaneció con la mirada puesta en ella.

—¿Estabas en la plaza?

—No solo eso —añadí yo—. Ella fue quien nos abrió la puerta.

Sorprendida, Mariña echó ligeramente la cabeza hacia delante.

—¿Es eso cierto?

Por un par de segundos, la muchacha se limitó a encogerse de hombros al tiempo que apretaba los labios y arqueaba una ceja con aire evidente, como si le resultara absurdo tener que responder a algo tan obvio.

—¿Quién, si no? —dijo al fin—. ¿San Pedro con sus llaves?

—Pero... ¿Cómo?

Nicolasa dejó correr una sonrisa cargada de suficiencia.

—Pues muy fácil, tía: abriendo.

Por lo visto, Nicolasa, «mejor Nico, que es como me llaman los colegas», era aquella nieta de la que nos había hablado el señor Antón, el mendigo con el que habíamos estado conversando aquella tarde en la Colegiata, quien, a su vez, también era hijo y nieto de mendicantes. Así, para alguien perteneciente a una estirpe que se había pasado más de cien años delante de la misma

puerta, hacerse con un juego de sus llaves tampoco es que fuera tarea especialmente complicada...

—Yo estaba fuera cuando echasteis mano al picaporte la primera vez. Comprendí que estabais a punto de salir, y me aparté para que no me vierais. Pero después de un par de intentonas comprendí que algo iba mal, que no podíais salir. Así que saqué mi juego, os dejé la puerta abierta y corrí a esconderme.

—Ya veo... Pero ¿por qué? Quiero decir, ¿qué demonios hacías tú allí?

Nico pareció pensárselo un instante antes de responder.

—Porque el martes por la tarde os oí cómo hablabais con mi abuelo. Escuché la conversación. Y la verdad es que las vuestras no eran las típicas preguntas que hacen los turistas, ni mucho menos los comentarios de las beatas y los meapilas que vienen a misa. No, lo vuestro era otra cosa... Y entonces me di cuenta de que vosotros teníais que estar al tanto de la historia.

—¿La... historia? —preguntó Mariña—. ¿A qué historia te refieres?

Al escuchar la pregunta, la muchacha se limitó a ladear la cabeza y arquear las cejas, componiendo un gesto de fastidio evidente. Como si tener que responder a aquella pregunta fuera un trámite a todas luces innecesario.

—Venga ya, tía —respondió por fin—, ¿de verdad necesitas que te lo explique? Yo creo que está bastante claro...

Mariña se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Se ve que no lo bastante...

Nico soltó el aire haciendo vibrar los labios, evidenciando la incomodidad que nuestra torpeza le provocaba.

—Me refiero a que nadie va por ahí preguntando según qué movidas si no está al tanto de la historia. Ya sabéis, todo el rollo ese del suelo, la primera piedra y todo eso...

Dejó escapar una sonrisa cómplice.

—Comprendo.

—Pues eso, que lo de disimular no va con vosotros, ¿que no? Porque encima, por si eso fuera poco, luego también está el rollo de cómo os largasteis de allí aquella tarde.

—Vaya, ¿y cómo se supone que nos largamos de allí?

Nico dejó escapar una risa velada.

—Pues a toda hostia, tío. Como si se os acabara de aparecer la Virgen. ¿Y sabes qué? Alguien que se pira de esa manera es porque solo va a hacer otra cosa.

—¿El qué?

La muchacha sonrió, segura.

—Volver.

—¿Nos viste entrar?

—Claro. Y también vi que no salíais, así que decidí esperar, a ver qué hacíais. Y joder, chaval, ¡lo que hicisteis fue un mogollón de ruido!

—¿Ah, sí? No pensé que fuera tanto...

—¿Que no? —respondió divertida—. Pues ya te digo yo que sí, chaval. Hombre —nos aclaró a continuación—, también es verdad que yo estaba justo al otro lado, pegada a la puerta, pero... Vamos, que ya os digo yo que sí, que ruido hicisteis un cacho. ¿Qué, abristeis el suelo, no?

No respondimos. Impaciente, Nico empezó a morderse el labio, alternando su mirada entre Mariña y yo. No esperó a que le respondiéramos.

—Lo abristeis —dijo al fin, dejando escapar una sonrisa—. Joder, entonces era cierto... La historia era cierta.

Esta vez fui yo quien se la quedó mirando de medio lado.

—Depende —le respondí—. ¿De qué va esa historia que tanto te interesa a ti?

Nico me mantuvo la mirada.

—Va de mi casa —dijo al cabo de un rato—. Y, al parecer, vosotros habéis encontrado la llave.

Mariña frunció el ceño.

—¿La llave? —preguntó al tiempo que negaba con la cabeza—. Nosotros no hemos encontrado ninguna llave.

—Y tanto que sí —sonrió la muchacha—. Lo que pasa es que aún no lo sabéis.

Mariña y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro, sin comprender nada de lo que estábamos escuchando.

—Nico, ¿de qué llave nos hablas?

—De una que abre una verdad —respondió sin dejar de sonreír.

—¿Una... verdad?

—Eso es, tío. Una que llevaba mucho tiempo escondida en mi familia.

14

Un viejo descapotable, medio destartado y por completo atravesado en uno de los principales accesos al parque de Castrelos, constituye un argumento demasiado difícil de pasar por alto, de manera que decidimos subirnos al coche y salir de allí los tres, camuflando nuestro disimulo en el tráfico que avanzaba por la avenida en dirección a la plaza de América.

Comprendiendo que todavía quedaban muchas cosas por aclarar, le preguntamos a Nicolasa si prefería que la acercásemos a algún lado en el que poder seguir hablando con un poco más de calma. Pero ella nos dijo que no. Al parecer, Nico tenía su domicilio en el casco viejo de la ciudad, pero no vivía sola: compartía espacio con su abuelo, el señor Antón, con su padre, con su madre y con unos tíos y dos primos, «todos apiñados»; como ella misma describió, en un pequeño piso de la calle de la Ferrería, en una de esas casas del Barrio Alto recientemente rehabilitadas, adonde acababan de mudarse desde una vivienda, todavía más pequeña, en la calle Pobladores. Así pues, y tal como nos explicó, su casa era un espacio transitado de más como para dejar lugar a ningún tipo de calma, mucho menos intimidad. Fue por eso que, no apuntando ella ninguna otra opción, decidimos llevárnosla con nosotros a nuestro apartamento, en la Gran Vía, número 2.

De manera que ahora allí estábamos los tres, en casa, y con la noche ya instalada sobre nosotros. Mariña volvía a estar sin apetito, por lo que yo preparé un par de mis famosas pizzas congeladas. En lo que yo tardé en cortar la mía, Nico ya se había comido la suya.

—Vaya, parece que tenías hambre... ¿Te apetece un poco de esta? —dije,

ofreciéndole la porción que acababa de cortar.

Tardó medio minuto en comerse esa porción, y poco más de otro medio en hacer lo propio con todo lo demás. Ya decía yo que estaba demasiado delgada...

Una vez saciado el apetito, le pedimos que nos contara su historia.

—En realidad debería decir que es la historia del origen de mi familia — comentó, acomodándose en el sofá negro.

—¿De su origen?

—Sí —respondió—. Una a la que, por lo visto, nadie le prestó nunca la debida atención...

—¿Qué te hace pensar algo así?

Nico chasqueó la lengua.

—Bueno, supongo que, de haberse conocido en su momento, alguien habría hecho algo.

—¿A qué te refieres con *algo*?

La joven volvió a pensárselo unos segundos.

—A *algo*... como huir.

Según la muchacha nos contó, la historia venía recogida en unos papeles que, al parecer, habían pasado inadvertidos en el trastero de aquella casa de la calle Pobladores a lo largo de más de ciento cincuenta años. Ignoraba si alguno de sus familiares más viejos había estado alguna vez al tanto de la historia que en ellos se contaba, aunque intuía que no. De haber sido que sí, alguien habría dicho algo en alguna ocasión. Fuera como fuere, el caso era que ella nunca los había visto hasta unos meses atrás, cuando llegó el momento de vaciar la casa ante la inminente mudanza. Fue así, metiendo la vida de todas aquellas personas en cajas de cartón, como Nico dio con aquel pequeño montón de hojas viejas. Un par de docenas de cuartillas escritas, al parecer, del puño y letra de uno de sus protagonistas directos, un tal Hugo de Sanjuán, por lo visto abuelo del abuelo del señor Antón. Y fue así, sentada en el suelo entre cajas viejas y maletas de cartón, como Nico se encontró de narices con el mayor de los secretos que su familia hubiera guardado nunca...

Por lo visto, la cosa iba de una especie de memorias, el relato de una serie

de acontecimientos que, en todo este tiempo desde su descubrimiento, Nico aún no había sabido demasiado bien cómo interpretar. Por un lado eran parte de la historia de su familia, por lo que, en cierto modo, Nicolasa consideraba todo aquello como su legado, una herencia recibida. Pero, por el otro, los acontecimientos que allí se describían eran cuando menos difíciles de creer, por no decir incluso comprometedores en lo tocante a algún que otro episodio. Al preguntarle de qué se trataba, Nico nos dijo que de algo relacionado con la Reconquista principalmente, aunque de todas formas durante todo este tiempo había acabado por no darle demasiado crédito a lo que en aquellos papeles se contaba.

—¿Por qué? —preguntó Mariña—, ¿no crees que la historia sea cierta?

La chica entornó los ojos, en un ademán dubitativo.

—No lo sé —respondió—, no lo sé...

Según nos dijo, le parecía un relato un tanto increíble, aunque era cierto que tampoco había llegado a estar nunca segura por completo de la falsedad de los acontecimientos descritos. Finalmente, y después de mucho cavilar sobre el asunto, había decidido dejar la historia aparcada. Y así seguía, hasta que nos vio llegar. Cuando Mariña y yo aparecimos preguntando por aquellas cuestiones tan concretas relacionadas con la iglesia, la historia regresó con fuerza a su cabeza. Porque Nico jamás habría esperado que nadie que no estuviera relacionado con aquella historia, la misma que aparecía en los viejos papeles de un pariente lejano, pudiera hacer según qué preguntas. Y si nuestro interés era real, entonces tal vez la historia de su antepasado también lo fuera.

—De manera que esa era la razón... —comprendió Mariña—. Por eso te pegaste a nosotros.

—Como una lapa —respondió la muchacha—. Decidí convertirme en vuestra sombra para ver qué más averiguabais. Al fin y al cabo, cuanto más descubrierais vosotros, más sabría yo sobre mi propia familia.

Le explicamos que a nosotros también nos gustaría poder echar un ojo a aquellos papeles, y ella se comprometió a mostrárnoslos. Pero no sin antes hacernos prometer que, leyéramos lo que leyéramos, no se lo contaríamos a nadie sin consultarlo antes con ella.

—Es de la honra de mi familia de lo que estamos hablando —nos advirtió

—. ¡Ah, y mucho ojito con perderlos! Que igual hasta valen algo y todo...

Le dimos nuestra palabra de que los guardaríamos con sumo cuidado y, con el compromiso por su parte de regresar al día siguiente con los papeles bajo el brazo, Nico dejó el apartamento.

Me asomé a la ventana, supongo que para ver qué dirección tomaba, y al cabo de un rato la vi perdiéndose hacia la calle del Príncipe. A punto estaba de volver a meterme dentro cuando algo llamó mi atención. Allá abajo, en la esquina de Urzaiz con la calle Lepanto, un hombre miraba en la dirección de nuestro apartamento. Mayor, enfundado en un largo abrigo de paño gris que le daba una cierta elegancia, al cruzarse nuestras miradas me dedicó una seña, algo parecido a una sonrisa. Y entonces, sin decir nada, dio media vuelta y marchó, caminando lentamente por las sombras de la calle Lepanto, en dirección a la estación de tren.

15

Duerme el pazo. Hace horas ya que el museo está cerrado, y en las torres no se oye más ruido que el de los pasos, lentos y pesados, del vigilante de seguridad, que, aburrido, comienza la primera ronda de la noche. Casi todo el complejo está a oscuras, y nada más una luz se mantiene encendida. Es en la planta baja, en el edificio anexo. Una lámpara de escritorio alumbra a los dos hombres que se han reunido en el despacho del director.

—Bien, pues aquí estamos. Tú dirás de qué se trata...

—Sí, por supuesto. Bonito despacho —responde tranquilo el mayor de los dos, observando con calma a su alrededor.

—Gracias.

—No hay por qué darlas, dudo mucho que nada de todo esto tenga que ver contigo.

El aludido frunce el ceño.

—Oh, no te lo tomes a mal, Gonzalo. Nada más lo digo por el poco tiempo que llevas en el cargo...

El hombre sentado al otro lado de la mesa no responde nada.

—En mis tiempos no era así.

—Lo sé.

—No, muchacho... Ni mucho menos. Este edificio tan moderno ni siquiera existía, y teníamos que apañárnoslas con lo que había en el pazo. ¿Te acuerdas de aquellos días, Gonzalo?

—Sabes que sí, Tristán. Recuerdo que tu oficina estaba en una de las dos estancias en que se dividía el antiguo despacho del administrador.

—Sí —confirma el viejo desde una sonrisa nostálgica—. Sí... Y los talleres los teníamos en las caballerizas, antes de que se convirtieran en las salas de arqueología. Os recuerdo perfectamente allí, a ti... y a Mariña.

—Sí, Tristán —responde el otro, con un asomo de impaciencia en el tono de su voz—, yo también recuerdo aquellos días. Pero estoy seguro de que si me has pedido que nos reunamos con tanta urgencia no es para recordar viejos tiempos, ¿verdad?

—¡Oh, no! —responde obsequioso el anciano—, por supuesto que no. Verás...

Tristán Taboada se acomoda en su asiento, echando ligeramente el cuerpo hacia delante. Entrelaza sus dedos y apoya las manos sobre el escritorio del director.

—Lo primero que me gustaría hacer es disculparme —dice, encogiéndose de hombros.

—¿Disculparte? —Gonzalo Maceo deja correr una sonrisa desconcertada.

—Por supuesto, hijo. Como te dije por teléfono, me obcequé con todo aquello de la Hermandad de Caballeros del Santísimo Cristo de la Sal. Pensé que había pescado algo, muchacho, creí que lo que tenía entre manos era el hilo que nos llevaría a algo más gordo. Y tú ya me conoces, Gonzalo... Siempre he sido terco, bastante cabezota, y cuando algo se me mete entre ceja y ceja, no paro hasta llegar al fondo de la cuestión.

—Sí, lo sé —sonríe el director, ahora más tranquilo, como si allí nada más hubiera que dos viejos camaradas hablando de un asunto largamente conocido—. Pero tú sabías que todo eso no eran más que rumores, Tristán.

—Lo sé, lo sé, hijo. Pero me gustaría que me comprendieras... Ya soy mayor, Gonzalo, mi tiempo se acaba.

—Tristán, por favor...

—No —le ataja—, esa es la verdad. No me quedan por delante muchos grandes descubrimientos más. Así que me dejé llevar por el entusiasmo, las posibles consecuencias de aquel hallazgo, la demostración de la existencia tanto de la hermandad como de su implicación en la Reconquista.

—Pero Tristán —le interrumpe el director—, tú sabes mejor que nadie que aquello no tenía ninguna base. Y lo que pretendías era simplemente descabellado, perdona la franqueza.

Tristán Taboada se deja caer contra el respaldo de su asiento, la sonrisa resignada en su rostro.

—Sí —admite—, supongo que tienes razón. Intentar demostrar la continuidad de aquellos hechos hasta nuestros días...

—Era un disparate —sentencia el director—. Y tú sabes que yo lo único que intentaba era protegerte, evitar que hicieras el ridículo cayendo en un error de bulto.

Aún recostado en su asiento, con la sonrisa en los labios, el cronista clava sus ojos en Gonzalo Maceo.

—Protegerme, dices.

El director del museo le mantiene la mirada. Y, por un instante, tiene la sensación de que algo en la expresión del viejo ha cambiado. Su sonrisa de pronto parece más afilada. Amenazadora.

—Por supuesto, Tristán. Protegerte —repite—. Tú fuiste mi mentor. Creo que era lo menos que podía hacer...

—Por supuesto —responde el viejo, apartando ahora la mirada—. Por supuesto...

—Bueno, pues oye, como ya te dije por teléfono, disculpas aceptadas. A este respecto ya está todo aclarado. ¿Qué era eso otro de lo que querías hablarme?

—Oh, sí —responde, de nuevo obsequioso—, esa otra historia... Verás, me gustaría compartir contigo algo que he descubierto, a ver qué valoración te merece a ti. Ya sabes, una segunda opinión entre colegas.

Aliviado por el cambio de tema, el director deja escapar una nueva sonrisa.

—Si está en mi mano ayudarte...

—Bueno, yo diría que sí.

—Bien, ¿de qué se trata, pues?

—Verás, en realidad es un poco la misma historia, pero con un matiz diferente.

Incómodo, el director traga saliva.

—¿La misma historia, Tristán?

—Sí, pero vista desde otra perspectiva.

—No veo cómo...

—Yo sí. Escucha y verás.

El cronista oficial de la ciudad levanta la vista al techo del despacho, como buscando en las alturas el orden para la idea que está a punto de contar.

—Esta mañana me levanté preocupado, Gonzalo. La verdad es que apenas pude dormir pensando en cómo era posible que me hubiera despistado en algo tan serio. Toda una vida dedicada al estudio de la historia de esta ciudad, ¿y resulta que ella seguía teniendo secretos para mí? Ya sabes cómo es el orgullo, Gonzalo, ese consejero despiadado que no deja a los hombres tranquilos hasta que no les hace cometer alguna estupidez... De manera que salí de casa a primera hora dispuesto a seguir investigando. A revisarlo todo, a no parar hasta que apareciera esa pieza que faltaba. Esta vez comencé por la Biblioteca Penzol; de ahí me fui a la Central, e incluso bajé hasta el Archivo del Puerto, a ver si ellos tenían algo sobre los barcos y sus tripulaciones. Pero sin éxito. La suerte me seguía siendo esquiva, muchacho...

—Te lo he dicho, Tristán —responde incómodo el director—. No es una cuestión de suerte, es simplemente que no hay nada...

Pero el viejo no le deja continuar. Hace un gesto en el aire, indicándole que se calle.

—A media mañana —continúa—, mientras regresaba al Archivo Municipal, llamé a Amelia. Ya sabes, desde el domingo, y con todo lo que ha ido pasando, la pobre anda un poco intranquila. La llamé para decirle que me encontraba bien, y que no se preocupara, que estaba investigando algo, por lo que no iría a comer. Y, oh, sorpresa, no te imaginas lo que ella me contó.

El director se encoge de hombros y abre los brazos en el aire.

—Sorpréndeme.

—Resulta que todo lo que yo estaba buscando, todo, ya alguien lo había encontrado el día anterior.

Gonzalo Maceo frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

Sonríe el viejo antes de responder.

—A Mariña, muchacho.

Queda en silencio el cronista, observando satisfecho el efecto de su respuesta sobre el director.

—Lo había conseguido, Gonzalo. Ella ya lo había hecho.

El director arquea las cejas y arruga la frente.

—Conque Mariña, ¿eh? —Intenta disimularlo, pero el desagrado es evidente en su rostro—. Vaya... Te diré que me sorprende esto que me cuentas, Tristán. Mariña estuvo aquí esta misma tarde, vino con el novio ese que tiene. Y ambos me hicieron todo tipo de preguntas, pero en ningún momento me dijeron nada de esto que ahora me cuentas.

Vuelve a sonreír el cronista, esta vez con cierto aire condescendiente en la expresión.

—Bueno, Mariña siempre ha sido una chica muy discreta, pese a todo. Tú mejor que nadie deberías saberlo, ¿no te parece?

Algo se rompe en el gesto del hombre al otro lado de la mesa. Algo que parece atravesársele en la garganta. Por un instante, su expresión se asemeja a la de un animal que, de pronto, se ve herido.

—Eso ha sido un golpe bajo, Tristán...

—¿Lo ha sido? —repite el viejo, fingiendo no haber caído en la cuenta—. Oh, vaya, te ruego que me disculpes, Gonzalo... De todos modos, aquí lo importante es que lo han conseguido. Ella y ese muchacho suyo, Simón, han dado con la clave.

—Creo que no te entiendo.

—Ya lo creo que sí... Por lo visto, Mariña y Simón tienen en su poder los papeles que demuestran no solo la existencia de la hermandad, sino, además, su implicación en el desarrollo de la Reconquista.

Sorprendido, el director del Museo de Castrelos sigue con la mirada puesta en el cronista. Se da cuenta de que tiene la boca entreabierta.

—Pero eso no es lo mejor.

Gonzalo trata de tragar saliva de nuevo.

—¿Acaso hay más?

—Oh —sonríe con satisfacción el viejo—, ya lo creo que sí... Por lo visto, esos papeles demuestran la implicación de la hermandad en la construcción de su propia iglesia. ¿Adivinas cuál?

—La Colegiata —responde el director sin ningún tipo de emoción en la voz.

—En efecto, querido, en efecto. Como comprenderás, esto cambia radicalmente las cosas, ¿no te parece?

—Tal vez —responde Gonzalo al cabo de unos segundos de silencio.

—Nada de *tal vez*, muchacho. Sabes perfectamente que esto lo cambia todo. Porque si ese rumor que recorre todo nuestro siglo XIX tiene un origen ahora confirmado documentalmente, entonces *tal vez* toda la historia sea más certeza que rumor. Una certeza que llega, como poco, al año 1933, cuando sabemos que todas las sociedades anteriores se funden en una sola.

—La Hermandad de Caballeros del Santísimo Cristo de la Victoria.

—O, como se la conoce hoy, la Cofradía del Cristo. Y, como ya habrás deducido, Gonzalo, mi siguiente paso es obvio.

—Ilumíname.

—Comprendí mi equivocación, Gonzalo. Mi «error de bulto», como tú lo has llamado. Porque el problema no estaba en el pasado, sino en el presente. Ahí fue donde decidí cambiar de estrategia.

—¿A qué te refieres?

—Decidí olvidarme de que soy un historiador, viejo y cascarrabias, y, aunque nada más fuera por un momento, convertirme en detective.

Gonzalo arruga la nariz.

—Detective —repite—, tú...

—Por supuesto. ¿Acaso no me crees capaz? Lo primero que hice fue intentar asomarme a la actual cofradía, comenzando por localizar una lista de todos sus miembros a día de hoy. Más de mil, no sé si estarás al tanto... Y, ¿sabes qué? Resulta llamativa la cantidad de nombres conocidos con los que me he encontrado... —El viejo hace una pausa—. Como, por ejemplo, el tuyo.

El cronista vuelve a quedarse en silencio y, por un instante, ninguno de los dos hombres dice nada.

—Sí, Gonzalo, ahí estás tú... Al principio pensé que ese era el motivo de tu malestar, que por eso habías reaccionado tan mal al comentarte unas semanas atrás que había descubierto algo relacionado con la hermandad, algo que, de ser cierto, podría afectar a la imagen de la actual cofradía. Sí, muchacho, pensé que tal vez ese había sido el motivo de tan furibunda reacción por tu parte: proteger a tu cofradía. Pero luego comprendí que no.

—¿Ah, no? Vaya. ¿Y por qué, si se puede saber?

—Porque de sobra sé que si alguien como tú, tan preocupado por medrar

en sociedad, está en una cofradía como esa tan solo es por el prestigio que ello te supone. A ti el único Cristo que siempre te ha importado eres tú mismo, muchacho... —La voz del viejo suena dura ahora, ya no hay nada de obsequioso en ella—. De manera que no, este no podía ser el problema. Y seguí buscando.

»La verdad es que se trata de una lista de lo más completa, hay todo tipo de nombres en ella. Políticos, empresarios, artistas, funcionarios... Continué avanzando a través de tan variado censo hasta que, de entre todos, otro nombre volvió a llamar mi atención. Uno de mujer, esta vez... ¿Te atreverías a aventurar alguna posibilidad, Gonzalo?

Pero no, Gonzalo Maceo no se atreve. Prefiere mantener el silencio, y esperar a que sea Tristán quien lo pronuncie. Lamentablemente, al hacerlo el cronista pone voz al mismo nombre que el director del museo lleva en la cabeza.

—Leire Martín —dice—. La conoces, ¿verdad?

Gonzalo no responde. Tampoco es necesario.

—Por supuesto que sí, claro que la conoces. ¿Cómo no hacerlo... —se pregunta Tristán— si es tu mujer?

Lentamente, Tristán vuelve a echarse hacia delante, posando sus manos de nuevo sobre el escritorio de Gonzalo Maceo. Todo en su postura es un desafío a su interlocutor.

—El problema no está en el pasado, hijo mío... El problema —repite— es el presente. Por eso no querías que siguiera investigando, ¿verdad? Pues muy bien. Pero tal vez ahora sí te interese saber lo que hice a continuación...

No hay respuesta.

—Interpretaré tu silencio como un sí. Salí de mi despacho en el archivo, y subí un par de pisos, hasta la planta segunda del ayuntamiento. Conoces esas oficinas, ¿verdad? Urbanismo... Una vez ahí, intenté hacer alguna averiguación más, unas cuantas preguntas...

—¿Has encontrado algo? —pregunta el director sin ningún tipo de entusiasmo en su voz.

—Bueno... —responde Tristán, encogiéndose de hombros—, supongo que debo admitir que, como detective, soy muy buen historiador, porque, por más que lo intenté, lo cierto es que no conseguí que nadie respondiera a una sola

de mis preguntas.

—Vaya, no te imaginas cuánto lo lamento...

—Especialmente —prosigue el viejo, ajeno a la burla del director— a ninguna de las relacionadas con la secretaria del departamento. Tu mujer.

De nuevo silencio. El director clava su mirada sobre el cronista.

—Sí, Gonzalo, las chicas de Urbanismo son todas un encanto, pero lo cierto es que, de un tiempo a esta parte, en esa planta la gente parece muy poco comunicativa. Se ve que no están cómodos con todo eso de la Operación Ganso... De manera que no me quedó más remedio que regresar a mi despacho. Pero, mientras lo hacía, no pude evitar pensar otra cosa.

—Algún nuevo disparate, sin duda —sugiere con desprecio el director.

—No lo creo, muchacho... Verás: por la manera de eludir las respuestas a mis preguntas, estaba claro que allí arriba todo el mundo cree que Leire podría estar metida en medio de alguno de esos follones que ahora están investigando. Y entonces voy y recuerdo tu enfado, la manera en que aún el domingo pasado me advertías de que disuadiera al alcalde de seguir adelante en su ataque a la cofradía...

—Eso lo hice por... —Duda, traga saliva, duda—. Eso lo hice por evitar males mayores.

—No, Gonzalo —rechaza Tristán con un gesto de su mano y una expresión triste en la mirada—. Sabes que eso no es así. Lo que callan en Urbanismo es cierto, ¿verdad? Leire tiene problemas, ¿me equivoco?

Tampoco esta vez contesta el director.

—No dices nada... —lamenta Tristán—. ¿Me dirás por lo menos qué tiene que ver la cofradía en todo esto? ¿Es que acaso hay más miembros involucrados?

Pero el director sigue sin responder. Se limita a tragar saliva mientras se afloja el nudo de la corbata. Desde su asiento, Tristán puede ver con claridad que Gonzalo ha empezado a sudar.

—Dime, Gonzalo, ¿de qué va todo esto?

—No es nada —titubea el director.

—¿Nada? Venga, muchacho, sabes que puedes confiar en mí. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

—¡Porque todo esto es un disparate! —explota de repente Gonzalo Maceo

—. ¡Nada de lo que estás diciendo tiene sentido, viejo, tu historia está llena de lagunas!

—¿Lagunas?

—¡Por supuesto! ¿Es así como has llegado a razonar todo esto? Pues entonces deja que te diga algo: ¡tu historia hace aguas por todas partes!

—No veo dónde...

—¡Pues yo sí! ¿Quieres un ejemplo? ¡De acuerdo! Si la hermandad es tan poderosa como tú insinúas, ¿qué ocurre con Velasco? ¿Cómo es que no sabemos nada más de él?

El cronista deja escapar una sonrisa resignada.

—¿Era eso? Por favor, Gonzalo... Es cierto, nos faltan explicaciones. Pero tú sabes que hay un tiempo para todo, y que ahora no es eso lo importante.

—¿Que no? —responde, crispado, el director—. Pues perdóname, Tristán, pero yo diría que lo es. ¡Sobre todo si pretendes venir aquí e insinuar que mi mujer es una corrupta solo porque una panda de tarados se dedicaron a hacer sabe Dios qué, hace más de doscientos años!

Tristán Taboada permanece en silencio. Observando al director del museo. Esperando a que se tranquilice.

—Sabes que eso no es lo importante, Gonzalo. Sabes que no lo es... Lo que en verdad importa es qué pintas tú en todo esto. ¿Hasta dónde estás involucrado?

Gonzalo Maceo se lo queda mirando, con los ojos como platos.

—¿Yo? —pregunta escandalizado—. ¿Acaso pretendes involucrarme también a mí en tus locuras?

—Por supuesto —le confirma el cronista—. Si tu mujer tiene problemas ahora es porque con toda seguridad antes ha tenido beneficios. Y, si ella los ha tenido... ¿Cuáles han sido los tuyos? Dime, hijo, ¿qué has sacado tú de todo esto?

Pero, una vez más, el director del Museo de Castrelos se niega a contestar. Traga saliva, se pasa la mano por el pelo, mira a uno y otro lado. Pero no contesta. El sudor empapa ya por completo el cuello de su camisa, y todo él es un manojo de nervios y crispación. Una vez más, Gonzalo Maceo vuelve a mirar a uno y otro lado. Incómodo, agobiado, y el viejo historiador lo sigue con la mirada. El escritorio entre ellos, las estanterías a un lado, la mesa de

juntas al otro... El despacho. Y ese es el momento. El instante preciso en que, por fin, el viejo cronista comprende.

—Oh, no... El despacho —dice lentamente, como para sí—. Eso es lo que te han dado, ¿verdad?

Tal como había hecho al principio de la conversación, Tristán Taboada vuelve a mirar a su alrededor, observando ahora cada rincón como si lo hiciera por primera vez.

—Así que este ha sido tu precio, ¿verdad, muchacho? Este despacho —dice, aún con la mirada perdida en el espacio a su alrededor—, este cargo... Mi cargo.

Los ojos del viejo Tristán buscan los de Gonzalo Maceo, pero este tan solo le aguanta la mirada apenas unos segundos.

—¿Cómo has podido, Gonzalo?

Pero Gonzalo no dice nada. Ya no lo hará, no dirá nada más.

—Qué decepción, hijo mío. Qué decepción...

Viernes, 7 de abril
Faro de Vigo, información local

DOSSIER GANSO: CONTINÚAN LAS INVESTIGACIONES

La jueza Celia Torres abre diligencias por presuntas irregularidades en la adjudicación de obras en la ciudad relacionadas con la Operación Ganso.

AQUILES VEGA

Luego de que en la tarde del pasado miércoles se le diera sepultura a los restos de César Escudeiro, fallecido el pasado domingo en circunstancias aún por esclarecer, ayer mismo la titular del Juzgado de Instrucción número 7, la magistrada Celia Torres, encargada del sumario de la Operación Ganso, anunció la apertura de un nuevo expediente, relacionado con la presunta adjudicación irregular por parte del Ayuntamiento de Vigo de una serie de obras públicas a lo largo de la ciudad. Si bien no ha querido realizar ninguna declaración al ser preguntada al respecto, todo apunta a que esta vez, y ya de manera invariable, el grueso de la investigación pasa por las posibles relaciones que el difunto alcalde pudiera haber mantenido con las empresas adjudicatarias, ya que es el Ayuntamiento de Vigo el que en su momento ofertó en primera instancia la mayor parte de las concesiones que finalmente se contrataron, por lo que [...].

16

—Gedeón, te estoy diciendo que tenemos un problema, coño.

El hombre se mete en la caseta de obra que le hace las veces de oficina y, antes de cerrar la puerta a sus espaldas, se vuelve una vez más para asegurarse de que nadie lo oye.

—Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice, dices? —La voz al otro lado de la línea suena cada vez más crispada—. ¿Así, como si no te hubiera dicho nada?

—Sí, cojones, sí. Eso es lo que te estoy diciendo, que te tranquilices de una puta vez.

—Pues lo que yo te estoy diciendo, Gedeón, es que lo sabe. Te estoy diciendo que el puto viejo lo sabe. Así que dime, ¡cómo coño quieres que me tranquilice!

Apoyado sobre la mesa que le sirve de despacho en la caseta, el hombre resopla, intentando mantener la calma.

—Pero a ver, muchacho, ¿qué es lo que sabe?

Silencio.

—No lo sé... Ayer estuvo aquí, me dijo una serie de cosas...

—¿Algo en concreto?

—No...

—Pues entonces tal vez no sea nada...

—¡O tal vez lo sea todo, joder!

—No me grites... —advierde el hombre—. ¡Y cálmate ya de una puta vez, coño!

Pero el aviso no sirve de nada.

—¡No me digas que me calme, cojones ya! Estoy harto de que todos me digáis lo que tengo que hacer...

Al otro lado de la línea, Gonzalo Maceo se ha encerrado en su despacho. Se mueve en círculos, caminando de un lado a otro de la sala. Suda sin parar, y las gotas no dejan de caerle sobre los ojos, cada vez más crispados.

—Jamás debí haberos hecho caso, joder...

—Un poco tarde para eso, ¿no te parece?

Pero Gonzalo no escucha.

—Ni a ella, ni mucho menos a ti.

—Oh, venga, no me hagas reír, muchacho...

—¿Te ríes de mí?

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? Cuando te proporcionaban beneficios, nuestras ideas no te parecían tan malas, ¿no?

—¡Vete a la mierda, maldito cabrón!

Sentado a la mesa en el interior de la caseta, Gedeón Montenegro echa el cuerpo hacia delante y clava los ojos en la pared frente a él, como dirigiéndose a un interlocutor invisible.

—Escúchame una cosa, puto gusano, y escúchame bien. —Su voz suena como cuchillo—. Hace tan solo un par de semanas, cuando el alcalde te nombró director de tu museíto de mierda, todo te parecía de fábula, ¿no es así?

Al otro lado, Maceo se limita a tragar saliva y sorberse los mocos.

—Yo quería algo, tú querías algo, tu mujer quería algo. Aquí todos queríamos algo... Y ella encontró la manera de hacerlo. Y, por lo que yo sé, hasta ayer no te parecía tan mal, ¿me equivoco?

Más silencio.

—Bien... Pues ahora me vas a hacer caso. Te vas a callar, te vas a tranquilizar, y vas a seguir con tu trabajo, como si aquí no hubiera pasado nada. ¿Estamos?

—Pero...

—¡Que te calles de una puta vez! —La voz de Montenegro atronó dentro de la pequeña caseta como si del bramido de la más temible bestia se tratara—. Si no fueras tan estúpido y cobarde, verías que todo esto que me has

estado contando no solo no es ningún problema, sino que incluso nos favorece.

—¿Que nos favorece? ¿Cómo?

En el rostro de Gedeón se dibujó una media sonrisa afilada que su interlocutor no pudo ver.

—Lo del viejo lo solucionaremos hoy mismo. Y ese otro detalle...

—¿Qué? —pregunta nervioso el director.

—Si es como tú has dicho, ese otro detalle nos viene que ni caído del cielo. Tus amigos y sus papelitos serán la guinda perfecta para nuestro pastel. ¿Tienes algo que objetar al respecto?

De vez en cuando, en la vida surgen momentos como este. Momentos en los que has de tomar una decisión. Y Gonzalo Maceo comprende perfectamente lo que le están preguntando. Sabe de sobra lo que tiene en las manos. Que alguien viva. Que alguien muera. Y sabe que, escoja lo que escoja, tendrá consecuencias. Podría decir algo. Podría incluso hacer alguna pregunta. Pero entonces se expondría a recibir respuestas que tal vez no quiera escuchar.

—No.

—Bien. Pues entonces deja que te haga una pequeña aclaración.

—Tú dirás —responde Gonzalo con un hilo de voz, por completo vencido.

—Si vuelves a insultarme, puto mamarracho, si tan solo vuelve a pasar por tu cabeza un mal pensamiento relacionado conmigo, voy ahí, me planto en tu despachito de mierda y te mato con mis propias manos. ¿Te ha quedado claro, hijo de puta?

Gonzalo Maceo no contesta. No se atreve a decir nada. Porque sabe que lo que acaba de oír es la verdad.

—Puto desgraciado...

Llamaron a la puerta cuando estábamos a punto de comenzar algo. Ahora no recuerdo si era la comida o una discusión. Pero mucho me temo que fuera más lo segundo. Porque, después de todo lo vivido el día anterior, las entrevistas, la carrera, las emociones, Mariña había vuelto a desaparecer. Yo creía que todo se había aclarado entre nosotros, aquel momento en los jardines de Castrelos, justo un par de segundos antes de echar a correr... Pero no: cuando me desperté, ella ya no estaba.

Lo que vino después fue una mañana larga, de preocupación, de llamadas sin respuesta, y de rabia. Porque me preocupé, al principio me preocupé. ¿Y si le había pasado algo? Pero luego comprendí que no. Su pijama doblado en el aseo como cada mañana y su taza de café en el lavaplatos decían que Mariña había tenido tiempo de levantarse, ducharse y desayunar como cada mañana. La llamé por teléfono. La llamé una y cien veces. Pero ninguna tuvo respuesta. ¿Dónde demonios se había metido? Y entonces me pudo la rabia. Rabia porque el día anterior me había acostado tan agotado que ni siquiera me enteré cuando ella se levantó de la cama. Rabia porque otra vez volvía a actuar a mis espaldas. Y rabia porque, fuera lo que fuera lo que estaba pasando, parecía que entre nosotros no había la confianza suficiente para hablar de ello. ¿Cómo habíamos llegado a esto? Y, sobre todo, ¿qué diablos estaba pasando?

De pronto, cuando ya no sabía qué más pensar, Mariña volvió. Había preparado algo de comer, y estaba sentado a la mesa de la cocina cuándo sentí el tintineo de sus llaves en el descansillo. La puerta se abrió justo

cuando me acercaba. Y allí estaba ella, como si nada. Diría que incluso sonriente.

—Mariña...

—¿Qué?

Lo de «sonriente» tampoco lo podría afirmar con demasiada seguridad porque, en realidad, tan pronto como ella atravesó el umbral de la puerta, yo nada más tuve tiempo de arrojar sobre ella todas mis preguntas.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no cogías el teléfono? ¡Te he llamado un millón de veces!

Ante mi enojo, todo lo que pudiera haber sido una sonrisa desapareció de su rostro.

—Simón... —respondió, sorprendida por lo airado de mi recibimiento.

—¿Se puede saber de qué va todo esto? ¿Dónde te metes? ¿Es que aún hay más secretos entre nosotros?

—Simón —repitió—, por favor, no. Esto no es...

—¿Lo que parece? —la interrumpí—. ¿Es eso lo que me ibas a decir? «Cariño, esto no es lo que parece, aquí nadie está teniendo una aventura con nadie...»

Se quedó observándome, con el ceño fruncido y el desconcierto en su mirada. Y por un segundo yo también me quedé en silencio. Pensando en si atreverme o no a hacer la pregunta. Aquella pregunta...

—Dime la verdad: ¿tienes una aventura con alguien?

Mariña abrió muchísimo los ojos.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! Yo...

Pero tampoco esta vez la dejé seguir.

—¿Es por Gonzalo? —pregunté—. ¿Es eso?

Y entonces también la expresión de Mariña cambió. A algo mucho más duro.

—¿Cómo has dicho? —preguntó clavándome su mirada, ahora llena de rabia—. Después de todo lo que te dije ayer, ¿y ahora me preguntas eso?

—Bueno, al fin y al cabo tampoco antes me habías contado que fuera tu novio...

—Ex novio —matizó.

—Como lo quieras llamar. Es más —continué, ajeno al enfado que

comenzaba a crecer en ella—, te recuerdo que cuando Tristán te lo preguntó en la Puerta del Sol tú incluso negaste conocerlo... ¿Es así, es eso?

Mariña frunció el ceño y arrugó la nariz, con expresión de desagrado.

—Pero... ¿con qué clase de persona te has creído que estás hablando, Simón? —preguntó al tiempo que cerraba la puerta de la calle con un sonoro portazo—. ¿No te basta con pensar que sea tan mezquina como para engañarte, que además me crees tan boba como para, encima, hacerlo con una persona tan repugnante como Gonzalo Maceo? Por favor... No solo estás metiendo la pata hasta el fondo, sino que, además, ¡estás quedando como un imbécil, Simón!

—Que yo estoy... ¡¿Pero qué dices?! —

A punto estaba de decirle algo más, con toda probabilidad algo que estropearía todavía más las cosas, cuando sonó el timbre. Justo cuando estaba dispuesto a demostrarle a Mariña todo lo imbécil que puedo llegar a ser, alguien llamó a nuestra puerta.

Aún nos quedamos así, mirándonos furiosos el uno al otro por un par de segundos, antes de que ella se girase para abrir la puerta.

—Hola de nuevo —dijo—. Bienvenida.

Se echó a un lado para dejar pasar a Nico.

—Hola —respondió la muchacha en voz baja, dedicándome una mirada de refilón—. Vengo a traeros los papeles, tal como quedamos ayer. Aunque... igual no es un buen momento.

—Por supuesto que sí —respondí, intentando aparentar la mayor de las normalidades—, ¿por qué no iba a serlo?

—Bueno —contestó ella, también como si tal cosa—, ¿igual porque vuestras voces se escuchan desde el ascensor, por ejemplo?

—Bueno, sí... ¿Son esos los papeles, entonces? —pregunté cambiando de tema, señalando una carpeta vieja que Nico traía bajo el brazo.

—Ajá —respondió, aún sin dejar de mirarme de reojo.

—¿Puedo echarles un vistazo?

Me los dio. Se trataba de una carpeta antigua, de aquellas de cartón azul, cerrada por un par de gomas en las esquinas.

—¿Quieres quedarte a comer con nosotros? —le ofreció Mariña al tiempo que yo abría la carpeta.

—No —respondió secamente—. Me da a mí que hoy de primero tenéis marrón, y ese plato es mejor que os lo comáis vosotros solitos.

Se dio la vuelta y volvió hacia la puerta.

—Me voy, que así podréis seguir discutiendo a gusto. Os dejo los papeles, confío en que los trataréis bien.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Espero que os sirvan de algo en lo que sea que estéis buscando.

—Gracias.

—De nada. Pero recordad que tenemos un trato. Si encontráis algo que confirme que la historia es real, la primera persona a la que se lo diréis es a mí. No habléis con nadie sin decírmelo a mí antes. Es el honor de mi familia lo que está en juego. O puede incluso que algo de pasta...

—No te preocupes.

—No te lo decía a ti, capullo. Se lo decía a tu novia. Si es que todavía lo sigue siendo...

Para mi sorpresa, las dos mujeres intercambiaron una mirada cómplice.

—Volveré el lunes por la noche para recogerlos —dijo, saliendo ya por la puerta—. Y recordad: tenemos un trato.

Mariña todavía se quedó viendo cómo Nico se metía en el ascensor, y yo me fui a sentarme al sofá negro, con la carpeta abierta en las manos.

Lo que contenía era una pequeña mano de cuartillas, bastante menos cantidad que las de Espinosa, pero mucho más amarilleadas por el tiempo. Por lo que nos había explicado Nico la noche anterior, sabía que no eran tan antiguas como las de la Colegiata, por lo que comprendí que estas no habían sido tan bien conservadas como las otras.

Eché por encima un vistazo rápido para comprobar que todo el texto pertenecía a una misma pluma. Un único puño y letra de trazos pequeños y apaisados como huella de ratón. La continuidad de la tinta, quizás en un principio negra, ahora descolorida en marrón, sugería que todo el escrito estaba hecho del tirón, de una sola vez.

Me senté, volví al comienzo y empecé a leer para detenerme nada más llegar al final de la primera hoja. «¿Cómo?»

—Mariña...

—Déjame en paz, idiota —respondió ella, todavía enfadada.

—No, en serio, escucha. Creo que deberías echarle un vistazo a esto.
Escucha...

Él la mató a ella, y yo..., ¿pues qué había de hacer, si no? Matarlo, es cosa clara. Y sin pensármelo dos veces, maldita sea. Matarlo. Como él habría hecho si pudiera... Porque era un miserable.

En realidad, todos lo éramos...

Van a plantar un árbol. Un olivo, dicen. Por lo visto se trata de un esqueje, una rama que alguien sacó de aquel que había delante de la iglesia de Santa María. No de la nueva, sino de la que había antes, de la vieja. Van a plantarlo allá arriba, dicen. Extramuros, frente a la puerta de la Falperra, donde la calle Pobladores se encuentra con la carretera de Baiona. Y eso está bien, porque es una celebración. Conmemoran que hayan pasado cincuenta años ya desde que derrotamos a los franceses. Sí, eso está bien... El problema es otro. El problema es quienes lo van a hacer. Ahora ya casi nadie lo recuerda. O, mejor dicho, han escogido no hacerlo. Pero yo los conozco, yo sé quiénes son... Son los mismos miserables que entonces nos traicionaron a todos. Son ellos, son sus hijos, son sus secuaces. A los que vencen no les basta con escribir la historia, no, que además han de dejar en ella anotadas sus carcajadas. ¡Que todos sepan cómo se rieron de nosotros! Y no, eso no está bien...

Cincuenta años, medio siglo ya. Se dice rápido, y es toda una vida... Corre el tiempo, se escurre entre los dedos sin apenas avisar y, perdido en el silencio, no se da uno cuenta de que la vida se le va. Por eso, antes de que mi tiempo se agote y no me quede vida para contarlo, me gustaría dejar aquí constancia de una serie de acontecimientos. Porque ahora, después de tantos años, sé que hay falsedades que nadie desvelará si yo no las desvelo. Como, por ejemplo, lo que buscaba en realidad el alférez aquel, el tal Morillo. Y hay verdades que nadie contará si yo no las cuento. Como, por ejemplo, lo que hicimos entre todos.

O como ella...

Apenas recuerdo ya su rostro, no recuerdo su olor. Maldita sea, no recuerdo el color de las calles a su paso, y apenas recuerdo el sabor del viento cuando ella estaba cerca. Es por eso que, cada noche, lo que de mi corazón queda sale a buscarla. La procura en sueños, en todos y cada uno de mis

sueños. Y todos se envenenan cuando, por fin convertidos en pesadillas, en todas acaba apareciendo él. Él, siempre él... Y así, aquello que un día fue gozo hoy se vuelve tortura y lamento. Tragedia...

Es el momento de confesarlo todo. Me llama la tierra, mis huesos van siendo ya más del camposanto que de las paredes que guardan esta casa, y yo prefiero confesarlo todo. Ahora. Quién sabe si cuando llegue el sacerdote habrá todavía tiempo suficiente para contar todo lo que tengo que contar. O, por lo menos, alguna de estas tres verdades. Porque, al fin y al cabo, una de ellas es la misma muerte: él la mató a ella, y yo..., ¿pues qué había de hacer, si no? Matarlo, es cosa clara. Y sin pensármelo dos veces, maldita sea. Matarlo. Como él habría hecho si pudiera... Porque era un miserable.

En realidad, todos lo éramos.

ACTO CUARTO. LAS TRES CONFESIONES

ACTO CUARTO

LAS TRES CONFESIONES
DE HUGO SANJUÁN

Primera

Primera

Me llamo Hugo Sanjuán, y nada más contaba diez años cuando los franceses llegaron a Vigo. O eso creo. En realidad, tampoco lo podría afirmar con absoluta certeza, y si digo diez es porque esos eran los años que habían transcurrido desde que los monjes franciscanos me acogieron en su convento. Lo que sí puedo dar por seguro a quien me quiera escuchar es que esa es la razón de mi apellido, Sanjuán. Nadie sabía quién era yo, mucho menos si ya tenía un nombre ni cuáles serían mis apellidos, así que me pusieron el de la onomástica del día en que mi madre, mi padre, o quien demonios fuera, me abandonó junto a la puerta de Santa Marta. Sucedió el 24 de junio de 1795, y ese fue el primero de los tres acontecimientos que marcarían mi vida.

Lo que en un principio podría parecer una desventura, con el tiempo resultó ser una suerte para mí. Jamás conocí a mi madre, es verdad, y maldita sea si alguna vez he sentido ganas de abrazar a un hombre al que llamar padre. No, yo no sé lo que es tener ese tipo de familia. Pero tampoco es menos cierto que otra no me faltó. La que yo conocí fue la de los monjes franciscanos del convento de Santa Marta, sobre las arenas del Berbés, que fueron quienes me recibieron, me alimentaron y me dieron cobijo.

Tan pronto como tuve edad para hacerlo, comencé a trabajar en el convento, encargándome de todo cuanto fuera necesario para merecer catre y alimento. Desde muy pequeño fregaba los suelos, limpiaba las letrinas, reponía la carbonera, cuidaba de las mulas en el establo y trabajaba el huerto. A cambio, los frailes tuvieron a bien hacer por mí algo que toda la vida les agradeceré: enseñarme a leer y a escribir. Gracias a aquello pude conocer un

mundo de ideas y saber, al que de ninguna otra manera habría accedido de no haber sido por la tozudez de aquellos frailes y la paciencia, muy especialmente, de entre todos uno, de quien más adelante hablaré con el detalle que merece.

Con todo, y por más que mi mente siempre se mostró abierta, he de admitir que tal cosa jamás ocurrió con mi alma, pues por más que todos y cada uno de los hermanos hicieron lo posible por abrir mi espíritu a Dios, en todos los años que compartí techo y alimento con ellos nunca sentí en mí otra llamada que no fuera la de mi estómago a la hora de la comida. No, por aquel entonces era pronto para saberlo, pero los ángeles del cielo guardaban otros planes para mí. A veces, el Señor también necesita algún corazón impuro del que valerse para ajustar ciertas cuentas terrenales.

Así que no lo sé, tal vez fueran trece años, o puede incluso que fuera algo más el tiempo que mis pecados llevaban arrastrándose por el barro de este sucio mundo. Lo único que sé es que, cuando las tropas de Napoleón entraron en nuestro pueblo, el 1 de febrero de 1809, yo era poco más que un mocosito, un trapisondista en ciernes observándolo todo bajo la lluvia. Pero ya con el entendimiento suficiente para comprender que aquello no podía ser nada bueno.

En efecto, por más que el barón Girardin, nuevo gobernador de la plaza, se llenara la boca con palabras de paz y fraternidad, las cosas no tardaron en torcerse. Pese a los pocos días que llevaba en el cargo, el alcalde, el valiente señor don Javier Vázquez Varela, intentó presentar su dimisión junto con la de toda la corporación municipal ante el mando napoleónico. ¿Qué sentido tenía permanecer en el cargo, si no era para ser más que un títere, un pelele en manos de los franceses? Pero el gobernador no estuvo de acuerdo. *Monsieur* Girardin no solo no aceptó la renuncia de don Javier, sino que incluso lo obligó a permanecer en el cargo, a él y a toda la junta de gobierno, bajo la amenaza de fusilar allí mismo a quien se negase a acatar sus órdenes. Ante semejante respuesta, todos comprendieron que jamás habría acuerdo posible y que de entonces en adelante cualquier acción que se decidiera tendría que ser de espaldas a los franceses.

No queriendo soliviantar los ánimos de la tropa, durante los primeros días de ocupación se intentó llevar una convivencia lo más pacífica posible, todo y

que las malas maneras de la soldadesca motivasen que, poco a poco, aquellas buenas intenciones fueran cada vez más difíciles de mantener. Heridos, harapientos y con los estómagos llenos de aire como llegaron, los hombres del emperador se excedieron en sus abusos ya desde el primer momento, y raro era el día que no terminaba con la presentación de alguna queja por parte de los vecinos ante el alcalde, don Javier. Pero a ellos no les importaba. A los soldados lo mismo les daba una parte que otra de la villa, una casa particular que una institución mayor. Ellos lo asaltaban todo. Como, sin ir más lejos, nuestro convento...

Al día siguiente de su entrada en la plaza, el mismo día 2, una pareja de oficiales se presentó en nuestro convento, exigiendo que nos dispusiéramos a dar cobijo a setecientos de sus hombres. Setecientos... Tan pronto como los dos oficiales encontraron un par de camas en las que descansar relajaron sus exigencias, pero no así aquel grupo de hombres que ya ocupaban nuestro patio. Sin mandos que los reprimieran, aquellos salvajes no tardaron en tomar al asalto nuestras despensas primero y, lo que es peor, nuestras bodegas después. El hermano Rolán me indicó que fuera ligero a despertar a los oficiales, pues, de seguir así, era lo más probable que la cosa rematara en tragedia.

Entré corriendo en la celda en la que ya roncaban aquellos dos miserables y, al despertarlos en demanda de ayuda, no se les ocurrió mejor idea que desenvainar sus sables y ponerme la punta de sus filos en el gaznate.

—Ya puede estar ardiendo la mismísima Notre Dame de París para que oses despertarnos, charrán —me advirtió uno de ellos.

—Por mi fe, maldita sea. Más te vale que lleguen al cielo las llamas si no quieres morir ensartado —amenazó el segundo—. ¿Dónde está el fuego que hace que nos molestes?

—En el patio, señores —respondí, intentando disimular mi miedo.

—¿Ah, sí? —preguntó con desdén el primero—. ¿Y qué es lo que ocurre en el patio, entonces?

—Son sus hombres, señor. Ya se han comido todas nuestras provisiones. Tres cerdos que matamos en diciembre, todos los lacones, el tocino y hasta seis mil sardinas que guardábamos en conserva. Y ahora piden más vino, *monsieurs*.

—¿Y? —preguntó el primero—. ¿Cuál es el problema?

—Que ya apenas nos quedan unos pocos barriles, señores. Si se los damos, no quedará nada para los demás.

—Maldito mocoso —rezongó el segundo, sin duda el más colérico de los dos—. ¡Da de beber a mis hombres, gato asqueroso, que no les falte de nada!

—Y si se acaba que se acabe —me advirtió el otro—. Ya mañana veremos qué hacemos.

—¡Que no les falte de nada, maldita sea! —insistió el segundo—. Y no vuelvas a entrar en esta pieza si no es para morir...

El nuestro no fue el único caso. Como ya he dicho, día tras día los desmanes se repetían por toda la villa sin que nada hiciera para remediarlo ninguno de los tres gobernadores que pasaron por el cargo en menos de medio mes, a saber: el coronel Girardin, primero, el comandante Limousin, después, y, finalmente, Jacques Antoine Chalot, el comandante que se mantendría en el cargo de gobernador ya hasta la marcha de las tropas. Ante las quejas enviadas por don Javier, todos se limitaron a devolver, una y otra vez, escritos llenos de buenas palabras y ninguna intención real de poner fin a tales abusos. Si ahora cuento esto nada más es para que se nos entienda, que así las cosas pronto comenzó a hacerse patente la necesidad de pasar a la acción.

Por eso, tan pronto como tuvo ocasión, nuestro querido alcalde dio orden de organizar una reunión secreta, convocando a ella a todos quienes tuvieran alguna capacidad operativa en la lucha contra el invasor gabacho.

Aunque ya se había empezado a hablar de ello el día 8, en realidad el encuentro no se pudo celebrar hasta una semana más tarde, aprovechando que la división Heudelet había abandonado la villa para unirse a las tropas del mariscal Soult, con la peregrina intención de invadir y conquistar Portugal. Así, valiéndose de la bajada de la guardia en el mando francés, el 15 de febrero, y bajo una gélida lluvia, por fin se pudo celebrar la reunión en la casa de don Cayetano Parada y Pérez de Limia, el alcalde del vecino Fragoso. Entre los hombres que allí se dieron cita, y además de don Javier, también estaban los seis hijos de don Cayetano, a saber: Vicente, Xosé, Francisco,

Pedro, Xoán Antonio y Xoán Xosé; don Francisco Benito Rúa, quien de esa noche en adelante pasaría a ser el ayudante del señor Pérez de Limia; el padre Xosé Benito Mouriño, párroco de Bouzas, y los hermanos fray Antonio Domínguez, fray Xosé Requena y fray Antonio Martí. Y si alguien se pregunta cómo es que yo guardo el detalle de esta información, es porque aquella noche, en la casa del alcalde del Fragoso, había dos asistentes más. Uno era yo. El otro, el hombre que, anticipándose a los acontecimientos, había tenido la idea de llevarme a la reunión: el hermano fray Andrés Villageliú.

Yo no sé cuántas son las cosas que un hombre ha de aprender para que, cuando llegue el momento de entregar su alma a Dios, sienta que se puede ir de este mundo en paz, sabiendo que ha aprovechado su vida. No sé si son muchas, no sé si son pocas. Pero lo que sí sé es que todo aquello que me formaría como ser humano, todo lo verdaderamente importante de la vida, me lo enseñaron dos hombres buenos. El primero de ellos fue, como antes dije, fray Andrés Villageliú.

Predicador primero del convento, tan alto como fuerte, y tan noble como audaz, el hermano Villageliú fue lo más parecido a un padre que he tenido jamás. Tan cierto es esto que estoy seguro de que si en todo el tiempo que pasé en el convento nunca me dieron en adopción fue por la protección de su mano. Crecí bajo su tutela directa, él fue quien se aseguró de que leyera y escribiera con soltura, y también fue el primero en inculcarme el valor de las palabras. De voces como Justicia, Respeto, Transigencia... Y Libertad.

El segundo y último de los hombres decisivos en mi vida sería otro. Uno para el que, aunque yo no lo sabía, estaba a punto de comenzar a trabajar aquella misma noche... Porque esa fue la razón de que yo estuviera allí: comprendiendo antes que nadie la gravedad de las decisiones que en aquella casa se iban a tomar, aquella noche fray Andrés me llevó a mí, apenas un bribón que por aquel entonces no levantaría mucho más de metro y medio del suelo, a una reunión en la que, con toda probabilidad, se decidiría el rumbo que de entonces en adelante tomaría nuestra villa.

Es por eso que puedo dar buena cuenta de lo que allí se dijo, pues, aunque callado en un rincón al calor de la lumbre que alejaba la humedad que llevaba conmigo, yo estuve presente, y a pesar de que nada más era un niño, guardo

buena memoria de todo cuanto allí se habló. Tres hombres fueron los que marcaron el ritmo y tempo de la conversación. El primero sería el propio anfitrión, don Cayetano Parada, quien aprovechó para poner a todos al corriente del estado de las cosas. Por lo visto, cada día se llegaban al valle más y más paisanos de manera voluntaria, dispuestos a combatir con bravura contra los franceses siempre que fuera menester. Dio informe de que todas aquellas gentes comenzaban a agruparse bajo el celo y comando de otro religioso, don Xoán Rosendo Arias, abad de Valadares, convirtiéndolo así en el principal dirigente de la ofensiva. Así mismo, también garantizó la total disposición de los vecinos del Fragoso, por los que él daba palabra y testimonio.

Por su parte, mi maestro, el padre Villageliú, sorprendió a todos los presentes confirmando que desde ese momento en adelante comenzaría una participación más activa, si cabe, luchando de manera directa contra el invasor. He de decir que ya antes de la llegada de las tropas napoleónicas a Vigo, fray Andrés había colgado los hábitos, causando el asombro de todos los vecinos al echarse al monte para intentar contactar con el ejército de don Pedro Caro y Sureda, el mismísimo marqués de la Romana, y capitán general de las provincias septentrionales. Al no conseguir dar con el escurridizo militar (quien por aquel entonces ya se había ganado entre el pueblo el sobrenombre de Marqués de las Romerías, dada su pasmosa facilidad para evitar la «fiesta» de la contienda desapareciendo por los caminos y pistas de fragas y bosques), el hermano franciscano terminó contactando con el abad de Valadares, al servicio de quien se puso en calidad de ayudante. Tal como se acordó en la reunión, desde aquella noche fray Andrés se encargaría de actuar como enlace entre las distintas partidas y alarmas de voluntarios.

Con todo, aquello no fue lo más importante que se decidió aquella noche. Ni mucho menos...

Cuando le tocó el turno, don Javier Vázquez Varela, alcalde de la plaza de Vigo, manifestó su total compromiso con la misión que le había sido encomendada, que no era otra que la de mantener activo el contacto con los alcaldes de las villas vecinas de Bouzas y del propio Fragoso, a fin de poder abastecerles de armas y municiones que, a su vez, estos harían llegar a las alarmas paisanas. Labor esta, por cierto, en la que desempeñarían un papel

determinante fray Andrés y la alforjas de su mula, una de las mayores parejas de estraperlistas de nuestra historia. ¡Con toda la pólvora que fray Andrés sacó de la villa en las alforjas de su mula, bien se podría haber volado París entero! Una vez que hubo quedado claro y confirmado el compromiso de don Javier, se esforzó mucho este en advertir que, antes que nada, sería del todo imprescindible actuar con tanta mano izquierda como fuera posible... Con todo lujo de detalles, el señor Vázquez Varela pasó, entonces, a informar de cuál era la situación en el interior de la villa.

A pesar de las buenas formas que en apariencia se guardaban, el entendimiento resultaba imposible. El gobernador de la plaza, que por aquel entonces ya era el comandante Chalot, se negaba a atender a otras razones que no fueran las suyas, por lo que se imponía con urgencia un plan de contraataque. El problema estaba en que, a pesar de que el grueso de las tropas acababa de abandonar la villa con rumbo a Portugal, la fuerza del aparato militar que todavía permanecía acuartelado en Vigo, unos dos mil soldados franceses, seguía siendo más que temible. Don Javier sabía que cualquier acción que Chalot pudiese considerar abiertamente hostil sería repelida con dureza, empleando para ello una violencia ante la cual los vecinos nunca tendrían nada que hacer. Mientras la resistencia exterior no estuviera convenientemente organizada, lo que se imponía era esperar. Pero no de brazos cruzados... Que don Javier era un hombre cabal e inteligente ya lo sabíamos de antes. Pero aquella noche todos descubrimos una nueva faceta suya: la astucia.

Según allí nos explicó, su intención era la de comenzar un juego diferente con el nuevo gobernador. Hombre de leyes como era, en todo momento se mostraría Vázquez Varela dispuesto a actuar conforme a derecho, siempre consonante con lo que la legislación pertinente dictara. Nos explicó que ante Chalot se mostraría dispuesto y comunicativo como el que más, pero sin revelarle en ningún momento que aquello no sería lo único que haría.

—Como sin duda sabrán, caballeros, en la guerra no todo son sables y mosquetones. Hay otras armas más bien peligrosas.

—Sin duda se refiere usted a los cañones, ¿no es así, don Javier? —preguntó el señor Pérez de Limia.

—No, don Cayetano —respondió con una sonrisa el alcalde—. Yo me

refiero a algo más poderoso aún: el ingenio.

—¿El ingenio, dice?

—Por supuesto. Bien utilizado, el ingenio puede ser más peligroso que cualquier cañón, y la astucia más letal que cualquier proyectil disparado a ciegas... ¿Han pensado ustedes, por ejemplo, en el forraje?

Todos se quedaron mirando a don Javier. «El forraje», repitió alguno por lo bajo. Otros fruncieron el ceño, y hubo quien rezongó, pero nadie respondió nada.

—Algo en apariencia tan inofensivo como el forraje, caballeros, se revela de una importancia suprema para cualquier ejército, ya que, si desaparece, sus bestias no tendrán con qué alimentarse. Y díganme, señores, sin caballos... ¿qué montarán los temidos dragones franceses? ¿Sobre qué animal cabalgarán sus veloces húsares?

Sonrió nuevamente don Javier al ver que, poco a poco, todos los conjurados comenzaban a comprender.

—Daré órdenes a todos los vecinos —siguió— de que hagan acopio de provisiones, y que escondan en sus casas todo cuanto alimento les sea posible con la mayor de las discreciones. Cuando hayamos matado de hambre a sus caballos, lo haremos también con sus soldados.

—Brillante —comentó uno de los hijos de don Cayetano.

—Excelente —subrayó el hermano Requena.

—Y eso es solo el principio. Cuando Chalot crea que no hay alimentos para nadie, podremos incluso amenazarlo con la propagación de epidemias... Aunque todo sea falso, por supuesto.

—Bravo, compañero —le felicitó el alcalde de Fragoso.

—Gracias, don Cayetano. Pero como comprenderán ustedes, para que la misión tenga éxito es de todo punto indispensable la mayor de las discreciones. La ciudad está plagada de espías, no podemos confiar en nadie que no sea conocido.

—E incluso ante según qué conocidos, mejor salir corriendo —apuntó fray Martí, otro de los franciscanos del convento que había subido con nosotros—. No se olviden ustedes de los corsarios del Arenal.

—Es cierto —corroboró fray Andrés—. Está ese Espinosa...

—Un tipo peligroso, es verdad —asintió don Javier—, al que sin duda

hemos de vigilar de cerca. Por eso, insisto, es vital que seamos discretos en este aspecto. Necesitamos tejer una red de contactos dentro y fuera de las murallas que sea por completo fiable. Y unos buenos correos, por supuesto...

Asintieron todos los presentes.

Aún se discutió toda una serie de cuestiones menores antes de que la reunión se diese por concluida, comprometiéndose para entonces todos sus asistentes a la más absoluta entrega a la causa.

Cuando todo estuvo dicho, los conjurados fueron abandonando la casa poco a poco, perdiéndose en la oscuridad de la madrugada, húmeda y fría, hasta que en el patio ya no quedaron más que don Javier y los miembros del grupo que habíamos venido desde el convento de Santa Marta. En ese momento, fray Andrés se acercó al alcalde y, discretamente, se lo llevó a un lado.

—Es francamente impresionante todo lo que ha contado ahí dentro, don Javier.

—Gracias. Ahora solo falta que salga bien.

—¿Cree que podrá hacerlo?

—Es difícil, la verdad. Pero si conseguimos que ese joven comandante, Chalot, muerda el anzuelo... No veo por qué no.

—Necesitará ayuda.

—La de todos los santos —le confirmó sonriendo con franqueza don Javier.

—Rezará por usted. Pero ya sabe, Dios escribe con renglones torcidos... y a veces lentos.

—No tengo otra opción.

—Sí la tiene.

Fray Andrés se volvió en nuestra dirección.

—¡Hugo! —me llamó—, ¡acércate!

Cuando llegué junto a ellos, mi maestro me pasó el brazo por los hombros y, después de dedicarme una sonrisa cariñosa, volvió a dirigirse a Vázquez Varela.

—Este muchacho es Hugo Sanjuán, mi aprendiz. No se deje engañar por su juventud, aquí donde lo ve, este sollastre es una verdadera centella. Listo como un ratón pero astuto como un gato, ágil como una ardilla pero

escurridizo como una anguila.

—No me diga usted... —respondió el alcalde, observándome de arriba abajo con curiosidad.

—Y tanto que se lo digo. No en vano, este muchacho ya era capaz de abrir todos los candados con los que el hermano Rolán cierra la cocina y asaltar nuestra despensa mucho antes de que lo hicieran los franceses. Pero él con mucha más discreción. No tanta como para engañar a Dios —advirtió, guiñándome un ojo—, pero sí con la suficiente como para despistar al hermano Rolán...

—Comprendo.

—Pero lo importante, don Javier —siguió explicando fray Andrés—, es que, sobre todo, es bueno. Quédese con él —dijo de repente.

—¿Cómo? —intenté preguntar, desconcertado por la oferta.

—¿Cree que nos será útil? —preguntó el alcalde, ajeno a mi sorpresa.

—Por supuesto. Es noble y leal. Y listo. Si necesita un correo, no encontrará a nadie mejor.

Desde mi poca estatura, y todavía un poco asustado, pude ver cómo aquellos dos hombres me sonreían desde allá arriba.

—De acuerdo —aceptó por fin el señor Vázquez Varela, posando su mano sobre mi hombro—. Venga, lagarto, que te vienes conmigo.

Así fue, pues, como el 15 de febrero de 1809 pasé a servir a las órdenes de don Javier Vázquez Varela, regidor de la villa de Vigo. Ese fue el segundo de los acontecimientos que marcarían mi vida.

Segunda

Segunda

No es mi intención contar aquí todo lo que ocurrió en aquellos días. Eso ya está en los papeles. Aunque con maledicencia y ladinas interpretaciones, lo cuentan estos días los periódicos, y de seguro no tardará en pasar lo más notorio a las crónicas y a los tratados de historia. No, yo no voy a relatar todo aquello... Pero sí que me gustaría reparar en algunos instantes olvidados. Querría llamar la atención sobre aquellos otros momentos, los pequeños detalles sobre los que, con seguridad, nadie hablará. Porque la historia la escriben al dictado los que mandan. Y esos... Con toda seguridad, esos no contarán jamás la gran decepción que grabaron a fuego entre todos nosotros.

Así pues, en los días que siguieron no solo pude comprobar cómo don Javier Vázquez Varela ponía en marcha sus planes, sino incluso participar en ellos de manera activa: siguiendo las recomendaciones de fray Andrés Villageliú, yo pasé a ser su correo personal. Y mi primer trabajo fue también mi primera gran prueba. Tal como había explicado, tan pronto como rayó el alba al día siguiente, don Javier redactó una misiva en la que le comunicaba al gobernador de la plaza que, lamentándolo mucho, no podría hacerse cargo de su demanda de víveres, tanto para la tropa como para las bestias, ya que en la villa comenzaba a escasear el alimento, ya no solo para los soldados del emperador, sino incluso para sus habitantes. Sabiendo como sabía que el comandante Chalot, no confiando en la respuesta, lo primero que haría sería ordenar un registro a fondo, el alcalde me ordenó correr la voz entre todos los vecinos de que se apresuraran a hacer acopio de provisiones y esconderlas en

sus casas de la mejor manera posible. Y, sobre todo, sin llamar la atención de la soldadesca en ningún momento.

Recorrí la villa con tanta discreción y diligencia como me fue posible. En el pueblo todos me conocían. Ser «el zagal de Santa Marta», como los vecinos me llamaban, me había granjeado su simpatía, de manera que todos se mostraron receptivos y dispuestos a escuchar cuanto les tuviera que decir. En un par de horas ya la voz se había corrido por toda la villa, de manera que, para cuando los hombres de Chalot comenzaron a recorrer una puerta tras otra, en ninguna casa del pueblo había ni el más ruin pellizco de tocino a la vista.

Y así fue como comenzó la guerra del alcalde. Poco a poco, grano a grano, batalla tras batalla, Vázquez Varela comenzó a desgastar las resistencias del gobernador. Extraño era el día que en el despacho de don Javier no se recibía una nueva demanda de *monsieur* Jacques Antoine Chalot. Y la contestación siempre era la misma: «En respuesta a su petición, lamento mucho informarle de que no me será posible atender...», redactaba don Javier al tiempo que yo volvía a salir por la puerta, con el aviso para los vecinos.

Todo se fue manteniendo más o menos igual a lo largo del mes de febrero y buena parte del de marzo, conmigo empleado como contacto eventual con las partidas en el exterior, con fray Andrés y su mula sacando cada vez más pólvora camuflada bajo las lechugas que llevaba en las alforjas, y desgastando poco a poco la moral de los franceses, haciéndoles pasar cada día algo más de hambre, a ellos y a sus animales. Todo igual, hasta el 18 de marzo. Ese fue el día en que estuve por primera vez en presencia de Chalot. El día en que las cosas comenzaron a cambiar...

Es cierto que unos días antes, el 12 de marzo, y sospechando que por las puertas de la villa más era lo que salía que lo que entraba, el gobernador dio orden de cerrar los pasos de la muralla. «A barra y piedra», ordenó, por lo que mi trabajo de correo pasó a complicárseme un poco más. Para empezar, el convento de Santa Marta quedaba extramuros, por lo que cualquier aviso que tuviera que pasarles a los hermanos, tan activos en aquellos días, me resultaba un poco más difícil que de costumbre. Pero, como digo, todo

cambió el día 18.

Aquel día, don Javier redactó una nueva carta. Pero esta vez, al contrario que las anteriores, no me hizo correr a prevenir a los vecinos de ningún registro.

—Ha llegado el momento de un pequeño cambio de estrategia, joven Hugo. Ten —dijo, entregándome la carta—, llévale esto a Chalot.

—¿Yo, señor?

—Tú —me confirmó con una sonrisa—. Entrégaselo, y dile que aguardas su respuesta en mano.

—De acuerdo, señor —respondí, con la mirada puesta sobre el papel doblado, y aún sin tenerlas todas conmigo.

—Fíjate, Hugo —me advirtió cuando ya me iba—, observa bien cuál es su reacción. Presta atención a los detalles, y vuelve para contarme todo cuanto hayas visto.

—Así lo haré, señor.

Con el papel lacrado en el bolsillo, corrí hasta la Casa del Francés. A llegar, un soldado que hacía guardia en la puerta me dio el alto.

—Traigo un correo para *monsieur* Chalot —expliqué—. Es el alcalde quien lo envía, el señor Vázquez Varela.

—Pues muy bien, mocoso —me respondió con desprecio—. Dámelo a mí, y yo se lo haré llegar al gobernador.

—No, señor —me negué—. Tengo que entregarlo en mano y esperar la respuesta.

El soldado, un muchacho joven, de pelo rojizo y el rostro marcado por la viruela, se me quedó mirando, sorprendido. Después de pensárselo un instante, me indicó que aguardara allí y se fue a consultar. Despejada la entrada, yo aproveché para asomarme al portal, lo justo para curiosear en su interior. Y la vi.

Aquella fue la primera vez que nuestras miradas se cruzaron, y a mis ojos de chiquillo se me antojó un ángel del cielo. Bajaba por las escaleras con un hatillo de ropa sucia en las manos. Llevaba el cabello revuelto y señales de cansancio en el rostro, y nada más me dedicó una mirada rápida al pasar ante mí. Se llevó la mano que le quedaba libre a la frente, para apartar el sudor que le resbalaba por el pelo, y, justo al doblar el último escalón, me miró. Me

dedicó una sonrisa, rápida y fatigada. Total, yo no era más que un mocoso. Y ella me pareció un ángel, uno que bajara del cielo a la tierra por aquellas escaleras, en la Casa del Francés.

Todavía la seguía con la mirada, cuando el soldado pelirrojo volvió a plantarse ante mí.

—Está bien, pasa —me ordenó—. El gobernador te espera.

Subí al primer piso y pasé a su despacho, que reconocí al momento por ser la única estancia guardada por un soldado en la puerta.

—Traigo un correo para usted, excelencia.

Chalot sonrió al verme.

—Rebájame el tratamiento —respondió con amabilidad al tiempo que se acercaba a mí—, que no llegan a tanto los honores.

Me tendió la mano para que le entregara la misiva, y yo se la di. Debo decir que me impresionó. A tan poca distancia, Jacques Antoine Chalot se veía más alto y fuerte de lo que me había imaginado. Y mucho más joven de lo que se contaba por ahí. Por más que la gente dijera otras cosas, aquel hombre no podía pasar de los cuarenta años.

—Se me ha ordenado que aguarde su respuesta, señor.

—Lo sé.

Desplegó la carta y, aún sin mudar la expresión amable, comenzó a leer. Y yo, tal como se me había indicado, a observar. Y, maldita sea, diré que lo que vi no me gustó...

A medida que el gobernador leía la carta, su sonrisa iba desapareciendo, a tal punto que, para el final del documento, su expresión ya se había convertido en un mohín incómodo, un gesto de rabia mal disimulado. Tomó aire.

—Por lo que parece, estáis a punto de morir.

Sentí cómo se me arqueaban las cejas.

—¿Cómo dice, señor?

Volvió a clavar su mirada en mí, de pronto muy serio.

—Por lo que aquí me cuenta vuestro alcalde, parece ser que la comida se ha terminado, ya no queda alimento para nadie.

—Ah, eso —dije, recomponiendo el gesto tan rápido como pude—. Es la verdad, señor —mentí.

—De hecho, también me advierte don Javier de que, desde que he dado la orden de cerrar las puertas de la villa, el hambre se ha extendido de tal manera que amenaza con convertirse en epidemia...

Me dedicó una nueva mirada, si cabe todavía más severa.

—¿De verdad es esto lo que está ocurriendo, muchacho?

—En todo punto y letra.

—Por supuesto —respondió, manteniéndome suspicaz la mirada—, por supuesto...

Giró sobre sí mismo y, tamborileando con sus dedos sobre la carta, regresó a su escritorio.

—Pues atiende, truhán, porque esta es la respuesta que le vas a llevar a tu alcalde: no.

Le mantuve la mirada.

—¿No, señor?

—Así es —repitió—, no. De sobra sé que me estáis mintiendo, de modo que le dirás que no. No voy a dar orden de volver a abrir las puertas mientras vuestro alcalde no me entregue comida y forraje. Lo lamento, mi pequeño amigo, pero si esto es lo que don Javier quiere, entonces no nos quedará más remedio que averiguar quién es más fuerte de los dos.

Supongo que en realidad fue la negativa de Chalot a abrir las puertas lo que motivó el siguiente movimiento. Viendo que el gobernador se negaba a colaborar, don Javier sugirió la oportunidad de dar un paso adelante. Y así, la mañana del 19 de marzo se produjo el primer ataque efectivo sobre la villa. Es verdad que nada más fue un poco de fuego de fusilería disparado desde el barrio del Arenal, pero para Chalot aquello era toda una declaración de intenciones, y entró al trapo sin dudarle. Dio orden de formar una expedición de castigo, y envió un escuadrón de dragones dispuestos a aplacar la revuelta. Lástima que no se le hubiera pasado por la cabeza la posibilidad de que don Javier, astuto como pocos, ya hubiera enviado el aviso previo... Así, para cuando los dragones llegaron al Arenal, ya los paisanos llevaban un buen tiempo aguardando por ellos. Al final, fueron los franceses los que acabaron castigados y batiéndose en retirada.

Y, por increíble que parezca, fue a raíz de este incidente que Chalot, aún ignorante de la implicación del alcalde en aquellos hechos, le encomendaría a Vázquez Varela la creación de una suerte de cuerpo de guardia que garantizase la seguridad de la villa. Yo no sé si don Javier lo tenía todo planeado ya desde antes, o si nada más fue fruto de la más bendita casualidad, pero, por supuesto, nuestro alcalde se mostró dispuesto a la mayor de las colaboraciones, garantizándole al gobernador que tal cuerpo estaría formado nada más por hombres de probada resolución y compromiso.

En descarga de Chalot, debo decir que por aquel entonces don Xoán Rosendo Arias, el abad de Valadares, y el padre Villageliú ya habían tomado el alto de Puxeiros, el acceso meridional del valle, por lo que cualquier ayuda a la plaza que el gobernador pudiera aguardar por parte de sus compatriotas, especialmente del destacamento que se guardaba en la vecina villa de Tui, a orillas del río Miño, bajo las órdenes del general Lamartinière, era del todo imposible. Así pues, supongo que agobiado por la evidente falta de ayuda exterior, a Chalot tampoco le quedaba otro remedio que confiar en la palabra de don Javier, y permitir que fueran aquellos hombres, resolutos y comprometidos, los que hicieran las rondas de vigilancia nocturna dentro de la villa. Como es de suponer, tan pronto como empezaron a patrullar, aprovecharon para volver a abrir las puertas de la muralla, y así fue como, de nuevo, pudo don Javier reanudar mi actividad como correo. Esa y no otra fue la razón de que, el día 20, aquella noche me encontrara fuera de casa. Esa, y no otra, fue la razón de que, aquella noche, yo estuviera en la taberna de Xoana Rial...

La tarde de ese mismo día se había producido una nueva escaramuza, otra vez en el barrio del Arenal. Hambrientos los franceses, Chalot ordenó la salida de una expedición, esta vez de abastecimiento. Aún resentidos de la experiencia del día anterior, en esta ocasión la tropa se había hecho cubrir por el fuego de las baterías de la Gamboa y de A Laxe. Pero, tan pronto como estuvieron fuera del alcance del fuego protector, los asaltantes se volvieron a echar sobre ellos, causando en esta ocasión un gran número de bajas. El caos fue absoluto, entre otras razones porque, esta vez, la orden no la habíamos

dado nosotros.

Se rumoreaba que había sido cosa de los corsarios del Arenal. Hubo quien sugirió incluso la posibilidad de que fuera el mismo Velasco Espinosa quien estuviera detrás de todo aquello. Pero en realidad nadie podía asegurar nada más allá del rumor. Como siempre acontecía con ellos, todo lo que tuviera algo que ver con los piratas del Arenal quedaba enseguida envuelto en una nube de misterio y silencio.

Preocupado por mantener el control de la situación, don Javier me envió aquella noche a la taberna de la Xoana, donde había organizado un encuentro con dos miembros de la alarma de San Antoniño, la que se encontraba asentada cerca del Arenal, para que, a través de mí, le hicieran llegar un informe detallado de la situación.

—¿Cómo sabré quiénes son, señor?

—Despreocúpate, goliardo, que no tendrás pérdida. Los reconocerás al momento, pues serán los únicos en toda la fonda vestidos de marineros.

En efecto, allí estaban, los identifiqué nada más entrar: en toda la tasca no había más que dos hombres vestidos de marineros, tal como había asegurado don Javier. Pero, por desgracia, cuando llegué a la taberna me encontré con la más desagradable de las sorpresas: mis contactos no fueron los únicos clientes a los que reconocí... Velasco Espinosa, un hombre del que no solo se contaban historias terribles, sino que, además, era uno de los principales sospechosos en la misma refriega por la que había ido a pedir consultas, también se encontraba en la bodega, de pie junto al mostrador.

Nada más asomar yo las narices por la puerta, él se giró sobre sí mismo para lanzarme una mirada que a mí se me reveló entusiasta de más. Como si en realidad esperara encontrarse con alguien diferente. Lo primero que comprendí fue que no podría acercarme a mis contactos, ya que Espinosa continuaba con sus ojos puestos sobre mí. Sin saber muy bien qué hacer, me dirigí hacia una de las esquinas del abasto, y fui a sentarme junto a un anciano que, borracho como una cuba, dormía la mona en la mesa más próxima a la puerta.

Y de todo lo que ocurrió después, nada más puedo afirmar que todo sucedió muy rápido. No sé exactamente por qué pasó, pero sé que pasó, y que lo que allí vi no lo he olvidado jamás...

Espinosa se acercó a hablar con unos hombres que se sentaban al fondo de la tasca. A dos de ellos no los reconocí, pero sí al tercero. Se trataba de don Antonio Salgado, un herrero con taller propio en la parte alta de la villa, que de vez en cuando venía a hacernos algún trabajo en el convento. Me pareció que los tres discutían con Espinosa por algo. Luego llegaron tres soldados franceses, y Velasco estuvo conversando con ellos un buen rato. No sé de qué hablaron, pues el francés nunca se encontró entre las disciplinas que Villageliú y los demás hermanos tuvieron a bien enseñarme. Tan solo sé que, en determinado momento, Velasco propuso un brindis, o algo semejante, y que, a raíz de eso, todo se precipitó para mal.

Los soldados se encararon con el señor Salgado y sus acompañantes, y en menos de lo que tarda un cristiano en santiguarse, ya los tres paisanos estaban muertos. Todo fueron gritos, juramentos, metal y, finalmente, fuego. Un disparo. Horrorizado como estaba, no caí en la cuenta de que ya mis contactos habían preguntado a sus piernas para qué las querían y se habían escabullido de la taberna. Cuando reaccioné y quise correr tras ellos ya era tarde. En la calle no había más que el eco de unos pasos corridos en sabe Dios qué rincón de la ciudad, y la certeza de que cuanto más lejos se pusieran mis huesos de aquel lugar, mejor me iría.

Al día siguiente todo había cambiado. La villa, en relativa calma hasta entonces, se había convertido en un clamor. Don Javier pidió compensaciones al gobernador, pero, a pesar de sus buenas palabras, tampoco esta vez cumplió Chalot con su compromiso. Bien al contrario, pasó a exigir la libertad de los tres soldados involucrados en el crimen a cambio del indulto para un vecino que, muy oportunamente, había sido descubierto en pleno acto de alta traición. Por supuesto, todo aquello no hizo más que encender los ánimos de los paisanos. Además, habían llegado informes de que, más allá de las murallas, los corsarios se estaban uniendo a las partidas acampadas en el exterior, cada vez más numerosas, arengando los piratas a los vecinos con un fervor inusitado. Era evidente que algo estaba ocurriendo.

Además, debo decir que ese fue el día en que llegaron al valle dos figuras que resultarían claves para el devenir de la historia. El primero en hacerlo fue

el capitán de dragones don Bernardo González del Valle, apodado *Cachamuña* por ser esta su parroquia de nacimiento, allá en las orensanas tierras de Pereiro de Aguiar. Y, el segundo, una de las personas más detestables que han pisado el suelo de nuestro pueblo: el infame capitán zamorano Pablo Morillo... De ambos habrá tiempo de hablar más adelante. Valga con que anote ahora que dos días más tarde se producirían una serie de acontecimientos que tampoco han sido comentados con el detalle que se merecen.

Así, el primero de ellos ocurrió en la mañana del 23, cuando entraron en la ría dos fragatas inglesas. La primera de ellas era la llamada *Venus*, capitaneada por el comandante escocés Coutts Crawford; y la otra, una que con el tiempo alcanzaría la condición de mítica, la *Lively*, gobernada por el almirante George McKinley, quien, como más adelante explicaré, fue determinante para garantizar el éxito de la batalla que estaba por llegar. O, por lo poco, para evitar que el pazguato de Morillo lo echase todo a perder...

El segundo de aquellos acontecimientos sucedió de madrugada, cuando tuvimos que asistir en secreto a un nuevo encuentro, celebrado esta vez en el centro de mando, ahora instalado en la parroquia de Lavadores, mucho más cerca ya de la villa. En aquella reunión, además de mi maestro, el padre Villageliú, y los comandantes de las dos fragatas inglesas, los señores Crawford y McKinley, quienes habían bajado a tierra a fin de conocer de primera mano el estado en que se encontraba la ofensiva y ponerse a disposición de los jefes locales, también estaba presente el padre Arias, uno de los primeros jefes de la ofensiva, y los señores Joaquín Tenreiro y su protegido, el teniente Almeida, quienes de un tiempo a esta parte le habían venido disputando el liderazgo al abad de Valadares. Como ya se habrá notado, tan solo faltaba en aquella mesa el tercero en la pugna por la jefatura de la campaña, el miserable Pablo Morillo. Por lo visto, el de Zamora no había podido asistir a la reunión por haber salido aquella misma mañana para el sitio de Pontesampaio, lugar estratégico al fondo de la ría por ser paso principal para quien quisiera venir desde Pontevedra. El caso es que esta ausencia de Morillo constituye un dato significativo, pues, como luego se verá, a punto estuvo de provocar la ruina total de nuestra empresa... Ahora, por lo pronto, baste indicar que todos los allí presentes coincidieron en la

importancia de lograr que el gobernador Chalot volviera a abrir las puertas de la plaza. Por supuesto, fue el sagaz Vázquez Varela quien propuso cómo hacerlo.

—Volveremos a ponernos en contacto con el gobernador —aseguró—. Pero esta vez no seré yo quien lo haga...

Así, tal como esa noche explicó don Javier a todos los que allí se habían reunido, al día siguiente Chalot recibió un nuevo correo. Pero esta vez no venía firmado por el alcalde, sino por todos y cada uno de los procuradores y diputados de abastos, autoridades responsables de cada barrio de la villa. En el mismo, se le daba cuenta con todo detalle al alcalde y, por extensión, al gobernador de la plaza, sobre «la miseria que todo el pueblo experimenta con el bloqueo que las gentes de fuera tienen puesto a la Villa». Así mismo, también se hacía notar que «los clamores de todo el pueblo lleno de la mayor hambre son ya los más penetrantes y van a tocar en punto de la Desesperación a que obliga la miseria».

Pero eso no era todo ni mucho menos, ya que la cosa no quedaba en hambre sin más: «Las enfermedades que esta miseria trae tienen en los últimos términos de la vida a muchos de nuestros vecinos, y los más de ellos contemplan ya asomada la última infección que es la peste con que se arruine y desaparezca un pueblo que fue el más constante y fiel a los deberes contraídos.»

Y, por si todo esto no fuera suficiente, el señor Vázquez Varela también hizo comparecer ante el gobernador a los médicos de la villa para que, confirmándole de viva voz los peores diagnósticos, advirtieran a *monsieur* Chalot de la nueva amenaza que se cernía sobre todas las personas que se encontrasen en el interior de las murallas: el inminente estallido de una epidemia de tifus. Por supuesto, todo era tan peligroso como falso, pero Chalot, agobiado y desbordado, ni lo sabía ni podía arriesgarse a comprobarlo, de manera que, una vez más, nuestro querido alcalde acabó consiguiendo su objetivo.

Fue así como el día 25 las puertas de la ciudad se volvieron a abrir. Y, con la excusa de procurar los víveres tan necesarios, la población del interior pudo por fin contactar libremente con la del exterior, aunque nada más fuera por un día.

Como se puede comprobar, pues, todo serían buenas noticias, de no ser por un pequeño detalle: quitando a don Javier, de quien nunca jamás diré nada malo, así Dios lo tenga en su gloria, y al señor González del Valle, el valiente Cachamuña, hombre de valor y ley, como en los días posteriores todos pudimos comprobar, el resto de caudillos y gerifaltes no eran más que una montaña de estiércol de la peor especie. No, nuestro pueblo de buenos vasallos estaba lejos, muy lejos, de tener buenos señores...

En la noche del día siguiente, la madrugada del 26 para el 27, y valiéndonos de la ayuda de la policía que el propio Chalot le había encargado organizar a Vázquez Varela, las puertas de la muralla volvieron a abrirse para que, una vez más, don Javier y yo pudiéramos salir de la villa sin levantar las sospechas de nadie. La junta de mando había convocado una nueva reunión para analizar el éxito de las medidas adoptadas desde nuestro último encuentro. Cuando llegamos, nos encontramos al señor Tenreiro actuando ya como jefe supremo del pequeño ejército local.

—¿Está la población informada de nuestras intenciones, señor alcalde? —preguntó don Joaquín.

—En efecto, así es. Durante todo el día de hoy han estado saliendo los vecinos a los arrabales, donde sin mayores dificultades han podido contactar con los paisanos que allí se encuentran acampados.

—Bien —respondió satisfecho Almeida—. Nosotros hemos dado orden de que nuestros hombres instruyan a los vecinos en cómo deberán actuar cuando llegue el momento. ¿Sabe usted si esa información ha sido recibida, don Javier?

—Con puntualidad, teniente. En la villa están ya todos al tanto incluso de cómo deben comportarse cuando suene la señal convenida.

—¿Está usted seguro de que los contactos se han realizado correctamente? —preguntó Tenreiro, aún no del todo convencido—. ¿Acaso no les ha mantenido vigilados el comandante Chalot?

Con la mirada perdida sobre la mesa en torno a la cual se reunían los cuatro jefes, don Javier dejó correr una sonrisa fatigada.

—Ni mucho menos —respondió—. Sí es verdad que en un primer

momento aceptó volver a abrir las puertas, pero poniendo una serie de condiciones por completo contrarias a nuestros intereses.

—¿Cuáles?

Don Javier acompañó su sonrisa de un ademán resignado.

—Pues impuso que no se sacaran armas y municiones, y que no se realizase ningún tipo de contacto, ni por escrito ni de viva voz con los vecinos del exterior.

—Pero, eso es absurdo... —protestó Tenreiro.

—Por supuesto. ¿Cómo se iban a abastecer de nada nuestros vecinos si no se les permitía contactar con nadie? —Vázquez Varela se encogió de hombros.

—Evidentemente —comprendió Almeida—. ¿Y cómo resolvió usted la situación, pues? ¿Habló con el gobernador?

—No me dejó más remedio que hacerlo, teniente. Le expliqué que tales restricciones harían a todo punto inútiles las salidas y, aunque a regañadientes, accedió a eliminarlas. Tan pronto como salimos de su despacho, mi joven ayudante, aquí presente, hizo correr la voz de que todo el pueblo saliera de la villa.

—Pero ¿cómo? —preguntó, extrañado, Tenreiro—, ¿todos?

Don Javier volvió a sonreír.

—Bueno, si no todos, por lo menos los más de ellos. Así fue como desbordamos sus guardias. Es cierto que al principio Chalot intentó vigilar las primeras salidas. Pero, tan pronto como vio la cantidad de gente que se estaba desplazando, no tardó en comprender que tal control sería imposible.

—Excelente, señor Vázquez —admitió, maravillado, Tenreiro.

—Bravo...

Apurando su pipa de espuma de mar, el que ahora felicitaba a nuestro alcalde era uno de los dos hombres que hasta entonces habían permanecido en silencio, sentados en el otro extremo de la mesa.

—Gracias, almirante. Como ven —señaló, de nuevo dirigiéndose a todos los presentes—, todo avanza según lo previsto. Nuestros enemigos comienzan a dar pasos en falso, y todo sin que nosotros hayamos gastado ni una onza de pólvora dentro de las murallas. De hecho —lamentó don Javier—, de no haber sido por el aciago incidente ocurrido en la taberna de la

señora Rial, a estas alturas no tendríamos que lamentar ninguna baja entre nuestros vecinos.

El alcalde tenía razón. Gracias a su buena cabeza y astucia, todo estaba saliendo a pedir de boca, y sin tener que pegar un solo tiro. Sí, todo iba bien. Lástima que, como suele suceder, todo lo que va bien puede pasar a ir mal en cualquier momento.

—¡Tenreiro! —se oyó gritar fuera—. ¡Tenreiro, date preso, maldito traidor!

—Pero ¿qué demonios...?

—¿Qué son esas voces?

—¡Date preso, y sal con las manos en alto! —se volvió a escuchar.

Todos nos asomamos a la puerta, con el señor Tenreiro al frente, y lo que vimos en el exterior nos dejó con la boca abierta.

—¿Don Pablo? —preguntó Tenreiro, arrugando la frente.

En efecto, allí estaba. Aquella víbora envidiosa que era el capitán Morillo, ávido del poder con el que finalmente parecía haberse hecho don Joaquín, se había presentado allí con un grupo de ocho soldados, un sargento y las peores intenciones, pues no eran otras sino llevarse detenidos a los señores Tenreiro y Almeida, y ejecutarlos, acusándolos de alta traición, nada menos. Justo ahora, cuando el asalto final era inminente. Por los clavos de Cristo, ¿cómo se podía ser tan miserable? Por fortuna, aquella noche don Joaquín no estaba solo.

—¿Se puede saber qué es lo que ocurre aquí? —preguntó el comandante George McKinley, almirante de la *Lively*.

Ojalá hubiera habido allí algún buen pintor, aunque nada más fuera para retratar la cara de babieca que en ese momento se le quedó al mamarracho de Morillo al ver a los dos capitanes ingleses, ahora flanqueando al señor Tenreiro.

—¡Yo soy el único representante válido de la corona, y por lo tanto la máxima autoridad al frente de todas las tropas en esta región! —bramó don Pablo, rojo de cólera—. ¡Toda orden dada a mis espaldas es un acto de alta traición —gritó—, y como tal debe ser castigado!

Comprendiendo el fondo de la cuestión, los dos almirantes cruzaron una mirada cómplice. «Españoles...», parecieron decirse. Y, con una sonrisa

condescendiente, se dirigieron a Morillo.

—Escuche, don Pablo —le ofreció el capitán Crawford—, ¿por qué no se baja de su caballo y viene a sentarse con nosotros? Tal vez podamos llegar a un entendimiento... ¿No lo ve usted así, comandante McKinley?

—Por supuesto —respondió este último al tiempo que volvía a chupar su pipa de espuma de mar—. Por supuesto...

¡Y tanto que llegaron a un entendimiento, maldita sea! En vez de enviar a aquel miserable de vuelta para su cuartel en el Arenal con una patada en el culo, lo que hicieron fue prometerle el mando de todas las tropas, a cambio de que por fin aceptase trabajar codo con codo con los demás caudillos. Y que se tranquilizase, por Dios, que se tranquilizase...

Protestó el señor Tenreiro, dijo que aquello era intolerable, que era una ofensa a sus esfuerzos y a los de su colaborador, el teniente Almeida. Pero la decisión estaba tomada, y contra las órdenes inglesas no había nada que hacer. De manera que así que acabó aquella noche, con Tenreiro y Almeida a salvo pero enojados; con Morillo reforzado pero sabiendo que acababa de protagonizar una situación de lo más patética; con los dos almirantes ingleses apabullados ante la bochornosa situación que acababan de contemplar; y con don Javier y conmigo de regreso a la villa, desolados al comprender lo poco que cabía esperar de toda aquella gente, más preocupada por la propia gloria de cada uno de ellos que por el bienestar de nuestros vecinos.

Por fortuna, todo acabó al día siguiente, el 27. Aquel lunes de marzo fue el día en que ocurrió todo. Y todo ocurrió muy rápido...

El domingo, Cachamuña y otros capitanes habían dado orden de que todas las tropas fueran tomando posiciones alrededor de la villa. Así, las que habían llegado desde el Fragoso fueron a situarse frente a la puerta de la Ribeira, ocupando toda la falda oeste de la villa, desde la playa del Berbés hasta el castillo de San Sebastián. Las provenientes de San Antoniño ocuparon el lado este, frente a la puerta de la Gamboa. Y, por fin, don Bernardo, el único de todos los jefes que a lo largo de aquel tiempo se había mantenido al margen de aquellas luchas de poder, dio la orden de que sus tropas avanzaran hasta posicionarse frente a la fortaleza del Castro, en lo alto

del monte Feroso.

Así, aquel lunes 27 amaneció la ría en la más tensa de las calmas. Incluso habían remitido las lluvias que a lo largo de las semanas anteriores habían parecido querer ahogar la villa, y ahora Vigo veía el nuevo día envuelta en una bruma densa y húmeda.

A primera hora de la tarde, don Javier me envió ante el gobernador. A pesar de su agobio evidente, *monsieur* Chalot todavía tuvo ánimos para dedicarme una sonrisa al reconocirme.

—Vaya, de nuevo tú, pequeño bergante. Veamos qué malas noticias me traes esta vez.

En efecto, el documento que le llevaba no eran buenas nuevas. No para él, por supuesto.

—«Confirmado el sitio de la villa —leyó en voz alta—, lo conmino a la entrega inmediata de la plaza...» Vaya, muchacho, veo que tu alcalde y sus amigos lo tienen muy claro.

Dejó correr una sonrisa resignada, todavía con la mirada puesta en el papel.

—No —articuló luego de aquel silencio—. Dile a tu alcalde que mi respuesta sigue siendo no.

—Como usted mande, excelencia.

Salía ya del despacho, de nuevo con la carta de don Javier doblada entre las manos, cuando reconocí al hombre que, furibundo, avanzaba en mi dirección. Tuve que echarme a un lado para evitar que Pablo Morillo se me llevara por delante.

—¡Chalot! —gritó al entrar en el despacho del gobernador—. ¡Maldita sea, Chalot! ¿Se puede saber a qué demonios espera? ¡Rinda la maldita plaza, ya! ¡Ahora mismo, si no quiere que mis hombres pasen a hierro y fuego a todos y cada uno de sus soldados!

—Capitán Morillo, por favor, le ruego que se tranquilice y, sobre todo, cuide sus modales. Como ya le dije esta misma mañana a su colega el señor Tenreiro, y del mismo modo que acabo de responder al alcalde, no estoy dispuesto a entregar la plaza.

Algo en la respuesta de Chalot desconcertó al capitán español. Y no era su negativa a capitular, precisamente...

—¿Cómo —preguntó frunciendo el ceño—, Tenreiro ha estado aquí?

—Por supuesto —respondió Chalot con naturalidad—, recibiendo mi respuesta a su ultimátum de ayer. ¿Acaso no está usted al tanto de las operaciones de su propio ejército, capitán Morillo?

Y ese fue, alabado sea Dios, ese fue el instante preciso en el que tanto Chalot como yo asistimos a la espectacular explosión de cólera de Pablo Morillo. Fue un proceso lento, gradual. Lo primero que vimos fue cómo el capitán cerraba los puños, hasta dejar los nudillos blancos de tan apretados que los tenía, pegados con fuerza a sus calzas. A continuación, las venas del cuello comenzaron a hincharse hasta convertirse en un curso, grueso y retorcido, palpitante en sus sienes, provocando el enrojecimiento masivo de su rostro. Cuando sus ojos estuvieron por completo inyectados en sangre, y su boca, con los labios grotescamente apretados, convertida en una mueca horrible, su expresión terminó de crisparse por completo. Y entonces, por fin, Pablo Morillo estalló.

—¡Maldito imbécil, su resistencia es del todo inútil, gabacho de mierda! —explotó el capitán, olvidando por completo la cortesía que el oficial francés había venido mostrando hasta ese momento—. ¿Es que acaso necesita algo más? ¿Eh? ¡Dígamelo, dígamelo! ¿Qué demonios necesita para comprobar que está usted acabado? ¿Que el mismísimo infierno vierta todo su fuego sobre la villa y sus vecinos? ¡Porque le advierto que, si es eso lo que está buscando, eso será lo que haré, maldito imbécil!

Discretamente arrimado yo a una puerta en el pasillo, todavía pude ver cómo Chalot, ajeno a la ira del otro (y juraría incluso que intentando reprimir su risa), mantenía la mirada encendida de Morillo.

—Nunca entregaré la plaza —respondió al fin—, si no es como poco ante un oficial de igual graduación que la mía.

Morillo también se le quedó mirando, con chispas saltando de sus ojos. La rabia podía con él, hasta tal punto que nada más fue capaz de responder dando un puñetazo sobre la mesa. Un puñetazo cargado de frustración por respuesta y, tan colérico como había llegado, se fue.

—¡Le doy dos horas! —volvió a gritar, ya desde las escaleras—. ¡Dos horas, Chalot, y después derramaré el mismísimo infierno sobre usted!

Yo también corrí a informar a don Javier, no solo de la respuesta que para

él me había dado el gobernador, sino, y sobre todo, de los detalles de la conversación que acababa de escuchar. Tal como habíamos comprobado la madrugada anterior, Morillo era un demente capaz de todo, por lo que, comprendiendo la gravedad de la situación, don Javier hizo correr la voz de que todo el mundo se guardara en sus casas y estuviera preparado para lo que pudiera suceder.

A las seis de la tarde, mientras el alcalde me enviaba a recoger un comunicado del señor Gaspar Masetti, uno de los regidores exteriores, con los últimos detalles sobre el asalto, Pablo Morillo, todavía caliente, se subía a la fragata *Lively* para ser oficialmente ascendido a coronel. Agotaba así la última excusa del comandante Chalot, de manera que ya nada le impedía a aquella víbora cumplir sus amenazas. Y, tal como había prometido, a las siete de la tarde, Pablo Morillo abrió las puertas del infierno.

Regresaba de mi encuentro con don Gaspar cuando sentí la primera detonación. Y luego otra, y tras ella otra más. Desconcertado, alcé la mirada al cielo. Y entonces lo vi. Tal como el flamante coronel había advertido, volaba el fuego sobre nuestras cabezas. Con el tiempo se dijo que la orden dada por el bastardo aquel era la de cañonear las fortalezas del Castro y de San Sebastián. Pero, maldita sea, aquello suponía cubrir toda la villa. El cielo se cruzó de fuego. Y maldita sea, tampoco parecía que a nadie le preocupase demasiado el asunto de la puntería... La lluvia, fuerte e intensa, había regresado a media tarde, y ahora el agua se mezclaba con un fuego implacable. Corrí, corrí con todas mis fuerzas, esquivando las balas y las explosiones como mejor pude, y no me di cuenta hasta pasar por delante de la iglesia de Santa María de que las campanas tocaban a rebato. Histéricas, repicaban como si les ardiera en el metal el aviso del mismísimo Juicio Final. Y recordé: las campanas de Santa María, esa era la señal convenida. Desde el Berbés, al otro lado de la puerta de la Ribeira, comenzaron a llegar más ruidos de batalla. Gritos, disparos. Clamor. Pero la mayor intensidad no venía de ahí, sino de la puerta de la Gamboa. Yo era el correo del alcalde, sabía mejor que nadie cuáles eran los planes. Todos los planes. Y por eso sabía que no serían más que unos pocos miles de hombres los que empujaban al otro

lado, mal armados y, con toda seguridad, bastante cargados de aguardiente. Pero maldita sea, sonaban como si fueran cien mil demonios desatados. Todavía hoy se me pone la piel de gallina al recordar aquel sonido, la voz de un millón de gargantas clamando al unísono. Jamás he vuelto a escuchar nada igual...

Comprendiendo que si seguía de frente, por la calle de la Gamboa abajo, no habría salida, al final de la calle de la Palma doblé a la derecha, hacia el sur. Mi intención era llegar a la plaza de la Pescadería, junto a la puerta de los Cerdos. Al virar, en la carrera todavía pude ver algo que me llamó la atención: un grupo de paisanos fuertemente armados. Ya estaban dentro, metidos en la calle de la Ballesta... ¿Cómo habían entrado? ¿De dónde habían salido? Y, aunque aquello no estaba en los planes acordados, aquel grupo de hombres estaba pasando a cuchillo a unos soldados franceses que habían tenido la desgracia de cruzarse en su camino. Impresionado, el miedo me paralizó en la contemplación de aquella imagen. No podía dejar de ver como toda aquella gente degollaba a los franceses, tan inferiores en número. Y entonces lo vi.

En medio de todos aquellos, otro más observaba la situación. Y lo reconocí: el mismo hombre al que una semana antes había visto en la taberna de la Xoana, Velasco Espinosa. Observaba la escena con algo que a mí se me antojó tranquilidad, hasta que, de pronto, también él se percató de mi presencia. Y aunque nada más fue un suspiro, cuando nuestras miradas se cruzaron yo juraría haber visto algo semejante a la satisfacción en sus ojos. Inmovilizado por el miedo, todavía permanecí así por un instante que a mí se me hizo eterno, hasta que por fin un estruendo terrible me devolvió a la realidad. Disparos, una serie de golpes y un gran estruendo, seguido de un intenso clamor. Comprendí que la puerta de la Gamboa acababa de caer, y ahora nuestras tropas avanzaban por la calle arriba. Eché a correr.

Después de aquello aún siguieron dos horas de combate, de fuego y sangre. Hubo un momento en el que todo eran disparos, y los proyectiles pasaban zumbando, quemando el aire sobre nuestras cabezas. Desde el mar, la *Venus* y la *Lively* siguieron escupiendo fuego sobre nosotros hasta que, por fin, a medianoche, el silencio volvió a la villa.

Al día siguiente, ya con la bandera blanca al cielo, a Chalot ya no le

quedó más remedio que firmar, por fin, su rendición y la entrega de la plaza ante Pablo Morillo, luciendo arrogante los galones de coronel que tan convenientemente le habían concedido para la ocasión. Y así, aquella misma mañana, desde la batería del bastión de A Laxe, pude ver cómo el comandante Jacques Antoine Chalot, derrotado, embarcaba en las fragatas inglesas al frente de sus tropas, con rumbo a Londres y para no volver a pisar estas tierras jamás. Yo estaba allí, asomado sobre el mar, viendo como se materializaba nuestra victoria sobre los franceses. Tal como descubriría después, parece ser que acabábamos de convertirnos en la primera villa del mundo que le reconquistaba una plaza al todopoderoso Napoleón. Allí estábamos, nosotros, haciendo historia.

Y, sin embargo, aquel no fue el tercero de los momentos que marcarían mi vida. Sentía demasiado quebranto, demasiada decepción por lo vivido como para que así fuera. No, no fue ese. El tercero de los momentos que marcarían mi vida aún tardaría un poco más en llegar. En concreto, no lo haría hasta siete años más tarde...

Tercera

Tercera

El 26 de junio de 1816 yo tenía los dieciocho años recién cumplidos. Una vez finalizada la guerra de Galicia, había regresado a mi vida en el convento y, aunque no por convicción, debo decir que para entonces a punto estaba de tomar los hábitos. Es verdad, seguía sin sentir ninguna llamada divina. Pero como ya he dicho no es menos cierto que aquella gente era lo más parecido a una familia que hubiera conocido nunca. Además, acabada por fin la contienda, el padre Villageliú también había regresado al convento. Desde 1810, Vigo se había convertido en ciudad, gracias a un privilegio concedido por Fernando VII, el rey felón, «en atención a los señalados servicios, heroica lealtad y esforzado denuedo que manifestaron los vecinos de ella en defensa de la justa causa de la independencia nacional». Por favor, solemne estupidez... Pero lo cierto era que allí estábamos todos, de nuevo juntos, y con toda una vida por delante. Todo sería bueno, de no ser por un pequeño detalle. Allí, en la paz que me rodeaba, nada más una cosa turbaba mi tranquilidad.

Ella.

Porque algo había ido mal. Tras la batalla, luego de la marcha de los franceses, Aurora, que así resultó llamarse la mujer que un día confundí con un ángel del cielo en la Casa del Francés, había sido repudiada por todos. Sí, algo había ido muy mal...

En realidad nunca supe demasiado bien qué era lo que había ocurrido. Tan solo sé que la gente rumoreaba cosas tan terribles sobre ella que nadie quería

tan siquiera prestarle ayuda. Y la necesitaba, maldita sea, aquella mujer de rostro marcado necesitaba toda la ayuda que el cielo le pudiera dar y más. Por lo visto, había perdido a su familia, le habían quitado su casa, y tampoco se le conocía oficio alguno, de manera que aquella mujer cuyo rostro se veía cruzado por varias cicatrices necesitaba de toda la caridad que nadie estaba dispuesto a darle. Nadie, excepto nosotros. Si Aurora sobrevivía era gracias a los trabajos que hacía en el convento. Limpiaba, fregaba, lavaba e incluso algunas veces ayudaba en la cocina. Pero nunca, nunca decía nada. Aquella chica nada más abría la boca para rezar, y para tragar lo poco que pudiera comer. Para nada más.

A los quince años me enamoré perdidamente de ella. Y, muy al contrario de lo que indicaban tanto el sentido común como sobre todo las reglas de la orden en la que se suponía que algún día ingresaría, yo se lo di a entender. E intenté acercarme a ella, lo intenté de todas las maneras posibles. Pero sin el más mínimo éxito. Incluso hubo una tarde, una que nos encontró a los dos solos en la cocina, en la que pensé que podría besarla. Pero ella me detuvo, poniendo sus dedos sobre mis labios y un cuchillo en mi cuello.

—Ni lo pretendas —me advirtió.

—Lo siento —respondí, con los ojos puestos en la hoja de metal afilado sobre mi garganta—. Yo solo quería...

—Tú no querías nada —me cortó—. Cualquier capacidad que yo haya podido tener para amar se la llevó la guerra. Mi corazón es un campo arrasado —dijo, apartando la mirada—. Tierra quemada, dolor y nada más.

Y se fue, de nuevo a su silencio. Desconcertado por tan violenta reacción, durante los dos años siguientes seguí preguntando. Necesitaba saber, lo necesitaba. Pero por más que suplicaba nadie me contaba nada. Nadie sabía, nadie recordaba, nadie quería hablar. Hasta que uno de los hermanos, al ver mi desazón, se compadeció de mí. Me contó algo acerca de una felonía. Por lo visto, la hermosa Aurora no solo había perdido a toda su familia en aquel incidente de la taberna que yo había presenciado, sino que, para más inri, aquella última noche, la del 27 de marzo, un grupo de soldados había entrado en su casa para arrancar de la muchacha hasta el último vestigio de dignidad. Hubo quien dijo que habían sido los franceses. Hubo quien dijo que no. E incluso hubo quien se atrevió a susurrar que el temible Velasco Espinosa

había tenido algo que ver en todo aquello. Velasco Espinosa... Siempre que alguien pronunciaba aquel nombre, a mi mente volvía su recuerdo en el callejón de la Ballesta. Espinosa sonriendo mientras aquellos hombres degollaban a los soldados. Había que ser o muy valiente o muy insensato para atreverse a sugerir algo así, ya que, si antes el de Espinosa era un nombre temido por la oscuridad de la que siempre se había rodeado, ahora además lo era por el poder y la riqueza que desde hacía unos años sus nuevos negocios le habían otorgado. Fueran cuales fueran esos negocios... El caso es que, al parecer, no tardó en propagarse el rumor de que ella misma había provocado aquella situación, por ser amiga de los franceses y de las libertades de todo tipo, y que por eso le habían marcado la cara. Y la villa en pleno le dio la espalda a la muchacha. Y, desde entonces, todo había seguido igual. Hasta aquella noche. La del miércoles 26 del mes de San Juan de 1816.

La mañana del 26 parecía día de feria en la ciudad. Todos los vecinos se habían reunido en la plaza de la iglesia para contemplar la ceremonia. Hasta el obispo, monseñor García Benito, se había dignado venir para bendecir aquella maldita piedra, de manera que incluso algunos de los hermanos, entre ellos mi maestro, el padre Villageliú, se habían acercado a la plaza para estar presentes en tan solemne momento. Así pues, aquella mañana el convento estaba todavía más tranquilo de lo habitual.

Teniendo en cuenta que fray Andrés me había dejado como tarea para aquella jornada la lectura de la vida y las enseñanzas de fray Guillermo de Ockham, nada más me faltaba encontrar el lugar más fresco donde leer cómodamente. Y, en aquellos primeros días de un verano que aquel año venía especialmente caluroso, la iglesia del convento era con diferencia el mejor refugio para protegerse de la canícula.

Nada más entrar en la nave central vi al padre Antonio Martí, sentado en un banco de la primera fila. Cualquiera que no lo conociera pensaría, llevado por lo sólido de su postura (sentado, con la cabeza baja y las manos recogidas sobre su regazo), que se encontraba en plena actitud oratoria. Bien al contrario, yo no tardé nada en darme cuenta de lo que estaba haciendo en realidad: probablemente buscando la misma frescura que yo, el padre Martí

se había metido en la iglesia para dormir como un bendito. Sonreí al pasar a su lado y, con ánimo de no molestarlo, me fui a leer al coro.

Yo llevaba un buen tiempo intentando interesarme por las cavilaciones de fray Guillermo acerca de la sencillez de las cosas, cuando, de pronto, alguien entró corriendo en la iglesia.

—¡Confesión!

Sorprendido, me eché hacia delante, observando desde la altura a ver de qué se trataba.

—¡Confesión! —repitió alguien que, corriendo, se acercaba a fray Antonio—. ¡Padre, le suplico que me oiga en confesión!

Sobresaltado ya ante la primera de las voces, el padre Martí se había despertado, y observaba desconcertado al joven que ahora se arrodillaba a su lado. Y, al hacerlo, yo pude reconocerlo. Era Candeán.

—Hijo mío... —respondió el fraile al reconocerlo también él—. Pero, tú... ¿Qué es lo que haces tú aquí?

Un poco más joven que yo, Candeán era otro de los huérfanos que alguien había dejado en el torno. Llegó un par de años después de mí, por lo que ahora debía de andar entre los quince y los dieciséis, y quien en su momento lo entregó en el convento dijo que no sabía de quién se trataba. Tan solo era una criatura que alguien había abandonado entre el maíz nada más nacer, en algún campo de la parroquia de Candeán, al este de la ciudad.

Candeán y yo compartimos algo más de una docena de años en el convento de Santa Marta. Pero, a diferencia de mí, alguien apareció un tiempo después reclamándolo. Se trataba de uno de los corsarios del Arenal, por lo que en realidad lo más probable era que no existiera ningún tipo de vínculo entre aquel hombre y el muchacho. Seguramente necesitarían de algún crío para solo Dios sabe qué trabajo poco claro. Pero eran años difíciles, y en el convento tampoco había tanta comida como para tanta boca, de manera que así fue como Candeán se marchó. Con el tiempo, alguna vez volvimos a cruzarnos por la calle, aunque siempre con el mismo resultado: con la cabeza baja, Candeán nunca devolvía más saludo que un ademán discreto, como asustado, y una mirada de reojo al pasar a mi lado. Y nada

más. Así, Candeán acabó convirtiéndose en una sombra en la ciudad, un rumor invisible que jamás se paraba con nadie. Nunca lo había vuelto a ver entre los muros de Santa Marta. Hasta aquel día.

Mi primer impulso fue bajar a saludarlo, pero, al momento, la turbación evidente en su rostro hizo que me detuviera. Me quedé en mi asiento, allá arriba, y guardé silencio... Nadie sabía que yo estaba allí. El padre Martí dormía cuando yo pasé, Candeán no se había percatado de mi presencia, y, para cuando quise hacer algo, ya el fraile, comprendiendo en el rostro desencajado del muchacho la gravedad de la situación, había comenzado a confesarlo. Y así fue, sin querer, como me enteré de todo lo sucedido...

Entré en las cuadras como alma que lleva el diablo.

—¡Aurora! —grité.

Estaba agachada, limpiando una de las mulas en el fondo del establo, por eso no podía verla.

—¡Aurora! —volví a gritar.

Se puso en pie y se me quedó mirando. Se asustó al verme correr hacia ella.

—Ni se te ocurra ponerme una mano encima —me advirtió, amenazándome con un cepillo.

—No es eso —le respondí—. Lo sé, Aurora, ¡lo sé todo!

Frunció el ceño.

—¿Qué es lo que sabes, muchacho?

—Todo —le dije, cogiéndola por los brazos—. Escucha, será mejor que te sientes.

—No quiero sentarme —respondió, todavía con el ceño fruncido y una mueca desconfiada en sus labios.

—Créeme, lo querrás.

Preocupado por no caer en el mismo error que aquellos dos hombres, me aseguré de que en aquel establo no hubiera nadie más que Aurora y yo, y allí, entre bestias, paja y madera, le conté a aquella pobre mujer toda la verdad sobre su vida. Es cierto que, con el tiempo, no fueron pocas las veces que pensé en el gran error que cometí aquella tarde de verano. En cómo habrían

sido las cosas de haber sabido mantener cerrada mi boca de joven insensato. Tal vez, si lo hubiera hecho, Aurora... No, no fueron pocas las veces.

A Candeán los corsarios nada más lo querían porque sabía leer y escribir con soltura. Y velocidad... Y de todos es sabido que en determinadas situaciones alguien con ciertas habilidades puede ser más que útil. Así, por lo visto, el mismísimo Velasco Espinosa había tenido al pobre muchacho toda la noche trabajando, obligándolo a copiar al dictado una crónica de todo lo acontecido en los últimos años, con especial atención para aquellos actos directamente relacionados con la Hermandad de la Sal y, sobre todo, con su principal ejecutor, que no era otro sino el mismo Espinosa. Actos, según relató el atribulado Candeán, de una crueldad insuperable, y ante los cuales el mismo Espinosa no solo no mostraba ningún tipo de arrepentimiento ni nada que se le pareciese, sino que incluso parecía estar muy orgulloso en general, y especialmente complacido por unos muy concretos en particular.

—Cuando el padre Martí le preguntó qué actos eran esos tan terribles, Candeán empezó a hablar de ti, Aurora.

Vacilante, la mujer arrugó la frente, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿De... mí?

Asentí en silencio.

Esa fue la tarde en que Aurora descubrió la verdad. Su hermano y su padre no murieron por casualidad, sino porque Espinosa lanzó a los soldados sobre ellos. Lo mismo que hizo la noche del 27 de marzo de 1809. Cuando condujo a aquel grupo de sátiros hasta la puerta de su propia casa...

Cuando terminé de contarle todo lo que Candeán, terriblemente preocupado por la contaminación a la que había sido expuesta su alma inmortal, había vomitado apenas unas horas antes, Aurora se quedó mirándome. Permaneció en silencio un tiempo que a mí me pareció una eternidad. No dijo nada, ni vi en su rostro, a decir verdad, nada que reflejase emoción de ningún tipo. No se movían sus labios, apenas parecía entrar o salir aire por su boca, y nada decían sus ojos. Nada. Como el rostro de un cadáver.

Y entonces, de pronto, se levantó. Se puso en pie y, sin mediar palabra,

echó a andar. Se fue, salió del establo y se perdió en la oscuridad.

Después de aquel día, ya tan solo volvió a dirigirse a mí una vez más. Fue en el mes de Santiago, y fue, también, la última vez que habló conmigo.

Tardamos una semana en volver a encontrarlos. No fue casual, ella me estaba esperando en la puerta de mi celda. Sin decir nada, me indicó que la siguiera y, con discreción, nos metimos en las bodegas del convento. Una vez solos, Aurora me habló.

—Tú me quieres, ¿verdad, Hugo?

Era la primera vez que se dirigía a mí por mi nombre. Tragué saliva.

—Sí.

Se me acercó un poco más, hasta quedar a tan poca distancia como para sentir su aliento en mis labios.

—¿Harías algo por mí?

—Lo que fuera.

—¿Lo que fuera, dices?

—Sí —le respondí sin dudar—, lo que fuera.

Aurora se quedó observándome un instante, sus ojos fijos en mí, tal vez midiendo la verdad de mis palabras. Y entonces, cuando apenas lo esperaba, me besó. Salvó la poca distancia que nos separaba, y me besó. Hoy, con mi vida tocando a su fin, apenas recuerdo el aroma de aquellos días de verano. No recuerdo el sabor de los alimentos, el color del vino. No recuerdo la luz del mar, y, si no me esfuerzo lo suficiente, ya casi no recuerdo su rostro si no es más que en sueños. Pero el tacto de su piel, el gusto de sus labios en los míos, eso no lo he olvidado jamás. Ni lo haré cuando haya muerto.

Cuando Aurora se separó de mí, volvió a clavar sus ojos verdes en los míos y nada más pronunció tres palabras.

—Aquí a medianoche.

Tardó el día en pasar tanto como una vida, larga y pesada. Pero, por fin, llegó la oscuridad. En la hora acordada, abrí ligeramente la puerta de mi celda, apenas una grieta a través de la que escuchar una tras otra las doce campanadas en el reloj del refectorio. Arrimado al marco, y con todo mi cuerpo ya en tensión, todavía esperé un momento. Cuando estuve seguro de

que allí fuera no había nadie más, salí al corredor y me hundí en las tinieblas del convento.

La luz de la luna llena me permitió atravesar el patio sin mayores dificultades. Acababa de llegar a la puerta de la bodega cuando sentí un ruido detrás de mí. Ella. Le hice un gesto, pobre de mí, como si hubiese alguna necesidad de indicarle dónde estaba yo... Cuando por fin se detuvo a mi lado, caí en la cuenta de que cargaba con un pequeño bulto.

—Hola.

Pero no me devolvió el saludo. Se limitó a posar el paquete en el suelo y desenvolverlo.

—Eso es... ¿la ropa de un marinero?

—De dos —respondió secamente.

Me entregó a mí uno de los juegos y ella se quedó con el otro. Y se desnudó.

Lo hizo ante mí, como si allí no hubiera nadie más. Y yo no pude dejar de maravillarme ante la belleza de aquel momento, el cuerpo de Aurora, salvajemente bello, desnudo a la luz de la luna.

—¿A qué esperas? —preguntó al ver que yo seguía inmóvil—. ¡Venga, ponte el tuyo!

—Sí, claro...

Yo también me desnudé, intentando hacerlo sin que ella se diera cuenta de mi emoción, en aquel momento ya evidente hasta para un ciego. Mientras peleaba para ponerme los pantalones del traje de aguas de la manera más rápida y discreta posible, algo llamó mi atención. Un resplandor, algo brillante en las manos de Aurora.

—¿Qué es eso?

—Nada. Acaba, tenemos prisa.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás.

Salimos a la calle para, acto seguido, bajar a la playa. Atravesamos el arenal del Berbés y entramos en la ciudad por la puerta de la Ribeira. Apenas cinco minutos más tarde salíamos por el otro extremo, pasando la puerta de la Gamboa.

—Vamos al Arenal, ¿verdad?

Pero Aurora no me respondió. Tampoco hacía falta. Sabía que ese era nuestro destino. Y reconozco que por un momento tuve miedo. Los muelles del Arenal no eran el mejor lugar para que un desmayado como el que yo era entonces y una mujer tan hermosa como Aurora se dedicasen a dar paseos. Y menos a aquellas horas.

Pero, por fin allí, me tranquilicé un poco. No éramos nosotros, sino dos marineros más, dos hombres yendo a la faena, o regresando de ella. Vestidos como íbamos, nadie reparaba en nosotros.

Así fue como, caminando con paso firme, acabamos llegando a los muelles. Dejamos atrás varios pantalanes hasta que, por fin, Aurora se detuvo ante uno de ellos. Al fondo, un patache de pequeño calado permanecía amarrado.

—Ese de ahí es el *Purísima Concepción*.

—Lo sé —respondí, sin apartar la vista del buque—. También le llaman *El Galgo*.

—¿Lo conoces?

—Por supuesto —le confirmé—. Es uno de los barcos de Marcó del Pont. ¿Quién no los conoce en toda la ciudad?

Sorprendida, Aurora me dedicó una mirada de aprobación.

—Muy bien, muchacho, muy bien...

—Sí, ya —respondí, entendiendo que tanto elogio ocultaba alguna otra intención más bien preocupante—. ¿Qué pasa, que estás interesada en alguna de las mercancías del viejo?

—Sí —respondió lentamente, volviendo a poner su mirada sobre el velero—. En una que guarda ese barco...

—¿De qué se trata?

—De Velasco Espinosa —me respondió, sus ojos de nuevo clavados en la embarcación al fondo del pantalán—. Está ahí dentro ahora.

Maldita sea, ¿cómo no lo vi antes? Las intenciones de Aurora comenzaban a revelármese claras.

—Escucha, yo no creo que...

Pero no me dejó seguir. Dudo mucho incluso de que me estuviera escuchando.

—Dos hombres guardan la rampa. Yo me encargaré de todo, pero

necesito que tú los distraigas para que pueda subir a bordo —me explicó, al tiempo que ocultaba la cabeza bajo su sueste de marinero.

—No lo hagas...

Volvió a clavarme su mirada.

—Dijiste que harías lo que fuera por mí.

A tan poca distancia, de sobra pude ver que en aquellos ojos no había lugar para negociaciones.

—De acuerdo...

Tragué saliva y, no tan seguro de mí mismo como me habría gustado, eché a andar por el pantalán, al lado de aquella mujer, de pronto implacable y terrible.

—¿Quién va? —preguntó a lo lejos uno de los dos hombres junto a la pasarela.

—¡Compañeros!

—¿Compañeros? —repitió el otro al vernos llegar—. ¿Compañeros de quién?

—De Cristo Nuestro Señor, y vuestros también —le respondí.

—¿Ah, sí? —insistió, observándonos ya de reojo—. ¿Y cómo es que no os habíamos visto nunca antes por aquí?

—Eso es porque tienes muy mala suerte, desgraciado. Y porque somos nuevos. Nos envía el señor Marcó del Pont —improvisé.

—¿Don Buenaventura? —preguntó el de la izquierda, todavía desconfiado.

—¿Acaso hay otro? Dice que os presentéis ahora mismo en su casa, que no sé qué problema hay con la guardia de este barco.

Los dos hombres cruzaron una mirada desconfiada.

—La guardia de este barco somos nosotros —respondió el de la derecha—. ¡Y no hay ningún problema con nosotros!

Me quedé observándolos.

—Ah, bueno, muy bien —respondí, fingiendo indiferencia—, pues de acuerdo entonces. ¡Arreando! —ordené, agarrando a mi falso compañero por el brazo.

Todavía pude ver antes de darnos la vuelta como los dos hombres se nos quedaban mirando, desconcertados.

—¿Y ya está? —preguntó uno de ellos—, ¿os vais?

Me volví.

—¿Y qué quieres que hagamos? —pregunté encogiéndome de hombros—. Si no hay ningún problema con la guardia de este barco, pues no lo hay, y punto —expliqué, manteniéndoles la mirada, desafiante—. Nosotros nos vamos por donde hemos venido, y le decimos al señor Buenaventura que a ver quién mierda se ha creído que es él para venir a importunarnos a estas horas. Venga, vámonos, tú, no molestemos más a esta gente, que seguro que a don Buenaventura no le parecerá mal. ¡Ea, con Dios, señores!

Ya caminábamos por el pantalán de regreso a tierra, cuando volví a sentir una voz a nuestras espaldas.

—¡Eh!

No pude evitar sonreír antes de darme la vuelta.

—¿Sí?

Los dos hombres cruzaron una nueva mirada nerviosa, dubitativa.

—Mierda... —respondieron al fin, escupiendo al mar—. Aguardad, que ya vamos. Esperad un momento, que hemos de avisar a alguien.

—No hace falta que le digáis nada al señor Espinosa —lo atajé, adivinando sus intenciones—. Don Buenaventura nos ha dado orden de sustituiros mientras no regreséis. Si es que regresáis, por supuesto, ya que a la vista de lo que estáis tardando...

Volvieron a cruzar una nueva mirada entre ellos, y, por fin, echaron a andar. Y todavía no debían ir muy convencidos porque, cuando apenas llevaban unos metros recorridos, uno de ellos aún se dio la vuelta.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó suspicaz, dirigiéndose a Aurora—. ¿Cómo es que no dices nada tú?

Resoplé.

—¿Él? —volví a responder yo—. ¡Pues porque es mudo, alacrán ignorante! Pero, si pudiera hablar, con toda seguridad os diría que corrierais de una maldita vez, ¡si no queréis hacer que el señor Marcó os envíe a galeras!

Aún me quedé por unos segundos junto a la pasarela, asegurándome de que aquellos dos hombres se perdían por fin entre los fanales del puerto sin mirar atrás. Cuando estuve seguro de que no regresaban sobre sus pasos,

busqué con la mirada a mi acompañante. Pero ella ya no estaba allí.

La vi al final de la rampa, ya a bordo del buque. La seguí, pero cuando llegué arriba ya ella se dirigía con paso firme a la popa del barco. De nuevo intenté alcanzarla, pero en ese momento se abrió la escotilla de popa. Supongo que alertado por las voces, y dispuesto a ver qué ocurría, Velasco Espinosa subió a cubierta. Tan pronto como lo vio, Aurora sacó del bolsillo el objeto brillante que yo le había visto guardarse en el convento, que resultó ser una navaja de afeitar, y con ella en ristre se arrojó contra Espinosa.

—¡Desgraciado! —le gritó—. ¡Tú mataste a mi familia! ¡Tú, tú me lo quitaste todo!

Corría Aurora hacia Espinosa, y brillaba, fatal, su navaja bajo la luz de la luna.

Por desgracia para todos, la reacción de Velasco resultó ser mucho más ágil que la de Aurora. Con el brazo izquierdo detuvo sin dificultad el ataque de la mujer. Le sujetó la mano y se la apretó con fuerza, haciendo que la navaja cayera al suelo. Y, antes de que ella pudiera ni tan siquiera verlo venir, con la mano derecha ya Espinosa había sacado su cuchillo y lo hundía con fuerza y rabia en el vientre de Aurora. Sus ojos se crisparon al momento, y Velasco le mantuvo la mirada.

—Y lo volvería a hacer —le respondió, enseñándole los dientes al tiempo que retorció el cuchillo en el cuerpo de la mujer—. Lo volvería hacer, mi amor...

Todavía con Aurora entre sus brazos, y la hoja aún hundida en su vientre, Velasco se acercó a la borda y, como si nada más fuera un despojo cualquiera, se giró sobre sí mismo para dejar caer el cuerpo de la mujer a las aguas.

—¡No! —grité al verlo.

Oculto por las sombras al final de la pasarela, Espinosa no había reparado en mi presencia. Ese fue su primer error. Y el último. Por ágiles que fueran sus reacciones, mi juventud lo era más. Me arrojé corriendo hacia él, y nada más me agaché un instante, uno tan breve como certero, y tan veloz como el rayo cuando se dibuja en el cielo. Lo justo para recoger la navaja de Aurora del suelo de la cubierta. Aún no había terminado de ponerme en pie, y ya él tenía el frío encima. No, no lo vio venir. Mas para cuando Velasco Espinosa

quiso comprender lo que había ocurrido, yo ya le había rebanado el cuello. Se echó las manos a la garganta, intentando contener la sangre que se le escapaba a borbotones, pero ya no había nada que hacer. Aún no se había dado cuenta, y ya estaba muerto. Tampoco le presté demasiada atención. En realidad lo que hice fue continuar mi carrera hasta asomarme yo también por la borda. Me incliné, saqué más de medio cuerpo fuera. Y extendí los brazos hacia el agua. Pero no pude hacer nada. A la luz de la luna llena, tan solo llegué a tiempo para ver cómo el mar se tragaba a Aurora.

La vi, maldita sea la luna, la vi. Vi cómo el mar se me la llevaba. Lentamente, como si ella estuviera danzando algún paso lento con las olas, el mar se la fue tragando. La única mujer que de verdad he querido alguna vez, el mar se la llevó.

Desolado, maldije mi vida, todo lo que me quedara de ella, y le di una patada al cuerpo de Velasco Espinosa, quien todavía se retorció en sus últimos estertores, arrojándolo con rabia por la borda opuesta. Y me fui. Bajé de aquel barco para no volver a subir a ningún otro. Jamás.

Pasó el tiempo sin que nadie hiciera demasiadas preguntas. Velasco y su poder habían llegado a convertirse en algo un tanto incómodo, de manera que su desaparición incluso le vino bien a mucha gente. También hubo quien dijo que por fin, harta del desprecio de todos, Aurora había decidido marcharse. Comenzar de nuevo donde nadie la reconociera. Y yo... Yo no me fui. Dejé el convento, eso sí. Manchadas de sangre como estaban, mis manos nunca servirían para atender ninguna vocación. Pero me quedé en la ciudad. ¿Adónde iba a ir, si no? ¿En qué otro lugar podría estar que no fuera cerca de su mar? Me quedé en los muelles, junto a su recuerdo, esperando por el día en que ella regresara, por el momento en que volviera a verla. Porque el mar no es lo bastante profundo como para esconder por siempre una belleza tan grande y tan atroz como la de Aurora, ni son tan turbias sus ondas que no pueda ver, noche tras noche, el brillo de sus ojos en el reflejo de la luna sobre las aguas.

Pasaron los años y, con el tiempo, volví a encontrarme con Pablo Morillo. Por lo visto, la historia tiene un curioso sentido del humor... Por eso regresó

el muy bastardo, para poner la guinda que le faltaba a nuestra desilusión. Fue aquí, en la plaza de la Constitución, el verano de 1823, el año en que el gran traidor regresó a la ciudad. Sí, en efecto, aunque ahora ya nadie parezca recordarlo, aquel al que ahora las autoridades pretenden honrar como «héroe de la Reconquista» volvió a Vigo catorce años más tarde. Solo que esta vez no lo hizo para liberarnos de nadie, sino más bien para aplastar las libertades de las que aquí gozábamos. Traicionando al gobierno del Trienio Liberal y a la mismísima Constitución de Cádiz, Morillo entró en la ciudad el 4 de agosto de 1823. Y esta vez, curiosamente, lo hizo acompañado por los Cien Mil Hijos de San Luis, las tropas absolutistas que, desde Francia, había enviado el rey Luis XVIII con el fin de sofocar el levantamiento liberal.

Entró, como digo, en la ciudad y, henchido de magnificencia, ordenó formar ante él a los representantes de las fuerzas liberales. Tanta pompa y boato, y nada más una única finalidad: ver los rostros de los hombres y mujeres a los que iba a perdonarles la vida. Así fue como volvimos a encontrarnos, de nuevo frente a frente.

—Quién nos lo iba a decir, ¿eh? Tantos esfuerzos para echarlos —le comenté, como si tal cosa—, y ahora regresa usted, de la mano de los gabachos —sonreí, antes de escupir a sus pies—. Siempre supe que no era más que un gusano repugnante...

Morillo, por aquel entonces ya ascendido a teniente general, también sonrió. Se me quedó mirando y, soberbio, sonrió. Y después me mandó a la cárcel. Seis años de prisión me costó aquel comentario. Pero ¿y qué esperaba que hiciera? Tanto esfuerzo, tanto dolor... Y todo para nada.

Ahora, que parece que estamos rodeados de héroes por todas partes, recuerdo aquellos días, y pienso que tal vez aquel fue el momento. Pero en el fondo sé que no. No fue haberle dicho aquella verdad a la cara a Morillo. Tampoco fue haber participado en la Reconquista, haciendo historia. Ni siquiera fue haber matado a un ser tan despreciable como Velasco Espinosa. No... Fueron sus ojos.

Los ojos de Aurora, observándome bajo las aguas, sus ojos, alejándose de mí mar adentro. El instante en que nos despedimos, yo en la cubierta de aquel barco, y ella danzando con las olas de la ría. Aquel, aquel fue el tercer momento que marcó mi vida. Y ahora, por fin, se sabe la verdad.

Queden aquí, pues, mis confesiones para que, cuando por fin llegue el momento, pueda yo morir en paz.

En Vigo, a 15 de marzo de 1859

Conque eso era, esa era la verdad... Finalmente, y por mucho que Espinosa se hubiera obstinado en apropiarse de todo el mérito, sí hubo una Reconquista. Una que no fue de los comandantes. No fue la de Tenreiro ni la de Almeida. No fue de Chalot, ni de Arias ni de Villageliú. No se hablaba de ningún Carolo. Algo tuvo que ver Vázquez Varela, sí, e incluso también Velasco... Pero no fue la de los caudillos. Ni siquiera de Cachamuña y, por descontado, jamás la de Pablo Morillo. Fue la de la gente. La de los vecinos, la de los paisanos.

Mariña y yo nos pasamos todo el día estudiando aquel documento. Lo leímos por separado, volvimos a leerlo juntos. Y siempre acabábamos llegando a una misma certeza. En efecto, cada uno por su banda, tanto aquel texto como el de Velasco Espinosa podrían aportar muchísima luz sobre la historia de la ciudad. Pero juntos lo cambiarían todo... Más allá de lo que cada año se empeñaran en contarnos, la de la Reconquista era una historia bien diferente. Una más apasionante, más viva, más real. Y, sobre todo, más nuestra. Pero...

Siempre acababa asaltándonos la misma duda. ¿Hasta dónde estaría nadie dispuesto a llegar por esto? Le dábamos una y mil vueltas, sin que en ninguna de ellas alcanzásemos a vislumbrar nada en firme. Por desgracia, algo que tampoco en ningún momento se nos pasó por la cabeza fue la posibilidad de que, lamentablemente, lo peor estuviera todavía por venir.

ACTO QUINTO. TRES

ACTO QUINTO

TRES

12

Apenas una claridad sutil, las primeras luces del alba. Y el frío. Porque su cuerpo no estaba allí. Inquieto, me levanté para encontrarla en el salón. Ahí estás, recortada contra el amanecer... Y la verdad es que, pese al susto, yo preferí no hacer ningún ruido. Y quedarme observándola, inmóvil, sola, sintiendo cómo las primeras luces le acariciaban la piel. Y es cierto, por un momento pensé en dejarme ir, moverme lo justo para ver salir el sol junto a ella. Y ladeé la cabeza, pensando que habría dado lo que fuera por ver salir el sol con ella desde todas las ventanas de la ciudad. Y volver a hacer el amor con ella en todas y cada una de esas ventanas, bajo todos y cada uno de esos soles. Me quedé en silencio, observándola. Allí estaba, de pie junto a los ventanales, con una taza de café caliente entre las manos y la mirada perdida en el azul de la ría. Quieta ante una única ventana de entre todas, la de nuestro apartamento. La de su apartamento. Y yo querría ir. Querría ir y abrazarla. Cogerla, besarla, olvidarnos de toda aquella locura, de sus secretos, de mis inseguridades, y hacer con ella el amor allí mismo. Y olvidarnos de todo, porque todo me dolía. Empezando por ella... Eso es lo que en realidad habría querido hacer. Y eso fue lo que en realidad no hice.

—Buenos días —saludé acercándome a Mariña—. ¿Hace mucho que te has levantado?

—Sí —respondió, aún sin apartar la mirada perdida en el exterior—. Ayer.

La abracé desde atrás.

—Vaya, ¿te desvelaste?

—Sí —dijo, apretando los labios y afirmando lentamente con la cabeza.

—¿Sigues dándole vueltas a la historia de Hugo Sanjuán?

—Entre otras cosas, sí...

—Tú tampoco lo ves claro, ¿verdad?

—No —admitió, volviéndose al fin—. Nada claro.

—Bueno, por lo menos hay algo que sí hemos sacado en limpio.

—¿El qué?

—La historia de Nicolasa. Concuerda con lo que tenemos.

—Oh, eso —respondió sin demasiado interés—. Sí, supongo que por fin podrá confirmar su herencia.

—Por supuesto, ahora sabrá que todo era cierto.

—Para bien, o para mal...

—Bueno —continuó—, con la misma nosotros también hemos avanzado algo, ¿no te parece?

Mariña torció el gesto en un mohín de disconformidad.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Ahora sabemos cómo sucedió todo realmente. Quiero decir, las coincidencias entre las confesiones de Sanjuán y la crónica de Espinosa confirman una historia común. Y una, en efecto, bien distinta a la que nos han venido contando.

—Sí —aceptó Mariña—, es cierto. Pero sigue habiendo algo que no encaja...

—¿A qué te refieres?

Apretó los labios todavía con más fuerza.

—A lo mismo a lo que llevamos toda la noche dándole vueltas —respondió, de nuevo negando con la cabeza—. ¿Qué pintamos nosotros en todo esto?

Se quedó mirándome, con la expresión en el rostro de quien pide una explicación.

—Dime —insistió—, ¿cómo se relaciona toda esa historia con este momento?

—Bueno —respondí luego de un par de segundos—, yo también he estado pensando... Y, desde luego, es cierto que la cofradía no sale bien parada en esta película.

—La cofradía —repitió Mariña, arqueando una ceja.

—Sí. Es más, yo diría que, de haberse sabido, desde luego habría supuesto un verdadero problema para ellos. No sé qué opinas tú, pero yo creo que es innegable que su imagen se vería menoscabada. Y si realmente era esto lo que el alcalde pretendía desvelar...

Dejé la conclusión en el aire.

—Ya —comprendió Mariña—. Pero, por mucho daño que estos papeles le puedan suponer a la cofradía, ¿realmente crees que sería tanto como para que alguien matara por ello?

Exacto, ese era el problema.

Que la gente mata por cualquier cosa es tan cierto como que en determinadas circunstancias cualquier desgraciado puede acabar con la vida de otro por una discusión de bar, un coche mal aparcado, o una mosca en la sopa. Pero es verdad que, en esta ocasión, costaba creer que ese fuera el motivo... Me limité a negar en silencio, sin atreverme a dar ninguna respuesta.

Y aún seguía en silencio cuando el sonido de mi teléfono móvil vino a sacarme de mis cavilaciones. Un vistazo rápido a la pantalla me sugirió que tal vez por ahí llegara algún avance.

—Buenos días, Bruno. ¿Hay alguna novedad?

Me respondió con voz grave, seria. Parecía cansado. Un par de palabras lentas, arrastradas. Y de repente me lo soltó. Sentí como la boca se me secaba de golpe.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

Lo repetí, y yo solo alcancé a cruzar una mirada rápida con Mariña.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

No le respondí. No a ella.

—De acuerdo. Sí, de acuerdo, lo haremos.

—¿Qué ocurre, Simón? —volvió a preguntar al ver que mi expresión también se había vuelto grave.

—De acuerdo —continué, ajeno a las demandas de Mariña—, no te preocupes. Vamos para ahí.

Colgué el teléfono, ya con Mariña en guardia frente a mí.

—¿Qué pasa, Simón —preguntó, observándome de medio lado—, qué te

ha dicho Bruno?

Me quedé mirándola, sin saber demasiado bien cómo decírselo.

—Es Tristán, ha muerto.

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Qué... qué dices?

En ese momento no sabría decir ni de dónde venía mi propia voz.

—Digo que lo han matado.

11

El matrimonio Taboada vivía en el Barrio Alto, la parte del Casco Vello comprendida entre la calle Elduayen y las ruinas del castillo de San Sebastián. En otro momento habría hecho algún comentario sobre el excelente trabajo de recuperación y restauración que el barrio había experimentado en los últimos años. Porque esa era la verdad: durante prácticamente todo el último tercio del siglo XX, esa parte de la ciudad había sido una de sus zonas más conflictivas. Marginalidad, drogas, prostitución... Hoy apenas queda ya nada de todo eso, y la delincuencia es poco más que un recuerdo como el que puede dormir en cualquier otro rincón oscuro de una ciudad con tanta historia como esta. Sobre todo ahora que Mariña y yo conocíamos bastante más de cerca algún que otro secreto de esa misma historia, tan llena de luces y sombras. Así, en los últimos años, el barrio alto había sido sometido a un cambio radical, no eran pocos los premios y reconocimientos arquitectónicos recibidos, y sus calles se veían cada día más llenas de vida. Sí, supongo que en otro momento habría hecho algún comentario al respecto. Pero no ahora, no con otro muerto sobre la mesa.

Al final del paseo de Granada, donde por tantos años tuvo la muralla su puerta del Placer, nosotros torcimos a la izquierda para meternos por la calle de San Sebastián. Ya antes de llegar a la plaza que los vecinos llamaban Del Abanico, en recuerdo de un famoso bar así llamado, y donde los Taboada tenían su residencia en una de aquellas antiguas casas con tan buen gusto restauradas, nosotros nos encontramos con un tumulto de gente, paseantes, curiosos, todos agolpados ante el cordón de la policía. Al otro lado, Bruno

conversaba con dos agentes.

—Habéis llegado —nos ofreció por todo saludo al vernos.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que te he dicho —respondió mientras le hacía una señal a uno de los agentes para que levantara el cordón a nuestro paso—. Que se han cargado al viejo.

Desde luego, a veces Bruno parecía tener la sensibilidad de un rinoceronte.

Torcí el labio, intentando advertir al inspector su falta de tacto.

—Seguidme —nos indicó al tiempo que se perdía por el interior del portal—. Os advierto que esto no va a ser agradable...

Subíamos por las escaleras hacia el primer piso cuando Mariña, seria, inexpresiva, preguntó a mi lado.

—¿Amelia está arriba?

—No —contestó Bruno—. Fue ella la que encontró el cuerpo a primera hora. Cuando nosotros llegamos, la pobre mujer todavía estaba ahí fuera, en la plaza, llorando desenfajada en los brazos de una vecina.

—¿Dijo algo?

—Apenas —respondió con desdén—. Intentamos tomarle declaración, pero la pobre anciana estaba demasiado alterada. Al final ya solo repetía una y otra vez que olía a santos...

Mariña frunció el ceño.

—¿A santos?

—Ajá. Eso mismo —confirmó el inspector—, así que la mandamos para el Álvaro Cunqueiro.

—¿El hospital?

—No, el famoso escritor, que ha vuelto de entre los muertos para consolar a la vieja... —Bruno se detuvo para mirarme—. Coño, *malparit*, vaya preguntas que haces... Pues claro que al hospital, Simón, ¿adónde si no?

—¿Y no dijo nada más? —volvió a preguntar Mariña—. ¿Solo que olía a santos?

—Pues la verdad es que no dijo mucho más, no... Contó que el viejo no había ido a la cama en toda la noche. Supuso que se había quedado frito en su despacho, leyendo, como tantas otras noches, de manera que tan pronto como

se levantó fue a la biblioteca para despertarlo. El problema es que el viejo estaba frito, sí, pero para siempre.

—Hombre, Bruno...

El inspector, captando por fin la intención de mi reproche, se volvió hacia Mariña.

—Lo siento —se disculpó, ya ante la puerta del piso—. Pero si os he pedido que vinierais es precisamente por eso, porque sé que tú tenías una relación muy especial con él, y porque también sé que últimamente estabais metidos en algo juntos.

Me incomodó su manera de decirlo, como si nada más fuéramos unos delincuentes cualesquiera metidos en algún negocio sucio.

—Nosotros no estábamos metidos en nada —protesté.

—No, claro —repuso con sorna el inspector mientras avanzábamos por el corredor de la casa hacia una puerta cerrada al fondo—. Por eso ahora el viejo está muerto. Por no estar metido en nada...

Mariña se detuvo.

—¿Y dices que Amelia no oyó nada? Raro, ¿no?

Bruno se la quedó mirando, invitándola a seguir.

—Al entrar me he fijado en que ninguna de las cerraduras parece estar forzada, por lo que, o bien quien ha matado a Tristán tenía llaves de la casa, o bien fue el propio Tristán quien abrió la puerta. En cualquier caso, todo implica movimiento. ¿No te parece raro que su esposa no haya oído nada en ningún momento?

Bruno dejó escapar una sonrisa resignada.

—Ya, eso... —Bajó la mirada—. Yo pensé lo mismo que tú, Mariña. Pero por lo menos eso sí tiene una explicación.

—¿Cuál?

—Los somníferos —respondió sin entusiasmo—. Un vistazo rápido a su mesita de noche basta para deducir que la vieja dormía con tantas pastillas encima que, aunque la mismísima ciudad se hubiera venido abajo, ella no se habría enterado de nada hasta ocho horas más tarde.

Terminó su explicación ya con la mano sobre el pomo de la puerta cerrada al final del pasillo.

—Por desgracia, todo lo que os he contado hasta ahora es lo más amable

de toda esta historia.

—¿Amable? —Arqueé una ceja, incrédulo.

—Y tanto. Comparado con eso, de aquí en adelante el asunto se pone feo, y ya os advierto que lo que hay al otro lado de esta puerta no es agradable... Pero necesito que le echéis un vistazo. Por más que lo neguéis, sé que los tres andabais metidos en algún asunto relacionado con el pasado de la ciudad, de manera que necesito que me digáis si aquí dentro veis algo que a mí se me esté escapando. ¿Estáis preparados?

La verdad es que yo no supe demasiado bien qué decir. No soy la persona más fuerte del mundo, y estoy a años luz de ser la más dura. Por desgracia para mí, Mariña siempre había sido más fría que yo. Tan pronto como ella asintió con la cabeza, Bruno abrió la puerta a sus espaldas.

10

El despacho de Tristán, como Bruno lo había llamado, era en realidad su biblioteca particular. Una estancia amplia, con las paredes cubiertas por estanterías en las que los libros se amontonaban en dos y hasta en tres filas por anaquel. En toda la sala apenas había más mobiliario que una pequeña mesa auxiliar en el centro, por supuesto abarrotada de libros, un par de sillas y, al fondo, una mesa de trabajo. Tras ella, el cuerpo sin vida de Tristán Taboada permanecía sentado, recortado contra la luz que entraba por la ventana a sus espaldas.

—Tened mucho cuidado, e intentad no tocar nada. Los de la científica todavía no han llegado, y suelen ponerse bastante pesados con lo de no contaminar la escena del crimen y todas esas mierdas suyas.

—Claro...

Yo sabía que el cronista estaba muerto porque Bruno me lo había dicho. Si no, desde nuestra posición bien podría parecer que se trataba de un hombre que, tal como había dicho su mujer, se hubiera quedado dormido leyendo cualquier cosa. Sentado, con la cabeza caída hacia delante, y las manos relajadas sobre los reposabrazos de su silla, nada insinuaba la violencia, la desagradable escena de la que el inspector Rodés nos había advertido.

—Amelia tenía razón —apuntó Mariña—. Huele a... ¿iglesia?

Era cierto. Algo en aquella estancia recordaba al olor de los templos. Aun más desconcertado, volví a posar mi mirada sobre el cuerpo.

—Oye, Bruno, igual te parece una estupidez, pero... ¿Por qué estáis tan seguros de que lo han matado? —pregunté según nos íbamos acercando al

cuerpo—. ¿No pudo haberse tratado de algo natural?

Inmóvil ya al lado del cuerpo, Bruno se me quedó mirando, sospechosamente serio.

—Bueno, ahora que lo dices, sí, podría ser eso —admitió, al tiempo que posaba una mano enfundada en látex sobre la cabeza inerte de Tristán—. Pero...

En ese momento agarró con fuerza el pelo del difunto y, lentamente, comenzó a echar hacia atrás la cabeza de Tristán Taboada. Fue entonces cuando lo vimos. Mariña apartó la mirada, y yo tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar, horrorizado, hasta la primera papilla.

—También podría ser que se cortara afeitándose, ¿no te parece, chaval?

De acuerdo, no se trataba de nada natural. Un tajo terrible, largo y profundo, abría el cuello del historiador de una manera atroz, atravesando su garganta de un lado a otro.

—¡Venga, no me jodas, *malparit!* —me reprendió el inspector—. Si os he hecho venir no es para que un desgraciado como tú me diga si la víctima estaba muerta o estaba de parranda, ¿no te parece?

—Sí, claro —le interrumpió Mariña—. Pero, y entonces... ¿qué ocurre con la sangre?

Bruno se la quedó mirando.

—Vaya, tú también te has dado cuenta...

—¿Cuenta de qué? —pregunté yo, que, por lo visto, no me había dado cuenta de nada.

—De que no hay sangre —explicó Mariña con calma—. Si esta ha sido la manera de matarlo, entonces todo esto debería estar lleno de sangre.

—Tienes razón —comprendí—. Pero aquí no hay nada...

—Así es —nos confirmó el inspector—. No hay más que un poco alrededor del corte y bajo el cuello de la camisa...

—¿Crees que tal vez lo hayan matado en otro lugar?

Bruno torció el gesto, dubitativo.

—Podría ser, es una hipótesis que barajamos. Aunque tampoco entiendo muy bien por qué. Cargárselo en otro lado... ¿para arriesgarse luego a traerlo aquí? ¿Quién querría tomarse tantas molestias?

Mariña echó un vistazo a su alrededor.

—Tal vez alguien —respondió, con la mirada perdida en los estantes— que quisiera señalarnos algo...

—¿Señalarnos algo? —repitió el policía frunciendo el ceño—. ¿Como qué?

Mariña apretó los labios.

—No lo sé...

Sin dejar de observar a su alrededor, Mariña continuó avanzando hasta colocarse, como Bruno había hecho, al otro lado del escritorio, a la izquierda del cuerpo. Vi como le echaba un vistazo, rápido e incómodo, al cadáver, pero enseguida apartó la vista, antes de que su imagen de mujer dura se viera de nuevo afectada. Se quedó mirando el escritorio, donde otro mar de papeles, documentos y libros se arremolinaba ante ella. Recordando que no debía tocar nada con los dedos, sacó un bolígrafo de su bolsillo y, con su ayuda, comenzó a mover los papeles, separando unos de otros. De pronto, su mirada se centró en uno de ellos, hasta ese momento casi tapado por los demás.

—Este está escrito a mano.

Bruno también se echó hacia delante, observándolo.

—¿Y qué? Muchos lo están...

—Sí —le respondió ella—. Pero este es el único que no tiene la letra de Tristán.

—¿No es su letra?

—En absoluto —respondió Mariña—. Mira, fíjate en los demás papeles. Esta letra no tiene nada que ver con las otras... La letra de Tristán es apresurada, caótica. Esta es mucho más elegante, pausada. Diría que caligráfica, incluso.

Comprendiendo, el inspector cogió el papel con la mano en la que aún llevaba el guante de látex, y leyó en voz alta.

—«Tiempo de callar, bibliotecario.»

Una palabra llamó mi atención.

—¿Has dicho «bibliotecario»?

—Sí —respondió el inspector—. ¿Por qué, qué ocurre?

Mariña y yo cruzamos una mirada rápida.

—Bibliotecario... —repetí—. Ese era el modo en que el alcalde se dirigía

a Tristán.

—Así es —confirmó Mariña—. Y esto otro, «Tiempo de callar»...

Se quedó en silencio durante tres o cuatro segundos, pensando.

—Oye, Bruno, ¿tú crees que se podría tratar de una especie de advertencia?

El policía todavía tardó en responderle, aún con la mirada fija en el cadáver.

—Bueno, a no ser que ya estuviera ahí antes, como advertencia llega un poco tarde, eso está claro...

—Pues tal vez no sea eso —aceptó Mariña—. Pero desde luego lo que es innegable es que esta nota relaciona de alguna manera a Tristán con el asesinato del alcalde.

—¿Crees que el viejo estaba implicado en todo eso? —pregunté yo, extrañado.

—No, estoy segura de que no. Pero si hacemos caso de este papel, es obvio que algo sabía. O que algo había descubierto... En esta nota alguien se dirige a Tristán de la misma manera que lo hacía el alcalde, y le indica que es tiempo de guardar silencio. No sé qué te parece a ti, pero desde luego yo diría que se trata de algún tipo de vínculo. Y la letra... Ojalá supiéramos quién ha escrito esto.

El inspector volvió a dejar la hoja sobre el escritorio y pasó a frotarse el mentón, con la mirada puesta en el rostro del señor Taboada.

—No lo sé —respondió para sí—, no lo sé...

Resopló. Parecía dudar.

—¿Qué ocurre? —pregunté, comprendiendo que el inspector le daba vueltas a algo que no nos estaba contando.

—Ocurre —respondió al fin— que estábamos a punto de dar ese caso por cerrado.

—¿El asesinato del alcalde? —pregunté sin disimular mi sorpresa—. Pero... ¿cómo?

—Hemos encontrado a alguien —explicó—. Alguien a quien todo apunta que podría ser el asesino.

—¿Lo habéis detenido?

Bruno me dedicó una nueva mirada que no supe cómo interpretar.

—No exactamente... —respondió.

—¿Cómo?

El inspector dejó correr un suspiro largo.

—Ni creo que lo hagamos, en realidad.

—Pero, ¿por qué? —volví a preguntar, todavía sin comprender nada.

—Pues porque el fulano está un poco muerto.

Sacudí la cabeza en el aire.

—¿Cómo dices?

—Se trataba de Rosendo Saldaña, un currito de la construcción al que nos hemos encontrado colgado en su caseta de Beade. Al parecer trabajaba como albañil para Rodas. Ya sabéis —dijo, haciendo un ademán de repetición en el aire—, la constructora que quebró con el escándalo de la Operación Ganso. Por lo visto, al quedarse sin trabajo, nuestro amigo Rosendo tampoco tardó en dejar de pagar las letras de un préstamo que tenía, por lo que el banco estaba a punto de embargarle el terreno en el que tenía la caseta. Al parecer, esa finca y la pequeña caseta eran todo lo que el pobre diablo poseía en este mundo de mierda. Y aunque no tendríamos demasiadas dificultades para comprobarlo, por lo pronto ya os voy diciendo yo que esta letra no es de ese desgraciado —añadió, volviendo a señalar la nota—. Bastante tendría el pobre diablo con saber escribir...

—¿Y dices que se suicidó?

—Eso parece. Y, por lo visto, antes también decidió llevarse por delante al responsable de su ruina...

—Al alcalde —quise confirmar.

—Ajá —asintió Bruno.

—¿Y por qué pensáis que se trataba del responsable? —preguntó Mariña.

Bruno se encogió ligeramente de hombros antes de responder.

—Bueno, pues porque no solo tenemos pruebas que lo relacionan con la compra del mosquetón, sino que además nos encontramos el arma en su casa, oculta bajo una montaña de chatarra.

Con la frente por completo arrugada, Mariña se lo quedó mirando.

—Oye, Bruno, a ver si lo he entendido bien... ¿Estás diciéndonos que el responsable del asesinato del alcalde es un albañil en paro, sin un duro y del que ni tan siquiera estás seguro de que sepa escribir..., pero que es capaz de

adquirir un mosquetón tan antiguo como caro, de manejarlo con la pericia de un soldado de hace más de doscientos años, y de acertar en el blanco con una puntería que ya quisiera para sí un francotirador de primera? —Clavó sus ojos en los del inspector—. ¿Pero tú te has vuelto loco?

También Bruno se la quedó mirando, hasta que un gesto de resignación desbordada asomó a su rostro.

—Lo sé, lo sé —admitió, volviendo a resoplar—. Sé que no tiene sentido. Pero no tenéis ni idea de la presión que nos están metiendo desde arriba. Por eso os he pedido que vinierais. ¿Creéis que el viejo está metido en el ajo?

Pero no respondimos. Fuera lo que fuese aquello a lo que se refiriera la nota, la intención del mensaje era clara: alguien había obligado a Tristán Taboada a callarse lo que quiera que supiese.

Yo no dejaba de darle vueltas al mensaje en la hoja de papel mientras Mariña observaba, ahora ya con tristeza, el rostro sin vida de su viejo amigo. Así continuamos por un buen rato, sin que ninguno de los dos dijese nada, hasta que, de pronto, ella reparó en algo. Vi cómo fruncía el ceño.

—¿Qué es esto?

—¿El qué?

—Esto —repitió, señalando algo en la comisura de los labios del historiador.

El inspector acercó su cara a la boca cerrada del cronista.

—Aquí, ¿lo ves? —le indicó Mariña.

Y entonces yo también lo vi. Era apenas nada, una mancha imperceptible. Pero estaba ahí. Junto a la comisura derecha de su boca. Un pequeño lunar blanquecino. Bruno volvió a enfundarse el guante.

—No lo sé... —respondió dubitativo al tocarlo—. Parece algo duro...

Hizo un poco más de fuerza hasta conseguir que sus dedos índice y corazón separasen los labios del cadáver, abriéndole ligeramente la boca. Sacó una linterna del bolsillo de su camisa e iluminó el interior de la boca.

—Mierda... ¡Eladio! —gritó de repente.

Al momento la puerta se abrió a nuestras espaldas, y otro policía de paisano se asomó por ella.

—¿Sí, jefe?

—¿Han llegado ya los de la científica?

—Sí, señor. Están aquí fuera, esperando a que ustedes terminen.

—Pues diles que pasen, que vengan de una vez. Que aún va a ser cierto que nuestro amigo no se cortó afeitándose...

Regresamos a casa en silencio. Tan pronto como entraron los investigadores de la científica, Bruno les hizo un gesto para que inspeccionaran la boca del difunto, por lo que antes de irnos todavía pudimos ver que, en efecto, el señor Taboada tenía la superficie de la lengua cubierta de algo blancuzco, como una especie de pasta solidificada. Pero nada más. Quedaba mucho trabajo por hacer, y nosotros ya no teníamos ni nada que aportar, ni mucho menos ganas de seguir allí dentro.

Hicimos todo el camino de regreso sin decir nada, abrazados en silencio. Y, por fin en casa, Mariña se derrumbó. Rompió a llorar, desató un río de lágrimas que no tenía fin. Su desolación terminó de enseñarme lo importante que Tristán era, había sido, en la vida de mi compañera. Todavía continuó llorando por un buen tiempo sin que yo pudiera hacer nada para consolarla, hasta que, poco a poco, entre sollozos y dolor, se fue apagando. Cuando el cansancio y la tristeza pudieron con ella, la llevé en brazos a la cama y, luego de taparla intentando no moverla demasiado, me eché a su lado. No recuerdo mucho más, tan solo que me dormí junto a ella, acariciándole el pelo en la penumbra de nuestro dormitorio. Pensando en lo mucho que quería a aquella mujer.

Me desperté sobresaltado en medio de la noche. Una pesadilla, un disparo. No. Era un ruido de fuera. Algún sonido del exterior que se colaba en un mal sueño. Ahora era yo el que estaba tapado. No recordaba haberlo hecho. Eché un vistazo rápido al reloj sobre la mesilla. Las tres menos un

minuto. Me volví, dispuesto a abrazarla. Pero ella no estaba allí. No, por favor, otra vez no...

—¿Mariña?

No hubo respuesta. Otra vez no...

—¡Mariña!

—Estoy aquí.

Respiré aliviado. La voz venía del salón. Me puse en pie y salí a buscarla.

Me tranquilicé al verla, sentada en el escritorio junto a los ventanales, observando algo en la pantalla de su ordenador portátil.

—¿Qué haces aquí?

Ella ni siquiera se volvió.

—Mira —dijo—, ven a ver esto.

—¿El qué? —pregunté intrigado.

—Mira —insistió, señalando ahora algo en el monitor—. Estamos en el tiempo...

Fruncí el ceño, sin comprender de qué estaba hablando, y me acerqué a ella. En la pantalla se veía una serie de líneas, como frases. No, versos. Eran versos. Parecía un poema lo que Mariña me señalaba con el dedo. Me acerqué un poco más.

*Todo tiene su tiempo,
y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.
Tiempo de nacer y tiempo de morir;
tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado.
Tiempo de...*

Me detuve ahí.

—¿«Tiempo de matar»? —leí en voz alta—. ¿Pero qué demonios es esto, Mariña? ¿Qué estás leyendo?

Ahora sí, Mariña se volvió hacia mí.

—Es la Biblia —respondió clavándome su mirada.

Arqueé las cejas.

—¿La... Biblia?

—Toda ella —me confirmó, mirando de nuevo al monitor—. En concreto,

esto que estás leyendo son versículos del Eclesiastés, uno de los siete Libros de la Sabiduría, también conocido como el «Libro del Predicador».

—Así que hay un tiempo adecuado para matar —repetí, de nuevo con la mirada puesta en la pantalla—. Pues, vaya con las Sagradas Escrituras... Pero ¿y esto qué tiene que ver con nosotros?

Mariña volvió a señalar un punto concreto sobre el monitor.

—Aquí —indicó—, Eclesiastés 3, 1-7.

Volví a leer en voz alta.

—«Tiempo de romper, y tiempo de coser. Tiempo de...»

Me detuve al verlo. Ahí estaba. Sorprendido, mis ojos volvieron a buscar los de Mariña.

—«Tiempo de callar» —leyó ella—. Tiempo de callar, Simón... La nota que le dejaron a Tristán no era una advertencia, sino una sentencia. Una sentencia —añadió—, sacada de la Biblia.

Me miró.

—Esto no tiene nada que ver con el alcalde —comprendí.

—No —compartió ella, de nuevo con la mirada puesta en los versículos—. En el ayuntamiento no leen la Biblia...

Domingo, mediodía. Luce hermosa la primavera sobre la plaza de la Constitución. Es la hora del vermut, y las terrazas están abarrotadas de gente que conversa, toma algo, sonríe. Pero él, no. Sentados a una de las mesas en la terraza del Grettel, Gonzalo Maceo y Leire Martín, su esposa, aguardan. Ella contempla tranquila, distendida, el ir y venir de la gente por la plaza, relajada tras sus gafas de sol mientras le va dando sorbos a un mosto. Pero él, no. Encorvado en su silla, Gonzalo Maceo mantiene la cabeza baja y una expresión abrumada en el rostro. Deja Leire su vaso de vuelta sobre la mesa, y vuelve a caer en la cuenta de la turbación de su marido.

—¿Qué te ocurre, cariño?

Pero Gonzalo no contesta.

—¿Es que sigues preocupado por eso? —Sonríe, condescendiente—. Oh, venga, amor mío, ¡abandona tanta aflicción! Siempre has sido blando de más, y ya no es tiempo para estas cosas. Va siendo hora de deshacerse de tanta ternura.

Gonzalo tuerce la cabeza, mirando en cualquier dirección para no cruzar la mirada con la de su mujer.

—De verdad, Leire, que a veces no te reconozco...

Habla con gesto incómodo, casi de asco. Ella se da cuenta.

—¿Y qué es eso que no reconoces en mí? ¿La capacidad que tengo para conseguir una mejor posición para los dos? ¿Para vivir con mayor desahogo?

—¿Pero a qué precio?! —protesta Gonzalo clavando, ahora sí, la mirada en ella.

Impertérrita, Leire se acerca a su esposo para cogerle las manos con ternura entre las suyas.

—Al que sea necesario, rey mío. Al que sea necesario...

Levanta la vista y reconoce al hombre que se les acerca.

—Por ahí viene ya. De acuerdo, no es tiempo de complicaciones — advierte—. Recuerda vuestra última conversación...

—¿Y qué quieres que haga? —le responde Gonzalo con desdén—. ¿Que me comporte como si no ocurriera nada?

Con los ojos aún puestos en los de su marido, Leire Martín vuelve a sonreír, cariñosa.

—Amor mío, yo nada más quiero que os llevéis bien, que no haya problemas entre vosotros.

El director del Museo de Castrelos tuerce el gesto, incómodo ante las sugerencias de su esposa. Ella vuelve a percibir sus reticencias.

—Vamos, querido esposo, suaviza esa frente arrugada, y muéstrate radiante y jovial ante nuestro invitado. ¿Harás eso por mí?

Gonzalo Maceo se queda mirando a su mujer.

—Buenos días, parejita.

—Buenos días, Gedeón —devuelve el saludo Leire al tiempo que el constructor se sienta junto a ellos en la mesa.

—¿Qué tal, muchacho? —pregunta con soberbia el hombre—. ¿Un poco más tranquilito, ya?

—Sí, sí —le responde Gonzalo, apenas sosteniéndole la mirada—. Tranquilísimo...

—¿Y tú, qué nos cuentas, Gedeón? ¿Sabes acaso si hay alguna novedad?

—No, ninguna —responde satisfecho—. Todo marcha de maravilla.

—Sí, de maravilla —repite Gonzalo—, sobre todo para el pobre viejo...

Gedeón lo mira de reojo, desconfiado.

—¿Acaso tienes algún problema con eso?

Esta vez sí, Gonzalo Maceo le mantiene la mirada.

—¿Que si tengo algún problema, dices? Pues, a ver, déjame que piense... ¡Por supuesto que lo tengo! Para empezar, no entiendo cómo sois capaces de hablar con tanta tranquilidad de algo tan terrible. Os recuerdo que es de un hombre muerto de lo que se trata.

—Gonzalo, por favor, baja la voz —le advierte su mujer, al tiempo que Gedeón Montenegro mira incómodo a uno y otro lado.

—En efecto —le responde este, echándose sutilmente hacia él—. Estamos hablando de un hombre muerto. Muerto —repite—, porque vivo se estaba convirtiendo en un problema para nosotros, un riesgo con el que ya no tenía sentido seguir contando. ¿O es que ya no recuerdas nuestra última conversación... compañero?

Tanto Gonzalo como Leire advierten lo amenazador del tono que Gedeón ha empleado para pronunciar la palabra «compañero».

—¿Cómo tenemos lo de la policía? —pregunta la mujer, más por cambiar de tema que otra cosa—. ¿Sabes si sospechan de alguien?

—No —responde el constructor, de nuevo reclinándose contra el respaldo de su asiento—. Sé que ya han encontrado a Rosendo, y que están siguiendo su trayectoria. Por lo que he podido averiguar, diría que es cuestión de horas que le carguen lo del alcalde.

—¿Han descubierto ya que también es miembro de la cofradía?

—Creo que no. Pero supongo que no tardarán mucho en hacerlo. ¿Qué coño pasa aquí —protesta de pronto, mirando hacia la puerta del local—, que en este puto bar no se atiende a los clientes o qué?

—¿Y con Taboada? —pregunta Gonzalo, ajeno a los exabruptos del constructor—. ¿Sabes si han descubierto algo más?

—Pues no —responde Montenegro, todavía con la mirada puesta en la terraza, intentando localizar a algún camarero—. Pero a no ser que sean muy imbéciles, tampoco creo que tarden demasiado en dar con la sorpresita que hemos dejado para ellos...

—Si lo habéis hecho como te indiqué, nada más es cuestión de tiempo que lo hagan —apunta Leire, satisfecha—. Y tan pronto como eso ocurra, nosotros estaremos un poco más lejos de cualquier sospecha...

Todavía incómodo, Gonzalo vuelve a quedarse mirando a sus compañeros de mesa.

—¿Y qué pasa si alguien se da cuenta del engaño?

La mujer le devuelve la mirada, extrañada.

—¿Y quién podría hacer tal cosa, mi amor?

—Joder, Leire, ¡pues cualquiera con dos dedos de frente!

Por primera vez en toda la conversación, algo parecido al desagrado asoma en la expresión de la mujer.

—Te refieres a la estúpida esa, ¿verdad? Sí, esa amiguita tuya —matiza despectiva la mujer—, Mariña Dafonte... Pues tampoco te preocupes por eso —responde con severidad—, porque también para ella tenemos planes... ¿No es así, Gedeón?

—En efecto —confirma indiferente el tal Gedeón, aún más pendiente de identificar a algún camarero en las proximidades de su mesa que de las tensiones entre sus contertulios—. Para ella y para el imbécil de su novio. Pero me cago en la puta, ¿es que no va a venir nadie a atenderme, coño?

Gonzalo Maceo tuerce el gesto.

—¿Qué pensáis hacer?

—Utilizar los papeles.

Maceo frunce el ceño.

—¿Qué papeles?

—Esos de los que tú mismo nos hablaste —le responde Gedeón—. Esa será la guinda perfecta para nuestro pastel, y nosotros quedaremos definitivamente a salvo.

—Nosotros... —repite el director del museo, antes de volver a quedarse en silencio.

—Sí, nosotros —afirma el otro, de nuevo clavando su mirada, desafiante, sobre Gonzalo—. ¿Qué pasa, que también tienes algún problema con eso o qué?

—No —responde el director del museo al cabo de un rato—. Tan solo es que cada vez me cuesta más reconocer a quién se refiere ese *nosotros*...

Gedeón Montenegro se lo queda mirando hasta que, por fin, vuelve a apartar la vista, sonriendo con desprecio.

—*Nosotros* somos nosotros —explica, con la mirada de nuevo puesta en la plaza, sobre el resto de la gente—. Los que siempre salimos ganando, esos somos nosotros.

Todavía con los ojos pegados al microscopio, el doctor Paco Troitiño comienza a rebuscar algo en el bolsillo de su bata. La muestra no deja lugar a dudas. Cuando por fin encuentra el teléfono móvil, aparta el rostro del ocular y marca un número. Mientras aguarda a que del otro lado alguien conteste, echa otro vistazo a su alrededor. La sala de autopsias, fría, aséptica, permanece en silencio. ¿Y cómo iba a estar? Lo raro sería que el pobre Tristán Taboada, allí de cuerpo presente y todavía abierto en canal, le diera alguna conversación... Nada, no contesta. A punto está de colgar cuando por fin una voz malhumorada le responde desde el otro lado.

—Sí.

—Es cera.

—¿Qué?

—Cera —repite el forense.

—Cera... —repite a su vez el policía, a todas luces desconcertado—. Oye, Paco, ¿se puede saber de qué coño me estás hablando?

El médico resopla.

—A ver, Brunito... Primero me pides que me pase todo el fin de semana trabajando, ¿y ahora no sabes de qué te hablo? Es cera —insiste—, la pasta que el señor Taboada tiene en la boca. Es cera.

—Cera...

—Así es. De hecho —continúa el médico—, no solo está en la boca.

Al otro lado de la línea, Bruno frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que estoy diciendo, Bruno. Vuestro hombre tiene la garganta que parece la de un muñeco de cera. Tal como tiene la tráquea, al pobre nada más le falta una mecha para convertirla en una velita de cumpleaños.

—Ya veo... Oye, Paco, ¿y tú qué crees que quiere decir eso?

Esta vez es el forense el que resopla.

—Pues no sabría qué decirte, Bruno. Pero, a juzgar por las quemaduras que presentaba la garganta al retirarle los restos de pasta, yo diría que al pobre viejo le han hecho tragar cera hirviendo, tal vez derramándosela desde una vela encendida, hasta matarlo...

Bruno se frota la frente.

—Pero, a ver, ¿qué es lo que me estás diciendo? ¿Que al pobre viejo no lo mataron cortándole el cuello, sino quemándolo por dentro?

—Oh, no, no. No se trata de eso. Estas quemaduras no habrían matado a nadie, no provocan más daño que el que pueda hacer un poco de cera derretida sobre la piel.

—Entonces sí que lo mataron al rebanarle el cuello...

—No —responde Troitiño con rotundidad—, eso tampoco. Ojalá hubiera sido así, aunque nada más fuera por ahorrarle un sufrimiento terrible al pobre desgraciado... Pero no, Bruno. Al señor Taboada lo mataron haciéndole tragar cera hirviendo, eso es seguro.

—Entonces, el motivo de la muerte... —se desespera el inspector.

—Asfixia —explica el doctor—. El viejo murió asfixiado por el tapón que se le formó en la tráquea a medida que la cera derramada se iba secando. Un tapón perfecto, hecho a la medida exacta, eso fue lo que terminó de obstruirle la garganta.

—Pero ¿y entonces, a qué viene el corte en el cuello?

Troitiño negó en el aire.

—No lo sé —responde al cabo de un instante—. ¿Disimularlo, quizá?

Bruno frunce el ceño.

—¿Disimularlo? —repite—. ¿Disimular el qué?

—¿Pues qué va a ser? La verdadera causa de la muerte —explica el forense—. Tal vez quien mató a Taboada no quería que descubrieseis el tapón de cera, y por eso le rebanó el cuello, para que pensaseis que esa había sido la causa.

El inspector se pasa una mano por la barbilla, dubitativo.

—¿Y no contó con que una vez muerto no sangraría?

Troitiño se encoge de hombros.

—Sin experiencia en estas cosas, tampoco tendría por qué saberlo...

—Podría ser —responde Bruno, en realidad todavía no convencido—. Porque de que Taboada ya estaba muerto cuando le cortaron el pescuezo estamos seguros, ¿verdad?

—Sí —afirma con rotundidad el forense—, de eso no hay duda: desconozco el motivo por el que le rebanarían el cuello, pero lo que sí te puedo garantizar es que el pobre Tristán ya estaba muerto cuando se lo hicieron. Por eso no había sangre, porque el corazón ya había dejado de bombear.

—Comprendo... Oye, deja que te haga una última pregunta.

—Tú dirás.

—¿Sabes de qué tipo de cera se trata? Quiero decir, ¿has podido ver si es de algún tipo en especial?

Troitiño todavía se vuelve en su taburete para echarle un nuevo vistazo al microscopio.

—Eso es lo que te iba a contar al principio.

—Bien, pues hazlo ahora —le responde Bruno—. Dime, ¿sabes de qué tipo es?

—Sí, lo sé. De uno que te va a llamar mucho la atención...

6

El lunes comenzó como uno de esos días a los que no deseas asomarte. Uno de esos que amanecen como filo de navaja, sin que uno quiera ni tan siquiera rozarlos. Lo sé, porque yo ya llevaba unas cuantas horas allí cuando por fin sucedió, pensando que nada bueno vendría con las luces de un día como aquel. Y, maldita sea, qué poco podía imaginar cuánta razón tenía.

Amaneció por fin un día sin sol, envuelta la ciudad en una densidad gris. Las primeras gotas habían empezado a caer cuando Mariña apareció a mi lado.

—Tú tampoco puedes dormir... —me dijo.

Intenté una sonrisa.

—Dormir es para cobardes —le respondí abrazándola a mi lado—.
¿Cómo estas tú?

—Bueno, supongo que con las fuerzas justas para un día injusto.

Por la mañana nada más bajé a la calle para comprar los periódicos. La noticia de la muerte de Tristán ya la habían dado el día anterior, de manera que los papeles de hoy nada más repetían lo que nosotros ya sabíamos, acompañándolo de unos cuantos artículos sobre la trayectoria del historiador, su biografía, algo acerca de sus obras más destacadas, y poco más. Nada, en realidad, sobre las circunstancias en que el pobre señor Taboada había salido de este mundo. Y, vaya, malditas las ganas que en el fondo teníamos de seguir a vueltas con aquello. Porque, al final, el desánimo había podido con nosotros el día anterior. Sobre todo con Mariña, a quien había hundido en un abrazo de tristeza, de manera que hoy lo único que nos mantenía en pie era la

inercia, y poco más. Como ella misma había dicho, con las fuerzas justas para llegar a la siguiente parada, que no era otra sino el entierro de Tristán Taboada.

Llegamos al cementerio de Pereiró un poco después de las cinco de la tarde. A casi una hora para el entierro, Mariña quiso pasar por el tanatorio, anexo al camposanto, para poder despedirse de su viejo amigo y darle el pésame a Amelia, su viuda. En palabras de Mariña, la mujer había envejecido cien años en apenas dos días, y nada quedaba de su antigua alegría en la derrota en que aquella anciana se había convertido. Aturdida por el ir y venir de gente a su alrededor, paliado el dolor por la pila de sedantes que sin duda llevaba encima, la pobre Amelia no era más que un muñeco de trapo, una desolación vestida de negro que en aquel momento no debía de recordar ni su propio nombre. Ante tan lamentable imagen, lo único que nos pedía el cuerpo a los dos era salir corriendo de allí. Pero no lo hicimos, porque justo en ese momento nos encontramos con otro rostro conocido. Por la terraza que hacía las veces de pasillo exterior del tanatorio se acercaba el inspector Bruno Rodés.

—Menudo teatro, ¿eh? —comentó por todo saludo al tiempo que dedicaba una mirada rápida a su alrededor.

En efecto, en la enorme terraza del tanatorio se agolpaba lo más granado de la sociedad y de la cultura gallega. Olga Figueiras, la teniente de alcalde, ahora actuando como alcaldesa en funciones, atendía con estudiado estoicismo a los medios de comunicación, mientras el concejal de Cultura dormitaba en un rincón. Manuel Pintado, director de Edicións Principais, escuchaba con paciencia las explicaciones que el profesor Solano, presidente de la Real Academia Galega, le estaba dando, mientras, en otra esquina, una conocida autora conversaba acaloradamente con una profesora de la universidad, y dos viejos poetas comenzaban a discutir a gritos. Escritores, historiadores, eruditos, autoridades y hasta el cantante de un grupo de moda. Cabezas, cabezas, cabezas. Rostros más o menos serios, todos conversando unos con otros hasta donde me alcanzaba la vista.

—Como decís los gallegos —comentó Bruno—, aquí hay todo un

muestrario de hombres, hombrecitos, macacos y macaquitos.

—Sí —coincidió Mariña—. Y a la mayoría de esta gente Tristán le importaba un carajo...

—Desde luego —corroboró el inspector, no sin cierto desprecio—. Y qué, ¿cómo estáis vosotros?

—Pues ya te imaginarás. ¿Y tú, hay alguna novedad?

Levantó las cejas al tiempo que apretaba los labios.

—Sí —respondió críptico—, algo hay...

Nos hizo un gesto para que nos apartáramos un poco del tumulto, y caminamos hasta el final de la terraza, junto a la puerta de la cafetería del tanatorio. Allí, apoyados en la barandilla, Bruno continuó hablando.

—Ya sabemos de qué era el resto que el señor Taboada tenía en la comisura de los labios —dijo—. Cera.

—¿Cera? —repitió Mariña, extrañada.

—Ajá —asintió Bruno—, cera. De vela, para más señas. Y, por si os estáis preguntando de qué tipo, dejad que os diga que de las más corrientes —añadió—. Como las que se usan cualquier día en cualquier iglesia.

Sentí como la boca se me iba abriendo poco a poco.

—No me jodas...

—Jamás lo pretendería, nene.

—¿Estás diciendo que en realidad lo mataron haciéndole tragar cera hirviendo?

—Así es.

—Santo Dios —se lamentó Mariña—, eso ha tenido que ser horrible...

—Con total seguridad.

No me lo podía creer.

—Pero ¿y cómo es que nadie le oyó gritar?

Los dos se quedaron mirándome.

—¿Qué!

—¿Cómo que qué, chaval? —Bruno me observaba con gesto incrédulo—. No se puede gritar con la garganta llena de cera.

—¿No... se puede?

—Pues claro que no. La cera no se limita a abrasar el tejido, sino que provoca que el problema sea otro —explicó—. A la temperatura a la que el

fuego de una mecha licúa la cera, esta empieza a solidificarse casi tan pronto como entra en contacto con la faringe, al fondo de la boca. A su paso por el esófago ya es una pasta inamovible que bloquea el acceso al estómago, solidificándose sobre las cuerdas vocales.

—O sea, que no solo no puedes gritar —respondí—, sino que ni tan siquiera puedes emitir sonido alguno...

—Correcto. Y así continúas hasta que, finalmente, ya con la tráquea por completo taponada, los pulmones dejan de recibir aire, y la muerte se produce por asfixia.

—Santo Dios —exclamé al comprender, echándome una mano a la garganta—, es una muerte terrible...

—Hay que ser muy miserable para hacer algo así —comentó Mariña.

—Desde luego... ¿Y sospecháis de alguien?

Bruno tardó en responder. De pronto parecía incómodo.

—Tan pronto como el forense me lo explicó, yo recordé esa historia vuestra. Ya sabéis, la de la Cofradía del Cristo y todo eso. Así que me fui a la Colegiata...

Nuevo silencio.

—¿Y...?

Bruno volvió a quedarse mirándonos.

—No os lo vais a creer.

—Sorpréndenos.

—Nunca adivinaríais qué fue lo primero que eché en falta en uno de los candelabros del altar mayor.

—Venga ya —repuso Mariña—. No puede ser...

—Y tanto que sí, querida.

—¿Faltaba uno de los cirios?

Una vez más, el inspector Rodés volvió a quedarse en silencio.

—¿Has comprobado si se trataba del mismo tipo de cera?

De nuevo su mirada clavada en nosotros.

—Sí —me respondió con seguridad—. Me llevé otra de las velas, para que analizasen la cera en el laboratorio.

—Y qué.

—Acaban de pasarme los resultados.

—Es... ¿la misma?

Bruno asintió en silencio.

—No hay duda.

Los tres volvimos a quedarnos callados hasta que, al cabo de un rato, me atreví a preguntar lo que de un modo u otro todos estábamos pensando.

—¿Crees que ha sido alguien de la cofradía?

Todavía apoyado en la barandilla, Bruno dejó correr una sonrisa, entre hastiada y cínica.

—¿Y por qué quedarse en eso? —preguntó con ironía—. Tan pronto como he recibido los resultados, otra posibilidad me ha venido a la cabeza. ¿Os acordáis de nuestro amigo, el difunto Saldaña?

—Sí, claro, el albañil que encontrasteis colgado, el del mosquetón.

—Ese mismo —confirmó el inspector—. ¿Adivináis a qué videoclub pertenecía?

Mariña se tapó la boca con las manos.

—No puede ser...

—En efecto —le confirmó Bruno—. Es cierto que nada más era miembro desde hacía apenas unos meses. Pero ahí estaba, el gachó. Por lo visto, parece que todo lo malo que últimamente ocurre en la ciudad está de un modo u otro relacionado con la cofradía...

Recordé un comentario que le había oído a Tristán.

—Pero hay algo que no entiendo... ¿Cómo puede ser que Saldaña fuera cofrade? Nada más era un albañil en paro... ¿Cómo pudo haber ingresado en una cofradía tan prestigiosa?

—Bueno —resopló Bruno—, tal vez tuviera un buen padrino... Por lo que he podido averiguar, en determinadas ocasiones la recomendación adecuada abre hasta las puertas más inexpugnables. Ten en cuenta que hoy la Cofradía del Cristo está formada ya por más de mil hermanos, de manera que ahí dentro puede haber de todo...

No pude reprimirlo.

—Lo sabía —exclamé—, ¡lo sabía!

Sorprendido, el policía se me quedó mirando.

—¿Qué es lo que sabías, *malparit*?

—Que son ellos, Bruno. ¡Son ellos, joder! Y nosotros llevamos todo el

tiempo diciéndotelo. Es la cofradía la que está detrás de todo esto.

—¿Ah, sí? Vaya, ¿y qué sugieres que haga, eh? ¿Detenerlos a todos? —preguntó en tono descreído, abriendo los brazos—. Porque no sé si tendremos esposas suficientes para tanto cofrade...

—Vete al carajo, Bruno, tú ya sabes a qué me refiero. No estoy diciendo que todos sean culpables, pero está claro que los responsables están ahí dentro. Es evidente, Bruno... La primera documentación que encontramos ya los involucraba, desde el principio. ¿Es o no es así, Mariña?

Desconcertada, ella se limitó a apretar los labios y asentir con la cabeza.

—Sí —admitió al fin—, eso parece, desde luego...

—Por supuesto que lo son —insistí—. Tienen que serlo, Bruno, todo apunta en esa dirección.

El policía volvió a apartar la mirada, de nuevo contemplando el tráfico en la avenida de Castrelos, al otro lado del jardín del tanatorio.

—Pues deja que te diga una cosa, chaval: para mí ese es el problema. Donde tú ves tanta seguridad, yo solo veo obstáculos...

—¿Obstáculos? —Fruncí el ceño—. Pero... ¿por qué?

—Pues porque todo es demasiado evidente, Simón, demasiado descarado. Esto empieza a parecerse demasiado a una puñetera orgía de pruebas, donde todo apunta en la misma dirección. No —añadió, pensativo—, demasiado fácil... Como lo del corte en la garganta, por ejemplo.

—¿Qué ocurre con eso?

Bruno entornó la mirada.

—Es como si alguien le hubiera rebanado el gazon al pobre viejo para despistarnos, ¿verdad? Para que no descubriéramos que la verdadera causa de la muerte había sido otra, bastante menos pagana...

—Sí, claro.

—Bien —aprobó el inspector—, pues tal como yo lo veo, ahí está el problema, Simón.

—¿A qué te refieres?

—A ver, nene... ¡A que cualquier desgraciado sabe que en un caso así lo primero que haremos será ordenar una autopsia!

—Claro... —comprendió Mariña—. ¿Para qué molestarse en tapar algo que sabes con toda certeza que va a ser descubierto?

—Eso es —confirmó Bruno, volviendo a clavar su mirada en mí—. Para qué.

—Pues... no sé, ¿para ganar tiempo, tal vez?

El inspector Rodés volvió a quedarse mirándome, ahora casi de reojo. Resopló una vez más.

—No —respondió, negando con la cabeza—, hay algo aquí que no cuadra. Es como si todo estuviera ahí nada más para que nosotros lo descubriéramos. Y no sé cómo lo veréis vosotros, muchachos, pero yo empiezo a tener la sensación de estar siendo manipulado, empujado a caminar en una dirección que no me gusta. Primero por los de arriba, y ahora también por...

Se quedó nuevamente en silencio.

—No me gusta —dijo al fin—. No me gusta nada...

Volvió a dejar la mirada perdida sobre el mar de cabezas que se arremolinaban junto a la puerta de la sala en la que se velaba el cuerpo del historiador, y así se quedó por un buen rato hasta que, de pronto, Bruno cayó en la cuenta de un nuevo matiz.

—Antes has dicho algo... —recordó, llevándose la mano al cogote—, ¿cómo era? Tú crees que la cofradía está detrás de todo esto porque ya estaba involucrada en algo que encontrasteis en la primera documentación... ¿No es eso lo que has dicho?

—Sí —le confirmé—. Se trata de una crónica de 1816 en la que...

—No, no —me atajó—. No es eso lo que te estoy preguntando. Tú has dicho «la primera documentación». ¿Es que acaso hay más?

—Así es —le respondió Mariña—. El viernes nos entregaron otro manuscrito antiguo, un texto de mediados del XIX.

—¿También está relacionado con la cofradía?

—No directamente. Ofrece otra versión de la Reconquista, una en la que los vecinos desempeñan un papel decisivo. Pero, aunque la cofradía no es su principal protagonista, confirma la implicación de la vieja hermandad, origen de la actual cofradía, en todos aquellos acontecimientos.

—Validando su presencia en una especie de conspiración encubierta a lo largo de toda la historia de la ciudad, desde entonces en adelante —añadí.

—Ya, ya... —respondió Bruno, sin que mis palabras parecieran haberle

impresionado demasiado.

El inspector prefirió clavar su mirada en Mariña mientras seguía dándole vueltas a lo que fuera que estuviera rumiando, de nuevo mordiéndose el labio.

—¿Todavía tenéis esos papeles? —preguntó al cabo de un instante.

—Sí.

—De acuerdo —contestó con satisfacción—. Escuchad, yo ahora tengo que irme, pero me gustaría mucho echarles un vistazo.

—Por supuesto —le respondí—, no hay problema.

—Bueno —intervino Mariña—, algo de problema sí que hay. Este último documento del que te estábamos hablando no es nuestro, nos lo han prestado, y esta noche vendrá su dueña a recogerlo. Si lo quieres ver, tendrás que venir antes de que llegue ella.

Bruno hizo un ademán en el aire, quitándole importancia al comentario de Mariña.

—No os preocupéis, así lo haré. Me pasaré tan pronto como me sea posible.

Nos dio un apretón de manos y se marchó por el otro extremo de la terraza, intentando evitar el contacto con la multitud. Aún lo estábamos siguiendo con la mirada cuando aquella pareja apareció a nuestras espaldas.

Supuse que habrían salido de la cafetería a nuestro lado. Ella tan solo me sonaba de algo, pero al hombre que la llevaba del brazo lo reconocí al instante. Gonzalo Maceo, el director del Museo de Castrelos, se acercó a nosotros.

—Buenas tardes, Mariña. Y compañía. No sé si conoces a Leire, mi esposa.

—No tengo el gusto —respondió ella, tendiéndole la mano a la mujer.

—Una verdadera tragedia lo de Tristán —lamentó el director en un tono que a mí me sonó frío, distante.

—Mucho más que eso, ¿no te parece? —Había reproche en el tono de Mariña.

—Por supuesto. Por eso creo que lo último que deberíamos hacer es empeorar las cosas...

Mariña arrugó la frente.

—Creo que no te comprendo.

Gonzalo Maceo se limitó a responder con un gesto de fingida evidencia, como si cualquier aclaración estuviera de más.

—Verás —explicó—, es que estábamos aquí dentro, tomando algo, y según nos acercábamos a la puerta no hemos podido evitar oír parte de la conversación que habéis tenido con vuestro amigo...

—¿Nos has estado espionando, Gonzalo? —preguntó Mariña, de pronto tan suspicaz como indignada.

—Ni mucho menos —la atajó con severidad el director—. Ya te he dicho que no hemos podido evitar oírlo. Y, de todos modos, aquí lo importante no es lo que yo haga, sino lo que hagas tú.

Mariña frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Maceo exhibió una sonrisa cínica.

—De que, por lo visto, parece que estás dispuesta a entregarle esos papeles a la policía, ¿me equivoco?

Ambos se quedaron observándose el uno al otro sin que ninguno de los dos dijese nada.

—Pues muy bien, haz lo que quieras —desdeñó el director—. Pero, si te importa mi opinión, yo creo que eso sería un error.

—Oh, vaya, ¿eso crees? —preguntó Mariña con fingido interés—. ¿Y por qué, si se puede saber?

—Porque como en su momento le intenté explicar al mismo Tristán, en las manos equivocadas esos papeles podrían provocar un daño irreparable. A la actual cofradía, a la memoria de la ciudad...

—Oh, Gonzalo —lamentó Mariña, ahora también ella cínica—, me conmueve comprobar lo considerado que te has vuelto de repente.

—... O al prestigio del propio bibliotecario —continuó el director, haciendo oídos sordos a la burla de Mariña.

Al escuchar este último comentario, ella volvió a clavar sus ojos en los de su antigua pareja.

—Un prestigio —añadió Maceo— ya bastante arruinado por él mismo en los últimos tiempos.

Los dos volvieron a mantenerse las miradas. Ella enojada, él desafiante.

—Dime, Mariña, ¿de verdad crees que es necesario echar más leña al fuego? Sabes de sobra que harías mucho mejor entregándoselos a alguien más... capacitado.

—¿Como tú?

Asintió el otro, soberbio.

—Por ejemplo.

Y sí, esta vez también yo me lo quedé mirando. Aquello había sido un golpe bajo. Le habría dicho algo, algo que lo pusiera en su sitio. Sí, se lo habría dicho... de no haberseme adelantado ella.

—Vete a la mierda, gilipollas.

Gonzalo Maceo arqueó las cejas.

—¿Cómo... cómo has dicho?

Pero Mariña no le dio ninguna explicación. Se limitó a girar sobre sí misma y echar a andar, dejando allí al imbécil aquel y a la estirada de su esposa, los dos con cara de pocos amigos y un buen palmo de narices. No pude evitar sonreír.

—Creo que ha dicho —susurré, acercándome sin mirarlo a la cara— que te vayas a la mierda.

Y, ahora sí, lo miré a los ojos para poder concluir a gusto mi explicación.

—Gilipollas.

Y me fui yo también tras los pasos de Mariña.

La alcancé cuando ya había llegado a los jardines que separan el tanatorio del cementerio.

—Lo siento —me dijo al verme a su lado—. Creo que he perdido los papeles. Pero no he podido evitarlo. Ese comentario ha sido una canallada por su parte.

—Sabes que por mí no tienes de qué preocuparte, yo creo que has hecho lo correcto. Y, mira, si es un gilipollas, es un gilipollas. Y en estos casos lo mejor siempre es decirlo, no vaya a ser que al pobre desgraciado se le olvide y acabe teniendo una crisis de identidad...

Se quedó mirándome hasta que, como sin querer, se le escapó una sonrisa aliviada.

—Supongo que tienes razón.

—¿Ah, sí? —pregunté, devolviéndole la sonrisa—. Vaya, pues habrá sido por casualidad.

Ella volvió a sonreír, y yo aproveché para cogerla de la mano.

—Venga, no te preocupes.

Mariña asintió en silencio, y los dos nos fuimos metiendo en el cementerio de Pereiró, dispuestos a hacer tiempo hasta que la comitiva fúnebre entrase también en el camposanto.

Caminábamos sin prisa, los dos en silencio, sin soltarnos de la mano, observando las tumbas y los grandes panteones a nuestro alrededor.

—Mira —indicó ella, señalando un pequeño monumento mortuario a nuestra izquierda, casi al principio de la amplia avenida central del cementerio—. Esa es la tumba de Cachamuíña.

—Según Hugo Sanjuán, el único hombre bueno. Con el permiso de Vázquez Varela, claro.

—Sí... Y ese panteón de ahí detrás es el de mi familia. Ahí es donde están enterrados mis padres y mi hermano.

—Lo sé —respondí, recordando que en aquel mismo lugar era donde había visto a Mariña por primera vez, en el entierro de su madre. ¿Cuánto hacía ya? Seis, no, siete, siete años atrás...

—Es curioso, ¿no te parece? Tanto tiempo entre unos y otros, tanta distancia, tanto dolor, y total para acabar todos en el mismo sitio...

Dejó escapar algo parecido a un suspiro, todavía con la mirada perdida en algún punto entre la tumba de Cachamuíña y la de su familia. Pensativa, distante.

—¿Tú qué crees que es lo que está pasando aquí, Simón?

—¿A qué te refieres?

—Me pregunto de qué va todo esto, en realidad —explicó al tiempo que reanudaba el paseo—. ¿Qué es lo que estamos pasando por alto?

Fruncí el ceño.

—Perdona, pero... creo que no te entiendo. Vale, todavía no sabemos el nombre del responsable. O de los responsables, vaya, porque es evidente que Saldaña no pudo matar él solo a Escudeiro, y mucho menos a Tristán, claro está. Pero cada vez está más claro que ha de tratarse de alguien relacionado

con la Cofradía del Cristo.

—¿Por qué? —preguntó mientras nos adentrábamos ya en los pasillos formados por las columnas de nichos.

Arrugué la frente, sorprendido por las dudas de Mariña a aquellas alturas.

—¿Cómo que por qué? Pues porque todo apunta en esa dirección... ¿no?

—Sí —admitió ella, mirando hacia otra parte—, todo. Incluso las provocaciones.

Sacudí la cabeza, desconcertado.

—¿Las... provocaciones?

—Por supuesto —respondió con seguridad—. ¿Acaso no te diste cuenta?

—¿Darme cuenta? —repetí—. ¿De qué?

Sonrió con aire resignado.

—Un gusano como Gonzalo nunca da puntada sin hilo, Simón. ¿O por qué te crees tú que nos ha soltado todo ese rollo de no entregar los papeles a nadie que no sea él? Eso ha sido una provocación...

—¿Tú crees? Yo pensé que simplemente intentaba aprovecharse de la situación...

—Ni mucho menos. Ha sido una provocación —se reafirmó.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque la semana pasada no solo no estaba preocupado por la imagen de la cofradía, sino que incluso se dedicó a ironizar sobre las aparentes inocencias de las que nos había hablado la señora Bárcena sin que nadie se lo pidiera. ¿Y ahora nos viene con ese rollo sobre el daño que le podríamos ocasionar a la cofradía, a la memoria de la ciudad, o incluso al prestigio del pobre Tristán? No... Él sabe de sobra que nuestros papeles implican a la cofradía, y que yo preferiría entregárselos al mismísimo diablo antes que a él. Todo eso no ha sido más que una provocación para asegurarse de que se los hacíamos llegar a la policía.

—Ya veo...

—Y aún te diría más.

—Qué.

—Mira, no sé qué es lo que saca él de todo este asunto, pero estoy segura de que aquí hay alguien más. Alguien, no sé quién, pero alguien que le dice a este pobre desgraciado qué hacer en cada momento...

Me quedé pensando en todo lo que esa posibilidad suponía.

—Pero, entonces... Si las cosas son como tú sugieres, entonces nuestro amigo Gonzalo Maceo también está implicado en la trama.

—Oh —volvió a sonreír Mariña—, eso por supuesto. Aún no sé de qué manera ni hasta dónde. Ni tan siquiera en qué clase de trama —añadió luego de pensarlo por un instante—. Pero desde luego una cosa es segura: ese cerdo sabe más de lo que aparenta.

—¿Por qué dices «ni tan siquiera en qué clase de trama»?

En su rostro se dibujó una nueva sonrisa, esta vez triste, frustrada.

—Ya has oído a Bruno, Simón. Toda esta historia de la cofradía... No sé, apesta a manipulación.

La miré de reojo.

—¿Crees que se trata de un engaño?

—¿Acaso tú no? —Se me quedó mirando, una ceja arqueada—. ¿De verdad?

Mariña mantenía sus ojos clavados en los míos, y yo no supe qué responder.

—Aquí hay algo más, Simón. Algo que se nos escapa...

Estábamos detenidos ante una columna de nichos. En lo más alto, uno asomaba abierto, listo para recibir a su próximo inquilino.

—Mira —indicó, señalando hacia la pequeña boca negra—, aquí es donde van a enterrar al pobre Tristán. Bueno —suspiró—, unos cuantos años antes habría estado muy bien acompañado —dijo, haciendo un ademán hacia uno de los laterales.

Seguí con la mirada el gesto de Mariña. Pero no comprendí. Estaba apuntando a un nicho sin nombre, en lo más alto de la columna central.

—No hay ningún nombre en la lápida.

—No —confirmó ella—, no lo hay. Pero ahí estuvo por mucho tiempo enterrado uno de nuestros más grandes artistas.

—¿Quién?

—Urbano Lugrís.

—Lugrís... —repetí, recordando al gran pintor coruñés—. No sabía que estuviera aquí.

—Y no lo está. Aquí fue donde lo enterraron al morir. Pero al cabo de

unos años, finalizado el tiempo convenido y sin nadie que renovara la concesión, sus restos fueron trasladados al osario común, hasta que el ayuntamiento, comprendiendo por fin la injusticia que había cometido con la memoria del artista, decidió ponerle un nicho propio en otra parte del cementerio. Probablemente tan tarde que solo Dios sabe de quién serán en realidad los huesos que ahí descansan.

—Cuánta desidia...

—Y tanto. Si hoy se sabe todo esto es porque en algún momento alguien se tomó la cuestión de esta tumba como un reto personal, y no paró hasta dar con ella.

—Comprendo.

—Por desgracia, la de Lugrís no es la única memoria olvidada que aquí descansa sin que nadie la recuerde.

—¿A qué te refieres?

—A que este cementerio está lleno de historias increíbles, aunque casi nadie lo sepa. La gente sigue viajando a París sin saber que aquí nosotros tenemos nuestro propio Père-Lachaise.

—Ya veo... —asentí con la mirada de nuevo puesta sobre la lápida en blanco—. ¿Y sabes cómo se descubrió la historia de Lugrís?

—Pues como nosotros, Simón. En este caso gracias a una investigadora llamada María López Correa, alguien que se atreve a hacer las preguntas necesarias, que decide bucear en un mar de documentos y que está dispuesta a remover cielo y tierra...

—Hasta que aparece.

—En efecto —respondió Mariña, de nuevo con la mirada puesta en la lápida en blanco—. Porque ese tipo de cosas siempre acaban apareciendo, nada más hace falta que haya quien las quiera encontrar.

—Igual que hemos hecho nosotros.

Mariña apretó los labios en un ademán de disconformidad.

—Bueno, más o menos...

—¿Qué te hace dudar?

—No lo sé, Simón... Lo de la cofradía, o, mejor dicho, lo de la Hermandad de la Sal es algo muy potente, demasiado. Es cierto que nosotros apuramos el proceso, pero resulta evidente que algo así acabaría saliendo a la

luz por sí mismo.

—Bueno —repuse, intentando valerme del comentario de Mariña para retomar la fuerza en mis posiciones—, pues precisamente por eso: yo no creo que tenga tan poco valor lo que tenemos.

—¿Ah, no? Pues a ver, dime, ¿qué crees que tenemos? —preguntó como en un desafío, clavándome su mirada—. Unos papeles que demuestran que la Reconquista no fue como nos la han contado, sí. La certeza acerca de la existencia de un personaje que hasta ahora había permanecido perdido en el tiempo, también. Y cuya presencia complica el origen de la Cofradía del Cristo, de acuerdo. Pero ¿y qué más?

Me encogí de hombros.

—¿Acaso te parece poco?

—Yo no creo que sea suficiente.

—¿Suficiente? —repetí sin comprender a qué se refería—. ¿Para qué? ¿Qué más querías encontrar?

—¡Una razón, Simón! —explotó de golpe—. Algo que verdaderamente justifique tanta muerte —explicó sin dejar de gesticular, señalando todo a su alrededor, como si estuviese demandando una explicación para todas y cada una de las memorias que reposaban en el cementerio—. Simón, te lo acabo de decir, tú sabes que esos papeles habrían acabado apareciendo tarde o temprano, y vale, de acuerdo, en algún momento alguien tendrá que cambiar la representación teatral de la Reconquista. Pero...

—Qué.

—Dímelo tú, sinceramente. ¿De verdad crees que alguien mataría por esto?

Quise pensarlo, pero Mariña no esperó mi respuesta.

—Yo diría que no —se respondió ella sola—. Sigue habiendo en todo esto algo que todavía no hemos sido capaces de ver...

Los dos nos quedamos en silencio, yo observándola a ella, desconcertado, y ella mirando en todas direcciones. Y así permanecemos un buen rato, hasta que sentimos un ruido a nuestras espaldas. Pasos, clamor sordo. Nos giramos para comprobar que ya la comitiva fúnebre se acercaba.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —respondió, con la mirada puesta en el ataúd al frente del

cortejo— que, o mucho me equivoco, o en esta ópera todavía no ha cantado la gorda...

A Alicia Bárcena no le gusta recibir visitas cuando Fidel no está en casa. Fidel es un hombre eficiente, aunque sea filipino. Todos los días a las diez en punto recoge la cena, deja el servicio listo y se va. Un minuto más allá de las diez y media nada turba la paz de esta casa, de manera que ¿quién puede llamar ahora?

—¿Sí?

—Doña Alicia, le ruego que me abra la puerta.

—Pero... ¿quién es?

—Soy yo, señora Bárcena, Gedeón Montenegro.

—¿Gedeón? —pregunta al tiempo que descorre el cerrojo y abre la puerta de su piso—. Esto es del todo irregular, señor Montenegro. ¿Se puede saber a qué se debe la osadía de venir a molestarme en mi domicilio a estas horas de la noche? ¿Y quién es este caballero que le acompaña?

—Por favor, señora, le ruego que me disculpe —responde el constructor entrando en la vivienda—. Pero es absolutamente imprescindible que me acompañe —explica sin esperar respuesta—. Ha llegado el momento.

—¿El momento? —pregunta extrañada la anciana, observando ya tan desconcertada como nerviosa a uno y otro hombre—. ¡De qué puñetas me está hablando, señor Montenegro! ¿El momento de qué?

Lentamente, Gedeón Montenegro deja que en su rostro se dibuje una pequeña mueca. Algo peligrosamente parecido a una sonrisa afilada, amenazadora.

—El momento, señora Bárcena, de acabar con esta historia.

4

Recuerdo que ya era de noche cuando regresamos del cementerio, agotados. La ceremonia había sido larga, con varias intervenciones de distintos allegados al difunto.

Recuerdo que cuando llegamos a casa, Mariña dejó todos los papeles juntos, los de Espinosa y también los de Sanjuán, ordenados sobre la mesa de cristal del salón para, justo a continuación, explicarme que no podía más, que, si a mí no me importaba atender yo solo a Bruno para enseñarle los documentos, y después a Nicolasa para devolvérselos, ella se iría a dormir.

Recuerdo que le pregunté si no prefería cenar algo antes de acostarse, pero ella me dijo que no, que no tenía estómago para nada. Le pregunté si se encontraba bien, y ella me respondió que sí, y que, aunque ahora no era el momento, mañana me diría algo importante. Sé que sonreí, juraría que incluso aliviado. «Muy bien —le respondí—, como tú quieras.»

Recuerdo que cuando ella cerró la puerta del dormitorio yo me fui a la cocina. Abrí la puerta del congelador y suspiré aliviado al ver que quedaba una pizza congelada.

Recuerdo que la estaba sacando del microondas cuando sonó el timbre de la puerta. Pensé que a esas horas, ya cerca de las once, tanto podrían ser Bruno como Nicolasa. Preocupado porque pudieran despertar a Mariña, dejé la pizza en el horno y salí corriendo para abrir la puerta, antes de que, fuera quien fuese de los dos, volviera a pulsar el timbre por segunda vez.

Recuerdo que abrí la puerta sin preguntar. Y recuerdo encontrarme con dos personas al otro lado. Solo que, para mi sorpresa, ninguna de las dos

resultaron ser ni Bruno ni mucho menos Nico. Dos hombres, uno de ellos mayor, envuelto en un abrigo de paño. Sonreía. El otro no. El otro solo vestía de negro, pantalón, camisa y chaqueta negros. Me observaba, serio. Me quedé mirándolos, sin llegar a decir nada. Me sonaba, la cara del mayor me sonaba.

Recuerdo que seguía sonriendo cuando me saludó. «Buenas noches», dijo.

Recuerdo que tan solo tuve tiempo de decir dos palabras: «Quiénes son...?» Dos palabras, nada más, y un golpe. Un golpe fuerte y seco en la cabeza. El tipo de negro me había golpeado con algo.

Recuerdo caer y, mientras me desplomaba, pensar: «Es el hombre de la otra noche, el de la esquina de la calle Lepant...»

Recuerdo el tacto, violento y frío, del suelo contra mi cara.

Recuerdo oír alguna voz, borrosa, distorsionada. «Ve a por ella.» «Estos son los papeles.»

Recuerdo mi último pensamiento antes de perder la consciencia. Mariña...

Y ya no recuerdo nada más.

Simón...

Un ruido, algo a mi alrededor. «Simón.» Juraría haber oído mi nombre. Y algo más. Un ruido anterior, algo fuerte. Un estruendo, quizás una explosión.

—Escucha, Simón, despierta...

Oigo una voz, alguien me está llamando. Es apenas un susurro, pero me basta para reconocerla. Es la voz de Mariña, que me llama por mi nombre. Me doy cuenta, es el dolor lo que me ha despertado. Maldita sea, toda mi cabeza es dolor, un revuelto de clavos incandescentes y cristales rotos. Dios, qué dolor... Intento abrir los ojos. Los párpados me pesan como si fueran de plomo.

Al principio apenas consigo ver. Estoy en un espacio oscuro, una nada negra con un resplandor anaranjado a mi derecha. Y estoy sentado. Poco a poco consigo ir enfocando la vista. Pero me cuesta. No me dolería menos si mis pupilas estuvieran atravesadas de alfileres. Ahora veo con un poco más de claridad. El resplandor es una hoguera, un fuego que arde en el interior de un bidón, viejo, oxidado. Y a mi alrededor todo sigue siendo oscuridad. ¿Dónde demonios estoy? Al fondo las tinieblas cambian de color. Una cierta claridad se cuele a través de un espacio cuadriculado que corre, horizontal, todo a lo largo. La cabeza me duele como si estuviera a punto de explotar. Eso del fondo es un muro. Un muro con ventanas. ¿Dónde estoy? Intento moverme. Y por primera vez caigo en la cuenta de que no puedo. Alzo la vista y detecto un techo sobre mí. Estoy dentro. No sé de qué, ni mucho menos de dónde, pero estoy dentro. La vista se me va aclarando poco a poco,

ahora distingo grandes columnas, vigas de hierro... ¿Con remaches? Hace mucho tiempo que no se usa ese tipo de vigas. De acuerdo, estoy en algún tipo de espacio industrial antiguo. ¿Abandonado? No, aguarda. Junto al fuego, un poco más atrás, identifico una gran pieza, una máquina de gran tamaño. Es... un generador, un gran generador eléctrico, negro y amarillo. Y más piezas. Al lado hay una boca negra, metálica. Es una hormigonera. Sí, eso es. Se trata de material de construcción. Estoy en una zona de obras. Un poco más atrás, dos sombras se recortan contra la claridad que llega desde la pared del fondo. Sigo aturdido, apenas puedo identificarlas. Miro hacia mi izquierda. Alguien me está observando. Es ella.

—Mariña...

Está sentada, a mi lado. Intento acercarme. Pero no puedo. Es cierto, no puedo moverme.

—¿Qué... qué es lo que ocurre?

Me observa, está preocupada. Me hace un gesto, con la mirada y el mentón me indica que me fije en algo, hacia delante, justo ante nosotros. Al suelo. Oh, mierda.

A nuestros pies hay un cuerpo. A poco más de un par de metros, tendido boca abajo, un cuerpo, presumiblemente de mujer, inmóvil sobre un gran charco de sangre.

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

—Señor.

Me pongo en alerta. Hay alguien más aquí. Al fondo en la oscuridad.

—¿Sí?

Son dos, hablan entre ellos.

—Parece que el otro se ha despertado, señor.

Intento enfocar un poco más rápido. Y ahora los veo. Son las dos sombras frente a nosotros, al otro lado del generador.

—Coño, pues ya era hora...

Se vuelven, y los dos se acercan a nosotros. Intento recordar cómo he llegado hasta aquí. El entierro. No, hay más. De vuelta en casa, Mariña, los papeles. No, no, hay más, hay más. Estaba solo.

—Buenas noches, señor Varela. Es un placer tenerlo de regreso entre nosotros.

Un tipo grande, corpulento. Me habla con cierto desdén, apoyado en un lateral de la hormigonera. Apenas iluminado por el resplandor del bidón. Lleva un abrigo de paño.

—Nos tenía usted preocupados, don Simón. Ya pensaba que aquí mi ayudante se había excedido con la caricia que le propinó en la cabeza.

La cabeza... Sigo recordando. El timbre, la puerta. Un hombre, no, dos. Uno de ellos llevaba un abrigo. Ese abrigo. Y el otro me golpeó, un golpe fuerte en la cabeza. Y el suelo, duro y frío, contra mi cara.

—Vosotros sois los que entrasteis en nuestra casa...

—Muy bien —se ríe el tipo del abrigo de paño—, está hecho todo un Sherlock Holmes, señor Varela...

—¿Quién coño sois? ¿Adónde nos habéis traído?

El fulano del abrigo, un tipo grande y corpulento, de pelo cano peinado hacia atrás, y en la ronda de los sesenta años, chasquea la lengua, aparentando lamentar algo.

—Oh, por supuesto, don Simón, por supuesto... Qué torpeza la nuestra, le ruego que me disculpe. Permita que me encargue de sus preguntas una a una. En respuesta a la primera de ellas, mi nombre es Gedeón Montenegro.

—Montenegro... —repito.

—Así es. Le resulta familiar, ¿verdad?

Es cierto, algo resuena en mi cabeza, pero todavía no logro situarlo.

—No se preocupe, señor Varela. Entre gente del gremio es normal.

—¿Del gremio?

—Por supuesto. Usted es arquitecto, según me han contado. Y yo soy el director de Construcciones Montenegro. ¿Me ubica usted un poco mejor ahora?

—Sí, creo que sí...

—Bien —sonríe satisfecho—. Y, respondiendo a su segunda pregunta, permita que les dé la bienvenida a mi obra magna —explica, señalando con orgullo a su alrededor.

Ahora ya puedo ver mejor. Estamos en la sala de una vieja fábrica abandonada. Al fondo, a través de los ventanales alargados, llenos de cristales rotos, se proyecta la sombra de una estructura que me resulta extrañamente familiar. Y comprendo.

—Dios mío. Esto es...

—En efecto, señor Varela —vuelve a sonreír satisfecho el hombre—. Están ustedes en la Panificadora.

Por supuesto, eso es. Claro que me suena el lugar. La famosa Panificadora, en pie desde el año 1924. Es la sombra de su mole durante el día, o su silueta recortada contra el cielo por la noche, lo que veo cada vez que salgo del edificio donde tengo mi estudio, allá abajo, en el paseo de Alfonso XII.

—Un edificio colosal —comenta, volviendo a señalar a su alrededor—, ¿no le parece?

Y tanto. Teniendo en cuenta la información que he ido recogiendo a lo largo de los años, tanto en los artículos especializados como en la red y, por qué no confesarlo, gracias a alguna que otra visita furtiva realizada saltando sus muros, o mucho me equivoco, o ahora mismo estamos en la sala de hornos, en uno de los anexos al inmenso edificio principal.

—Sí, una construcción fantástica —le confirmo—. Lo que no acabo de entender es qué pintamos nosotros dos aquí. ¿Y quién demonios es la mujer del suelo?

—Oh, vaya —responde cínico el fulano del abrigo mientras el otro sigue manteniéndose atrás, en la penumbra—. ¿Qué ocurre, que ahora ya no la conocen? Claro, está un poco menos viva que la última vez que la visitaron...

Vuelvo a enfocar mi mirada sobre ella.

—¿Que... la visitamos?

—Es la señora Bárcena —me susurra Mariña, apenas en un hilo de voz.

—Así es —me confirma Montenegro—. Es doña Alicia, aunque también podríamos llamarla «Pequeño Mal Necesario». Una pieza imprescindible, al fin y al cabo, en mi pequeña farsa.

Frunzo el ceño.

—¿Su farsa?

El hombre dibuja una nueva sonrisa, orgullosa esta vez.

—Ustedes piensan que todo era cosa de la cofradía, ¿no es así? —Afila un poco más su sonrisa hasta dejarla como la del lobo que, por fin dentro del gallinero, observa satisfecho a sus presas—. Todos esos cofrades, tan píos y devotos, pero dispuestos a llevarse por delante a todo el que se atreviera a

mancillar el buen nombre del Santísimo Cristo de la Victoria... ¿eh?

—Pero no tenía nada que ver con eso, ¿verdad? —pregunta Mariña, desafiante.

El hombre clava sus ojos en ella, que, valiente, le sostiene la mirada.

—Ni mucho menos —responde tajante—. Por favor, déjenme que les explique algo...

Gedeón Montenegro echa mano de una silla que permanecía plegada junto al generador, y avanza un par de pasos con ella en la mano. Hasta situarse justo al lado del cuerpo sin vida de Alicia Bárcena. Abre la silla y, con toda la tranquilidad, se sienta frente a nosotros.

—¿Conocen esos trucos de magia? —pregunta—. Ya saben, esos en los que el mago nos enseña el dos de picas para luego esconderlo. ¿Dónde está? ¿Estará aquí? ¿O estará tal vez aquí? Ustedes lo saben, lo han visto. Está en su mano derecha, dicen. Pero sucede que, cuando por fin la abre, no solo no hay nada en su mano derecha, sino que en su mano izquierda aparece de repente el puñetero tren Talgo dispuesto a llevársenos por delante.

—¿De eso se trata, es eso lo que ha hecho? —pregunta Mariña, todavía desafiante—, ¿distraernos todo el tiempo?

Pero el tipo no responde. Se limita a mirar al suelo y sonreír.

—No, porque el truco no es ese. El truco, el jodido y verdadero truco, lo descubre el público cuando regresa a casa y ve que nuestro mago le ha hecho desaparecer la cartera, el reloj, y hasta su puta estampita de la virgen. ¿Me siguen ahora? El mismo público, por cierto, que antes intentó joder al mago...

—Mire —me atrevo a interrumpirlo—, a mí me va a tener que disculpar, porque resulta que yo no debo de ser tan listo como mi novia. ¿Le importaría explicarme un poco más de qué va todo esto?

Pero una vez más es Mariña quién me responde.

—Va de que todo ha sido un farol, Simón, un engaño para mantenernos alejados del verdadero objetivo, ¿no es así, señor Montenegro?

Tranquilamente sentado, ahora con las piernas cruzadas, el hombre vuelve a sonreír mientras da un par de palmadas en señal de aprobación.

—En efecto, tiene usted razón, señor Varela: su novia es mucho más inteligente que usted. Ojalá el señor alcalde, nuestro querido César Escudeiro, también lo hubiera sido...

—Usted lo mató...

Una nueva sonrisa.

—¿Y qué iba a hacer, si no? —responde encogiéndose de hombros, como si no hubiera más alternativa—. Yo no era más que un humilde constructor, señor Varela. Uno que, al igual que usted, siempre ha jugado en categorías inferiores. Hasta que llegó mi oportunidad. Una oportunidad llamada Leire Martín.

—La mujer de Gonzalo... —comprende Mariña.

El tipo arruga la nariz.

—Sí —admite, torciendo el gesto en una mueca de desprecio—, eso también. Pero yo prefiero pensar en ella como Leire Martín, la secretaria de Urbanismo...

La secretaria de Urbanismo. Claro, eso era. Por eso me ha sonado su cara al verla en el cementerio. La conozco de alguna vez que he tenido que ir al ayuntamiento para tramitar algo de mi trabajo.

—Yo sabía —continúa Montenegro— que una de las cosas que debía hacer cualquiera que quisiera medrar en sociedad en esta ciudad era estar presente en determinados círculos. Y uno de ellos era la Cofradía del Cristo de la Victoria. Ahí fue donde conocí a la señorita Martín, una chica inteligente, bien relacionada, y, sobre todo, voraz como un tiburón. Su cargo la convertía en una mujer perfectamente posicionada. Colocada de manera inmejorable, Leire era el centro de la brújula, el lugar por el que habías de pasar para llegar a cualquier dirección. Por supuesto, ella fue quien me presentó a César, y quien le habló de mí y de nuestras muchas posibilidades de hacer buenos negocios juntos...

—Como, por ejemplo, este mismo, ¿no?

—Desde luego. Aunque no se vaya usted a creer que fue empresa fácil, señorita. No se imagina cuánto me costó conseguir la adjudicación de esta obra —dice, de nuevo señalando a su alrededor—. Literalmente —matiza—. Primero fue la mordida de nuestro honorable alcalde, que por supuesto ni fue barata ni salió de otro bolsillo que no fuera el mío. Y después vino toda la inversión. ¿Sabe usted la cantidad de ceros que has de pedirle al banco para que tu empresa pueda hacerle frente a la adjudicación de una obra como esta? Un alto riesgo, es verdad. Pero, una vez que se formalizasen todas las

concesiones, el beneficio habría multiplicado con creces toda la inversión. Sí, amigos míos, todo iba bien, hasta que, de repente... ¿Adivinan lo que pasó?

—Por supuesto —le responde Mariña—. La Operación Ganso.

El constructor asiente en silencio, con gesto fingidamente compungido.

—Así es, señorita. La jodida Operación Ganso... El imbécil de nuestro alcalde se caga en los pantalones, y me llama a su despacho. Me explica que el asunto está muy mal, que jamás lo admitirá en público pero que es cosa de días que lo acaben relacionando. «Que aquí va a haber para todos, Gedeón.» «Que nos toca arrimar el hombro, Gedeón...» Todavía continúa por un buen rato hasta que, cuando ya me ha tocado bastante los cojones, le digo que se deje de hostias y que me hable con claridad. «¿Qué coño me estás diciendo, César?» Por lo visto, el muy hijo de puta está de mierda hasta las orejas. Cualquier chanchullo que pueda tener conmigo no es nada al lado de los más gordos. Y entonces empieza a decir nombres.

—¿Conocidos? —pregunto.

—¿Conocidos? —repite el hombre, arqueando una ceja con desdén—. Me cago en la puta, chavales, pero si hasta menciona a un conocido narcotraficante arousano... «Pues sí que estás jodido, campeón.» Y entonces me suelta la bomba. Sabe que lo van a llamar a declarar, y que no le quedará más remedio que cantar. Pero, claro, no va a dar según qué nombres. Sobre todo, los de sus principales mecenas...

—Como, por ejemplo, Pepe Bordallo —me atrevo a aventurar, recordando la conversación que unos días atrás he tenido con Bruno.

Por un instante Gedeón Montenegro se queda mirándome, supongo que sorprendido de que yo conozca ese dato. Pero al cabo continúa con su explicación.

—Pues sí, como, por ejemplo, ese. Algunos nombres no se deben mencionar en según qué espacios. Sobre todo si quieres seguir vivo. Y ahí es cuando me lo veo venir...

—Pretendía sacrificar a un don nadie como usted, ¿verdad? —dispara Mariña.

—Justo —le confirma el constructor, apretando los labios en un ademán de fastidio—. A mí, y a todos los demás pringados con los que, como conmigo, también había estado chanchulleando a menor nivel. «A todos nos

va a tocar hacer algún sacrificio, Gedeón.» Me dice que no me preocupe. Que nada más serán un par de años en prisión; uno, con buen comportamiento. Y que, si mantengo la boca cerrada, él y sus amigos sabrán recompensarnos a todos cuando llegue la hora...

El hombre se queda en silencio, la mirada perdida en la penumbra de la Panificadora.

—¿Se imaginan lo que le dije?

—Es obvio que no estuvo de acuerdo.

—Ni mucho menos, señorita. Por supuesto que no... Había invertido mucho en todo esto. Mucho, todo lo que tenía, como para dejar que ahora viniera el gilipollas este a joderlo todo. Si pretendía cargarme el muerto a mí y a todos los mierdas como yo para que sus amiguitos más poderosos salieran bien parados, conmigo lo llevaba crudo.

—Es entonces cuando decide matarlo, ¿verdad?

—Por supuesto, querida. Mi socio se acababa de convertir en mi problema. Y los problemas hay que despejarlos. Ahora bien, se trataba de hacerlo sin que nada me implicara a mí.

—Y ahí es donde entra en escena la cofradía, claro...

—Definitivamente, su chico tiene razón, señorita Dafonte. No se le escapa una. Claro que sí, ¿qué mejor manera de hacerlo? Una de las cosas buenas de trabajar con gente de dentro es que te enteras de todos los chismorreos que puedan circular por los pasillos del ayuntamiento. Gracias a esos contactos y cotilleos tuve noticia de los descubrimientos realizados por el señor Taboada. Es cierto que por aquel entonces no eran más que indicios, pero yo supe ver la oportunidad.

—¿Cómo?

Vuelve a sonreír.

—Aunque en un principio no vi cómo aprovechar ese recurso, tan pronto como el señor Suso Mosqueira propuso la moción de censura, lo vi claro y meridiano. Toda la ciudad conoce la vieja enemistad que enfrenta a esos dos hombres. Una guerra de poder que se había vuelto encarnizada desde la llegada de Escudeiro a la alcaldía, arrebatada por apenas unos pocos votos a Mosqueira, el eterno candidato. Créanme, esos dos hombres se odiaban. Ya acorralado por entonces, lo de la moción de censura fue la gota que colmó el

vaso. Cuando César se enteró de quién había sido el impulsor, habría mandado que lo mataran si hubiera tenido la ocasión. Atosigado como estaba, al pobre imbécil nada más le importaba devolverle el golpe. Y entonces recordó el asunto aquel del que le había hablado el cronista. Ya saben, lo del origen de la cofradía...

—Pero, ahora no comprendo —interrumpe Mariña—. ¿Qué tiene que ver eso con el señor Mosqueira?

El constructor vuelve a dibujar su sonrisa más afilada, la del lobo que ahora ya enseña los dientes a las gallinas.

—Hace unos años César intentó ingresar en la cofradía. ¿Cómo no hacerlo, un hombre de su posición? Pero fue rechazado. Al parecer, alguien redactó un informe desaconsejando su aceptación. ¿Adivinan ustedes quién lo redactó?

—Suso Mosqueira... —comprende Mariña.

—¡Bingo! El señor Mosqueira es uno de los más devotos cofrades, y no estaba dispuesto a que su eterno enemigo metiera también los morros en uno de sus círculos más queridos. La Cofradía del Cristo siempre ha sido uno de los mayores orgullos de Suso. Y César, que nunca olvidó ni perdonó aquella humillación, vio en los papeles del señor Taboada la oportunidad de vengarse por partida doble, atacando al principal promotor de su moción de censura allí en donde más daño le podía hacer. Y, ya puestos, aprovechando la ocasión para desviar la atención hacia un nuevo escándalo en el que él no fuera el centro de la noticia, por supuesto.

Comienzo a comprender.

—Desmontando la cofradía que un día lo había rechazado...

—Exacto —afirma Mariña—. Así, al tanto de todo, y con el conflicto ya servido, usted nada más debía tomar la iniciativa. Esperar pacientemente para atacar en el momento justo.

—En efecto. Sabiendo lo que iba a ocurrir, nada más tenía que golpear un segundo antes de que lo hiciera César, y sentarme a esperar el siguiente movimiento. Tal como estaban las cosas, nada más era cuestión de tiempo que alguien atara cabos y llegase a la conclusión más lógica: a César Escudeiro lo mató alguien relacionado con la cofradía, intentando evitar su ataque.

—Bueno —intervengo—, tanto como sentarse a esperar... Alguna trampa también ha hecho usted, ¿no le parece?

—Lo dice por el asunto del mosquetón, ¿verdad?

—Por ejemplo.

—Sí, reconozco que eso fue un golpe de efecto. En aquellas fechas se acercaba la Reconquista, y por lo que había podido averiguar, la historia a la que había tenido acceso el viejo Taboada también estaba relacionada con ese momento. Di por sentado que una herramienta como esa ayudaría a que todo el mundo mirase en la dirección correcta.

—Pero... ¿y el hombre que han encontrado en Beade? Rosendo Saldaña —concreté—, por lo visto fue él quien adquirió el mosquetón, y era él quien lo tenía en su casa...

—Pues claro que fue él, pero con mi dinero, y siguiendo mis instrucciones. Yo conocía a Rosendo de trabajos anteriores. Y por eso sabía que ahora mismo no era más que un pobre diablo, sin nada que perder y dispuesto a todo a cambio nada más que de unos cuantos billetes en el bolsillo y un poco de aguardiente en la garganta.

—¿Fue él quien disparó?

Montenegro me observa con desprecio, todavía sin perder la sonrisa afilada.

—¿Y correr el riesgo de que fallase? —Acentúa su sonrisa—. Por supuesto que no, señor Varela. Saldaña tan solo era un peón.

—Fue usted, ¿verdad?

El constructor clava ahora sus ojos sobre Mariña y vuelve a sonreír.

—En efecto, así fue. Desde una de las ventanas del edificio Simeón, frente al escenario. Para las grandes responsabilidades, lo mejor es no delegar nunca en subalternos, señorita...

Mariña asiente en silencio.

—Por desgracia, a ese pobre muchacho no fue al único al que engañó para que participara en esto, ¿verdad? —pregunta Mariña, ahora con la mirada puesta en el cadáver de la señora Bárcena.

—Es evidente que no —responde el hombre, contemplando también el cuerpo—. Como ya les he dicho, Alicia y toda su tropa de viejos rancios y beatos eran un mal necesario. Como yo ya estaba dentro de la cofradía, no me

costó mucho convencerles de que, antes de que alguien lo matara Dios sabe por qué razones, el alcalde había autorizado la publicación de unos documentos que, de salir a la luz, supondrían el final de la cofradía. Esa era en realidad toda la implicación de la señora Bárcena en esta trama: un grupo de viejos indignados, dispuestos a dar un susto a quien pretendiera meterse con su pequeño club privado. Una vez que ustedes empezaron a hacer preguntas, yo tan solo tuve que manipularla ligeramente para ponerla en su contra, sirviéndonos de pantalla a mí y a mis amigos, mientras ustedes pensaban que era la cofradía la que estaba detrás de todo.

—Sus amigos... —repite Mariña—. La señora Martín, y... —breve pausa— Gonzalo Maceo. ¿Verdad?

—Sí —reconoce Montenegro—. Y algunos más, es cierto. Pero sí, debo admitir que Gonzalo también va en el lote. Una cierta molestia que hay que soportar, lo confieso, a cambio de un bien mayor.

—Pero, entonces... ¿son inocentes? —pregunto—. Quiero decir, ¿nadie de la cofradía ha hecho nada?

Gedeón Montenegro me dedica una nueva mirada, cargada de desprecio.

—Veo que es usted todo sagacidad, señor Varela —se burla—. ¿Y qué esperaba? Por supuesto que sí, son absolutamente inocentes, como mano de bebé. En todo caso, si esa gente es culpable de algo es de perder el tiempo rezándole a una imagen que jamás hará nada por ellos. Porque esa es la verdad, amigo Varela: hoy no hay más Dios que el dinero, más Iglesia que los negocios, ni más cardenales que unos buenos contactos, señor arquitecto. Y es, por desgracia, una religión bastante corrupta, todo hay que decirlo...

Los tres nos quedamos en silencio, intentando asimilar nosotros toda la información recibida, y asegurándose Gedeón de habernos transmitido su mensaje con claridad.

—Muy bien —dice, poniéndose ahora de pie—. Pues si no tienen más dudas, ya tan solo queda por responder la última de sus preguntas primeras: qué carajo pintan ustedes aquí...

2

Como el profesor que da un paseo por el estrado mientras se dispone a explicar la lección, el constructor Montenegro comienza a caminar tranquilamente frente a nosotros. Todo iría relativamente bien, de no ser porque, mientras camina, juguetea con un revólver que acaba de sacar del bolsillo de su abrigo.

—Todo esto que os acabo de comentar... Oh —se detiene de pronto—, no os importa que os tutee, ¿verdad? Supongo que a estas alturas de la noche...

Se queda observándonos, alternando sus miradas de Mariña a mí.

—De acuerdo, interpretaré vuestro silencio como un sí. Como os iba diciendo, lo que os he contado es la verdad. El único problema que tiene es que se trata de una verdad que nada más conocemos un pequeño grupo de personas, y todo seguirá funcionando igual de bien mientras los que conocemos los detalles sigamos siendo los mismos, ¿comprendéis?

No decimos nada.

—Bien. Es cierto que llevo ya unos cuantos días detrás de vosotros, y estoy bastante informado de vuestros movimientos. Pero también es cierto que se me puede haber escapado algo... Así pues, decidme, ¿quién más está al tanto de vuestras investigaciones?

Esta vez sí, también yo me doy cuenta de cómo está la situación. Si le decimos que no, que no hay nadie más que conozca la historia, entonces nuestros segundos allí estarían contados. Lo más probable es que también lo estén aunque le digamos lo contrario, pero comprendo que es mejor no arriesgarse. Al fin y al cabo, por si no fuera bastante lo vivido hasta ese

momento, el cadáver que ahora tenemos a nuestros pies nos recuerda que esta gente va muy en serio.

—Mucha gente —le suelto—. Todo el mundo lo sabe, ya.

Gedeón Montenegro me dedica una nueva mirada, esta vez cargada de fingida sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. De hecho, no puedo ni recordar ya a cuánta gente se lo hemos contado...

—Ya —responde al tiempo que reanuda su paseo—. El problema, Simoncito, es que no te creo. Si escucharas un poco más a tu cerebro antes de hablar, lo oirías recordándote lo que acabo de deciros: llevo días siguiéndoos. Así que... —pasa a apuntarme con su revólver— ¿por qué no nos dejamos de chorradas y me decís la verdad? ¿Eh? A ver, coño, que no tenemos toda la noche. ¿Quién más lo sabe? —insiste—. ¿El imbécil del policía ese con el que habláis, quizá? ¿O tal vez la muchacha que el jueves por la noche vi salir de vuestra casa?

El cañón de su revólver frente a mis ojos es un cuadro que no me agrada en absoluto. Aparto la mirada, incómodo, cuando vuelvo a escuchar la voz de Mariña a mi lado.

—No te vamos a decir una mierda, gilipollas.

Esta vez sorprendido de verdad, el tipo arquea las cejas y se la queda mirando.

—¿Ah, no? Vaya... ¿Y eso por qué, si se puede saber?

Ahora es Mariña la que saca fuerzas para sonreír.

—Porque es evidente que esa no es la única razón de que nosotros estemos aquí ahora —explica—. Esto no es lo que parece, ¿verdad?

Desconcertado, el constructor mira a su alrededor.

—Pues... yo diría que sí. Esta es una fábrica de verdad, mi pistola dispara balas de verdad... Joder, nena, si hasta tenéis un muerto de verdad ante vuestras narices. ¿Qué coño te parece que no sea de verdad?

—Todo ha sido una pantomima desde el principio —le responde Mariña, segura—. Así que, ¿por qué iba a dejar de serlo ahora? Esto no es más que un escenario, ¿me equivoco?

El constructor no responde. Se limita a observar a Mariña de reojo,

esbozando una media sonrisa desconfiada.

—No —continúa ella—, claro que no me equivoco... Si eso fuera lo único que te preocupara nos lo habrías preguntado en casa. Pero has preferido traernos aquí. Porque todo esto no es más que un escenario. No le digas nada, Simón.

—¿Que no le...? —No comprendo—. Pero ¿por qué?

—Por su historia —me contesta, de nuevo con la mirada puesta sobre el constructor—. Nos matarán de todos modos. El único matiz está en que una vez que les digamos quién más lo sabe irán a por ellos. Y entonces ya no quedará más versión que la suya. Una versión en la que la cofradía sí es la culpable y nosotros somos una amenaza para ellos. De hecho, seguro que el señor Montenegro se ha preocupado de traer alguna prueba que nos incrimine, ¿no es así? Como... los papeles de Espinosa, por ejemplo.

Montenegro vuelve a sonreír, satisfecho.

—En efecto —responde, sacando un pliego de papeles del interior de su abrigo.

—Claro... Así las cosas, Simón, no parecerá que haya sido este cabrón quien nos ha traído aquí, sino la señora Bárcena, con alguno de sus cofrades. Pero algo saldrá mal, ¿verdad, Gedeón? Sí, algo se torcerá. Y por eso esta pobre mujer está aquí, en el suelo. Porque en la versión de este miserable nosotros la habremos matado. Y...

Mariña se detiene.

—Sigue, por favor, sigue —le pide Montenegro—. No te detengas ahora.

—... Y alguien nos ha matado a nosotros. *Alguien* que se pondrá nervioso y saldrá corriendo, dejándonos aquí, para que mañana otro alguien distinto nos encuentre, a nosotros, a Alicia y los papeles. Y todo aclarado, ¿verdad?

Gedeón vuelve a hacer el ademán de aplaudir, esta vez batiendo los papeles contra el arma.

—Bravo... Desde luego, muchacho, esta chica es un genio. Si no te quedaran menos de cinco minutos de vida te diría que no la dejaras escapar jamás. Pues sí, muchachos, eso es exactamente lo que va a suceder. Y como ya me habéis jodido la sorpresa, venga, tú —dirigiéndose a Mariña—, déjate de hostias y cuéntame quién más lo sabe.

—¿Y qué harás si no te lo digo? ¿Matarme? Venga, no me jodas tú a mí...

El hombre se la queda mirando.

—Bueno, tampoco tendríamos por qué llegar a esos extremos, ¿no te parece? Si nada más quisiera hacerte daño, daño del de verdad, me bastaría con dispararte, ya sabes, en algún otro sitio...

Noto el cambio en su posición. Mariña observa a Gedeón de medio lado, desconfiada.

—Oh, vaya, ¿acaso pensabas que no conocía tu secreto?

«¿Cómo?»

—¿Qué dice? —pregunto—. ¿De qué secreto está hablando, Mariña?

Gedeón Montenegro se me queda mirando, esta vez realmente sorprendido.

—¡Coño, esta sí que es buena! —exclama divertido—. ¿No se lo has contado? Por favor, Mariña —sonríe con malicia—, eres una chica mala...

—No le hagas caso, Simón.

—¿Que no le haga caso? —repito sin comprender nada—. ¿Que no le haga caso de qué? ¿De qué está hablando?

Pero no es ella quien me responde.

—Es cierto, Simón. Tú no hagas caso... ¿Qué te parece entonces, Mariña, si primero nos lo sacamos a él de encima? Total, si no te importa tanto como para decírselo... Dime, preciosa, ¿crees que serías capaz de ver morir a tu chico?

Ella intenta recomponerse en su postura.

—¿Qué vas a hacer, amenazarme con pegarle un tiro también a él delante de mí?

—No —responde—. Eso ya lo he hecho con la vieja. Para qué malgastar más balas... cuando puedo quemarlo vivo. Palacín.

Gedeón Montenegro hace un gesto con su revólver, y el tal Palacín, el hombre que hasta entonces había permanecido en la penumbra, avanza hacia mí. Me desata, y aunque intento revolverme no tengo nada que hacer. Es mucho más fuerte que yo. Por más que me resisto el gorila me lleva a rastras hasta el bidón en el que sigue ardiendo el fuego.

—Habla —le ordena el constructor a Mariña mientras el tal Palacín empuja mi cabeza a muy poca distancia de las llamas.

Siento el calor. Me abrasa.

—Habla.

Mariña duda.

—¡Habla, cojones!

—¡No se lo digas! —alcanzo a gritar mientras sigo revolviéndome. Y es ahí cuando lo veo.

Todo sucede muy rápido. Con un golpe de cintura consigo liberar por un instante mis brazos de las manos del gorila. Es apenas nada, ni un segundo. Pero a mí me basta para echar las mías al bidón del fuego. Sé que me voy a quemar, pero es la única oportunidad que tenemos. Al otro lado del bidón está el generador eléctrico. Y, entre ambos, el pequeño depósito de gasolina que acabo de ver. Empujo el fuego, siento el dolor del metal caliente desollándome las manos, y nada más tengo tiempo de gritar.

—¡Mariña, atrás!

Aunque tarde, el gorila comprende el movimiento y escoge soltarme. Pretende llegar a la gasolina antes de que lo haga el fuego. Pero no lo logra. Tan solo alcanza a gritar.

—¡No!

Desconcertado por las voces y el movimiento, también Gedeón aparta la mirada de Mariña, dejando de apuntarla por una milésima de segundo. El tiempo justo para que ella impulse su silla hacia atrás y le pegue una patada al arma de Montenegro. Y entonces ocurre. Todo suena al mismo tiempo. El disparo. La deflagración. Una explosión inmensa, fuego, fuego por todas partes. Siento como la onda expansiva me levanta por el aire, y veo como nos empuja, a Palacín y a mí, hacia el lugar en el que hasta apenas uno o dos minutos atrás estaba sentado, unos cuantos metros más allá. Y entonces siento el golpe. Y el peso. Y el vacío. Y nada más.

Abro los ojos, aún aturdido. Estoy en el suelo, bajo el cuerpo del gorila, que tampoco se mueve. Tengo sangre en la cara. Pero no es mía. No, es suya. Está muerto, y comprendo: él se ha llevado la peor parte. Si yo estoy vivo es porque él me ha servido de pantalla, interponiéndose, aunque sin querer, entre la explosión y yo. Mariña. ¿Dónde está? Como puedo, me quito al gorila de encima, y entonces me doy cuenta: las manos me duelen muchísimo. Me las he quemado, y ahora me temo lo peor. Echo un vistazo rápido, y descubro que tengo las palmas enrojecidas. Es menos de lo que pensaba, pero así y todo no puedo evitar marearme. Intento ponerme en pie. Me mareo. Miro a mi alrededor. Hay fuego por todas partes. Veo al constructor. Todavía está en el suelo, también aturdido, pero ya comienza a moverse. Mariña, joder, ¿dónde está? Corro hacia donde estaba antes. Y por fin la veo. Está tirada en el suelo, todavía amarrada a su silla. Me acerco a ella.

—¿Mariña? ¿Me oyes? ¿Estás bien?

—Sí...

Bien, bien, ¡bien!

—Vamos, cariño, levántate —le digo mientras le desato las manos—. Tenemos que salir de aquí.

A ella también le cuesta incorporarse, pero está bien. Está bien.

—¡Corre!

Ya nos dirigimos hacia donde creo recordar que está la salida cuando algo hace que nos agachemos rápidamente: nos están disparando. Vuelvo la vista

atrás y veo que es Gedeón. Se mantiene en pie malamente y, sin demasiada precisión, ha comenzado a disparar. Dispara una y otra vez, para nuestra mala suerte en la dirección por la que pretendíamos huir. Giramos tan rápido como podemos y echamos a correr en dirección contraria. Hacia el interior del edificio. Justo antes de salir me parece ver que el constructor se ha quedado sin balas. Pienso en correr hacia él, pero al momento veo que saca un nuevo cargador. Mierda.

—¡Corre, Mariña, corre!

Pasamos de la sala de hornos a la de mezclas, donde, si no me equivoco, antiguamente se preparaban las diferentes harinas para hacer el pan. Todo arrasado por el abandono, y en la oscuridad apenas podemos correr sin riesgo de golpearnos contra un millón de cosas. Maldita sea, es peligrosísimo correr así, en cualquier momento podemos matarnos golpeándonos contra alguna de las viejas máquinas que todavía permanecen en la sala, cortándonos con cualquier resto industrial, o simplemente precipitándonos por cualquier agujero. Escucho algo a lo lejos. ¿Es lo que creo que es? Una sirena... ¡Sí, lo es! Comprendo que han debido oír la explosión, y alguien ha llamado a la policía.

—Aguanta, cariño, que ya llegan los refuerzos.

Por desgracia, el que también llega ya tras nosotros es Gedeón.

—¡Deteneos, cabrones! —grita, de nuevo disparando.

Atravesamos por fin la sala de mezclas y pasamos al edificio principal. Y maldita sea, sé que no es una buena idea. Pero también sé que es nuestra única opción...

El edificio principal de la Panificadora es una mole de cuatro plantas de altura, al igual que el resto de la fábrica, todo él sumido en el mayor de los abandonos. Es verdad que, de entrada, resulta un alivio para nosotros, ya que toda la segunda planta, que es la altura a la que nosotros hemos salido, está completamente despejada. Sin nada que obstruya el paso de la luz de la luna, vemos por donde correr sin demasiadas dificultades. Ahora nada más queda despejar una duda: ¿en qué dirección? Sé que hacia abajo lo único que hay es oscuridad y profundidad, peligro, en definitiva. Y las sirenas dicen que la policía está fuera, por lo que quizá tan solo sea cosa de ganar tiempo... Piensa, piensa, ¡piensa! De acuerdo, de acuerdo: arriba. Ascendemos al tercer

piso, todavía con los disparos del constructor a nuestras espaldas. Esta planta también está despejada, tanto como la segunda, puede que incluso más. El problema es otro: aquí arriba, ahora sí que ya no nos queda más opción que seguir subiendo. Por fin en el cuarto piso, oigo algo que me anima. *Clic, clic*. El muy cabrón se ha vuelto a quedar sin balas. La insistencia en el *clic clic* me hace pensar que quizás esta vez ya no le queda munición de repuesto. Esa es la buena noticia. Por desgracia, las malas son dos: la primera es que, incansable, el tipo sigue corriendo tras nosotros, ya oigo sus pasos ascendiendo por las escaleras; la segunda, que, en el caso de la cuarta planta, el abandono ha provocado que todo el suelo haya desaparecido por completo. En toda esa planta no hay más superficie que pisar que las vigas del piso inferior, un entramado formado por una viga central de acero de la que salen en perpendicular una serie de vigas de madera, separadas por una abertura de más de medio metro entre cada una de ellas. Avanzar por ahí es más que peligroso... Pero no nos podemos quedar parados. Gedeón no tardará en llegar y, si nos alcanza, tampoco tendrá que hacer demasiado esfuerzo para arrojarnos al vacío a través del interior del edificio.

—¿Qué vamos a hacer, Simón? ¡Aquí no hay salida!

Miro hacia atrás. El hombre ya está casi a nuestro lado. La miro a ella. Y miro hacia delante. Mariña se equivoca, sí hay una salida. Solo una, y es la más peligrosa de todas. Pero es la que hay.

—Escucha, cariño. Confía en mí, ¿de acuerdo? Sígueme, pisa donde yo pise y no mires abajo. ¿Estás conmigo?

Ella clava sus ojos en los míos. Jesús, qué bonita es...

—Estoy.

Le doy un beso.

—¡Vamos!

Comenzamos a avanzar, bien pegados a la pared y casi saltando de viga en viga, al tiempo que veo al hombre asomarse por el hueco de la escalera. Él también echa un vistazo a sus pies, y comprende la situación. El más ligero patinazo puede suponer una caída de cuatro pisos de altura. Pero Gedeón Montenegro tampoco tiene demasiadas opciones, por el ruido que hacen ya deben de ser demasiadas las sirenas de la policía que se agolpan frente a la entrada de la fábrica, en el encuentro de las calles Falperra y Cachamuña.

Justo cuando él echa a andar, nosotros alcanzamos nuestro objetivo. La única vía de escape que el edificio principal tiene al exterior por esa altura...

La otra construcción que hay en toda la fábrica tan alta como el edificio principal es la de los silos. Se trata de un edificio construido para albergar los diez inmensos silos de grano que abastecían a la fábrica. Coronado por una torre de vigilancia de dos pisos de altura que en tiempos se utilizaba para controlar el correcto funcionamiento de los depósitos, su perfil es uno de los más reconocibles del paisaje vigués, visible desde distintos puntos de la ciudad. Y, por su parte más alta, este edificio tan solo está unido al principal por una estrecha pasarela cubierta de ni tan siquiera un metro de ancho, suspendida a algo más de veinte metros sobre el suelo, ahora tan lejos allá abajo. Es una locura, pero es la única locura con la que podemos contar mientras no llegue la policía.

—Simón —reclama Mariña al adivinar mis intenciones—, esto es imposible, el suelo está podrido, se vendrá abajo...

—No —le respondo—, ya he estado aquí, sé lo que hay que hacer.

Mariña echa a andar siguiendo las instrucciones que yo le he dado. El suelo de la pasarela está formado por dos grandes láminas de cemento que corren paralelas todo a lo largo de la estructura. El tiempo y el abandono han provocado que acaben separándose y debilitándose, de modo que la única manera segura de cruzar es pasando de uno en uno, y apoyando los pies siempre en la parte exterior, pegándolos lo más posible a las pequeñas paredes de la pasarela y, sobre todo, asegurándose de no pisar jamás en el centro, donde el cemento es casi inexistente. Siguiendo estas instrucciones, hago que ella cruce primero. Se estremece la pasarela, sopla el viento fuera. Pero ella no se detiene. Es una mujer valiente. Mucho. Cuando veo que por fin ha llegado al otro lado, todavía tardo un poco en iniciar yo mi paso.

—¡Simón! —me grita ella desde el otro extremo—, ¿qué haces? ¡A qué esperas!

—¡Ya voy! —le respondo.

Pero no lo hago. No, hasta que no sea el momento oportuno.

Espera. Espera. Espera... Ahora.

Cuando Gedeón Montenegro da el último salto, justo antes de que caiga sobre la viga en la que yo estoy, echo a correr. Me lanzo hacia la pasarela,

avanzando como le he indicado a Mariña, pero esta vez pisando con fuerza. Con tanta fuerza como me es posible. Gedeón tampoco lo ha dudado, y viene detrás de mí. Y es entonces, a medio camino, y sintiendo que al constructor ya no le saco ni medio metro, cuando piso en el centro. Ese es el momento. Piso en el centro, y lo hago con fuerza.

Primero siento el temblor, el crujir del cemento a mis pies. Y, justo después, el vacío. La estructura, terriblemente debilitada por el tiempo y la ruina, no puede con tanta tensión, y la suma de mi maltrato y nuestros pesos juntos hace que finalmente acabe quebrando. Gedeón Montenegro es mucho más corpulento que yo, y el suelo bajo sus pies es el primero en ceder. Grita, y yo sé que está cayendo. He acertado, ¡he acertado! Estamos salvados. La adrenalina dispara algo semejante a una sonrisa en mí, y paso a buscar la mirada cómplice de mi pareja. Pero entonces la veo. Y siento el desconcierto. Porque no es alivio lo que asoma a su expresión, sino horror. Algo va mal. Y la oigo gritar.

—¡No!

El espanto en su cara me pone en guardia. Y yo comprendo cuando siento el golpe. De golpe, algo tira con fuerza de mis piernas. Y me arrastra. Es él, maldita sea, es él. Cuando ya estaba cayendo, Gedeón Montenegro aún ha encontrado fuerzas para una última brazada y se ha agarrado a mí. Se mantiene sujeto con fuerza, y ahora me arrastra a mí. Me agarro como puedo a los laterales, sintiendo el dolor en mis manos quemadas, y miro hacia atrás. Hay un boquete enorme por el que ya se han colado mis piernas. Y ahí, colgado a más de veinte metros de altura y oscuridad, Gedeón Montenegro clava sus ojos en los míos, apretando los dientes con rabia.

—¡Hijo de puta! —me grita—. ¡Si yo me caigo, tú te caes conmigo!

Mierda, igual tiene razón. No puedo con su peso. Intento agarrarme a las paredes, pero tengo las manos desolladas por el fuego. No puedo, me está arrastrando, me voy...

Y entonces la vi a ella. Sin pensárselo dos veces, Mariña se echó a mí. Se lanzó boca abajo y, con el cuerpo tumbado sobre la pasarela, me agarró por los brazos.

—¡Si yo me quedo —grita—, tú te quedas conmigo!

Y la vi, vi sus ojos clavados en los míos. Cristo, qué mujer más hermosa.

No, aquel no era un buen momento para morir. Me agarré a ella con todas mis fuerzas y, por fin seguro, me revolví. Sacudí la cadera con tanta fuerza como pude, y lo sentí. Noté como Gedeón no podía hacer nada por seguir cogido a mí. Los dos oímos un grito desgarrado mientras caía. Y después, justo en el momento en que Mariña cerraba con fuerza los ojos, un golpe seco.

Media hora más tarde, cuando Bruno llegó a la torre de vigilancia, al otro lado de la pasarela, nos encontró a los dos sentados en el techo del piso superior, abrazados bajo una manta térmica el uno junto al otro, los dos con los pies colgando sobre el vacío.

—Eh, *malparits*... ¿Qué tal, todo bien?

—Hombre, Bruno —saludé—. Bueno, no siendo por estos guantes de boxeo que me han puesto... —le expliqué, enseñándole el vendaje que ahora cubría mis manos quemadas—. Sí, todo bien.

—Así es —le confirmó Mariña, aún abrazada bajo la manta y aparentando la mayor de las tranquilidades—. Aquí estamos, contemplando el paisaje.

—Contemplando el paisaje... —repitió, echando también él un vistazo distendido a nuestro alrededor—. Vaya, hombre. Y yo que venía preocupado, pensando que a lo mejor necesitabais mi ayuda...

—No sé qué puede haberte hecho pensar tal cosa.

—Oh, nada —contestó, siguiéndonos la retranca—. Es solo que esta noche, cuando por fin pude acercarme hasta vuestro piso, me encontré con una chica en el portal. Una con la que, por lo visto, también habíais quedado. Nicolasa, se llama, tal vez la conozcáis...

—Claro —le confirmó Mariña—, Nico. Es amiga nuestra. ¿Está bien?

—Sí, sí —la tranquilizó el inspector—. Ahora sí. Pero cuando me la encontré estaba un poco nerviosa, la verdad...

—¿Por?

—Bueno, por nada serio, en realidad —respondió Bruno, apretando los labios en un ademán de indiferencia—. Tan solo había visto a dos tipos sacando a una pareja casi a rastras del edificio. Una pareja, por cierto, que se parecía mucho a vosotros... Pero, vaya, si vosotros me decís que estáis bien,

aquí, a las cuatro de la madrugada y en el tejado de la Panificadora... —Se encogió de hombros—. Yo no veo por qué habría de dudar de vuestra palabra.

—Eso mismo pensamos nosotros...

—Claro —respondió, de nuevo observándonos mientras afirmaba en silencio, poniendo los brazos en jarras—. Pues nada, os dejo que sigáis disfrutando del paisaje.

Ya se iba, de nuevo escaleras abajo, cuando se detuvo una vez más.

—Ahora que lo pienso —dijo, volviéndose hacia nosotros—, lo que sí os agradecería es que mañana a primera hora os pasaseis por la comisaría. Ya sabéis —añadió, ladeando la cabeza—, aunque nada más sea para explicarme por qué demonios hay tres cadáveres ahí abajo...

—Oh, eso —respondí—. No te preocupes, que ahí estaremos. Ya verás como te va a parecer una historia increíble, Bruno.

—Sí —le confirmó Mariña desde una sonrisa fatigada—. Increíble...

Por fin solos otra vez, volví a abrazar a Mariña contra mí, y así nos quedamos por un buen rato. Tranquilos, contemplando en silencio el paisaje nocturno como si todo él no fuera más que un colosal lienzo, un óleo gigantesco en el que algún artista hubiera pintado, a trazos fieros y salvajes, la noche para nosotros: allí estaba la ciudad, dormida en calma a nuestros pies, y dejando que la ría, ahora convertida en un animal negro e inmenso, le acariciase el costado mientras ella misma se convertía en profunda oscuridad derramada hacia el Atlántico, donde, ya al fondo, solo las luces de los faros de Monteagudo y San Martiño, en las islas Cíes, advertían de la frontera invisible entre la tierra y el cielo. Un cuadro tan hermoso como terrible, y todo él nada más iluminado por la luz de la luna llena en lo alto de la madrugada. No pude evitar sonreír.

—Estás embarazada, ¿verdad?

Ella dejó de contemplar el paisaje para dedicarme una mirada cómplice.

—Estás embarazada —repetí, ya sin la más mínima inflexión interrogativa.

Ella también sonrió.

—Pues sí —respondió al tiempo que volvía a apoyar su cabeza sobre mi hombro.

—Lo sabía... Ese era tu secreto.

—Ajá.

Sonreí. Sonreí muchísimo.

—Pero ¿por qué no me lo querías decir? —pregunté, aún sin soltarla—.

Se trata de algo fantástico, ¿acaso pensabas que no lo querría?

—No —respondió, todavía sin levantar la cabeza—, no es eso.

—¿Entonces? —Fruncí el ceño—. Crees que no seré un buen padre...

—Por supuesto que serás un buen padre. Pero yo...

Volvió a callarse.

—¿Qué ocurre?

Exhaló un suspiro, y por un instante la sonrisa estuvo a punto de borrarle.

—Ya sabes cómo fue la vez anterior...

—Pero yo no soy Gonzalo Maceo.

—Lo sé. Pero yo tampoco soy tan joven...

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? —preguntó, separándose para dedicarme una nueva mirada—. A mi edad empieza a ser algo difícil, Simón. No sé, hay un millón de cosas que podrían salir mal, haber complicaciones, perderlo...

Volví a abrazarla contra mí.

—Eso es imposible.

—¿Imposible? —repitió, sonriendo ante mi respuesta—. Vaya, ¿y cómo estás tan seguro?

Yo también sonreí.

—Porque estando juntos, a nosotros nada nos puede salir mal, mi amor.

12 de abril de 2017
Faro de Vigo, información local

LA TRAMA INVESTIGADA EN LA OPERACIÓN GANSO, A UN PASO DE SU
ESCLARECIMIENTO

Continúan las reacciones tras la muerte en extrañas circunstancias del constructor Gedeón Montenegro.

AQUILES VEGA

Luego de que en la madrugada del pasado lunes agentes del Cuerpo Nacional de Policía encontraran muerto al constructor Gedeón Montenegro, junto a los cuerpos, también sin vida, de una mujer que resultó ser doña Alicia Bárcena y de un hombre todavía por identificar, la jueza Celia Torres ordenó en la tarde de ayer la detención inmediata de Leire Martín. Aunque oficialmente todavía no se han hecho públicos los motivos por los que la señora Martín ha sido arrestada, fuentes próximas al juzgado nos han hecho saber que el motivo de la imputación de la hasta ahora secretaria de Urbanismo del Ayuntamiento podría no ser únicamente su vinculación con la Operación Ganso, sino, además, su implicación, junto con el difunto Gedeón Montenegro, en el asesinato del anterior alcalde, el señor César Escudeiro.

Al parecer, la policía ha puesto a disposición del Juzgado de Instrucción número 7 la declaración de dos nuevos testigos, gracias a la cual se ha abierto una nueva vía de investigación en la que la señora Martín no solo aparecería como la principal responsable de organizar todos los encuentros y favorecer, a cambio de pingües comisiones, todo tipo de adjudicaciones irregulares por parte del alcalde, sino que también se vería implicada en una presunta

conspiración para acabar con la vida del señor Escudeiro antes de que este llegara a declarar y confirmar la implicación de todos ellos en la red de tráfico de influencias. Así, y en este mismo orden de cosas, otro de los nombres que en la tarde de ayer aparecía vinculado a la trama corrupta es el del historiador Gonzalo Maceo, hasta ayer mismo director del Museo de Castrelos, y cuya destitución fulminante parece estar igualmente relacionada con la investigación de la Ganso.

Con todo, las únicas declaraciones que hasta el momento se han hecho de manera oficial han sido por parte del fiscal de Delitos Económicos, el señor Siro Iglesias, quien ha señalado el enorme avance que esta detención supone para la investigación, y ha apuntado que el desmantelamiento de la red es, ya de manera definitiva, cosa de días...

3 de junio de 2018
Faro de Vigo, información local

UN AÑO MÁS TARDE, LA OPERACIÓN GANSO CONTINÚA SIN SOLUCIÓN

Más de un año y medio después de que se iniciasen las diligencias, y con un sumario que ya rebasa los cien mil folios, la instrucción de la Operación Ganso continúa sin ver su final.

AQUILES VEGA

La que en su momento llegara a ser conocida como «la operación definitiva contra la corrupción viguesa» sigue hoy, más de un año y medio después de que se iniciara su proceso, absolutamente obstruida, ahogada en un verdadero laberinto judicial. Lamentablemente, la investigación, que, tras la detención el pasado año de toda una serie de altos funcionarios del Ayuntamiento vigués y la consiguiente imputación de la corporación municipal en pleno, estuvo a punto de provocar el total colapso del Ayuntamiento de la ciudad, ha venido convirtiéndose a lo largo de todo este tiempo en un enredo administrativo al que cada vez se han ido sumando nuevos personajes con el mismo ritmo al que desaparecían los anteriores. En todo este tiempo, el censo de investigados en la trama se ha convertido en un verdadero quién es quién de la corrupción gallega, de manera que por los juzgados de la calle Lalín hemos visto pasar a una larga nómina de políticos, empresarios, banqueros, artistas, e incluso varios representantes del clero, sin que nada de todo esto haya ayudado demasiado a arrojar luz sobre un callejón cada vez más profundo y, por desgracia, aparentemente cada vez con menos salida.

Precisamente preguntado por esta misma cuestión, el actual alcalde, el señor Pepe Bordallo, ha insistido en que se debe tener paciencia, añadiendo que, aunque no lo parezca, la justicia continúa trabajando a buen ritmo. A la pregunta de si no cree que la administración local podría hacer algo más por facilitar el avance en las investigaciones, el señor Bordallo ha respondido que desde su llegada al gobierno, la alcaldía ha mostrado siempre la mejor de las disposiciones para colaborar con la justicia en todo lo que la fiscalía tenga a bien demandar, si bien también ha insistido en dejar claro que, en este momento, el asunto de la Ganso ya no está entre las principales preocupaciones de la ciudadanía, aduciendo que, por fortuna, eso representa ya el pasado de la ciudad. «Ahora, y al igual que cualquier otro ciudadano, lo que yo quiero hacer es relajarme y disfrutar del partido», ha manifestado, en alusión a la final de la Champions League que esta noche se celebrará en el estadio de Riazor, en la que el Celta de Vigo parte como claro favorito frente a su rival, el Fútbol Club Barcelona...